





DISCURSOS

POLITICOS Y LITERARIOS

DE

D. EMILIO CASTELAR.

Esplicacion de la Democracia en el teatro de Oriente.—Defensa de «La Soberanía.»—Defensa de «El Leon Español.»—Defensa del artículo «Despierta Italia» de «La Democracia.»—Lucano, su vida, su genio, su poema.—Esplicacion del desarrollo de la filosofía griega en el Ateneo de Madrid.—Discurso de resumen de la discusion sobre el socialismo.—Discurso de resumen de la discusion sobre el progreso.—Inauguracion de las cátedras de la Sociedad el Fomento de las Artes.—Inauguracion del segundo curso de lecciones sobre la civilizacion en los cinco primeros siglos del Cristianismo.—Apéndice.—Polémica con el doctor Hossaeus, sobre Federico Guillermo IV y Alemania.

MADRID:

Imprenta de J. Antonio García, calle de la Puebla, 19, bajo.

JULIO DE 1861.

Compendio de Mayo de 1875



DISCURSOS

POLÍTICOS Y LITERARIOS

D. EMILIO CASTELLAR.

El presente libro es la reproducción en el texto de los discursos pronunciados por el Sr. D. Emilio Castellar en el curso de su vida pública. Los discursos están agrupados en tres series: 1.ª Discursos políticos; 2.ª Discursos literarios; 3.ª Discursos de carácter general. La reproducción de los discursos se ha hecho fielmente, sin alterar nada de lo que el Sr. Castellar dijo en el momento de pronunciarlos. Los discursos están ordenados alfabéticamente por el nombre del Sr. Castellar, y no por el de la persona a quien se refieren. En la parte de los discursos literarios se han incluido también algunos discursos pronunciados en el extranjero. El libro se divide en tres tomos: el primero contiene los discursos políticos; el segundo, los literarios; y el tercero, los de carácter general. El precio de cada tomo es de 10 céntimos.

Imprenta de L. Alcaraz, calle de la Piedad, 10, bajo.

JULIO DE 1901.

ADVERTENCIA.

Con temor, con gran temor doy al público en este volumen mis discursos, que andaban dispersos por los periódicos, y olvidados casi por su autor, nunca dispuesto á creerlos dignos de esta exhumacion. Pero con motivo de mi último discurso del Ateneo, han sido tantas las instancias de mis numerosos amigos para que recogiera esas hojas secas y las guardara en una coleccion, que me he visto forzado á buscarlas, y hoy las ofrezco á la benevolencia de mis lectores y las pongo bajo el amparo de ese amigo desconocido que se llama públi-

co, para cuyos favores no habrá nunca en mi corazón bastante agradecimiento.

Debo decir en confianza á mis amigos, que conforme va madurando mi edad me gustan menos los discursos de mis primeros años, y los trato con la misma severidad con que puedan tratarlos mis severos enemigos. Tan cierto es lo que afirmo, que, á dejarme llevar de los ímpetus de mi corazón, hubiéralos borrado sin piedad, condenándolos al olvido, á pesar del clamoreo de mis amigos, malos jueces, que leen mis obras con el criterio apasionado, y por consiguiente parcial, de su cariño. Y estos discursos han sido frenéticamente aplaudidos. Y cada párrafo ha arrancado un grito de entusiasmo á un público que renovándose todos los días, quedaba siempre igualmente benévolo para mi palabra, igualmente dispuesto á prodigarme sus aclamaciones y sus aplausos con solo oír la vibración de mi voz. Si no reconociera esto, seria el mas ingrato de los hombres. Y si hay disparidad entre los discursos y el calor de los aplausos, no debe olvidarse que aquellos no se pueden juzgar en el silencio y en el apartamiento en que se leen los libros, porque es necesario oírlos, escuchar el acento del orador, la música de su palabra, las

varias inflexiones de su voz, los ademanes con que acompaña sus ideas, y hasta oírlos entre una gran concurrencia, al calor de los sentimientos que se comunican unos á otros los oyentes, y que se encienden y se avivan con el mútuo entusiasmo y con el unánime aplauso, sin dejar espacio á la fria crítica para examinar las formas, ni á la razon para pesar las ideas. Mas lo que sí pido al benévolo lector de este volúmen, es que se pare ante esa série de discursos, que examine si ha habido progresos, si el orador ha escuchado la voz severa de la crítica, si ha ido quitando maleza, arrancando flores, obedeciendo gradualmente mas á la voz de la razon que á los cánticos arrebatados de la fantasía, y atendiendo, según adelantaba en años, antes al pensamiento que á la imagen, antes á la verdad que á la hermosura de la frase, aunque la hermosura sea siempre, como ha dicho el gran filósofo idealista, el celeste resplandor de la verdad.

Para que el lector hiciera este examen, he puesto mis discursos en orden cronológico, primero el del Teatro de Oriente, despues los del Jurado, el discurso académico leído en la Universidad, una leccion del Ateneo, los resúmenes de las controversias habidas en las secciones de ciencias morales

y políticas, la oración inaugural de las cátedras de la Sociedad el Fomento de las Artes, y por último, el discurso inaugural del segundo año de lecciones sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo. Quizá ninguno de mis libros guarde mejor que este mis defectos, mis prendas, si alguna tengo, mis dudas, mis aspiraciones, el trabajo interior que he empleado para limar mis obras, y el camino que ha seguido mi idea para llegar á lo mas necesario y mas difícil en nuestra edad, á una síntesis.

Considere el lector que cuando pronuncié mi primer discurso tenía yo veintiun años. Considere que he hecho mis estudios, que he formado mis ideas en presencia del público. Considere que no he tenido tiempo para detenerme ante las consecuencias de una idea, ante la propiedad de una palabra ó de una imagen. Pero sí debo decir que no me arrepiento de cuanto he sostenido, que cada día estoy mas firme en mis opiniones, que el estudio y la meditación me han confirmado en lo que me habian dicho las inspiraciones del sentimiento; que amo la libertad por la libertad misma; y que todo el aliento que Dios conceda á mi palabra, pienso consagrarlo á la noble, á la santa causa del derecho. Esos dis-

cursos podrán tener mas ó menos mérito, mas ó menos gusto, imágenes mas ó menos propias, lo cual es un accidente; pero lo que tienen siempre es amor á la verdad, ideas democráticas, anhelo por romper todas las tiranías, devocion purísima á la causa de los oprimidos, y esperanzas consoladoras en el progreso universal. Me arrepiento, es verdad, de haber cubierto con demasiadas flores mis ideas. ¡Plegue á Dios que solo tenga que arrepentirme en mi vida de esceso de imágenes! Siempre he creído que el talento, la elocuencia, la popularidad, nada valen, nada significan cuando se divorcian de lo único que hay verdaderamente santo en la tierra, de la virtud. Asi es que lo único que pido, lo único que deseo es que no se vea en mis palabras mas móvil que aquel que me impulsó á hablar cuando, oscuro, y desvalido, y pobre, todos preguntaban mi nombre; el afan de servir á la causa de la razon y de la justicia, para cuyo fin me ha dado Dios la pálida centella de mi pobre inteligencia.

cursos podían tener mas ó menos mérito, mas ó
 menos gusto, más ó menos propiedad, lo
 cual es un accidente; pero lo que tienen siempre
 es amor á la verdad, ideas democráticas, anhelo
 por romper todas las tiranías, devoción purísima á
 la causa de los oprimidos, y esperanzas consolado-
 ras en el progreso universal. No arrojando, es
 verdad, de haber cubierto con demasiadas flores
 mis ideas; ¡Plegue á Dios que solo tenga que ar-
 rojarlas en mi vida de exceso de imágenes,
 Siempre he creído que el talento, la elocuencia,
 la popularidad, nada valen, nada significan quan-
 do se divorcian de lo único que hay verdadero-
 mente santo en la tierra, de la virtud. Así es
 que lo único que pido, lo único que deseo es que
 no se vea en mis palabras mas móvil que aquel
 que me impulsó á hablar cuando oscuro y desva-
 lido, y pobre, todos preguntaban mi nombre; el
 atan de servir á la causa de la razón y de la jus-
 ticia, para cuyo fin me ha dado Dios la palabra
 escollida de mi pobre inteligencia.

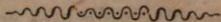
DISCURSO

PRONUNCIADO EL DIA 22 DE SETIEMBRE DE 1854

en la reunion electoral del partido liberal, celebrada
en el teatro de Oriente,

POR

DON EMILIO CASTELAR.



DISCURSO

PRONUNCIADO EL DIA 22 DE SETIEMBRE DE 1854

en la reunión electoral del partido liberal celebrada
en el teatro de (Vienta)

POR

DON EMILIO CASTELAR.

Señores:

Voy á defender las ideas democráticas, si es que deseais oirlas. Estas ideas no pertenecen ni á los partidos, ni á los hombres; pertenecen á la humanidad. Basadas en la razon, son, como la verdad, absolutas, y como las leyes de Dios, universales. Por eso la persecucion no puede ahogarlas, ni la espada del tirano vencerlas; pues antes que el tiempo desplegara sus alas, fueron escritas en libros mas inmensos que el espacio por la mano misma del Eterno. Asi, los hombres que se pierden en el Occéano de la vida, los poetas que adoran lo eternamente bello, los filósofos que leen la verdad absoluta en el puro cielo de la conciencia, no hacen mas que arrojarlas en ondas de luz sobre la mente del pueblo. (*Aplausos.*)

Yo, señores, lleno de sentimientos, si desnudo de inteligencia, me propongo reseñar los dogmas del partido democrático, ya como principios eter-

nos de su escuela, ya como principios de aplicacion práctica en las actuales circunstancias. Convirtamos un instante nuestros ojos á lo pasado. ¡Qué espectáculo, señores, tan tremendo! ¡La imprenta, ese soldado de Dios que pelea como Ajax por la luz, encadenada al pié de los tiranos (*Aplausos*); la tribuna, providencia del pueblo, sujeta al carro del vencedor; las obras del ingenio humano proscritas porque dan generoso aliento al pecho de los oprimidos; la idea oculta en el fondo de la conciencia, estallando en el cerebro sin poder alzar su vuelo y perderse en lo infinito; la fé vendida por una cartera de ministro, y la razon y la libertad llorando en ignominioso calvario. (*Estrepitosos aplausos*). Todos hemos presenciado el martirio de la libertad. Bravo Murillo intentó matarla con el puñal del materialismo, sin parar mientes en que las ideas son invulnerables; Estéban Collantes la insultó con sus sarcasmos; Domenech fué su Judas, pues cuando la creyó vencida, no dudó un punto en venderla á los seides del absolutismo; Sartorius escribió su epitafio como antes Donoso habia escrito el evangelio de la reaccion, sosteniendo que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; que fuera de las vias católicas nada hay tan despreciable como el hombre; que el siglo XVI con su inquisicion y sus frailes, es el ideal de la sociedad; que debiamos por nobleza amar la dictadura del sable; que la humanidad es la concentracion de todos los deberes, y la teocracia el mas perfecto de todos los gobiernos. ¡Insensatos! No sabian que negando la libertad negaban al hombre, cuya esencia no es sin la libertad; que negando la razon negaban á Dios, cuya existen-

cia no se comprende sin la razon..... Pero hacian bien. Negando al hombre, negaban al eterno enemigo de sus conjuraciones; negando á Dios, negaban al aterrador espectro de sus conciencias. (*Aplausos prolongados, interrupcion del orador.*)

(Aquí el orador empezaba hablando de la libertad de cultos; pero nos hemos visto obligados á suprimir toda esta parte del discurso, por respeto á las leyes vigentes.)

Enseñad á un herège nuestras catedrales; mostradle sus arcos sosteniendo las bóvedas sembradas de lámparas como el cielo de estrellas; la cúpula que se lanza á lo infinito y se pierde en los arreboles del aire; el santuario irradiando divina luz; las vírgenes trazadas por el pincel de nuestros artistas, subiendo al empíreo en alas de los ángeles, cuyo pecho agita el soplo del amor divino; los doctores, leyendo eternamente la verdad absoluta en sus libros de piedra; los héroes descansando en los sepulcros, sobre cuya losa se cierne la bienaventuranza; hacedle oír las notas del órgano que como rocío de vida anima estátuas y columnas; el cántico del sacerdote, que parece eco perdido de las armonías que forman las esferas; y bien pronto flaquearán sus rodillas, se estremecerá su conciencia, cayendo de hinojos ante la realidad de un Dios que se revela bajo los tres eternos atributos de la divinidad, que son la virtud, la ciencia y la hermosura (*Estraordinarios aplausos*). Condenarle á no ver tanta maravilla, es lo mismo que arrancar los ojos al ateo para que no mire al cielo. (*Repetidos aplausos.*)

Señores: Para hacer nuestra revolucion verda-

deramente popular, es necesario que consagremos de una manera absoluta los derechos del pueblo. Señores, no es mi propósito desencadenar las pasiones, ni mi objeto oponerme á la triunfal carrera del gobierno; pero si me lo permitís, hablaré con la prudencia que cumple á la libertad de mi sentir respecto á los gobiernos doctrinarios. Hace ya largos años que un hombre encerrado en el secreto santuario de su propia conciencia, se propuso regenerar el mundo científico, abriéndole horizontes infinitos. Este hombre se llamaba Descartes. El demostró que la humanidad era al mismo tiempo objeto y sujeto de la ciencia, y que debemos reconocer por único criterio científico la razón, cuyo destino es herir á la autoridad, como el rayo del cristianismo hirió los ídolos del Capitolio. Estas ideas descendieron bien pronto de la mente del filósofo á la conciencia del pueblo; porque la Providencia difunde con su divino soplo en los entendimientos los principios salvadores que han de regenerar á las naciones. Entonces, entre el principio basado en las leyes del tiempo y el principio basado en las leyes de la razón, se entabló una contienda que pone espanto en el ánimo; pero no olvidéis que se desencadenan en la historia tempestades necesarias, que agitan horriblemente la atmósfera, sin romper por eso la cadena que une á la tierra con los mundos. Entonces el pueblo pronunció en su triunfo esta palabra, que no han podido borrar nunca los gobiernos: *Per me Reges regnant*. El antiguo principio de autoridad subió sin comprender su ruina del sόlio del poder al sόlio del cadalso (*Sensacion*); mas despues, por razones que no es del momento referir, se firmó un pacto

entre la autoridad vencida y el pueblo vencedor, pacto que ha sellado generosa y noble sangre. Pero este pacto ha sido mil veces rasgado, y no es parte á salvarlo la espada de la fuerza, pues lo aniquila hoy la espada de la justicia. Y si no, poned frente á frente dos principios antitéticos por naturaleza, y vereis como son contradictorios por consecuencia. El principio de autoridad solo luce el día de la reaccion, como el principio de la libertad solo luce el día de las revoluciones. Cuando triunfa el primero, condena á su contrario al ostracismo, pone mordazas en sus lábios, grillos en sus plantas, lo arrastra por el lodo, fabrica para él sus cárceles y le asesina con la espada de la dictadura. Cuando triunfa el segundo, suele ser, como en la revolucion de julio hemos visto, mas generoso con su enemigo, porque es mas fuerte. ¿Por qué, me diréis, el principio reaccionario es tan tenebroso, y el principio liberal tan sublime? Porque el primero es un principio muerto, que si respira, respira el mofético aire de las tumbas; y el segundo es un principio lleno de vida, puesto en el trono de la humanidad por la inflexible lógica de Dios, que se manifiesta centellante en la historia.

Esto mismo explica cómo en algunas épocas instituciones sagradas, venerandas, caen en manos de ciertas personas que afrentan á los siglos y manchan á los pueblos. Los hombres no son mas que puras formas de las ideas. Cuando una idea generosa y levantada, como la idea liberal, agita la conciencia de la humanidad, y se presenta á recoger los trofeos de su victoria, tiene poder para sacar centellas de misteriosa luz de los abismos del tiempo y del seno de la conciencia, y Rous-

seau y Kant son sus profetas; Mirabeau, Vernigaud sus sacerdotes; Andrés Chernier y Byron sus cantores; madama de Stael y de Rollaud sus heroínas; y Hoche y Napoleon son sus soldados; pero cuando una idea condenada por Dios como la idea absolutista, se empeña en vivir entre los hombres, sus símbolos se llaman Carlos IV, Fernando VII, Fernando de Nápoles y Napoleon el chico. *(Los aplausos interrumpen largo rato al orador; los concurrentes piden su nombre, y restablecida la calma el orador continúa.)*

Señores: La revolucion no puede ser popular si el sufragio no es amplio; mejor diré, si no es completo. Dicen que el pueblo no conoce sus derechos. ¡Ay! el jornalero que abandona su hogar, desoye el lloro de su mujer y de sus hijos, únicos lazos que le atan á la tierra, se lanza á la calle ofreciendo desnudo pecho al plomo asolador del despotismo, lucha con desnudo y muere con gloria, el pobre pueblo siempre esclavo, ¿se verá halagado el dia tremendo de las contiendas sangrientas, y vilmente proscripto el dia feliz de las contiendas legales? *(Prolongados y repetidos aplausos que impiden continuar al orador por un momento.)* ¿Su voz no ha de resonar sino entre el estruendo de las fraticidas armas, y su magestuosa figura no ha de lucir sino al pálido resplandor de las hogueras? El pueblo dá su vida por la libertad, pero no puede dar por la libertad su voto; ¡qué sofisma!

Dicen que no es ilustrado; no lo creais. Si no temiera cansaros, desenvolveria una teoría á mi entender lógica y razonable; pero renuncio á ello por el temor de seros importuno. *(Muchas voces, que hable, que continúe.)* El señor Castelar: No tengo

derecho á distraer por tanto tiempo la atencion del auditorio (*Muchas voces, si sí, y el orador continúa*). Señores, la humanidad es como el hombre. Tres facultades intelectuales descubrimos en el hombre; la sensibilidad que le relaciona con el mundo exterior; la inteligencia, esfera donde se forman las nociones; y la razon, último extremo de nuestras facultades, hermoso templo de las ideas. A estas tres facultades pertenecen tres períodos históricos. Cuando la sensibilidad predominó en los pueblos, el feudalismo los cautivó amedrentándolos con su tajante espada y deslumbrándolos con su colosal poder; pero cuando la inteligencia dominó á la sensibilidad, la tiranía perdió su fuerza, los magnates perdieron sus fueros, y el trono, institucion veneranda, institucion antiquísima, concentró en sí todos los derechos; hasta que la razon, soberana del mundo, levantó el pueblo al absoluto ejercicio de la soberanía que por derecho le corresponde (*Aplausos generales*). Señores: ¡el pueblo del siglo XIX no es ilustrado! Eso es mentira. Ese pueblo tiene por cetro el rayo, por mensajero el relámpago. Ese pueblo mandó un dia en la Convencion que la victoria le obedeciera, y le obedeció la victoria (*Aplausos*). Ese pueblo ha recibido la herencia de todos los siglos, y ha reconquistado con la fuerza de sus ideas la completa série de todos sus derechos; ese pueblo, en fin, ha visto los fantasmas de lo pasado caer trémulos de espanto á sus piés pidiendo un ósculo de paz. (*Ruidosos aplausos.*)

Necesita educacion, ¡quién lo duda! Hé aquí, señores, el instante oportuno para hablar libremente de la libertad de enseñanza. Yo la ad-

mito como principio absoluto, yo la rechazo hoy como principio de aplicacion. Señores, no dudareis que la Francia nos ha precedido en muchos periodos de civilizacion, aunque despues haya abandonado vergonzosamente su gloriosa obra. ¿Sabeis, pues, quién defendia en Francia la libertad de enseñanza? La defendia Montalembert. ¿Sabeis quién atacaba en Francia la libertad de enseñanza? La atacaba Victor Hugo. El mismo programa que estamos discutiendo ha comprendido esta verdad al pedir que la enseñanza sea gratuita, pues si es gratuita no puede ser libre, y si es libre no puede ser gratuita; porque ¿con qué derecho forzariais al hombre que necesita del trabajo para vivir á que enseñase gratuitamente? Entonces el pobre pueblo, ese rey sin corona, caeria en las tinieblas de la ignorancia, y de consiguiente en las cadenas de la esclavitud. Hoy las nuevas inteligencias que se despiertan á la triste lucha de la vida, deben ser educadas por el Estado y para el Estado. De otra suerte, la enseñanza vendria á parar á nuestros enemigos, y nuestros enemigos, de seguro, no le dirian al pueblo que son soldados de su inmortal cruzada el divino Homero, creador de los Dioses; Esquilo, que desafiaba á los tiranos en el campo y en la escena; Sófocles, que cantó las miserias de los reyes; el justo Sócrates; el angelical Platon; y el triste Lucrecio; no le recordarian, no, que la libertad cuenta entre sus cantores al Dante, entre sus apóstoles á Santo Tomás, y entre sus mártires á Dios. (*Aplausos repetidos y prolongados.*)

Señores: Toda libertad no puede existir sin que tenga por límite otra libertad. Asi es que la liber-

tad de enseñanza podrá realizarse cuando la libertad de cultos sea completa, cuando la libertad de imprenta sea absoluta; y aquí, señores, llamo vuestra atención. La imprenta que, entre nosotros es una organizacion, un poder, debe perder esa forma, porque los poderes nos abrumen. Sus ideas deben ser consideradas como ideas individuales; así, señores, la imprenta no tendrá fuerza para derribar á los gobiernos. Esto sucede en todos los pueblos libres. En Inglaterra la imprenta dice todo lo decible del gobierno sin que la sociedad se conmueva; en los Estados-Unidos la imprenta sostiene todo lo sostenible contra el presidente, sin que el presidente caiga. Aquí, señores, mientras la imprenta tenga fuero propio, mientras preste un depósito, será, fuerza es decirlo, será una aristocracia; y tened entendido que siendo de esta forma, la aristocracia del capital representa por lo mismo á la mas temible y á la menos gloriosa de todas las aristocracias. Señores, yo, por ejemplo, puedo tener la cabeza llena de ideas levantadas, y el corazon rebosando en generosos sentimientos; pero como soy pobre, como no tengo dos mil duros para un depósito, me arrastraré en la impotencia y moriré en el olvido. (*Estrepitosos aplausos.*)

Señores: Solo el partido democrático puede llevar á su cima nuestra gloriosa revolucion. Todos los principios que le han servido de bandera forman nuestros dogmas y nuestros principios. Yo le diria al partido progresista: ¿Qué quieres? ¿soberanía del pueblo? Pues cédenos el puesto, porque nosotros queremos esa soberanía con todas sus lógicas consecuencias; porque nosotros damos al pueblo por corona el derecho, y por cetro la ley.

¿Economías? Nadie sino el partido democrático puede salvaros de la bancarota que os amenaza, porque el partido democrático, con su abnegacion, realizará profundas economías sin lastimar por eso el crédito del pais, sin oponerse á todos los derechos, que son sagrados. ¿Libertad? Nosotros la alzaremos en nuestros brazos, sin límites que la nieguen, sin barreras que la detengan, sin instituciones que la limiten. Hé aquí por qué la union que proclamais es viciosa; y esta es la ocasion de hablar cuatro palabras sobre la encomiada union liberal, que aqui se ha tratado de una manera lastimosa. (*Risas.*)

Las ideas no se unen, porque entre ideas opuestas no debe haber lógicamente armonía; los partidos no se unen, porque el partido que renuncia á sus ideas es apóstata (*Aplausos*). El antiguo partido liberal, por mas esfuerzos que haga, está ya muerto. Ha puesto en práctica toda la série posible de sus ideas, y no ha podido despues, señores, ni por breve espacio sostenerlas. Hoy dice que olvidemos lo pasado. Un partido viejo, un partido decrepito, renuncia á la historia que debiera ser hoy su único título á la consideracion de las gentes (*Prolongados aplausos*). Señores, tres Constituciones ha dado el partido liberal; la Constitucion del 12, que enaltecia el principio de libertad; la Constitucion del 45, que enaltecia el principio monárquico; y la Constitucion del 57, término medio entre estos dos puntos extremos. Ahora bien: la Constitucion del 12, que corrió azares de varia fortuna, fué rasgada por los hombres que la habian apoyado con sus ideas y defendido con su sangre: la Constitucion del 57 ni fué respetada ni fué temida, y no la

valió el instinto de prudencia que habia presidido á su elaboracion y nacimiento para libertarla de los tremendos golpes que ocasionaron su muerte; y la Constitucion del 45, que la suprema inteligencia del partido moderado habia compuesto, fué arrastrada sin piedad por sus prohombres, y conducida al abismo de su perdicion por sus mismos autores. El partido liberal, está, pues, muerto; ya no hay ni puede haber en su corazón sentimientos; ya no hay ni puede haber en su cerebro nuevas ideas. Si avanza, es nuestro el triunfo; si retrocede, el triunfo es del absolutismo; ¡qué elija! *(Repetidos y prolongados aplausos. El orador se ve precisado á suspender el discurso por algunos minutos; despues prosigue.)*

Señores: Todos dicen que nuestra patria camina á la retaguardia de la civilizacion. No lo creais. España está destinada á ponerse á la cabeza del mundo. En su privilegiado suelo, bajo ese hermoso horizonte que sonríe como un ángel de paz, debe ensayar las grandes ideas que mas tarde han de realizarse en todos los pueblos de la tierra. ¿Quién puede poner en duda este privilegio, cuando Portugal nos tiende sus brazos, cuando estamos en el deber de realizar, no la union de los partidos, sino la union de los pueblos? *(Estrepitosos aplausos.)*

Hoy somos los soldados de la libertad, y por consecuencia los soldados de Dios. Los individuos ensayan en sus conciencias ideas que aplican á los pueblos; los pueblos ensayan en su conciencia ideas que aplican á la humanidad. El sol, pues, el sol, sujeto en otro tiempo á iluminar eternamente nuestro suelo, bendice hoy con sus rayos de oro la bandera de nuestra victoriosa revolucion,

que hace estremecer de gozo á los oprimidos. Somos la nacion salvadora. Si no, tended los ojos conmigo por Europa. Inglaterra ha comerciado con la libertad (*Aplausos*); Francia, levantando á los pueblos de su postracion, los ha vendido en el amargo dia que mas necesitaban de su espada; Alemania ¡parece imposible! Alemania, que ha pretendido la confederacion universal de todos los pueblos; que ha elevado en alas de la libertad del pensamiento á todas las inteligencias á las últimas esferas de la filosofia; Alemania, patria de Schiller y de Hegel, es hoy esclava de Julianio el apóstata. (*Aplausos*.)

La democracia es antigua, muy antigua en nuestro suelo. Nuestros pueblos de la edad media entendian el derecho de peticion mejor que lo entienden los liberales de nuestros dias. (*Bien, muy bien.*)

¿Sabeis donde está nuestro porvenir? Nuestro porvenir está en Africa. Allá deben ir nuestros ejércitos permanentes á ganar sus grados (*Risas y aplausos*.)

No olvideis que fuimos un dia pueblo civilizador. Nosotros llevamos la civilizacion á la América. Verdad es que América fué ingrata; pero los pueblos tienen que ser ingratos con los pueblos, para ser agradecidos con la humanidad. (*Muchos aplausos*). Un dia recorrió España á la sombra del Trono, el espacio que separa Covadonga de Granada; se lanzó á lo infinito, y nuevos mundos le tributaron homenaje; pobló los mares con innumerales escuadras que merecieron tener por enemigo la cólera de Dios: que no otro pudiera vencer á la invencible. (*Estrepitosos aplausos*). Levantó el Escorial, simbolo de nuestras instituciones, pa-

dron de nuestras artes. ¿Pues por qué ahora con progresos mas grandes no hemos de alcanzar dias mas felices? (*Bien, bien.*)

Señores; voy á concluir (*Muchas voces: no, no*), estoy muy fatigado y el auditorio lo estará tambien (*Voces, no, no*). Señores, algun dia irán nuestros hijos á registrar en las páginas de la historia los colosales poderes que han vivido en apartados siglos, y les causará el espanto y la admiracion que á nosotros nos causan las pirámides de Egipto; y en su espanto no sabrán qué admirar mas, si la inmensa grandeza de esos poderes, ó la afrentosa esclavitud de sus progenitores. (*Estrepitosos aplausos que interrumpen al orador.*)

Señores: Pidamos que se realice la fraternidad entre todos los hombres, y la fraternidad entre todos los pueblos, porque todos nos encaminamos á una patria que es el cielo. Pidamos que se realice en todas sus aplicaciones la verdad cristiana; que la Justicia sea el sol de nuestras esferas sociales; que las clases menesterosas reciban el pan de la inteligencia, no del Estado sino de la libertad de su trabajo. El trabajo, señores, que es á la propiedad lo que el cincel de Fidias es al mármol (*Muchos aplausos*), debe recibir de la justicia la debida recompensa (*Reiterados aplausos*). En fin, señores, pidamos á Dios que Inglaterra sea verdaderamente aliada de la libertad; que Alemania, mente del mundo, nos revele nuevos misterios de la ciencia, nuevos secretos del arte; que Francia sacuda su letargo y vuelva á ser el tribuno de los pueblos; que Hungría y Polonia rasguen sus túnicas de esclavas, y que Italia, esa prodigiosa artista que regala con dulces armonías el sueño de sus seño-

res, se levante herida de sus recuerdos y recoja del suelo la rota lanza de Bruto y Cincinnato, porque con ideas tan grandes, y con tan denodados guerreros. el triunfo de la libertad será, sí, eterno. He dicho. *(Aplausos generales y prolongados: los concurrentes acuden de todas partes á saludar y abrazar al joven orador.)*

Hé aquí mi primer discurso. En él se ve toda la inesperienza de los veintiun años. Además, el día mismo que pronuncié este discurso llegué de un viaje. Un amigo me anunció la reunion del Teatro Real, que yo ignoraba. Encaminé allí mis pasos, y para hablar, solo pedi inspiracion á mi amor por la libertad. Las primeras palabras fueron recibidas con un rumor sordo de desaprobacion y de disgusto, pues el público estaba cansado, y era ya muy avanzada la hora. Mas á los pocos minutos comenzó ese entusiasmo que se desahogaba en aplausos, en aclamaciones, y que me interrumpia á cada instante, no dejándome con la conmocion profunda que llevaba á mi ánimo tan inesperada felicidad, ni tiempo siquiera para coordinar mis ideas. Solo así se explica que cometiera yo la inconsecuencia de atacar la libertad de enseñanza, que es parte integrante de la libertad, una en esencia. Este error doctrinario prueba que yo solo escuchaba mi propio corazon, y de ninguna suerte habia hecho el trabajo de sistematizar mis ideas. Hoy cuento entre las primeras libertades la libertad de enseñanza, y quiero el derecho integro y único, el derecho que es la encarnacion de nuestra alma en la sociedad. Además, como yo no habia pensado nada, no habia reunido mis ideas; y saltaba de flor en flor, de pensamiento en pensamiento, arrebatado en alas de la tempestad de entusiasmo que me cercaba por todas partes. En muchas ocasiones iba á concluir y el público no lo consentia. Por consi-

guiente, este discurso se resiente de las circunstancias en que fué pronunciado, y de la falta de unidad y de sistema en mi pensamiento. Pero no puedo menos de recordar con gratitud lo que fué para mí aquel público, y lo que fué para mí toda la prensa. En un día me crearon un nombre que suele ser el resultado de muchos afanes, de muchos dolores, de larguísimos esfuerzos. Los innumerables periódicos que se publicaban en España á la sazón, reprodujeron mi discurso; llevaron mi palabra á las aldeas mas humildes; dijeron de mí mucho mas de lo que merecía, y me crearon un nombre, empeñándome en trabajos superiores á mis fuerzas para corresponder á sus favores. La única manera con que podré espresar lo que pasaba en mi alma, será reproduciendo íntegra la carta que dirigí á casi toda la prensa de Madrid en aquellas graves y solemnes circunstancias, carta que no he desmentido ni en un tilde. Puedo asegurar hoy á mis compañeros de la prensa, que en las polémicas diarias, en el ardor de los combates, no he olvidado nunca las promesas de cariño, de amistad, guardadas en esta carta.

«Señores redactores de *La Europa*, *El Miliciano*, *La Epoca*,
»*El Tribuno*, *El Esparterista*, *Las Cortes*, *La España*, *La Nación*, *El*
»*Voto Nacional*, *La Iberia*, *El Siglo XIX*, *La Union Liberal*, *El Cla-*
»*mor*, *El Diario Español*, *Las Novedades* etc. etc.

»Muy señores míos: Las pruebas innumerables de aprecio
»que recibo de la prensa periódica, me fuerzan á mostrar mi
»gratitud, que no puedo de manera alguna encarecer. Llamar
»por un instante la atencion de la prensa, es un premio que
»apenas acertó á creer; pero llamarla de manera para mí tan
»grata, es felicidad que jamás soñó en sus ilusiones mi deseo.
»Yo espero que, desimpresionado el ánimo de los que me oye-
»ron, ya por el tiempo, ya por la publicacion de mi discurso,
»volveré á perderme en el olvido. De todos modos, estimo de
»mi deber manifestar, en pro de la santa causa de la libertad,
»que jamás se vió abnegacion mas admirable, cuya grandeza
»sube de punto cuando se considera que recae en un joven os-
»curo y desvalido. Los hombres de altos merecimientos y las
»nuevas inteligencias, llenas de sublimes aspiraciones, que han
»servido á la revolucion con sus ideas y con su sangre, no du-
»dan un momento en ceder un puesto entre ellos al joven que

no encuentra en su conciencia ni en su conducta mérito alguno que le haga acreedor á tan grandes distinciones. Señores redactores, yo creo que vuestros aplausos son un tributo de justicia pagado á la idea regeneradora que se adelanta magnánimamente á recoger los trofeos de la victoria. He consagrado á la libertad mi vida, y nunca retrocederé en este mi propósito. No serán bastante á hacerme ceder ni la envidia, porque me estimo en tan poco que nunca creo pueda yo inspirarla, ni la malicia que no entiendo, ni el ódio, porque, cristiano de corazón y educado en la desgracia, he aprendido á amar á mis enemigos.

Creo que la juventud debe, para alentar á las naciones, traer en su razón una idea mas progresiva que las ideas adoptadas por los hombres de la generación que al presente se agita, y que á su vez lucharon ardorosos con lo pasado; porque de otra suerte no puedo entender á qué nos ha Dios despertado del sueño de la nada. Recibí de Dios, como todos, mi pobre inteligencia, y la recibí, aunque pobre, para la humanidad. Pienso conservarla sin mancha, para que no se aparte de su origen, y consagrarla á la democracia, para que no falte á su objeto. Hé ahí explicada con lealtad, con franqueza mi conducta. Señores redactores, conservaré siempre vuestros nombres en mi memoria. Debo agradecer vuestros elogios, por lo mismo que no creo merecerlos. A los periódicos de mis ideas les ofrezco mi inteligencia; á todos mi corazón. Es en verdad muy corto tal presente; pero es infinita mi voluntad é inmensa mi gratitud. Adios, señores redactores; recibid el afecto de este vuestro S. S. Q. B. V. M.

EMILIO CASTELAR.»

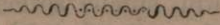
DISCURSO

PRONUNCIADO POR

DON EMILIO CASTELAR

ANTE EL JURADO,

en defensa del periódico «La Soberanía Nacional», acusada por
un artículo que refería los sucesos que tuvieron lugar con
ocasion de la ley de Milicia Nacional.



DISCURSO

DON EMILIO CASTELAR

ANTE EL JURADO

Señores Jurados:

Cuando despues de la gloriosa revolucion de julio, nueva aurora de nuestras patrias libertades, que parecian borradas para siempre de los esplendurosos horizontes españoles por el aliento de ridículos tiranos, el Jurado se alzó en brazos del pueblo, mi voz fué la primera que resonára en este sagrado recinto, proclamando que si la libertad es la salvacion de las naciones, el Jurado es la salvacion de la libertad. Y ahora mi pobre palabra no es bastante á deciros cuánta gratitud guarda mi pecho, ni mi débil inteligencia á significaros cuántos recuerdos de esta veneranda institucion encierra mi memoria; pues pone asombro en el ánimo contemplaros ahí, protegidos por las alas del ángel de la justicia, llenos de misericordia, destinados á velar por la libertad, á sostener al pueblo en la espinosa carrera del progreso, á sacar el pensamiento puro é incólume de sus eternas luchas, reuniendo de esta suerte en vuestra frente

todo cuanto hay de grande en la sociedad, todo cuanto hay de sublime en la naturaleza, todo cuanto hay de divino en el espíritu. (*Aplausos.*)

Señores jurados: Mi posicion es particular y embarazosa, porque necesito sobreponerme, con sobrehumano esfuerzo, al tormentoso océano de las pasiones, para mirar frente á frente el sol de la justicia; porque necesito olvidar los agravios inferidos á un periódico cuyo mayor crimen consiste en defender con fé y con lealtad la causa del pueblo, que es eterna; la causa de la revolucion que triunfó en julio; y que en premio de sus servicios se ha visto abrumado por la inmensa pesadumbre de una autoridad recelosa, perseguido por la sombra de un fiscal receloso tambien, y obligado muchas veces á ocultar en el fondo de su conciencia el pensamiento; señores, el pensamiento, que es la presencia de lo infinito en la humana mente. (*Aplausos.*)

El señor *Presidente*: Orden, señores, orden; de lo contrario mandaré despejar.

El señor *Castelar*: Señores: Ya que el fiscal ha representado la pasion, yo representaré la justicia; ya que se ha permitido injuriosos epítetos, yo me presentaré sereno como la razon. Si atendiera á los consejos de mi conciencia, sellaría mis lábios, pues no necesito defender al periódico; el señor fiscal lo ha defendido con sus declaraciones.

Señores: Bajo cuatro aspectos puede estimarse culpable el periódico. 1.º Por haber referido un hecho. 2.º Por haber apreciado ese hecho. 3.º Por haber controvertido, con cierto calor, una ley. 4.º Por haber calificado mas ó menos duramente al gobierno.

Si pruebo que el hecho es cierto y el derecho legal; si pruebo que la ley estaba entregada al criterio público, y por tanto no tenia fuerza de ley; y que el Gobierno, segun las teorías constitucionales, es responsable de sus actos ante la opinion pública, desoiréis las declamaciones del fiscal, y declararéis inocente á mi defendido, dando asi nueva muestra de respeto al derecho, de amor á la justicia.

Señores: Cuando el fiscal me demuestre lo imposible, cuando afirme que lo acaecido no ha sido (tesis cuya solucion honrara la inteligencia del mismo Santo Tomás), doblaré mi frente ante la justicia de la causa que mantiene, y aplaudiré al Tribunal por la sentencia que demanda. Pero si el hecho referido es cierto, ¿en qué pueblo, por oprimido que se halle, se ha visto condenar la historia? ¿Qué gobierno, por déspota que sea, ha condenado la historia? Recordaré tiempos apartados de nuestros tiempos, que son tiempos de oprobiosa memoria. Hubo un dia en que el Capitolio pesaba con inmensa pesadumbre sobre la humanidad. Los Emperadores tenian por corona las sombras del error; por cetro la guadaña de la muerte: su trono estaba formado de montones de cadáveres; su púrpura teñida de sangre: con una mano empuñaban la dorada copa del placer, y con la otra las duras cadenas del despotismo: su vida era la orgía; su contento el crimen; apartados de los hombres, dormian en brazos del vicio, y despertaban en brazos del remordimiento; y tales mónstruos, vergüenza de la humanidad, oprobio de la tierra, corrompieron con su aliento el mundo, envenenaron con sus ideas la conciencia, y en medio de aquel océano de uni-

versal podredumbre, Dios, que jamás olvida al hombre, hizo brotar un génio justiciero, que, con el pensamiento puesto en la eterna razon, y la conciencia en la eterna moral, legó al juicio de los siglos, á la maldicion de las generaciones, sus crímenes; y los Emperadores le amaron y le temieron, y honráronse un dia con unir á sus nombres de reyes el esclarecido nombre de Tácito (*Aplausos*). Y lo que jamás viera Roma esclava, ¿lo verá por ventura España libre?

Pero el fiscal se guarece tras el escudo de la ley, y esclama: «Serán considerados subversivos los artículos que refieran hechos encaminados á turbar la tranquilidad pública.» A primera vista, el argumento es incontestable; pero si el delito consiste en haber referido hechos, ¿por qué no han sido denunciados todos los periódicos de Madrid, que refirieron esos mismos acontecimientos? Esto prueba que el propósito del fiscal no ha sido denunciar la relacion del hecho. ¿Cuál ha sido? Denunciar las apreciaciones del hecho.

Os probaré, sin que pueda caberos linage alguno de duda, que si condenais las apreciaciones del hecho, condenais á la Asamblea, y condenais al gobierno. Esto, á primera vista, parece paradoja. Sin embargo es exactísimo. En el artículo se pide que el gobierno modifique su proyecto, y el gobierno lo modifica; se pide que la Asamblea no apruebe el proyecto, tal como el gobierno lo habia presentado, y la Asamblea no aprobó el proyecto tal como el gobierno lo habia presentado. Luego las apreciaciones del artículo, ademas de estar selladas con el sello de la justicia, están selladas con el sello de la ley. ¿Será osado el fiscal á descono-

cer la fuerza de estos raciocinios? Si el fiscal los desconoce, el Jurado hará justicia. Para que se vea que no entra en mi ánimo adular los hechos, compararé el proyecto propuesto por el gobierno con la ley votada por la Asamblea. El gobierno quitaba á la Milicia todo derecho; la Asamblea remite á la ley de organizacion de la Milicia declarar los derechos que le corresponden. El gobierno admitió esta modificacion. Luego el artículo que os apercibís á condenar, ha estado acorde con el gobierno, acorde con la Asamblea. Condenadlo en buen hora, pues condenais con él á los altos poderes del Estado.

Quiero apurar el argumento: convengo por un instante en que las anteriores suposiciones son falsas. ¿No puede la prensa criticar, como le plazca, leyes no votadas por las Córtes, no admitidas por la corona? Entonces ¿qué le resta á la prensa?

La prensa, soldado de Dios, que pelea por la luz; tribuno puesto al frente del gobierno, para que el derecho no sea esclavo de la autoridad; augur destinado á conjurar las tormentas; la prensa, incesante clamor que se escapa de las entrañas de la sociedad; inmensa catarata, que descompone en los matices del iris las nobles aspiraciones de los pueblos, es, por su naturaleza y su origen, la lucha en la region de las ideas, y la paz en la region de los hechos; la guerra en la conciencia, y la tranquilidad en el espacio; pues la razon y la historia, de consuno dicen, que cuando se apaga la dulce luz del pensamiento se enciende la voraz hoguera de la revolucion. (*Aplausos.*)

De modo, que la prensa tiene, no ya el derecho, sino el deber de relatar todos aquellos aconte-

cimientos que puedan interesar á la opinion pública; y ademas tiene el deber de comentarlos con arreglo á los principios que estime justos y legítimos.

Señores: ¿Quién no ve que tras estas denuncias pueden venir amagos de persecuciones contra las ideas democráticas? ¿Y creéis que tanta injusticia me estrañaria? No. La verdad fué siempre perseguida en el mundo. Un dia se levantó un hombre á revelar á la humanidad verdades de la conciencia, y aquel hombre encontró la muerte; otro dia abandonó Dios los brazos de la eternidad para revelar á la tierra verdades del Cielo¹, y Dios encontró un cadalso; anduvieron los tiempos, y en el fondo de oscura noche, sacudió sus alas un génio destinado á revelar verdades de la naturaleza, y aquel génio encontró un calabozo; y si Sócrates, que era la verdad filosófica, bebió la cicuta; si Jesucristo, que era la verdad religiosa, murió en la cruz; si Galileo, que era la verdad científica, arrastró largos duelos en impía prision, ¿qué mucho que la democracia se haya visto siempre perseguida, si es el conjunto y la aplicacion de todas las verdades que nos han revelado la naturaleza, la conciencia y el Eterno? (*Aplausos.*)

Recordad lo acaecido en Europa.

Sí; sus persecuciones no tienen número, ni sus desgracias medida; los tiranos la persiguen, porque es el rayo que ha de apagar el fuego de su soberbia; los hombres ofuscados con los viejos principios la temen, porque no alcanzan á ver que luce sobre la humanidad, como lucia la luz del cielo, en el primer instante de la creacion, sobre las borradas formas de la naturaleza; los seres bien

hallados con la injusticia la amenazan, porque saben que ha de acabar con la esplotacion del hombre por el hombre; los fuertes la odian, porque entienden que ha de sustituir al derecho de la fuerza, la fuerza del derecho, y la han ametrallado en las calles de París, y la han herido al pié del Capitolio, y la han ahogado en los risueños mares de Venecia, y la han enterrado en los sagrados bosques de Germania; pero siempre viva, siempre fecunda, se burla de sus persecuciones, y sigue su carrera á lo infinito, y no se detendrá ni un punto hasta que logre devolver al pueblo su imprescriptible soberanía y el blason de su derecho. (*Aplausos.*)

Vosotros, señores jurados, vosotros que sois la justicia del pueblo, la conciencia del pueblo, no consentireis, no, que se ahogue en flor esa idea, única esperanza de la patria.

Volviendo al señor fiscal, estráñame sobremanera que haya dicho que el artículo denunciado era digno de este ú otro periódico, cuando, para el señor fiscal, como representante de la ley, todos los periódicos deben ser igualmente respetables; y tambien me maravilla que haya dicho, que nosotros renegamos del Duque de la Victoria. Nosotros hemos dicho constantemente al Duque de la Victoria; «Sabes vencer, pero no sabes aprovecharte de la victoria.» Y no se crea que hablo al decir esto de pasiones bastardas; me refiero solo á la felicidad de los pueblos.

Volvamos al artículo. El señor fiscal ha leído cuanto á su intento convenia, y ha callado cuanto podia perjudicar á su intento. No es cierto que el artículo declare absolutamente que el gobierno apelaba al terror. Esto no es exacto. El artículo

habla, refiriéndose á noticias y rumores. De aquesto á una afirmacion absoluta, media un abismo.

Tampoco es exacto que el artículo declare que el gobierno es tiránico. Aqui hay una oracion condicional. Todos cuantos alcanzan algo del habla castellana saben que en las oraciones condicionales, mientras la condicion no se cumpla, la segunda parte de la oracion no tiene ni puede tener sentido alguno, verdad de ningun linage. Si el gobierno, dice, desoye la opinion pública, entrará en la senda de los gobiernos tiránicos.

Ahora bien, todos los terribles epítetos que ha leido en son de amenaza el fiscal, no se refieren como el relativo indica, al ministerio; se refieren á los gobiernos tiránicos. El fiscal combate fantasmas.

Todo aquello que no es racional, no es real. Y en efecto, señores, parad mientes en la absurda contradiccion que implicaría acceder á la demanda del fiscal. Esos hechos, por cuya historia se pretende castigar al periódico, han sucedido independientemente de su voluntad. ¿qué sumarias han producido esos acontecimientos? ¿á cuántas sentencias han dado ocasion? ¿qué jueces se han visto precisados á blandir la espada del castigo? ¿habrá acaso muchos infelices llorando sus estravíos en las cárceles? No ha habido ni una sumaria; no han ocasionado ni una sentencia; no han precisado á la justicia ejercer su terrible ministerio; no se conocen los autores de ese acontecimiento; y ¡se pide para su historiador seis años de dura prision en horrible castillo! ¡Qué absurdo, señores! ¡qué enorme absurdo!

En cuanto al lenguaje, mas ó menos duro, del

periódico, respecto al ministerio, en vano busco Constitucion que declare inviolables á los ministros; en vano busco ley que pone los juicios, mas ó menos justos, formados por los periódicos, respecto al poder responsable. Luego el fiscal desconoce los principios fundamentales del derecho público, y desestima y olvida el destino que está llamada á cumplir la imprenta libre.

Meditad maduramente, señores jurados, que si condenais al periódico poneis con esa ejemplar sentencia una mordaza á la prensa; y meditat tambien, que si poneis una mordaza á la prensa, poneis una argolla á la libertad. Y entonces ¡ay de la patria!

En cuanto al estilo apasionado del artículo, parad mientes en las circunstancias, y en que se trataba de la Milicia, baluarte de la libertad. Atended un instante á las siguientes consideraciones.

Toda institucion es un ser, aunque solo tenga la realidad que dá la idea; pues yo de mí sé decir, que creo mas reales las ideas, aunque solo vivan en la conciencia, que los hechos acaecidos en el tiempo. La Milicia Nacional no es de hoy ni de ayer. La Milicia Nacional cuenta muchos siglos. Nadie puede poner en duda que España es la nacion mas democrática de Europa, y que la institucion mas democrática de España es el municipio, y que la fuerza del municipio fué su milicia. Atended á mi idea. ¿Qué es la Milicia Nacional? El pueblo armado, con esta ó la otra organizacion. ¿Y habeis parado vuestra atencion á considerar los servicios del pueblo armado? En la edad media los ardorosos hijos del Sol, adoradores de Alá, domaron el Africa, y atravesando el Estrecho, con-

virtieron, despues de haber enrojecido con española sangre las aguas del Guadalete, nuestra patria en templo del Profeta, las hermosas ciudades en sultanas de sus serrallos, los floridos campos en el mentido edén que les prometia su esperanza, los altos montes en sepulcro de los cristianos; y embriagados con los vapores del festin de la victoria, durmiéronse al arrullo de nuestras auras, á la sombra de nuestros árboles, soñando, voluptuosamente desvanecidos por los perfumes de nuestra oriental naturaleza; y el pueblo, nuevo Viriato, empuñó su lanza, y turbó aquel dulce sueño, llevando á los conquistadores la muerte en la punta de su espada, ahuyentándolos con la sombra solo de sus banderas municipales, y quebrantando con heróico esfuerzo y con sin par constancia las oprobiosas cadenas de la madre patria (*Aplausos.*)

Díganlo las Navas, que vieron á las milicias de los concejos de Soria, de Medinaceli, de Toledo, de Cuenca y de otros innumerables pueblos, hendir la guerrera lanza en el pecho del árabe enemigo; dígalo Jaen y Córdoba, que presenciaron el ardimiento de esas valerosas legiones, cuyo esfuerzo quebrantó las cadenas de oro que las tenían cautivas y sujetas al carro del vencedor; dígalo el ángel de nuestras glorias, que cuenta á los siglos cómo este pueblo llevó á cabo, auxiliado de su fé, gigantescas empresas, reconquistando el pátrio suelo, y cómo logró coronar con los rayos de oro del arte sus hazañas en sus romances, siendo á un tiempo mismo, por valeroso, nuevo Aquiles, y por poeta, nuevo Homero. (*Aplausos.*)

Y no paran aquí las hazañas del pueblo arma-

do. Convertid los ojos á tiempos cercanos. ¿Os acordais de Cárlos IV? En aquella córte, que ponía la rabia de la desesperacion en el pecho, las nubes de vergüenza en la frente, mientras los poderosos de la tierra se arrastraban á las plantas del privado, el pueblo abrasó con el justo rayo de su cólera aquel ídolo de la fortuna y del amor (*Aplausos*). Esos son los servicios del pueblo armado.

Señores: Y en estos últimos tiempos; ¿qué no ha hecho el pueblo armado en estos últimos tiempos? A principios del siglo se levantó un capitán venturoso, cuya frente resplandecía con la lumbrera del genio, á cuyas plantas depuso la libertad su cetro: emprendedor como Anibal, atravesó los Alpes, y al eco de su guerrero acento se estremecieron de gozo las cenizas de los Cincinatos y de los Gracos, y al reflejo de su altivo mirar, huyeron espantadas las legiones de los reyes; aventurero como Alejandro, cruzó los mares y consagró sus glorias al pié de las Pirámides, pidiendo inspiraciones á la cuna de las sociedades modernas, esfuerzo á los héroes envueltos en el roido sudario de los siglos; esforzado como César, holló los sepulcros de los Germanos; y los emperadores y reyes descendientes de Pedro el Grande, de Barbaroja y del grande Federico de Prusia, gozáronse en ser sus cortesanos, y los pueblos, desde el Rhin al Polo, se apercibieron á oprobiosa esclavitud, á triste servidumbre; pero el pueblo castellano, que guardaba en su pecho el fuego sagrado de sus tradiciones, midióse con el coloso, y se sintió mas grande y contestó á sus halagos con el Dos de Mayo y el sitio de Zaragoza. (*Aplausos*.)

En la última guerra ¿qué no ha hecho la Mili-

cia Nacional? No hay pueblo que no recuerde el ardimiento de Numancia, ni familia que no llore prendas de su amor perdidas en la sangrienta lucha, ni campo que no sea un cementerio, ni piedra que no haya recogido una gota de sangre, ni pliegue del aire que no haya secado una lágrima, ni flor que no brote de las cenizas de los mártires. (*Aplausos*).

Todos estos recuerdos, sin duda, se levantaban en la memoria del escritor, cuando se presentó aquel proyecto, señores, que produjo honda impresion en el ánimo del pueblo. Yo que no quiero levantar pasiones en mi auditorio, no recordaré aquellas circunstancias. Vosotros las recordareis para justificar el estilo del artículo.

Señores: Los tribunales populares, sin duda están destinados á preparar las grandes reformas que guarda lo porvenir. Con vuestros fallos podeis, en dias mas venturosos, justificar la verdadera libertad del pensamiento. ¡Ah! sí, señores, el pensamiento, ángel que despliega sus alas de luz en la conciencia, flor cuyo aroma se pierde en lo infinito, no consiente persecucion, porque es espiritual; ni está sujeto á la muerte, porque es divino; ni puede por un instante borrarse, porque es la esencia del alma; ni deja nunca de dar sus legítimas consecuencias, pues lleva encerradas en su seno las instituciones del porvenir, como la semilla que arrastra el viento encierra el cedro, corona de los montes, á cuyos piés se estrellan los embates de los huracanes y las corrientes de los siglos (*Aplausos*). Señores jurados: condenar el artículo, es desconocer la institucion de la prensa, es olvidar que cuando el pensamiento calla, las revo-

luciones hablan; es arrojar una sentencia á la frente del gobierno, que modificó la ley de Milicia; á la frente de la Asamblea, que aprobó la modificacion; es, por último, olvidar las tradiciones del Jurado y los verdaderos principios constitucionales, que dejan amplia libertad para juzgar los actos de los Ministros; es herir, al pensamiento y empañar la libertad.

¡Harto ha sufrido ya el periódico! estos números han sido secuestrados, no han visto apenas la luz pública. ¿Y os parece, señores, poco doloroso tal castigo? No, no, vosotros no consentireis que un desgraciado vaya á sufrir crueles padecimientos á una dura prision, donde toda idea se apaga, y todo sentimiento se desvanece; y no consintiendo, merecereis bien de la libertad, bien de la patria. He dicho. (*Aplausos.*)

Este discurso fué pronunciado en defensa de un artículo de *La Soberanía*, escrito por mi malogrado amigo Sixto Cámara. Como todos los artículos de Sixto Cámara, era aquel elocuente, impetuoso, ardentísimo, una verdadera proclama revolucionaria, escrita en aquel estilo cortado, sentencioso, pintoresco, que se llevaba tras sí el corazón de las muchedumbres. Un proyecto de ley presentado en daño de la Milicia Nacional por el ministerio del general Espartero, cuando comenzaba la reaccion de que fué víctima, inspiró el artículo de Sixto Cámara, denunciado por el fiscal y defendido por mí. En ese discurso, como se ve, hay dos propósitos, uno deslumbrar al Jurado, otro mo-

ver su corazón al sentimiento; así las imágenes son mas, y mucho mas exageradas que en otros discursos. Pero conseguí mi objeto; un triunfo para la democracia, una absolución para el artículo. Al día siguiente escribía Sixto Cámara lo que sigue sobre mi discurso. Los elogios son exagerados, pero prueban la impresión que produce una de esas oraciones dictadas principalmente por la fantasía, sobre todo, momentos después de oírla, al paso que hoy resta muy poco de aquello que pudo atraer con tanta fuerza el corazón de los oyentes.

«Las relaciones de amistad y de compañerismo, decía Cámara, que nos unen á don Emilio Castelar, nos impiden tributarle bien merecidos elogios; ahogan en nuestra garganta notables acentos de admiración y generoso entusiasmo. Diremos tan solo que el señor Castelar parecía el mismo espíritu de la elocuencia, revelándose á los hombres por las siete lenguas de fuego. Decía la verdad; invocaba la justicia con un lenguaje superior, inspirado. Era de admirar la belleza y esplendor con que la idea democrática descendía de sus labios. Los rayos de su elocuencia iluminaron el espíritu de los jurados, y encendieron en todo el auditorio caloroso entusiasmo, que en vano pretendió reprimir la campanilla presidencial. El resultado no podía ser dudoso. El Tribunal del pueblo absolvió por seis votos el artículo denunciado, dando de nuevo al gobierno una lección de justicia, de tolerancia, de liberalismo.»

Copio estas palabras, no por lo que hay en ellas de lisonjero para mí, sino porque son el recuerdo de la amistad, del cariño de un joven que ha sido tan llorado, y cuyos acentos tienen la solemnidad de la muerte.

DISCURSO

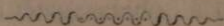
PRONUNCIADO

EN DEFENSA DE EL LEON ESPAÑOL

POR

D. EMILIO CASTELAR,

el día 27 de noviembre de 1855, ante el Jurado.



DISCURSO

EN DEFENSA DE EL LEON ESPAÑOL

D. EMILIO CASTELLAR

Señores Jurados:

Consagrado á la defensa de la verdad democrática, en ninguna ocasión creo haber cumplido tan fielmente mis deberes como en esta ocasión solemne, en que vengo de nuevo á defender la santidad de la inocencia, destello del cielo que inunda de suavísima luz los horizontes del alma, á defender también la inviolabilidad del pensamiento; y de esta suerte, sin mirar en mi defendido un adversario, sino un desgraciado, á cuyo alivio debo dedicar mis sentimientos y mis ideas, deudas contraídas al nacer con la desgracia, me propongo inclinar vuestro ánimo á que le absolvais; contando no solo con el derecho que le asiste y la razón que le abona, sino con vuestro santo amor á la libertad, magistrados del pueblo, de ese pueblo noble y generoso, que tocado en el corazón por Dios y movido á grandes empresas, ha ofrecido mil veces la vida de sus hijos en el sagrado altar del

sacrificio, para que la razon despliegue á la luz de eterno dia sus alas, y se pierda á la manera del águila en lo infinito, llevando en sus garras el centelleante rayo de las libertades patrias, que alumbra las conciencias, y ciega á los tiranos. (*Estrepitosos aplausos.*)

El Sr. *Presidente*: Señores: Aquí se viene á oír y callar; estoy resuelto á no tolerar esas ruidosas demostraciones, que desdicen de este sitio.

El Sr. *Castelar*: Señores: Voy á hacer depositario al Jurado de las razones que me han movido á tomar sobre mis débiles hombros el peso de esta defensa, porque no es dable despojar tales actos de su carácter político. Señores, cuando en estos últimos dias, mal aconsejado el partido hoy dominante por el miedo, que es la mas ruin de las pasiones, intentaba arrancar la prensa á su égida, que es la ley, y á su tribunal, que es el pueblo; en el silencio de mi pensamiento, recordaba los esforzados varones que en Cádiz despertaron la patria, dormida en el sombrío sepulcro que le habian levantado tres largos siglos de oprobiosa servidumbre, y encendieron el sacro fuego de la idea, y levantaron la libertad, entre los azulados matices de los cielos y las serenas ondas de los mares, como si quisieran que atestiguase su nacimiento todo cuanto hay de hermoso en la naturaleza; y asombrado veía á sus hijos ser como los apagados restos de las hogueras de la inquisicion, como las últimas sombras de la opaca nube de la censura, y tejer coronas de martirio para el pensamiento, y asistir á su largo y tristísimo calvario; cuando veía en mi mente al lado de aquella grandeza esta ignominia, necesitaba protestar contra tamaño ab-

surdo, y demostrar con la verdad del ejemplo que, si algun dia amaneciese en los esplendrosos horizontes patrios la democracia, si nuestras ideas prevalecieran, ó habiamos de inscribirlas en el espacio, como están escritas en la conciencia, ó habiamos de morir mártires de nuestra fé. (*Aplausos.*)

Descendiendo ahora al artículo, objeto de la denuncia, os ruego que os desposeais de vuestras ideas, y que solo mireis á la justicia. Los jueces están muy cerca del cielo. La justicia es como el sol; no importa que se desencadenen las tempestades, ni que la tierra exhale de su seno negros vapores. El sol, enclavado en el centro de los espacios, sonríe sereno, derramando luz y vida en los coros de los mundos. Acordad pues, que, acaso en las dudosas tinieblas de lo porvenir, se oculta la historia para recoger vuestros nombres, y que en los resplandores del cielo se oculta Dios para juzgar vuestras almas (*Bien, bien*). Señores, el artículo denunciado dirige severas inculpaciones á los diputados que se ausentaron de Madrid por el temor al cólera. El artículo, por lo tanto, es justo y legítimo. Entiendo por justo el sentimiento que lo dicta. Entiendo por legítimo el carácter que le distingue, y por el cual está dentro de la ley. Si os pruebo estas dos proposiciones, vosotros absolvereis el artículo, dando así nueva muestra de amor á la libertad, de respeto á la justicia.

Empezaré, señores, contestando á las acusaciones del fiscal, por ser esta la parte mas débil de mi defensa. El artículo es una perífrasis de otro del ilustrado y dignísimo periódico liberal *La Iberia*; pero el señor fiscal, en sus conocimientos del habla, tan necesarios para ejercer su ministe-

rio, encuentra, que, perifrasis, es decir lo contrario de aquello que se pretende comentar ó explicar. Con solo ligeros conocimientos de cierta lengua sábia, se alcanza fácilmente que perifrasear un escrito es deducir las conclusiones legítimamente en él encerradas, y aclararlo y comentarlo sin apartarse jamás de su principal idea. Así se explican esos largos comentarios hechos á la Biblia, á Santo Tomás, al Dante, y que si dijeran lo contrario de lo que en tales libros se encierra, serian ó perjudiciales, ó inútiles. Y el señor fiscal me ofrece ocasion propicia de presentar un argumento que ampliaré mas adelante. Si estos párrafos denunciados no son otra cosa que un corolario, ¿por qué no se denunciaron tambien los teoremas?

El señor fiscal pretende que el Jurado de calificación condene, porque el Jurado de acusacion acusa. Este es un argumento capcioso, ya muy usado por el señor fiscal. Pedir que este Jurado condene porque el anterior acusó, es tanto como pedir al Jurado de acusacion que acuse tan solo porque el fiscal denuncia. Entre aquel y este Jurado no hay ningun punto de continuidad, no hay ningun lazo. ¿Tan atrasado en elementos jurídicos está el señor fiscal, que ignora que no es lo mismo decir: «hay lugar á la formacion de causa,» que proceder á dictar la sentencia? El Jurado anterior, bajo la impresion del instante, encomienda á otro Jurado la sentencia para que oiga con detenimiento y madurez á las partes que intervienen en el proceso. Ahora bien, señores jurados, vosotros que habeis oido al fiscal, despues que habeis oido mi defensa, direis quién tiene razon.

Pero el señor fiscal me dá armas templadas por

él, para que yo cumpla mi levantado propósito de salvar la inocencia. Dice el señor fiscal que un periódico moderado ha dicho que dentro de los principios liberales cabe demasiada libertad. Yo, en nombre de esa libertad que ofende á los moderados, vengo á pedir la absolucion de *El Leon Español*. Leamos el artículo: «Nuestros adversarios, dice, se hacen de mil suertes distintas la oposicion á sí mismos.» Este es, pues, un artículo de polémica entre dos periódicos. Decidme con la mano puesta sobre el corazon; ¿es digno, es honroso que la justicia arroje su espada en la balanza de las controversias políticas? Pero el señor fiscal sustenta que el artículo está escrito contra las Córtes. El artículo está escrito contra el partido progresista. Cíteme el fiscal los artículos de la ley que hagan inviolable ese partido, y yo dicto la sentencia y pido el castigo. Pero, señores, cerrad vuestros oídos á lo que pide el fiscal. Cuando en una sociedad la justicia baja de su trono y empuña su espada centelleante como la del serafin del paraíso para perderse entre los partidos y batirse por ellos, llorad, sí, llorad por esa sociedad, porque está muerta. (*Bien, bien.*)

Os presentaré ejemplos, lejanos ejemplos, que os persuadan á creer en esta incontrovertible verdad. Grecia, divina artista, coronada por los matices de resplandeciente cielo, besada por las ondas de serenos mares; llevando en una mano la lira de oro del poeta ornada con las palmas de Platea y Salamina, y en la otra el fuego de la ciencia encendido por el aliento de Sócrates y Platon, mereció de Dios señalados favores; y la inspiracion cruzó, como blanca paloma, por sus horizontes,

cobijándola bajo sus nacaradas alas; y el Oriente, cuando la muerte se cernia sobre sus despedazados imperios, y el silencio sobre las rotas aras de sus derruidos templos, le infundió su alma; y el Occidente, cuando apenas se dibujaba en las nieblas del tiempo, se despertó á la vida, al eco de sus cantores; y naturaleza rasgó su túnica de flores y le mostró sus tesoros; y la conciencia desvaneció sus nubes y le enseñó sus misterios; y la gloria fué su esclava; y los artistas convirtieron las desnudas tablas en deslumbradores cielos, crearon dioses inmortales, llevando la sávia de su alma al duro y frio mármol; y los guerreros le fabricaron un carro triunfal cuyas ruedas pulverizaban las coronas de los reyes, y rompian como frágiles cañas los cetros de los déspotas de Persia, ejes de la tierra: y cuando parecia á tanta gloria estrecho asilo el mundo, pálida luz el sol, cayó en el infortunio, deshojóse su corona de rosas, rompiéronse las cuerdas de su lira, se apagó el fuego de la ciencia; lágrimas de dolor surcaron sus mejillas; huyeron sus dioses; tornáronse en polvo sus soberbios templos; un guerrero afortunado la hizo suya y asió sus manos con pesada argolla; pueblos bárbaros, convirtieron las copas de oro, donde libaban sus placeres los Alcibiádes y Anacreontes, en herraduras para sus caballos, y llovieron en su frente inmensas desgracias, porque cayó la verdad en manos de los sofistas, y en manos de los partidos cayó tambien la santa é inviolable justicia. (Aplausos.)

Si quereis, señores, para mi patria la suerte de Grecia, diosa un dia, y despues mísera esclava; la suerte de Roma, reina del mundo, que ventu-

rosa, tenia por diamantes de su corona los astros, por esmeraldas de sus sandalias los mares, y vencida, no halló ni un asilo, ni un sepulcro; la suerte de la Italia de la edad media, musa de las artes, que entregó sus mas ilustres hijos al destierro ó al cadalso; si quereis para mi patria una corona de espinas, como la que ciñe la desgraciada Polonia, una eterna cadena, como la que pesa sobre los hombros de Hungría, entregad la justicia, último refugio que á los desgraciados ofrece el mundo, entregadla en manos de los partidos; y en vez de daros refugio os dará muerte.

Pero dice el fiscal que el artículo impugna los dogmas del partido liberal, que esos dogmas son hoy leyes. Voy á probaros que sin estas impugnaciones, no existirían esos dogmas. Impugnándolos, *El Leon Español* ha usado de un derecho que nadie puede ni debe disputarle. Estadme atentos. Os lo ruego. Asi como los cuerpos han menester del tiempo y el espacio para manifestarse en la naturaleza, las almas han menester del derecho para manifestarse en la sociedad. El derecho es condicion de existencia para el hombre. ¿En qué consiste? Consiste la existencia del derecho en que el individuo pueda convertir las leyes de su naturaleza en leyes de la sociedad. La esencia de nuestro ser es el pensamiento. El alma del pensamiento la libertad. La ley de la libertad la contradiccion. Las contradicciones no existen, sin afirmacion y negacion. Lo mismo sucede en la naturaleza. La vida y la muerte, la luz y las tinieblas, la atraccion y la repulsion, son en la naturaleza como la afirmacion y negacion en el alma. Toda idea es un hecho en la conciencia; todo hecho es una idea en el es-

pacio. Suprimid por un instante el límite, y no comprendéis lo infinito; cegad el abismo de la muerte y no alcanzáis á entender el secreto de la vida; borrad la repulsion, y el mundo se convierte en inmenso caos; porque, señores, no cabe dudarle ni un punto, la contradiccion es el eterno ritmo de las ideas y de las cosas. ¿Hay en vosotros poder para destruir la naturaleza? ¿Habeis recibido de Dios aliento para derruir los mundos? ¿Podeis, acaso oponeros á la gravedad de los cuerpos? Pues si no teneis poder para borrar las leyes de la naturaleza, tampoco lo teneis para borrar las leyes de la conciencia. Si no podeis oponeros á la gravedad de los cuerpos, tampoco podeis oponeros á la libertad de las almas. Si de todas estas leyes resulta el mundo moral, el que pretende torcerlas, es como Satan, causa de mal, origen de incesantes perturbaciones. Ningun pensamiento existe sin su contrario. Yo al menos no lo concibo. Solo en la frente de Dios, el pensamiento no tiene sombras. Pues si no puede existir ningun pensamiento sin su contrario, ved ahí explicado el gran ejemplo que ofrece este tribunal del pueblo, el cual teniendo el instinto de la libertad, intuicion divina, que aleja todas las sombras, absuelve á los periódicos de oposiciones diversas.

«Lo que anhela el gobierno es contener el pensamiento,» dice el fiscal. ¡Contener el pensamiento! Tanto valdria querer contener el movimiento de la tierra. Señores: el pensamiento recibe en sus inmensos espacios esa catarata de ideas, que cayendo de la mente de Dios, rueda en toda la historia; descende al seno de la tierra y sorprende los metales en su cuna; armoniza los varios séres es-

parcidos como restos de un naufragio en las escalas de la creacion; flota como blanca nube en las ondulaciones del aire; se aposenta en el alma de Colon, y descubre nuevos mundos escondidos en el azulado nácar de los mares; se cierne, pintada mariposa, sobre los astros; deja tras sí el tiempo, y se pierde, como el aroma del incienso en el seno del Eterno. (*Aplausos.*)

Si quereis acabar con todo lo existente y lo posible, contened, contened el pensamiento. Por eso la democracia, producto de la sabiduria de los siglos, le deja abandonado á su vuelo. Y por eso he dicho, al principiar mi discurso, que venia aquí á sostener mis principios. *El Leon Español* tenia un derecho absoluto, innegable, que debemos reconocer, á fuer de leales á nuestras santas doctrinas. Pero si tiene derecho absoluto ¿no tiene derecho legal? Contestaré á esta pregunta. ¿Cuál es el alma de las instituciones progresistas? La libertad. Y la libertad no es para los vencedores; la libertad es para los vencidos (*Bien, muy bien*). Digo mas; la libertad si para los vencidos es segura garantía, para los vencedores, yo os lo fio, es incontrastable freno. De otra suerte, ¿en qué se diferencia de sus contrarios el partido liberal? Examinad las ideas generadoras de los gobiernos. En el gobierno absoluto, la voluntad contraria á la voluntad del rey desaparece ó en destierros ó en cadalsos: el pensamiento contrario al pensamiento del rey muere, ó borrado por las opacas nubes de la censura ó consumido por las hogueras de la inquisicion. De esta suerte se esplica, señores, cómo el absolutismo trajo consigo la total ruina de la patria. La nacionalidad española, frondoso ár-

bol del cual cortaban lanzas los guerreros, coronas los poetas, perdió ramas, hojas y flores; el pensamiento español, lago celeste, que retrataba la suprema verdad y la eterna belleza como el azulado Mediterráneo retrata en el espejo de sus claras aguas la blanca imagen de la luna y las estrellas, se corrompió, engendrando con sus sombríos y densos vapores la negra noche en que se consumió nuestro espíritu. (*Aplausos.*)

Para que la nacion renaciera, fué preciso que se acabara la absoluta tutela de sus reyes. Entonces del polvo de los siglos se alzó trasfigurado el ángel de nuestras glorias. Mientras Cárlos IV y Fernando VII se arrastraban serviles á los piés de Napoleon, el pueblo contestaba orgulloso á los halagos de Napoleon con el Dos de Mayo y el sitio de Zaragoza (*Bien*). Mientras los reyes absolutos le adulaban, el pueblo le vencía. Aquellos daban á Napoleon su corona: este, al revés, le hería con mortal herida en la frente. No en vano os decia que cuando el pensamiento se apaga en la conciencia de las naciones, la muerte las hace su presa.

El partido moderado ha practicado lo que pide el fiscal. Daba vuelo al pensamiento para despues aprisionarlo en sus redes. Así, vivió en la inmoralidad, y murió al pié de la revolucion. Su tiranía fué mas terrible y menos gloriosa que la tiranía de los reyes. Pero en los gobiernos libres la voluntad contraria á la voluntad del gobierno se manifiesta en los comicios; el pensamiento contrario al pensamiento del gobierno se manifiesta en la prensa. Si tal no hiciésemos, seriamos tenidos por fariseos de la libertad. ¿Qué seria nuestra libertad? Seria la triste libertad de la India, que encerraba en

resplandecientes santuarios á los poderosos sacerdotes y privaba casi de la vida á los maldecidos párias; ó la tumultuosa libertad de Grecia, que mientras consentia que los tribunos invadiesen la plaza pública, seguidos de sus cohortes de parciales, para mover á su grado las voluntades y que los filósofos se congregaran en las escuelas rodeados de sus cohortes de discípulos para escudriñar los secretos del pensamiento, dejaba, cruel, á los esclavos abandonados y solitarios, sin una madre que les consolase, sin un hijo que les sonriese; faltos de esperanzas, desposeídos de todo recuerdo; viendo sucederse como horribles maldiciones sobre su frente días de dolor, y fiando solo su descanso á la guadaña de la muerte; seria la libertad de la edad media, que levantaba castillos para los nobles y no tenía chozas para los plebeyos; que en manos de los señores era la espada de la ley, la vara de la justicia, y en manos de los siervos pesada argolla; seria sí alguna de esas libertades que solo ceden, mentidas y engañosas, en provecho de una clase privilegiada; pero no sería la libertad que iluminó con el resplandor de su mirada Jesucristo, y que llevó los mártires á la muerte; cedro del Líbano, cuyas raíces prenden robustas en el centro de la tierra, cuyas ramas, nido de las aves del cielo, se esparcen orgullosas en lo infinito, estendiendo su frondosa copa sobre las almas como los celestes horizontes sobre el mundo; libertad á cuya sombra han de reposar tras su larga peregrinación y rudos combates, los pueblos, llevando la esplendorosa corona de la soberanía en su frente, y en sus manos el incontrastable cetro del derecho. (*Aplausos.*)

Y lo que me persuade á creer que se trata de que la libertad española sea una de esas mentidas libertades condenadas por la historia y por la razon, es considerar que en este mismo periódico se contienen dos artículos animados de una misma idea, y el ministerio fiscal aplaude el uno por ser progresista, y condena al otro por ser moderado. Señores: nadie profesará á *La Iberia* la estimacion profunda que yo le profeso. Débole señaladas distinciones, y me glorió de ser amigo de sus dignísimos escritores. Todos reunen á un elevado talento un gran amor por la libertad de la patria, cuya causan sirven con entusiasmo. Pues bien, señores, *La Iberia* dice contra los diputados que faltaron á sus compromisos, no viniendo á Madrid, mucho mas que *El Leon Español*. No encuentra *La Iberia* palabras para calificar la conducta de tales diputados: que si las hubiera encontrado, las usára (*Risas*). Señores: del primer párrafo de este liberal periódico, se concluye que los diputados faltaron á su conciencia como hombres, y á sus compromisos como legisladores. En el segundo se compara el valor de los legisladores de 1834 con los femeniles y ridículos escrúpulos de los legisladores de 1855. En el último presenta un triste espectáculo. La cuestion social en Cataluña, la bandera de D. Carlos en las montañas, la nacion falta de reposo, el espíritu público lleno de tinieblas, todos los derechos lejos de su cauce, todas las corporaciones fuera de su órbita, la revolucion herida en polvo, los sectarios de la reaccion acechando su presa, las leyes en tela de juicio, el edificio político sin bases do levantarse, los males arreciando, y el pueblo dolorido, convir-

tiendo sus ojos á la Asamblea, dicen bien claramente cuán dignos son de justa censura los que así desconocieron la santidad de sus deberes. Y si en el fondo confiesan lo mismo *La Iberia* y *El Leon Español*, ¿por qué al uno tantas consideraciones? ¿por qué tan ruda acusacion contra el otro? Ved, señores, cómo siguiendo los consejos del fiscal, haríais de la justicia un arma de partido, y de la libertad un triste privilegio. Pero el señor fiscal me enseña la ley, y dice; «está terminante.» «Serán subversivos los artículos que desacrediten á las Córtes.» ¡Ah! No habian previsto aquellos legisladores el caso en que las Córtes se desacreditáran á sí mismas. Y es muy triste, señores, que haya diputados capaces de faltar á sus deberes, por temor á la muerte, ¡la muerte! que para el cristiano es el principio de la vida (*Aplausos*). Tened entendido que si se hubiera tratado de grandes sacrificios, faltaron gravemente en no sacrificarse.

¿Sabeis lo que es el sacrificio? Para comprender la naturaleza del sacrificio, examinad antes la naturaleza del hombre. El hombre es el epílogo del universo, el microscopio levantado entre la oscuridad de la tierra y los resplandores del cielo. Por la estension se confunde con la naturaleza; por el pensamiento se acerca á Dios. Está sujeto al tiempo, y vive en la eternidad. Muévase en los círculos de lo finito, y se pierde en lo infinito. Es el santuario en que se encuentran lo creado y lo increado, la materia y el espíritu. A sus piés ruedan en ondas confusas los seres; sobre su frente flotan en luminosos círculos las ideas. Recoge en sus ojos los rayos del sol, y en su alma el espíritu de

Dios: vive aquí, como el astro; vive en la eternidad, como el ángel. Es el instrumento con que Dios perfecciona la creacion. Por eso todas las leyes del espíritu y todas las leyes de la naturaleza, hallan su razon de ser en el hombre. Examinad, pues la ley de la muerte. Es un foco de vida. Las generaciones llegan un instante á la tierra, y desaparecen como las olas que besan las playas y se pierden prontamente en los abismos; las obras de arte perecen devoradas por el tiempo, como las flores se agostan á los abrasadores rayos del sol; las instituciones huyen del espacio en alas de eterna revolucion, como las arenas huyen del desierto en alas del huracan; las grandes civilizaciones, luz de la historia, se apagan como los astros, temblorosas luciérnagas, prendidas á celeste flor; las naciones se sumerjen anegadas por el diluvio de los siglos; y sin embargo, del seno de tantos cadáveres hacinados, del fondo de tantos sepulcros abiertos, de en medio de estos vastos cementerios, se levantan rebosando nueva vida, séres, instituciones y pueblos, que llenan el mundo de la naturaleza, y el mundo de la historia. (*Aplausos.*)

Lo que sucede en la naturaleza con la muerte, sucede en la conciencia con el sacrificio. No encontráis en el mundo moral una gran idea que no haya resplandecido en la hoguera del sacrificio. Todas las religiones han comprendido esta verdad. Y en efecto, los pueblos antiguos no hubieran sido, si sus Leonidas y sus Gracos rehusaran la muerte; la cadena de la ciencia se hubiera roto, si Sócrates apartara sus lábios del veneno que le presentaban sus verdugos, porque acaso no se hubieran levantado del fondo de su sepulcro Platon y Aris-

tóteles, luminosos destellos de su alma; el pensamiento vagaría hoy entre tinieblas, si los defensores de su libertad no lo hubieran acrisolado en las hogueras; América yacería ignorada en su celeste concha, si Colon no sufriera el martirio de las humillaciones; naturaleza seria un geroglífico, si temeroso de Roma Galileo, arrojara al fuego la hoja que contenia sus verdades; y la humanidad, presa de su esclavitud, dormiría aun domeñada por los emperadores al pié del capitolio, si Jesucristo no sacrificara su vida en el altar del Calvario. (*Aplausos*).

Pues si esto es cierto, ¿qué no merecen los hombres que por temor á pequeños y despreciables accidentes de la naturaleza olvidaron así á la patria? ¿Pues qué, los legisladores por su alto destino están sobre la opinion pública? No. El periódico que los ha combatido no ha faltado á su deber; antes lo ha cumplido fielmente. ¿Y osareis vosotros, que sois la conciencia de la sociedad, castigar al que cumple sus deberes? No. Pensad en lo enorme de la falta que han cometido los Diputados, y disculpareis lo duro del lenguaje que ha usado *El León Español*. Señores: esas Córtes han nacido de uno de los sacrificios mas gloriosos que registra nuestra historia contemporánea. Acordaos del triste estado de la nacion española, y del heroico remedio que á estos males dió el pueblo. Acordaos de lo que dió de sí en su larga dominacion el partido moderado. Todas las nociones de la moral se habian perdido, todas las leyes de la patria andaban revueltas en el lodo; la libertad que conquistaron con sangre nuestros padres, se apartaba de los horizontes; el pensamiento anocheaba en espesas tinie-

blas; el hogar doméstico, último refugio de la herida libertad, estaba á merced de los esbirros; la suerte del pueblo en mano de ridículos dictadores; la ignominia era tanta, que mas parecíamos raza de esclavos, que descendientes de héroes; y tan grande nuestra desgracia, que todos los pueblos apartaban doloridos la vista de esta degradacion sin ejemplo; y cuando no rayaba en el cielo esperanza que inclinase á presentir dias de ventura; los hijos del pueblo, sin otro norte que la justicia, sin otro fin que la salvacion de la patria, desasiéndose de los lazos de su familia, pidieron luz á Dios para derrocar á sus eternos enemigos, pelearon como héroes, ofrecieron desnudo pecho al plomo asolador, y no cesaron un punto hasta que resonó en los aires el canto de triunfo de la libertad; ¡y los hombres venidos á interpretar el pensamiento que amanecía entre las tormentas de la revolucion, abandonan cobardes el edificio levantado sobre los huesos de los mártires! (*Aplausos.*)

¿Y qué se les pedia? No que como el parlamento inglés en el siglo XVII, desafiaran iras de reyes y rebeliones de pueblos; no, que como la inmortal Convencion francesa, mostrasen olímpica serenidad, decretando victorias; mientras sus hermanos se rasgaban mutuamente las entrañas en sangrienta lucha, y los ejércitos de los reyes del mundose congregaban contra la libertad y el derecho; sino que tuviesen el valor de una hermana de la caridad, ángel de paz que cruza por estos sombríos desiertos, y se inclina sobre el lecho del moribundo, y le ofrece consuelos vivo y oraciones muerto, tiñendo con los celestes resplandores de su pura alma los tormentos de la agonía y la os-

curidad de la muerte. (*Estrepitosos aplausos.*)

Yo creo, pues, que un artículo encaminado á encarecer la grandeza de los deberes, no puede ser condenado por vosotros, magistrados del pueblo, que no juzgais con arreglo á leyes transitorias escritas en ténues hojas, sino con arreglo á las eternas nociones de la justicia, resplandor de eterna luz que Dios difunde en el cielo del alma. Pero el señor fiscal, temeroso por extremo, cree que si absoveis el artículo, peligrará la libertad. ¡Qué idea tan mezquina tiene de la libertad el representante de la ley! La libertad es inmortal. Emancipación de Dios, esencia del hombre, vuela eternamente como el tiempo sobre la tierra. La libertad es la sávia que ha dado sus flores y sus frutos á todas las civilizaciones. Anegada en el mar de sombras del Oriente, se levantó entre perlas, como el ave se remonta de su abandonado nido en las ondulaciones del aire; perseguida y proscrita del Egipto, irradió luz y vida en la cumbre del Sinaí, retratando en las ardorosas arenas del desierto la tierra de promisión; olvidada de los hombres, cruzó los mares de Grecia y á su canto se despertaron entre las plateadas ondas, islas cubiertas de rosa, divinidades resplandecientes de hermosura; herida en su templo, prosiguió su camino, posándose altanera en la cúspide del capitolio, y con su aliento los romanos conquistaron el mundo y escribieron las eternas tablas del derecho; martirizada en los circos, renació pura y brillante de las cenizas de las hogueras; soterrada bajo la inmensa pesadumbre de los castillos feudales, dominó á sus soberbios enemigos, y dió lanzas á los plebeyos, banderas á las ciudades, paz á



la tierra; asida de nuevo al carro de los reyes absolutos, rompió sus ligaduras y habló á los hombres con el acento de Mirabeau, y borró los restos de las antiguas sociedades con la espada de Napoleon; siempre viva, siempre fecunda, eterna sávia de la conciencia, de la naturaleza y de la historia; sol, que si sufre eclipses, no consiente ocaso, vá desvaneciéndose nieblas y creando de nuevo al hombre en toda la plenitud de su ser, para que realice el divino ideal de la democracia, que Dios escribió con caracteres de fuego en los espacios de la humana inteligencia. (*Estrepitosos aplausos.*)

— Creer que un artículo es bastante á detener el progreso en su triunfal carrera, equivaldria á creer que la blanca nube que cruza un instante por los aires puede turbar y desconcertar las armonías de los mundos. Sosiéguese el señor fiscal. La razón y la libertad, hermanadas como dos ángeles que Dios envia para velar sobre la humanidad, no verán tronchadas sus alas en las tempestades del mundo. No hay, pues, ni aun recelos de que sea dañosa á la libertad la absolución que os demando en justicia, antes bien será una prueba mas de que la libertad no nos ha abandonado. Si considerais que los partidos y sus dogmas están sujetos al criterio de los individuos; si traeis á las mientes la idea del derecho, si evocais la legalidad existente; si, oyendo la razón y la justicia, veis que el publicista está obligado á recordar deberes sagrados; si, con ánimo levantado y corazon puro, convertís los ojos á la libertad, á sus leyes, á sus contradicciones, no podeis menos de absolver este artículo, dando, como os he dicho, una muestra de consecuencia con los prin-

cipios que rigen hoy á la sociedad española. Señores: ¿Necesitaré interesar en pró de mi defendido vuestro corazón? El Sr. Gutierrez de la Vega, por un sentimiento de justicia y de caballerosidad, que por extremo le honra, ha querido que recayeran sobre él todas sus faltas, no buscando un desgraciado editor que le sirviese de escudo. Esto es honrosísimo. ¡Y cuántas desgracias y tribulaciones le cercan! Vosotros podeis arrojar un reflejo de consuelo en la negra noche de su desgracia. Señores: en las tormentas de este mundo, en este triste destierro, no entrevee el corazón otra ventura que derramar el bien; porque á su luz descubrimos las hermosas playas de nuestra patria, que es el cielo. Vosotros, en ese tribunal, ¿no ois latir vuestro corazón con más encanto, cuando habeis tendido una mano generosa á la desgracia? ¿No sentis entonces derramarse por todo vuestro ser un consuelo inesfable, como si el mismo espíritu de Dios se difundiera por los espacios del alma? De esta vida que se agita en nuestro seno, solo quedan la virtud, el amor en la tierra, despues que nos dormimos en la muerte, y volamos á la eternidad.

Además, señores, vosotros teneis un deber de demostrar á España que sois jueces de todos los ciudadanos. ¿No habeis oido denostar el nombre del Jurado? Contestad á esos denuestos con la santidad de la justicia. El Sr. Gutierrez de la Vega se abrazó á las aras de este tribunal, y de esas aras lo han arrancado; pidió justicia á la libertad, y vió la libertad hundida bajo sus plantas. Os creyeron incapaces de ser justos. Mostrad, pues, hoy cuán grande y generoso es el pueblo. ¿Qué os importan

los insultos! Imitad á Jesucristo, eterno ideal de nuestras acciones. Nególe un asilo la tierra, hechura de sus manos, y la iluminó con los resplandores de su idea; los sábios le menospreciaron, y rasgó los cielos para mostrarles la verdad eterna en su santuario; los jueces le escupieron al rostro, y llovió sobre sus empedernidas conciencias el rocío de la justicia; los sacerdotes le condenaron por sus blasfemias, y les enseñó la oración que une el alma con Dios; los esclavos se burlaron de sus congojas, y descendió al fondo de sus miserables cabañas á quebrantar sus cadenas; los pueblos le pusieron afrentosa aureola, le alzaron en oprobioso suplicio, y al pasar de esta vida, en el último trance de su dolorosísima agonía, mandó á los ángeles tejer coronas de estrellas para ornar las sienes de sus mismos verdugos. (*Aplausos.*)

Sí, sí, no olvideis que el bien siempre produce flores, y si en todos tiempos es justo derramarlo, hoy mas que nunca, señores, mas que nunca. ¿Sabeis por ventura la suerte que Dios depara á vuestros hijos? No reposámos en paz como nuestros padres, ni dormimos á la sombra de una civilizacion armónica como los venideros; por nuestro mal hemos venido á la vida en tiempos de transicion y de lucha; una poderosa civilizacion se descompone y nace otra civilizacion; los antiguos templos se arruinan y con sus escombros debemos levantar otros templos; fuerzas contrarias, como huracanes que parten de opuestos polos, se encuentran, y en su combate arrastran consigo infinitas almas, como deshojadas rosas; la voz de los misioneros del mundo que se vá y la voz de los após-

toles del mundo que nace, nos llaman á una cruzada; y ningun jóven tiene poder para permanecer indiferente, porque la Providencia le obliga á empuñar su espada y desplegar su bandera; y si la tierra está cubierta de volcanes y el aire cargado de tormentas, ¿quién sabe si algun día vuestros hijos pedirán desde el fondo de los calabozos, al estridor de las cadenas, al pié de los suplicios, justicia y misericordia, y no hallarán ni misericordia ni justicia? (*Estrepitosos aplausos.*)

Voy á concluir. Quisiera reasumir, pero no puedo. Vosotros me dispensareis. He dejado hablar al corazon y el corazon no tiene memoria (*Bien, bien*). Señores: yo, que he consagrado las primicias de mi alma al pueblo, os pido la absolucion. Señores: yo quiero libertad, y la libertad como el sol debe iluminar todas las frentes; quiero igualdad, y la igualdad como el cielo ha de cobijar todas las almas; quiero fraternidad, y la fraternidad como la virtud nos obliga á estender á todos los hombres nuestros brazos; amo á la democracia, y la democracia es la justicia; y en nombre de todos estos sentimientos que resuenan en vuestros corazones, os ruego que al dictar vuestra sentencia volvais los ojos á la razon, y el Eterno os iluminará, y como siempre sacareis pura la inocencia y salvo el pensamiento. He dicho. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Este discurso alcanzó que el Jurado absolviera por unani-

midad el artículo de *El Leon Español*. Necesito explicar algunas particularidades para la mejor inteligencia del testo. Yo era por este tiempo secretario del Tribunal de Honor de la prensa, que en aquella ocasion, en que las pasiones andaban fuera de cauce, como sucede en épocas en que se controvierten grandes problemas políticos, evitó muchos duelos, y fué celebrado por toda la prensa europea, y especialmente por la alemana. Con este motivo fui amigo de todos los directores de los periódicos de Madrid, á quienes me unian las relaciones sagradas del agradecimiento, por la consideracion inmerecida que me habian siempre guardado. El señor Gutierrez de la Vega, cuya caballeridad es conocida de todos los que le tratan, era y es hoy uno de mis mejores amigos. Con motivo de un artículo que escribí sobre cuestiones de Palacio, fué con gran arbitrariedad arrancado al Jurado y puesto á disposicion de los tribunales ordinarios. La prensa entera, sin esceptuar los periódicos ministeriales, protestó contra tamaños atentados; faltas en que suelen caer los partidos embriagados por el triunfo. Yo, que me hallaba á la sazón en Zaragoza, escribí al señor Gutierrez de la Vega ofreciéndole cuanto era y valia en su defensa. A los pocos dias fué denunciado un artículo de *El Leon Español* sujetándolo al Jurado. El gobierno, que al entregar á los tribunales ordinarios al señor Gutierrez de la Vega se encontraba muy comprometido, tenia empeño en que el Jurado condenara el artículo, para de esta suerte dilatar y justificar la injustificada prision del escritor moderado. Yo tomé á mi cargo la defensa, y fué absuelto por unanimidad. A los pocos dias el señor Gutierrez de la Vega alcanzaba libertad, pues no se atrevió el gobierno á seguir contra él los procedimientos ordinarios. Pasó cien dias en la cárcel. El artículo denunciado juzgaba con severidad á las Cortes Constituyentes porque algunos diputados habian huido por causa del cólera. Fuerza es confesar que yo estuve duro con la Asamblea, obligado por la ley de la defensa. Nunca se podrá olvidar que en aquellas Cortes hubo patriotismo, que abrieron las fuentes de la riqueza pública, que llevaron á cima parte de la revolucion económica liberal, y que á haber tenido mas conciencia del derecho y del progreso de las ideas, hubieran coronado la libertad de nuestra patria.

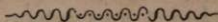
DISCURSO

PRONUNCIADO ANTE EL JURADO

el día 20 de mayo de 1856, en defensa del periódico
« La Democracia , »

POR

D. EMILIO CASTELAR.



DISCURSO

PRONUNCIADO ANTE EL JURADO

D. EMILIO CASTELLAR.

Señores Jurados:

Depositarios de la libertad, defensores del derecho, nunca se os presentó ocasion tan propicia de ejercer vuestro elevado ministerio como hoy, en que teneis delante de vosotros, á vuestras plantas, no solo un inocente á quien puede herir vuestra sentencia; sino una gran nacion, reina un dia del mundo, y hoy esclava de sus antiguos esclavos, y que en su amarga pena, en su profundo y tristísimo abatimiento, solo tiene para su consuelo los ecos de la lira de los poetas que saludan á la Musa del mundo antiguo. (*Estrepitosos y repetidos aplausos*).

El señor *Presidente*: Orden, señores; con esas interrupciones se alcanza solo distraer al orador, y le dañan mas que le sirven. A él apelo. Por tanto, ruego que no se hagan manifestaciones de ninguna clase, que turban, mas que á nadie, al orador.

El Sr. *Castelar*: Decia, señores, que la lira de los poetas saluda á la Musa del mundo antiguo,

que iluminó la frente de las generaciones con la luz del arte clásico; á la Vestal de la edad media que conservó entre ruinas el fuego sagrado de la poesía cristiana; á esa nacion que merece levantarse de su lecho de flores, buscar en el polvo de los siglos la rota lanza de Bruto y Cincinato, pedir aliento á sus recuerdos y lanzarse á la pelea en esa gran cruzada de los pueblos esclavos contra sus menguados conquistadores; cruzada que la razon anhela y que Dios bendice desde su trono de estrellas, porque Dios asiste siempre á las grandes causas que resplandecen por su santidad y por su justicia. (*Aplausos.*)

Señores: Las palabras libertad, independencia, siempre sublimes, son sagradas cuando se pronuncian bajo el cielo de España, como la palabra Dios pronunciada bajo las bóvedas de una catedral gótica. En este artículo, pues, ¿de qué se trata? De la independencia de Italia. En 1848 se levantó Roma, sacudiendola ceniza de las tumbas que la cubrian, á reconquistar su independencia, y lo hubiera conseguido si tres naciones no la ahogaran en su sangre; y aun hoy se levantaria con heroico ardimiento á vivir vida independiente, si no pesasen sobre la losa de su sepulcro las legiones del Augustúlo de los Carlovingios revolucionarios. (*Aplausos.*)

Señores jurados: Si oyendo la voz del fiscal condenárais el artículo, absolveriais á los tiranos de Italia, á los que han apagado el fuego de la idea en su mente, y roto las cuerdas de la lira de su corazon; á los que han perseguido y arrojado por los ámbitos del mundo á esa gran raza de reyes. *ante quien muda se postró la tierra*; á los que han

encadenado á Milan, á Venecia, la diosa del Adriático, á la riente Nápoles, á Florencia, nido de azucenas, donde han dormido todos los poetas italianos; á los que han envenenado el aire que se respira en Roma, y no han tenido compasion ni de los pequeñuelos, arrancándolos al pecho de sus madres, para que al amanecer su razon no vieran los segados laureles que aun brota con nuevo verdor el suelo sagrado de la patria, y no escucharan la doliente voz de Italia, que, en son de queja, se levanta eternamente del fondo de sus azulados mares; y pronunciando tal sentencia aqui, sobre esta tierra cubierta con las cenizas de las víctimas de la libertad, bajo este cielo que aun centellea con los resplandores de las almas de los mártires de la independencian, condenariais á eterna ignominia á los héroes del Dos de Mayo y del sitio de Zaragoza. (*Prolongados aplausos.*)

Señores; yo no vengo aquí en nombre de un partido, vengo en nombre de la razon y de la justicia, y al dirigirme á vosotros no trato de mover vuestras pasiones, sino de persuadir vuestras conciencias. Solo escuelas políticas para quienes el derecho es el hecho; que se postran de hinojos ante todas las tiranías y las consagran con tal que las haya ungido antes el óleo de la victoria; solo esas escuelas, plantas malditas, cuya sombra envenena el corazon y agosta la inteligencia; solo esas escuelas que tienen una ley moral para las naciones y otra ley moral para los individuos; una religion para los fuertes y otra religion para los débiles; solo esas escuelas, viles mercados de sofistas, pueden justificar que un dia tres reyes se repartieran, como los soldados la túnica del Sal-

vador, á Polonia; señores, á Polonia, que blandiendo su invencible lanza habia libertado al Norte de caer en las cadenas de los turcos: y otro dia, un imperio ingrato, olvidando que Hungría le habia levantado en su incontrastable escudo al trono mas eminente de Alemania, la redujera á miserable condicion de sierva; y reyes, emperadores, se repartieran, como jardín creado para sus delicias á la divina Italia: solo esas escuelas pueden justificar tantos crímenes; pero nosotros, pobres hijos del pueblo, que nada alcanzamos de esas teorías absurdas, que nada sabemos de esa sirte de iniquidades que han dado en llamar los sábios diplomacia (*¡Bravo: bravo!*) nosotros, que aprendimos las nociones de la moral y la religion en el gran libro, en el corazon de nuestras madres, donde Dios las depositó en toda su pureza, como depositó su aliento en el cáliz de las flores, nosotros declaramos que el asesinato es un crimen vituperable, horrible, digno de castigo, y mucho mas vituperable, y mucho mas horrible, y mucho mas digno de castigo, cuando la víctima es un pueblo y el asesino es un rey. (*Repetidos aplausos*).

Señores jurados: Cuando se comete un crimen no hay poder humano ni divino bastante á santificarlo. Una injusticia será siempre una injusticia, aunque la consagren los sacerdotes, aunque la sancionen los reyes; porque la ley positiva no puede hacer nunca que sea moral lo immoral. Por eso siempre la historia, y con la historia el sentimiento unánime de todos los pueblos, tendrá por justa la guerra de Polonia contra Rusia; de Hungría contra Alemania, como será siempre legítima y santa la heroica guerra de la independencia es-

pañola. ¿Por qué, pues, vais á condenar á un pe-
riódico? Porque defiende la independencia de las
naciones, verdad cantada en el romancero espa-
ñol, gran iliada cuyo Homero es el pueblo; ver-
dad escrita con caractéres de indeleble sangre en
Covadonga y en las Navas; verdad que como es-
trella sin ocaso resplandece siempre sobre la agujas
góticas de las catedrales de Sevilla y Toledo; ver-
dad que acariciaron nuestros esforzados padres,
cuando sin darse punto de reposo buscaban entre
los jardines orientales de la hermosa Andalucía,
guiados por el lábaro de la fé, aquellos nidos de
flores en que Virgilio puso sus elíseos y el árabe
encontró sus edenes, y el cristiano viera hoy su
paraíso si no lo buscará en el cielo; verdad que se
levanta como eterno incienso del fondo de nuestros
campos; que resuena como la voz de Dios en el
sepulcro de nuestros mayores; verdad que es el
sentimiento mas vivo de nuestros corazones; ver-
dad escrita en nuestra agradecida memoria, con
símbolos que se llaman Viriato, Pelayo, el Cid,
San Fernando: verdad que es la ley de nuestro
Evangelio, el principio y el fin de nuestra histo-
ria, el alma sagrada é inmortal de nuestra patria
(*Vivas aclamaciones*). Pero me dice el fiscal: en
este artículo se falta al Gefe de la Iglesia, y por
tanto á la religion. No es cierto señores, no es
cierto. ¿Qué tiene que ver la eterna verdad que
se llama poder espiritual del Pontificado con la
eterna mentira que se llama poder temporal de los
Reyes de Roma? (*Repetidos aplausos.*)

Señores: No creais que la democracia es irre-
ligiosa, no lo creais; la democracia es eminente-
mente cristiana. Jesucristo vino á purificar la na-

turaleza y el espíritu; lloró á orillas de los arroyos en que tantas veces habian caido las dulces lágrimas de los profetas; reposó á la sombra de aquellos cedros y palmares que recibian en sus verdes coronas las nubes venidas del cielo á traer como blancas palomas el rocío de las bendiciones de Dios: oró en el gran altar de la naturaleza, teniendo por mensajeros de sus plegarias los cantares de la creacion, el eco del torrente, el suspiro de las brisas, el rumor de los bosques; y por incienso el aroma de las flores, del lirio de Isaías, de las azucenas de Salomon; y siendo creador del espíritu y de la materia, descendió á la cabaña del pobre á volverle su pristina dignidad, al tugurio del esclavo á quebrantar sus cadenas, á las congregaciones de los pueblos á predicarles el reino de Dios; y no se abrieron sus lábios sino para bendecir; y no latió su corazon sino para amar; y realizó portentosa y santa revolucion sin derramar mas sangre que su propia sangre, y sin buscar mas trono que la Cruz, ni mas diadema que su corona de espinas. (*Aplausos.*)

Señores: ¿Y los reyes de Roma? Yo nada diré de ellos. Vosotros creeriais inspiradas mis palabras por la ley de la defensa. Buscaré, pues, para traerlas aqui, palabras de reyes católicos, de teólogos ortodoxos, de santos adorados en los altares, reduciéndose mi argumento á lo siguiente: mañana podrá copiar *La Democracia* todos los textos que voy á citar impunemente, y vuestro castigo seria inútil, y un castigo inútil es una venganza, y una venganza es indigna de los nobles hijos del pueblo. Escuchadme. Guillermo IX de Poitiers, en la mitad del siglo duodéci-

mo, es decir, en lo mas profundo de la oscura noche de la edad media, cuando los Papas movian segun su grado á los pueblos contra los reyes, pues eran dueños de la voluntad de los unos y de la corona de los otros, decia que las cruzadas, guerras poéticas en que un mundo se lanzaba sobre otro mundo, corriendo en pos del vacío sepulcro de Cristo, que aunque vacío, dió de sí como cuna de la libertad la emancipacion de las ciudades italianas; las cruzadas bendecidas por tantos pueblos, cantadas por tantos poetas, eran movidas, no por la fé de los Papas, sino por su deseo de lucro, por su sed de poder, por su afan de domoñar al mundo, apurando las heces de su vida; y si esto se decia en los tiempos en que Roma era, no solo en religion, sino en política, como el iman, que atraia todas las fuerzas dispersas, como el rayo de luz que alumbraba á todas las conciencias oscurcidas, si esto se decia en aquella época, ¿ha de haber menos libertad en el siglo XIX? (*Aplausos.*)

Guillermo de Vergueda, trovador catalan, nos pinta á los reyes de Roma poseidos de bajas pasiones; conociendo mas el código de amor de los provenzales que el Evangelio de los apóstoles; y Pedro Cardenal y otros mil trovadores que no es posible nombrar, despues de acriminar á Roma llamándola vil mercado donde se vende el perdon y se compra la virtud, nos describen aquella horrible cruzada contra los albigenses, cuyo recuerdo pone dolor en el corazon, llanto en los ojos; cruzada en que los soldados romanos quemaron bosques y pueblos y fueron osados á arrancar las vírgenes al pié de los altares, tomándolas por despojo vil de sus pasiones, y no perdonaron ni á los niños, que

llorando estendian sus brazos en pós de sus madres, muertas al pié de sus cunas; crímenes horribles cometidos con tal fiereza, que mucho tiempo despues aun blanqueaban las llanuras de la Provenza sembradas de huesos de los mártires.

¿Comprendeis, señores, qué acusaciones tan horribles se encierran en esas palabras sacadas todas de poemas de aquellos tiempos? Y si esas palabras pueden correr impunemente como consagradas por la historia, ¿qué lograriais al condenar á *La Democracia*? Pero me direis. Eso en nuestro juicio nada significa. Provenza era un pueblo, aunque católico, contrario á los Papas. Y cuenta, señores, que digo católico, porque yo no cito palabras de escritor albigense. Mas por si os quedara ese escrúpulo, volveremos los ojos á Italia, donde encontrareis grandes poetas que han maldecido á la corte de Roma.

¡Dante! ¿Habeis oido hablar del Dante? Al espirar el siglo XIII vagaba sobre las ruinas de Roma, solitario, entristecido, un hombre que parecia llevar sobre sí, como el Salvador, la inmensa pesadumbre de todas las iniquidades de la edad media; aquel hombre en cuya pálida frente resplandecia la aureola del génio, en cuyos ojos centelleaba terrible inspiracion, era el Dante, creador del *infierno*, donde atormentó en Beltran del Bornio al feudalismo, y en Nicolás III la teocracia; Homero de Italia, pues puso en sus manos la lira de oro que aun repite en las enramadas de Rávena y de Florencia, en las orillas del Arno, el dulce lloro de *Francesca Di Rimini*; lágrimas que cayendo en el Adriático y en las claras aguas del Tirreno forman como deleitosísima armonía

cuando el gondolero, ese poeta del Mediterráneo, rompe las plateadas mansas ondas al rayo de la luna que vió á Beatrice desceñirse su vestidura mortal y volar de rodillas en un astro á su celeste rosa mística, de dó enviaba la inspiracion del amor sobre el alma del Dante; poeta que habia popularizado el dogma y bebido sus ideas en el Evangelio, que era el Santo Tomás de la poesía; que llevaba el alma de Miguel Angel oculta bajo las nacaradas alas de sugénio; que simboliza el catolicismo, y que sin embargo, al ver la corte de Roma de su tiempo cubierta con el sudario de los siglos pasados y corroida por sus crímenes presentes, estendió sobre ella los brazos, maldiciéndola en nombre de Dios, por ser tan impura como Ninive y tan criminal como la orgullosa Babilonia. (*Ruidosos aplausos.*)

Señores: Yo os citaré pasajes de su *Divina Comedia*, obra que pasa por dogmática y eminentemente católica, como resúmen de la teología de la Iglesia; yo os citaré pasajes, á cuyo lado serán leves las palabras de *La Democracia*. En el canto sétimo, verso treinta y seis y siguientes, en el círculo donde padecen los avaros, encuentra á Papas y Cardenales, á quienes no conoce, porque las manchas de sus crímenes cubren su rostro. Pero nota que la mayor parte de los infelices atormentados por su avaricia en el infierno, son gente de iglesia. (*Prolongadas risas.*)

En el canto XIX, cuando llega al octavo círculo donde el aire es mas caliginoso y el suelo mas ardiente, encuentra á Nicolás III ardiendo dentro de una fosa, condenado á tener eternamente la cabeza hácia abajo metida en las llamas, y á su al-

rededor ve otras mas hondas y horribles fosas preparadas para recibir á Bonifacio VIII y á Clemente V. En este punto lanza rayos de elocuencia contra Roma.

Cuando llega Dante al cielo, despues de haber aspirado el aroma de las divinas flores, bañándose su luminoso espíritu en el rocío de la eterna vida; despues de haber oído las armonías de los cantares de los bienaventurados; despues de ver aquella cruz de fuego que formaban los guerreros de Tierra-Santa; aquella misteriosísima águila que componian las almas de los doctores de la Iglesia, al llegar á la constelacion Géminis, donde está San Pedro, le oye gemir y llorar sobre los crímenes del clero que ha convertido en oro sus reliquias.

¿Dice algo mas que esto *La Democracia*? Y sin embargo, la Iglesia jamás ha rechazado la Divina Comedia; antes la ha admitido siempre como resúmen esplendoroso de sus dogmas. Pero podiais decir: «Dante era republicano, y por tanto, recusamos su autoridad.»

Os citaré otro poeta. Petrarca, el amante de Laura, el solitario de Vaucluse, el confidente de la pontificia familia de los Collonnas, el abad de mil iglesias italianas, el amigo de todos los Papas de su tiempo, nombrado mil veces secretario de sus Breves, aunque siempre lo rehusara, el canónigo de Santa María de Avignon, maldice á los mismos Papas de su tiempo que le favorecian, porque San Pedro les habia confiado un rebaño, é insensatos se vestian de sus pieles, devoraban su carne y se bebían su sangre. (*Estrepitosos aplausos.*)

¿Ha dicho mas que esto el periódico que defendiendo? Pues sin embargo, vosotros quereis conde-

nar en el siglo XIX lo que no ha sido condenado en el siglo XIV.

Pero aun puedo presentaros autoridades que inclinen mas en mi favor vuestro juicio. Bocaccio recitaba el siguiente cuento: «Erase un cristiano viejo muy dado á ganar almas para el cielo, mérito en que libraba su eterna bienandanza, cuando dió con un, no recuerdo si moro si judío, y puso empeño en abrir los ojos de su alma á la eterna luz; pero con tal traza, que en breves dias habia logrado tenerle ya punto menos que convertido, cuando se le ocurrió al infiel, llevado de su naciente celo, la idea de ir á Roma; idea que desconcertó á su misionero, porque temió que las liviandades de aquella córte serian bastantes á reducir á cenizas su portentosa obra: mas ¡cuál no fué su estrañeza, cuando le vió volver hecho de hieles contra su antigua religion, y de miel para la nueva, exclamando: «¡Padre mio! me convierto; porque si á pesar de las liviandades del clero de este siglo la Iglesia existe, crece y se fortifica, es sin duda porque, depositaria de la verdad, merece la directa proteccion del Cielo.»

¿Comprendeis, señores, que puede decirse contra Roma un mas sangriento epigrama? Y sin embargo, trascurridos algunos años, la república de Florencia se vió obligada á empeñarse en una alianza con el Papa. Este propuso entre varias condiciones, la de que se espurgaran las obras de Bocaccio. La ciudad, necesitada de auxilio, accedió á la condicion. El Papa y los cardenales, se reunieron para espurgar el *Decameron*; pero al llegar á este cuento, y á otros que no puedo ni debo nombrar, como lo quisiesen borrar los cardenales,

el Pontífice dijo: «Dejadlo, dejadlo. ¡Es tan gracioso, y sobre todo, es tan verdadero!»

Ahora bien, señores; ¿sereis vosotros mas reaccionarios que un poeta del siglo XIII, mas escrupulosos que un canónigo de Santa Maria de Avignon y mas amigo de los Papas que un Papa? *(Risas y estrepitosos y repetidos aplausos.)*

¡Ah! La pobre Italia ha protestado siempre contra su esclavitud. Italia, tierra de la poesía y del amor, coronada por las nieves de los Alpes, eternos diamantes: ornada por los aloes, á cuya sombra reposaba Tasso, y las rosas orientales, en cuyos aromas se bañaban las rientes ideas de Virgilio, y los mirtos y pámpanos de que cortaban sus coronas los Ovidios y Propercios, y los laureles de que tallaban sus lirás los Dantes y Petrarcas; Italia, amazona invencible, que vió á Grecia atada á su carro de triunfo, cantando sus victorias con la lira de Tirteo, y hundió en el polvo los sagrados imperios orientales, y mereció ser recibida en la cuna del sol y regalada con el oro de Golconda y las perlas de los golfos indios, y las flores del Himalaya que aun guardaban el primer aliento de la creacion; Italia, que colgó de sus templos, como despojo de sus victorias, la cadena de todas las religiones desde Brahma hasta Jesús, y vió troncharse á sus plantas la espada de los galos, cuyos sacerdotes le tejieron una corona con la verde encina y el sagrado muérdago, y la verbena rociada de lágrimas de la luna; Italia, región de las grandes ciudades, de la inmortal Roma, de la orgullosa Milan, de la riente Nápoles, de esa hermosísima Venecia que cantó Byron, asentada en azul alfom-

bra, llevando en su frente corona de algas y perlas, y á sus plantas amarrado el leon, y en sus manos el aureo tridente que rigió los mares y avasalló los vientos; diosa de las aguas que se contempla en el Adriático ceñida de espumas como Citerea de su nacarada concha: Italia, corazon de la humanidad, que canta suspiros del cisne de Pesaro, y llora lágrimas de Donnicetti y de Bellini; Italia, patria de los genios, que despertaron al mundo antiguo; de Colon, que creó en la tierra un nuevo hemisferio, de Galileo, que arrojó en los cielos nuevos astros; Italia, tranquilo puerto á donde han arribado todas las civilizaciones náufragas; templo en que han tenido un altar todas las grandes ideas, lámpara sagrada que ha guardado el fuego del alma del mundo, cuando parecia próximo á extinguirse; Italia, perseguida, atormentada, escupida, no pierde su inspiracion; y desde el fondo de su oscuro calabozo tiñe con los matices del iris los palacios de sus señores, y desde el portico de sus tormentos cincela estatuas, y del centro de la hoguera en que se abrasa, entona deleitosos cantares, porque las llamas no son poderosas á extinguir su voz; y cargada de cadenas, forcejea por levantarse á unirse á la cruzada de la idea democrática, que no será el dominio de un hombre sobre otro hombre, ni de un pueblo sobre otro pueblo, sino el reinado práctico de Dios en la tierra por medio de la razon y de la justicia (*Prolongados aplausos y repetidas aclamaciones*). Pero direis: el deseo de la independendia de Italia, es un deseo de la democracia. No, señores, no; es un deseo humano. Pero aunque fuera un deseo de la democracia, ¿en tan poco la teneis? Aunque no os

prometiera nada, ¿no os ha dado bastante la democracia?

Inclinaos sobre el sepulcro de las edades y escuchareis un gemido que os helará de espanto; buscad en el polvo de los siglos las reliquias de vuestros padres y encontrareis sus huesos taladrados por el clavo vil de la servidumbre; pues vuestros padres no tenían un tribunal que les amparase, una ley que les acogiese, ni un hogar doméstico que les consolase; ni eran dueños de su trabajo, ni podían disponer de sus hijos, ni aun guardar la castidad de sus esposas; porque vosotros, individuos de la clase media, habeis sido párias en la India, ilotas en Esparta, esclavos en Roma, siervos del terruño en la Edad Media: y si hoy penetráis en los comicios escudados por vuestros derechos, si estais ahí en ese tribunal juzgando el pensamiento, emanacion de Dios en la conciencia, si sois libres y propietarios y ciudadanos, lo debeis sin duda á la redencion de la democracia. (*Frenéticos aplausos.*)

Me habia estraviado de mi propósito. Vuelvo á él pidiéndoos perdon por estas digresiones; decia, que en todos tiempos se habian dicho contra Roma mayores denuestos sin merecer castigo. He cumplido mi palabra de no decir nada sobre los Papas. Todos cuantos textos he sacado á plaza son de escritores católicos: pero como nuestra nacion sea eminentemente católica, podriais creer que no teniamos ejemplos de tales denuestos contra Roma; os los voy á citar, y os quedareis maravillados. ¿Quereis saber lo que dice nuestra literatura popular? Pues ved al Cid, en el Romancero, amenazando fieramente al Papa. ¿Quereis saber

lo que decían nuestras crónicas? Pues leed lo impopular que fué el gran conquistador de Toledo por haber cambiado en nuestra Iglesia el rito gótico. ¿Quereis ejemplos de cómo trataron nuestros reyes á los Papas cuando les fueron adversos? Pues acordaos de que el gran Pedro de Aragon sepultó en los Pirineos sus legiones, y Carlos V puso á saco la ciudad eterna. ¿Quereis saber qué decían nuestros sacerdotes? Pues leed al arcipreste de Hita, que esclama: «En Roma se vende la santidad.» ¿Y nuestros poetas de siglos posteriores? D. Diego Hurtado de Mendoza, hijo del conde de Tendilla, que clavó lanzas en los muros de Granada; don Diego Hurtado de Mendoza, cumplido caballero, poeta eminente, filósofo, portentoso erudito, ingenioso novelista, consejero de Carlos V, príncipe de nuestros prosistas, historiador, teólogo, gloria y ornato del Concilio de Trento, mostró cuanto temía á la corte de Roma, teniéndola por tan astuta como la serpiente. Y si de estos dichos pasamos á nuestros días, ¿qué encontraremos? Señores, ¿de cuando acá se denuncia un periódico por denostar á Roma? Pues qué, ¿no habeis oído, fiscales del gobierno, lo que se ha dicho en estos últimos tiempos? Todos los periódicos liberales, desde *La Nacion* á *La Voz del Pueblo*, escribieron artículos mucho mas calorosos que el artículo encomendado hoy á vuestro juicio. Pues qué, ¿así se cambian las nociones fundamentales de la justicia? ¿dónde estamos? Lo que en aquella sazón no era delito, es hoy un crimen. ¿Será acaso que entonces convenia á la política del gobierno tal conducta en la prensa, y hoy le conviene la contraria? Pues los periódicos no están obligados á seguir las oscilaciones de los gobier-

nos. El no denunciar nunca artículos contra Roma, era una especie de jurisprudencia; ¿quién le había dicho á *La Democracia*, que había cambiado la ley?

Pero la verdad es que el pensamiento no consiente castigo. ¿Habeis meditado alguna vez en la esencia de ese gran lumínar de la conciencia, que se llama pensamiento? La vida, dormida en la naturaleza, se encierra en las conchas, riza en ondas la superficie del Océano; es la gasa de la niebla, con que se cubren los bosques, la gota de rocío, que al nacer la mañana pende trémula de la hoja del árbol; mueve á la mariposa que vuela en pos de recoger en sus alas átomos desprendidos de las flores, y al águila, que parece volar en pos de recoger en sus alas átomos de oro desprendidos de los mundos; colora de azul los cielos, tiñe de verdor los campos, pero dormida en la naturaleza, solo se despierta, se siente, se conoce al penetrar en el santuario de la privilegiada organizacion del hombre; y allí se convierte en pensamiento, alma de lo existente; punto luminoso, donde se unen lo finito y lo infinito; en pensamiento, señores, que es el sol del Universo (*Bien, bien*). Pues si es el pensamiento espiritual, ¿cómo quereis oprimirlo? Si es absolutamente libre, ¿cómo quereis esclavizarlo?.... ¡Ah! perseguid al pensador; no le consintais reposo; entregadle al ludibrio de las gentes, al ódio de los pueblos; cerradle las puertas de vuestros hogares, alcanzad que no tenga una piedra donde reclinar su cabeza, y nada habreis hecho; porque, perseguido, dejará en pos de sus pasos en el espaciola estela de su pensamiento: y si no os basta, encarceladle en dura prision, privad de luz

á sus ojos, de aire libre á su pecho; sumidlo en lo mas hondo de la tierra, en un sepulcro, donde los vivientes no puedan oír sus lamentos, y nada habreis conseguido, porque el pensamiento hendirá las piedras de los espesos muros, cerniéndose absolutamente libre en los aires: y si no os basta, apercibid una hoguera, arrojad en ella al pensador; achicharrareis sus carnes, pulverizareis sus huesos, y nada habreis conseguido, porque de las apagadas cenizas se levantará como eterna luz el sol del pensamiento. (*Frenéticos aplausos.*)

Pero si estas consideraciones trascendentales no bastaran, habria otras consideraciones menos altas, pero mas convincentes para persuadiros á no condenar un periódico. Vosotros, ciudadanos pacíficos, que amais el orden, examinad detenidamente cuáles son las naciones presa del desorden, y encontrareis que son aquellas en que la ley oprime el pensamiento. Nuestras hermanas las repúblicas de América, lo he dicho mil veces, no han visto lucir dia sereno en sus horizontes, porque no son repúblicas, sino monarquías militares. Pues volved los ojos á los Estados-Unidos. Aquella nacion, compuesta de tan encontrados elementos, de tan distintas razas, goza de eterna paz. No hay nube que oscurezca sus estrellas. ¿Por qué? Porque el pensamiento es absolutamente libre. No se puede dar orden material mas completo en la esfera de los hechos, y desorden moral mas absoluto en la esfera de las ideas.

Y si volvemos los ojos á este viejo mundo, cubierto con la ardiente lava de tantos volcanes apagados, ¿qué encontramos? Todas las grandes alteraciones acaecidas en Europa han provenido de

cohibir el pensamiento. La gloria de Napoleon fué vencida por la gloria de Mdme. Staël. Carlos X se hundió en el polvo por sus leyes sobre imprenta. Luis Felipe se vió desposeido de su trono por haber opuesto un dique á la libertad, que, como las aguas, necesita un cáuce. ¿Y la república de 1848? ¡Oh! Yo no puedo, no debo decir todo lo que siento de la república de 1848, porque es la madre de mis ideas. Pero, señores, en aquel dia tremendo de su muerte debió aparecerse á su dolorida conciencia los derechos que habia violado, los periódicos que habia suprimido, acordándole, sin duda, que moria por no haber sido fiel á sus principios, por no haber levantado en los aires clara su bandera, con todas sus legítimas consecuencias: que Dios castiga siempre lo mismo á los individuos que á los pueblos olvidados de la ley moral.

Por eso, yo no quiero, absolutamente no quiero que se condene á ningun periódico. Cuando veo que se condena un periódico, aunque sea el mas contrario á mis principios, tiemblo, porque me parece que se ha condensado una tempestad en la atmósfera. Pero cuando veo absuelto un periódico, aunque sea el mas contrario á mis ideas, me espacio y respiro; porque me parece que se han descargado de electricidad los aires. Y no digo esto solo por el placer de decirlo, ó porque hoy convenga así á mis fines; no, señores. Lo que digo, lo he demostrado con hechos. Veinte y tres años tengo; corta, muy corta é insignificante es mi vida pública; ningun mérito he contraído en ella; sin embargo yo he venido aquí á defender el periódico mas opuesto á mis ideas; al *Leon Español*, y lo he defendido con calor, con entusiasmo,

con mas entusiasmo, si cabe, que defendiendo hoy á un periódico de mis ideas; y ahí en ese Tribunal se hallaban patricios, que no por desconocidos, dejaban de haber prestado servicios á la libertad; liberales que en los últimos once años habian perdido en las persecuciones prendas de su corazon unos, su fortuna otros; y sin embargo, aunque el artículo denostaba al partido progresista, lo absolvieron; absolucion que me inundó de gozo y esperanza, porque dije; habiendo ciudadanos fuertes para vencerse á sí mismos, valerosos para desoir sus pasiones y sacrificarlas á su conciencia de jueces, y á sus ideas de liberales, ¡oh! es imposible que mi patria sea de nuevo presa de los tiranos. (*Bravo, Bravo.*)

Señores: Si yo no hablase á jueces, les diria: cuando se os presente un periódico de vuestras ideas, absolvedlo; porque todo hombre se debe á los principios que crea justos; cuando se os presente un periódico opuesto á vuestras ideas, absolvedlo, porque no es bien ceñir á los contrarios la corona triunfal del martirio; si sois amantes de la libertad, absolvedlo; porque la libertad no es verdadera, si no es completa; y si sois amantes del orden, absolvedlo, seguros de rendir un gran servicio á la paz. ¡Ah! No os importe que las ideas que absolvais sean contrarias á la razon y á la justicia. Un mal pensamiento es ya un castigo. ¡Ah! Las ideas injustas dañan siempre al partido que las produce. ¡Cuántas veces, si me hubiera sido dable, hubiera yo borrado muchos artículos con sangre de mis venas!

Y si esto creo yo, tratándose de pensamientos injustos, irracionales, ¿qué no creeré tra-

tándose de un escrito en que resplandecen tan relevantes ideas? Se defiende en él, señores, la libertad de Italia. Hay en Italia, señores, una raza de héroes, cuyas almas son destellos del espíritu de los Gracos y Brecias; héroes que, como los esforzados españoles, han peleado siempre que han hallado espacio para pelear por su libertad, y han sucumbido como buenos, abrazados al cadáver de la madre patria; y por no consagrar la esclavitud de su nacion, por no mirar frente á frente á sus tiranos, han huido del campo donde corrió su infancia, del templo donde se perdieron sus primeras oraciones, del horizonte azul, sereno, que les sonreía siempre amoroso; han abandonado el hogar doméstico, sus esposas, sus hijos, sus madres, todos esos sentimientos que son la sávia de la inteligencia, la sangre del corazon, la vida del alma, y en lejanas playas, repitiendo los dulces gorgoros del alma enamorada de Italia, que, como el ruiseñor aprisionado, llora mas dulcemente cuanto mas duras son sus cadenas, gimen, padecen; porque ni en el destierro les deja la persecucion; porque vuelven los ojos al espacio, y ven cercado de esbirros el hogar doméstico, desfallecidas las prendas de su amor, encarcelados sus amigos, confiscados sus patrios campos, perseguidos como fieras por los bosques sus hijos, removidas las cenizas de sus padres; y agonizan desesperados, consumidos por el dolor, sin encontrar alma amiga que les consuele en sus últimos instantes, ni benéfica mano que cuente los latidos de su corazon, sin esperar dormir en paz el sueño de la muerte, porque ni una sepultura les puede ofrecer el sagrado suelo de la patria. (*Aplausos.*)

Señores: Vosotros que teneis libertad, acordaos de los que no la tienen; vosotros que teneis patria, acordaos de los que son en el mundo esclavos de la adversa suerte, sin que les sea posible reposar un instante bajo el árbol de su nacionalidad; vosotros que gozáis las dulzuras de la familia, llorad por los que no pueden abrazar á sus madres ni ver crecer á sus hijos, ni estrecharlos contra su corazón, ni sonreír con su sonrisa, ni beber sus lágrimas; y enviadles un recuerdo, decíles que hay corazones que laten al par de sus corazones, consolad sus desgracias con una lágrima, con un aliento de esperanza; y á ese fin, absolved al menos á los que lloran sus dolores, porque no merece ser hombre el que vive vida feliz y contenta mientras padecen sus hermanos. (*Repetidos aplausos.*)

El bien que se derrama en la tierra, se recoge siempre. Vais á decidir de la suerte futura de un infeliz. Meditadlo bien. ¿Qué alcanzareis con que ese desgraciado pase largos días en la cárcel? Solo os ruego que considereis los tiempos en que hemos nacido. Pasan con tal presteza las revoluciones sobre nuestras frentes, que no podemos interrogar á lo porvenir por nuestra suerte. Acaso algun día esteis necesitados de la misma justicia que hoy os pido. ¡Ah! Nuestros padres vivían á la sombra de una vieja encina respetada del rayo, aunque comida por el tiempo; pero vivían en paz, teniendo su sepulcro al lado casi de su cuna; los venideros, viviendo vida mas alta y grandiosa, recibirán en su alma la sagrada idea del derecho, pero vivirán en tiempo de armonía y de paz; mas nosotros, desgraciados, hemos venido al mundo en

edad bien triste, en que luchan dos civilizaciones, y la tierra está cubierta de volcanes, y cargado el aire de electricidad; y todos somos llamados al combate; y no hay día que no sea de prueba, ni hora que no sea de duda; y es muy posible que en estos amargos trances de la vida, desde el destierro, en el fondo de los calabozos, al pié del patíbulo, vosotros ó vuestros hijos pidais algundia misericordia y justicia, sin encontrar ni justicia ni misericordia, sin sentir un rayo de esperanza en la frente, ni recibir una lágrima de consuelo en el corazón. (*Aplausos*). Acaso el día de hoy puede ser entonces un alivio ó un remordimiento.

Señores: Si condenais un artículo donde resplandecen sentimientos de compasion, podemos decir á los hombres: aqui no hay humanidad; si condenais un artículo en que se defienden los derechos del pueblo, podemos decir á los españoles: aqui no hay libertad; si condenais un artículo que proclama la independendencia de las nacionalidades, podemos, volviéndonos á los extranjeros esclamar: en la nacion de Pelayo y el Cid, en el espacio donde se levantan Gerona y Zaragoza, ¡extranjeros! ya no hay patria. (*Prolongados aplausos y repetidas aclamaciones.*)

No en vano dió la prensa demerática en esta ocasion el grito de ¡*Despierta Italia!* La gloriosa nacion se ha des-

pertado, y pronto será libre y una. Parece un sueño lo que ha pasado en Italia, y sin embargo mi corazón lo veía ya en 1856 con la mirada del presentimiento. Así mi discurso fué traducido, comentado, aplaudidísimo en todos los periódicos liberales de Italia, como una prueba de que la idea del despertamiento de esta nación era universal en Europa. Este discurso, del cual me he visto precisado á mutilar algunos trozos para sujetarlo á las condiciones de nuestra prensa, logró, como los demás, la absolución del artículo denunciado. Como una prueba de aprecio y de recuerdo á los ilustres patricios italianos que me felicitaron por esta ovación, copio la carta que me escribieron, y los comentarios con que encabezó esta carta mi ilustre amigo el señor Rivero en LA DISCUSION.

«A continuacion publicamos la comunicacion que el comité italiano de Turin ha dirigido al Sr. Castelar, felicitándole por su discurso ante el Jurado de Madrid en defensa del artículo *Despierta Italia*.

»La belleza de estilo y los sentimientos de fraternidad entre ambos países que reinan en esta comunicacion, nos hacen insertarla original, aunque acompañada de la traduccion para que puedan entenderla aquellos de nuestros lectores que no posean el idioma italiano.

»El Sr. Castelar es redactor de LA DISCUSION, y esto mismo nos impide hacer de la manifestacion de los patriotas italianos comentario alguno, como tampoco lo hicimos del discurso. Séanos, sin embargo, licito referir que el poema en prosa del Sr. Castelar, así llamado en los escritos italianos, ha producido en aquel país infortunado una sensacion inmensa. Traducido y circulado por todos los periódicos, publicado además en otros varios escritos sueltos, ha sido objeto de viva escitacion y entusiasmo en las principales ciudades de Italia.

»Ciertamente, y esto es una singular coincidencia, tocaba al Sr. Castelar ser el intérprete de los sentimientos del pueblo español para con el pueblo italiano: era sin duda el joven orador de la democracia el que debia llevar á la Italia oprimida y encadenada, las palabras de consuelo y de esperanza que le dirige la España triunfante de julio.

»Por lo demás, quizá la última hora del sufrimiento y de la esclavitud de Italia ha sonado ya: quizá en el momento en que escribimos estas líneas se escriben en el libro des-

conocido del destino las páginas de regeneracion de la Italia.

»Nosotros confiamos ver pronto á ese bello pais libre é independiente. ¡Ojalá que la Providencia le salve de las malas pasiones que comprometen el triunfo de la libertad, y de las desgracias que pueden oscurecerla!

»LA DIRECCION.

»Hé aquí la relacion que de este suceso hace *El Diritto*, periódico de Turin:

«Llevada *La Democracia* ante el Jurado, fué magníficamente defendida por el orador D. Emilio Castelar, redactor de LA DISCUSION. En la defensa, el ardiente mantenedor de la democracia española recordó nuestro pasado, los padecimientos noblemente sufridos por nuestro pueblo, la gloria de nuestros grandes poetas, las esperanzas de nuestros jóvenes combatientes, y todo su discurso centelleó amor y entusiasmo. Su palabra no podia haber sido ni mas sentida ni mas valerosa, si se hubiese encaminado á la defensa de su propia patria. Copiamos los párrafos de su magnifico discurso, que se refieren á Italia.»

»Y despues de trascribirlos admirablemente traducidos, dice.

«Estos nobles sentimientos no podian dejar de tener eco en el corazon de la Italia. Sentimos un grato placer al trascribir la manifestacion que al jóven orador Castelar dirige el comité reunido en Turin de los mas ilustres patriotas italianos, tanto en su nombre, como en interpretacion del sentimiento de los demás patriotas de las provincias italianas, emigrados y no emigrados.»

«All onorevmo. sig. Emilio Castelar.

»Madrid.

»Signore:

»Le inspirete ed eloquenti parole da voi pronunziate a' giurati di Madrid per ricordare le glorie e le sventure dell' Italia hanno profondamente commosso i cuori dei nostri connazionali da un capo all' altro della penisola.

«Al Sr. D. Emilio Castelar.

»Las inspiradas y elocuentes palabras que habeis pronunciado ante los jurados de Madrid, para recordar las glorias y las desgracias de Italia, han conmovido profundamente los corazones de nuestros compatriotas, de un estremo á otro de la peninsula.

»Aceptad, señor Castelar, el tributo de nuestra gratitud como testimonio de la profunda y universal simpatía de

Accettate, o signore, il tributo dei nostri ringraziamenti, come testimonianza delle care ed universalissime patie di cui siete divenuto oggetto tra gli italiani, come l'espressione di un sentimento che fra noi hanno provato tuttigli amatori della patria alla lettura della vostra splendida orazione.

»Essa è un documento di più, che ormai la causa d'Italia ha acquistato nel mondo per suoi difensori gli spiriti più elevati e virtuosi.

»E la decisione dei giurati spagnuoli è assai più che una vittoria giudiziaria accordata alla vostra eloquenza: essa costituisce una protesta veritiera e disinteressata contro gli oppressori dell'antica madre delle nazioni ed insegnatrice di civiltà, una proclamazione solenne che la coscienza umana in tutta Europa pone ormai costoro fuori del diritto delle genti, e li giudica indegni delle garanzie e de' riguardi cui hanno diritto i reggitori delle genti civili.

»Per noi quella decisione è come un saluto, che la Spagna, eminentemente capace di apprezzare l'immenso valore dei due supremi beni di ogni nazione, la indipendenza e la libertà, e che fortunata raccoglie ormai i frutti di sublimi sacrifici eroicamente sostenuti, manda alla sua sorella infelice, che ha pur tanto sofferto per conquistarli, e che finora bramò invano di confortare le ombre de'

que os habeis hecho objeto entre los italianos, y como expresion de un sentimiento, que entre nosotros han experimentado todos los amantes de la patria al leer vuestro magnifico discurso.

»El es un documento mas, que prueba que la causa de Italia tiene por defensores en el mundo á los hombres de ánimo mas elevado y virtuoso.

»La decision de los jurados españoles es mucho mas que una victoria judicial concedida á vuestra elocuencia: es una protesta verdadera y desinteresada contra los opresores de la antigua madre de las naciones y maestra de la civilizacion: es la proclamacion solemne de que la conciencia humana en toda Europa, les ha pue to fuera del derecho de gentes, y les juzga indignos de las garantias y consideraciones que justamente se tributan á los que rigen á pueblos civilizados.

»Para nosotros esa decision es como un saludo que la España, eminentemente capaz de apreciar el inmenso valor de los dos supremos bienes de una nacion, la independencia y la libertad, y que afortunadamente recoge los frutos de sublimes sacrificios heróicamente sostenidos, envia á su hermana infeliz, que tanto ha padecido por conquistarlos, y que hasta aqui ha suspirado en vano por la hora de dar este consuelo á las sombras de sus innumerables mártires. ¡Plegue

suoi innumerevoli martiri. Dio che accordó alla vostra patria il meritato beneficio, abbia finalmente pietá dei lunghi dolori d'Italia, e le conceda presto di tornare indipendente e libera!

»Aggradite, o signore, etc.

»Torino, 8 giugno 1856.

»Raffaele Conforti, ex-ministro é deputato al parlamento napolitano.—P. S. Mancini, gia deputato al parlamento napolitano.—Francesco Conte Simoni, deputato al parlamento subalpino.—Terenzio Mamiani, ex-ministro é deputato al parlamento romano.—Livio Zambecari, coll.^o é deputato alla costituente romana.—Shair Carlo, gia deputato alla costituente romana.—Caval. Pier. Alberto Balestrini, Bresciano.—Rusconi Carlo, ex-ministro é deputato á Roma.—A. Seirlojos, ex-ministro é deputato al parlamento napolitano.—G. La Maza, capo delle Stato maggiore, generale é deputato in Sicilia.—Luigi Magueppi, ex-generale napolitano.—Carlo Mezzacapo, ex-tenente colonnello napolitano.—Guisseppe Lafariña, ex-ministro della Guerra é Marina, del governo de Sicilia.—Giovanni Interdonato, deputato al parlamento siciliano del 1848.—N. Tommasco, gia ministro é deputato al parlamento de Venezia.—Luigi Seismit Doda, gia tenente colonnello é

á Dios, que ha concedido a vuestra patria este beneficio, apiadarse al fin de los prolongados dolores de Italia, y concederle presto la restauracion de su independencia y libertad!

»Recibid, Sr. Castelar, las protestas de nuestra sincera estimacion.

»Turia 8 de junio de 1856.

»Raffaele Conforti, ex-ministro y diputado del parlamento napolitano. P. S. Mancini, antiguo diputado del parlamento napolitano. Francesco Conte Simoni, diputado del parlamento Subalpino. Terenzio Mamiani, ex-ministro y diputado del parlamento romano. Livio Zambecari, diputado de la Constituyente romana. Shair Carlo, antiguo diputado de la Constituyente romana. Alberto Balestrini, Bresciano. Rusconi Carlo, ex-ministro y diputado de Roma. A. Seirlojos, ex ministro y diputado del parlamento napolitano. G. La Maza, gefe del estado mayor general, y diputado de Sicilia. Luigi Magueppi, ex-general napolitano. Carlo Mezzacapo, ex-teniente coronel napolitano. Guisseppe La Fariña, ex-ministro de la Guerra y Marina del gobierno de Sicilia. Giovanni Interdonato, diputado del parlamento siciliano en 1848. N. Tommasco, antiguo ministro y diputado del parlamento de Venecia. Luigi Seismit Doda, antes coronel y gefe del estado mayor

capo di stato maggiore á Venezia. — Nobile Francesco Carcano, di Milano. — Lorenzo Valerio, deputato di Torino. — Lorenzo Oliva, cavallieri napolitano. — Sebastiano Tecebio di Vizenza, deputato al parlamento Sardo. — Ferdinando Rossellini Toscano, ex-deputato al parlamento subalpino. — Prof. Francesco Seleni di Módena. — Césari Correnti, deputato al parlamento subalpino, é gia segretario generale del governo provvisorio di Lombardia. — Giannandrea Romeo, gia intendente generale della provincia di Salerno. — Bottone Alejandro, deputato al parlamento sardo, ex-miliciano di Barcellona 1823. — Francesco Olivieri C. May, delle stato may. della Guardia nazionale di Venezia. — Cesare Bonvicini, gia Maggiore, comd. il 1.º battaglione bersaglieri Manera alle diffese d'Italia »

de Venecia. Nobile Francesco Carcano, de Milan. Lorenzo Valerio, diputado de Turin. Lorenzo Oliva, caballero napolitano. Sebastiano Tecebio di Vizenza, diputado del parlamento sardo. Ferdinando Rossellini, Toscano, ex-diputado del parlamento Subalpino. Francesco Seleni, de Módena. Cesari Correnti, diputado en el parlamento Subalpino, y antes secretario general del gobierno provisional de Lombardia. Giannandrea Romeo, antiguo intendente general de la provincia de Salerno. Bottone Alejandro, diputado del parlamento Sardo, ex-miliciano de Barcelona (en 1823). Francesco Olivieri, gefe del estado mayor de la Guardia nacional de Venecia. Cesare Bonvicini, antes mayor comandante del primer batallon de defensores de Italia.»

Los ilustres repúblicos que firman esta carta han visto cumplidas sus esperanzas, realizados sus deseos. La patria ha renacido, merced á sus sacrificios y á su heroismo. La fe de sus grandes escritores, el valor de sus grandes guerreros ha salvado á la nacion de los poetas y de los héroes. Aún quedan por redimir Roma y Venecia. Pero todo anuncia que la libertad de Italia va á triunfar definitivamente. Los restos del Dante, de Petrarca, de Maquiavelo, de Miguel Angel, van á palpitar de gozo en el fondo de sus tumbas. Italia libre da paz á Europa.

capo di stato maggiore Ave-
gnia. — Nobile — Francesco
Carcano. — di Milano. — La-
renzio Valerio, deputato di
Torino. — Lorenzo Oliva, ca-
pitano napoleone. — Sebastiano
Tedesco di Vercelli, depu-
tato al parlamento sardo.
— Ferdinando Rossellini Tor-
cano, ex-deputato al par-
lamento sabaudo. — Pro-
f. Seleni, de Modena. — Cor-
renti, deputato in el par-
lamento sabaudo, y antes
secretario general del go-
bierno provisional de Lon-
dres. — Giannandrea Ro-
mano, ex-intendente genera-
l de la provincia de Salerno.
— Bollone Alessandro, depu-
tado al parlamento sardo ex-
ministro de la revolucion 1823.
— Francesco Olivieri C. May.
— delle stato may, della Guar-
dia nazionale di Venezia. —
Giacinto Bonvicini, ex mag-
giore, comandante del 1.º batallion
de bersaglieri. — Maffei, alle
diffese d'Italia.

Los ilustres republicos que firman esta carta han visto
cumplidas sus esperanzas, realizadas sus ideas. La patria
ha renacido, merced a sus sacrificios y a su heroismo. La
de los sus grandes escritores, el valor de sus grandes guer-
teros ha salvado a la nacion de los peores y de los heroes.
Aun quedan por redimir Roma y Venecia. Pero todo aman-
ta que la libertad de Italia va a triunfar definitivamente.
Los restos del Dante, de Petrarca, de Boccaccio, de Mi-
chelangelo, van a palpitar de gozo en el fondo de su
tumba. Italia libre da paz a Europa.

Los ilustres republicos que firman esta carta han visto
cumplidas sus esperanzas, realizadas sus ideas. La patria
ha renacido, merced a sus sacrificios y a su heroismo. La
de los sus grandes escritores, el valor de sus grandes guer-
teros ha salvado a la nacion de los peores y de los heroes.
Aun quedan por redimir Roma y Venecia. Pero todo aman-
ta que la libertad de Italia va a triunfar definitivamente.
Los restos del Dante, de Petrarca, de Boccaccio, de Mi-
chelangelo, van a palpitar de gozo en el fondo de su
tumba. Italia libre da paz a Europa.

LUCANO,

SU VIDA, SU GENIO, SU POEMA.

DISCURSO

LEIDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR

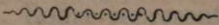
D. EMILIO CASTELAR,

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA

DE

DOCTOR EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA,

SECCION DE LITERATURA.



LUCANO,

SU VIDA, SU GENIO, SU POEMA.

DISCURSO

LEIDO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Por

D. EMILIO CASTELLAR,

EN EL ACTO SOLEMNE DE RECEPCION LA INVESTITURA

de

DOCTOR EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA,

SECCION DE LITERATURA.

Οἱ μὲν γὰρ σεμνότεροι, τὰς
καλὰς ἐμιμοῦντο πράξεις, καὶ τὰς
τῶν τοιούτων τύχας.

ARIST.—Poet. c. IV. §. 2.

Excmo. é Ilmo. Sr.:

Roma era la última encarnación del génio del antiguo mundo. Roma representaba providencialmente la síntesis y el epílogo de toda la historia. A su frente se levantaban Méfis, Alejandría, Cartago, destinadas á revelar le los secretos del mundo de la naturaleza, del mundo de Dios, del Oriente; á su lado Atenas, á sus piés Sicilia, destinadas á revelar le los secretos del mundo del arte, del mun-

do del hombre, de Grecia; y las almas de estos dos mundos, que, despues de la total ruina de su poder y del ocaso de sus glorias, vagaban errantes, se confundieron como el aroma de dos flores en el seno de la ciudad eterna. Esta idea transcendental es la ley de vida de la sociedad romana. Los patricios, raza avasalladora, que guardaba para sí el depósito sagrado de las leyes, la interpretacion de las fórmulas del derecho, el sacerdocio y el gobierno, representan la idea oriental; y los plebeyos, raza expansiva, que anhelaba la igualdad política, la libertad civil, el esclarecimiento de las misteriosas fórmulas del derecho, el sacerdocio y el gobierno para todos, representan la idea occidental, la idea griega; y el equilibrio de estas dos fuerzas contrarias, la síntesis de estos dos principios antitéticos es la vida de la sociedad romana. Y esta idea se refleja en su religion que congrega todos los dioses, en sus leyes que funden todos los derechos, en sus artes que heredan el génio de todos los pueblos, en su Parnaso que guarda laureles para todos los poetas.

El cetro de Roma es el eje de la tierra. Todos los pueblos son sus tributarios. Pero ninguno le ofrece tan ricos presentes como nuestra hermosa patria. Nosotros dimos al imperio su mas gran jefe, Trajano; su mas ilustrado retórico, Quintiliano; su mas amargo satírico, Marcial; su mas profundo filósofo, Séneca; su mas verdadero poeta, el inmortal Lucano, cuya vida, génio y obras son objeto de este mi discurso, para el cual reclamo, Excmo. Sr., vuestra ilustrada atencion y vuestra nunca desmentida indulgencia.

La vida del hombre influye decisivamente en

la suerte del génio (1). Historiemos, pues, la vida del poeta que cruzó por los horizontes del tiempo, donde habia de dejar eternos resplandores, fugazmente, desgracia que suele acontecer á los nacidos en esas épocas tempestuosas, en que el espíritu humano se renueva y florece á costa de la vida del hombre. Lucano nació en Córdoba (2). Aunque la historia callára su nacimiento, lo diria la naturaleza de su génio. La sávia meridional de su imaginacion tan rica en flores como los patrios campos; la claridad de su mente, hermosa y serena como noche de estío de la Bética, que muestra el cielo rociado de estrellas y el campo cubierto de luciérnagas; la magestad y entonacion de sus versos; el atrevimiento de sus metáforas; el alto vuelo de su alma que se cierne con el poder del águila en lo infinito; el lujo de su diction, nos enseñan que Lucano es predecesor de Góngora, y que su cuna se meció en esa hermosísima tierra de Andalucía, adornada con todas las maravillas de la creacion por Dios, como si la destinase desde la eternidad á servir de templo al génio del Oriente.

Lucano, á diferencia de Virgilio, no nació entre los apriscos, á la sombra de los olmos y los sauces; ni su alma en la niñez voló como la ma-

1 Præter vitam Lucani, quæ ad Suetonium auctorem refertur, aliam ineditam laudat Scaliger ad culicem Virgilii, illam fortassis quæ editioni Schrevelianæ præmittitur, edita á Joane Britannico. Adire præterea iuvabit Martinum Hanckium de Rom. vet. scriptoribus C. XI, Nic. Antonium, lib. I, Bibl. Vet.

Hispanæ cap. 10, et Gaudium de scriptoribus non Ecclesiast. tom. 1.º pág. 264. *Ab Fabricii. Bibliotheca Latina. L. II, Cap. X.*

2. M. Annæus Lucanus, Cordubensis, prima ingenii experimenta in Neronis laudibus dedit quinquennali certamine. *Suet. vit. Luc.*

riposa de flor en flor por los campos, ni aprendió á cantar en los murmullos del arroyo y en los arpa- dos trinos del ruiseñor; porque sus padres (1), en edad temprana le llevaron á Roma; y sin embar- go, la tradicion cuenta que las abejas de la Béli- ca volaban á su cuna á recoger la miel que des- tilaban sus lábios entreabiertos por la sonrisa de la inocencia (2).

Tomóle bajo su proteccion Séneca, y fueron sus maestros Cornuto estóico, Remmio Palemón gramático (3), y Virgilio Flacco retórico, los cua- les le amaestraron en las artes de la elocuencia, en los principios de la moral estóica, alimentó de todas las almas generosas en Roma, y con tal

1 Le père de Lucain se nommait Marcus Anneus Mè- la, et était le plus jeune des fils de Sénèque le rhéteur. Marcus Anneus Lucanus na- quit á Cordoue en l'an 39 de notre ère. Des l'âge de huit ans il fut amené á Rome par son père et mis sous la direc- tion de son oncle, qui était déjà précepteur de Neron. *Hist. de la Lit. Rom. Alexis Pierron.*

2 Le même commentateur ajoute qu'il arriva, ainsi que pour Hésiode enfant, que des abeilles voltigèrent autour de son berceau et se posèrent même sur ses lèvres.... pour présager ses destinées futu- res. *Nisard, Etud. sur les poet. lat. de la décadence.* Hé aquí las palabras del antiguo comentario, á que Nisard se

refiere: Ac ne dispar even- tus in eo narraretur ejus, qui Hesiodo refertur, quum opi- nio tunc non dissimilis mane- ret, cunas infantis, quibus se- rebatur, apes circumvolarent, osque insidere complures, aut dulcem jam spiritum ejus inhaurientes, aut facundum, et qualem nunc existimamus, futurum significantes. *Vit. Luc. ex ant. com.*

3 Rhemius Palæmon et Flavius Virginius furent ses maitres de grammaire et d'élo- quence. Les principes de la philosophie stoïcienne lui fu- rent donnes par Annæus Cor- nutus, philosophe grec qui professa á Rome jusqu'à ce que Neron, indigné de sa franchise, le relega dans une ile. *Hist. Abr. de la Lit. Rom. Schæll.*

éxito (1) que, niño aun, recitaba Lucano admirablemente versos griegos en los salones y academias, siendo pasmo y maravilla de la alta sociedad, y cosechando en flor prematuros triunfos (2).

Al lado de Lucano crecía un joven, su amigo, cuyo carácter, comentado por tan profundos historiadores, es aun hoy oscuro geroglífico: hablo de Neron (3). Detengámonos un instante á contemplar este desgraciado que ha de apagar con su soplo la vida de Lucano. Elevado al trono; viendo á sus plantas rendido el mundo, estimando en poco la humanidad, su esclava; rodeado de riquezas, de placeres; lleno el abismo de sus deseos, ociosa su voluntad, Neron se enamoró de un imposible: ardió en ánsia de ser el mas grande artista de su tiempo (4), anheló ceñir á su diadema imperial coronas de laurel, vivir la vida del

1 A præceptoribus tunc eminentissimis est eruditus; eosque intra breve temporis spatium ingenio adequavit; una vero studentes superavit profectibus. *M. A. Lucani vita, ex coment. ant.*

2. Hablando de los certámenes poéticos, dice el anterior comentario: Declamavit et græce, et latine cum magna admiratione audientium. Ob quod puerili mutato in senatorium cultum, et in notitiam Cæsaris Neronis facile pervenit, et honore vixdum ætati debito dignus judicatus est.

3 Neron le traitait en ami: il le nomma questeur, il lui conféra même la dignité d'augure; mais cette amitié ne

dura pas. *Hist. de la lit. rom. par A. Pierron.*

4 Hi dies, ac notes plausibus personare, formam principis, vocemque deum vocabulis apellantes, quasi per virtutem clari, honoratique agere. Ne tamen ludicræ tantum imperatoris artes notescerent, carminum quoque studium affectavit, contractis, quibus aliqua pangendi facultas. Needum insignis ætatis nati, considerare simul, et allatos vel ibidem repertus versus connectere, atque ipsius verba quoquo modo prolata supplere: quod species ipsa carminum docet, non impetu, et instinctu, nec ore uno fluens. *Tac. annal. libro XIV.*

poeta, extasiarse en escuchar los aplausos de todas las gentes conmovidas por sus cánticos, encadenar á las musas como tenia encadenados á los reyes del mundo, arrancar su lira al divino Apolo; mas cuando su conciencia le decia en secreto que luchaba con un imposible, acostumbrado á verse siempre obedecido como Júpiter con solo fruncir las cejas, no pudiendo sufrir el martirio de su deseo, desahogaba en crímenes el dolor de su oprobiosa impotencia. Neron es antes que todo artista, y para convenceros convertid los ojos á su vida. Neron esculpe su propio busto en los edificios públicos ornado con la corona de laurel y los atributos de Apolo; mata á Trhaseas porque no gustaba de oírle cantar, y á Británico porque la voz de este príncipe era mas dulce que su celeste voz; recibe á Tiridates, rey de Armenia, en el teatro que dora y orna para tal solemnidad, estendiendo ricas telas de púrpura que le resguardaran del sol, y bordando en el centro su propia imágen en actitud de conducir un carro olímpico, circundada de estrellas la altiva espaciosa frente; canta en los espectáculos acompañado de su arpa de oro que sostienen de rodillas los patricios romanos; representa frecuentemente el papel de *Oreste asesino de su madre*, y acaso por este artístico recuerdo manda ahogar á la desgraciada Agripina en las claras aguas del Tirreno, en aquella serena estrellada noche, en que parecia que los astros velaban para testificar al cielo tan horroroso crimen; reduce á cenizas la antigua Roma por gozarse en contemplar un sublime cuadro; va de teatro en teatro, de circo en circo recogiendo premios; manda derribar un lienzo de muralla para que le reci-

ba dignamente Roma cuando vuelve de los juegos griegos triunfador, envuelto en rozagante púrpura de Tiro, con la corona de oliva en la frente y el laurel pítthico en las manos; se indigna de la rebellion de Vindex, no porque el Pretor de las Gálias desconociera su autoridad, sino porque se mofaba de su divino génio; y en la hora suprema de morir no siente que se quiebre su cetro y se estinga su poder, sino que se quiebre su lira y se apague su melíflua voz; no llora en su muerte al Emperador sino al artista (1).

Juntos Neron, que deseaba ser poeta, y Lucano que lo era, ¿podia aquel consentir que un rival afortunado le disputara el laurel de la gloria y el premio en los poéticos certámenes? (2). Un dia se reunieron ambos en un certámen á disputar un premio. Neron leyó una poesía consagrada á las transformaciones de Niobe; Lucano otra consagrada al descendimiento á los infiernos de Orfeo (3). Los aplausos de la multitud cubrieron la voz de Neron. Pero en aquellas muestras de forzado entusiasmo faltaba el acento de la espontaneidad que nace del corazon (4). Presentóse despues Lucano

1 Tac. annal. libro XIII. párr. IV; id. id. párr. VIII. id. lib. XIV. párr. II; d. lib. XV. párrs. VI, VII y VIII; libro XVI. párr. V etc., etc. Véase tambien l' *Histoire de Rome a Rome* par M. Amper.

2 Neron, qui, dans les premiers momens où il préludait à ses crimes par toutes les fantaisies du pouvoir absolu, était acteur, musicien et poète, accueillit les talens de Lucain. Il le fit questeur, au-

gure, le combla de faveurs, et voulut même l'honorer de sa rivalité. *Villemain, biographie universelle.*

3 Y dans des jeux littéraires, que l'empereur avait établis, Luccain chanta la descente d'Orphée aux enfers et Neron le metamorphose de Niobé. *Ibid.*

4 Quinquennali poetarum certamine ab Nerone instituto, recitante quoque Nerone, in Pompeii theatro laureis co-

y recitó sus versos: el respeto, el temor contenia á los oyentes; mas por uno de esos triunfos del arte que parecen milagrosos, el poeta suspende los ánimos, los arrebató y consigue que olvidados de sí y del Emperador, le decreten unánimes el codiciado premio (1).

¿Cómo era posible que Neron dios, Neron emperador, Neron poeta, consintiera un génio superior á su génio? Salióse despechado del certámen y prohibió á Lucano que volviese á leer en público sus versos (2). El poeta, que vivia en la atmósfera de la gloria y del entusiasmo, desde aquel punto comenzó á ver de romper los hierros de su cárcel, y como el imperio era el eterno martirio de los patricios y estos no perdonaban medio para sacudir su inmensa pesadumbre, Lucano se asoció á la conspiracion de Pison. Un esclavo delató la conjuracion, y en premio de su crimen recibió largos honores y el título de conservador del imperio (3). Por esta causa murieron patricios, damas, guerreros, muchos hombres ilustres y entre ellos nuestro gran poeta. Cuéntase que vaciló algunos instantes en la hora de morir, pretendiendo

ronatur ac ingenii scetum ex-
temporali opera edit Orphea,
aliaque carmina, quæ Cæsarem præstantia sua offendunt, ambitio sius sibi principatum non modo hominum, sed et artium vindicantem. *Nic. Func. De Imm. LL. senæctute tractatus XXXIII.*

1 Quare inimicum sibi fecit imperatorem. Quo ambitiose imitante, non hominum

tantum, sed et artium sibi principatum vindicante, interdictum est etiam causarum actionibus. *Lucani vitæ. Coment. antig.*

2 Ei, stólida invidia, foro, theatro, omnique poetica interdixit. *Clercquius van. Jever. not. ad titul. Phars.*

3 Tác. ann. lib. XV. p. VIII.

salvar su vida por malos y deshonrosos medios, que le rebajan á los ojos de la posteridad (1).

Sim que nosotros pretendamos abonar nunca malas acciones, consideraremos que debia ser muy triste para Lucano morir á los 27 años, designado Cónsul; ceñida de coronas la frente, de ilusiones el corazon; sintiendo la sávia de la vida latir con fuerza poderosa en sus venas y el fuego de la imaginacion arder con abrasadora llama en su mente; vislumbrando los horizontes inmensos de risueño porvenir; amado tiernamente de una jóven en la cual competia la hermosura del alma con la hermosura del rostro; ¡ah! era muy triste dar el último adios á la vida cuando la doraban el encanto de tantas venturas y tan deliciosas esperanzas. Mas si Lucano faltó en un momento de extravío, arrepiñtióse pronto, rehizo su ánimo, presentó serena frente á la muerte, estendió ambas manos con tranquilidad para que le abriesen las venas; su sangre jóven corrió pura, llevándose tras sí la vida; y el poeta, nublados ya los ojos, falto de aliento, espiró recitando unos versos de la Pharsalia, versos que describian la muerte de un jóven picado por una víbora en un bosque de las Gálias, y que al espirar destilaba sangre por todos los poros de su robusto cuerpo (2). Sobre su cadáver inanimado y frio se inclinaba llorosa una mujer que habia recogido el postrer suspiro de los lábios del poeta para guardarlo en su amante pecho, y las cenizas de sus glorias para ofrecerlas á las venerables generaciones. Esta mujer era Pola Argen-

1 Tác. idem. idem.

2 Tacit. Ann. XV LXX.

taria, esposa de Lucano, á cuyo cuidado debemos su magnífico poema (1).

Examinar el génio de Lucano es empresa difícil, si desestimando el propio criterio apelamos á la autoridad de los doctos. Unos le han estimado orador (2), otros historiador (3), no pocos le han creído gran poeta (4), otros han despreciado su

1 Uxor Lucani Polla Argentaria, post excessum mariti Pharsaliam ejus emendavit: imó et viventem in carmini dicitur adjutase. *G. J. Voss de veter. poet. temper. lib. duo.*

2 Lucanus ardens et concitatus, et sententiis clarissimus, et, ut dicam quod sentio, magis oratoribus quam poetis adnumerandus *M. Fab. Quint. Institut. orat. X.*

3 Officium autem poetæ in eo est, ut ea, quæ vere gesta sunt, in alias species obliquis figurationibus cum decorrealiquo conversa transducatur. Unde et Lucanus ideo in numero poetarum non ponitur, quia videtur historiam composuisse, non poema. *S. Isid. Etym. lib. VIII, cap. VII.* Vossius en su *Tratado de historicis latinis*, lib. I, c. 26. «Inter historicos etiam locum damus M. Annæo Lucano Cordubensi. Quippe qui poema suum de bello civili Cæsaris et Pompeii fide historica scripserit.»

«Sulpitius Verulanus en su epístola á Antonio Palavino dice: «Lucanus, quum puram historiæ fidem sequa-

tur, etiam historici sustinere personam videtur.»

4 Entre otros de los que alaban por gran poeta á Lucano, se cuenta Alfonso García Matamoros, honor y gloria de la Universidad Complutense, que tanto contribuyó al renacimiento y difusión de las letras clásicas.

At Junius Gallio ex arte oratoria gloriam sibi petendam existimavit: quemadmodum ex poesi nepos Lucanus, qui si immaturo interceptus non fuisset obitu, non est quidem dubitandum, quin claros Virgili manes ad invidiam tanti decoris, quantum in ejus illuxit Pharsalia esset permoturus. Nam et ipse Nero Claudius carminibus tantæ sublimitatis commotus, ubique se dilatantem Lucani poesis famam invidiose premere voluit, prohibueratque ostentare vanus ad simulationem. Quod ita graviter et iniquo tulit animo divinus poeta, ut propter hanc unam causam in ejus exitium cum multis principibus viris conspirare non dubitaverit. *Alphons. Gar. Matam. De adseren. Hisp. erudit.*

gênio, tachándole de oscuro en las ideas, de ampuloso en las frases, de falto de inspiracion y sobra-

Mi ilustre maestro, el señor Amador de los Rios, dice:

Romani colitur chori sacerdos...

Acaso no existió en la república de las letras, otro ingenio que, en su primera juventud, haya recogido tantos y tan deslumbradores laureles: ningunole ha aventajado despues en sus grandes cualidades poéticas. Dotado de una imaginacion prodigiosa, llena su alma de luz y de armonia, todo cuanto miran sus ojos cambia de forma y de naturaleza, tomando gigantescas dimensiones; todo recibe mas brillante colorido, desapareciendo instantáneamente las medias tintas y débiles matices. Bajo las huellas de su arrebatado pincel se convierten los arroyos en caudalosos rios, crecen las mansas colinas, hasta erigirse en levantadas montañas, y aparecen los hombres animados de titánicas fuerzas. Cap. III, t. 1, *Hist. crit. de la Literat. Esp. ined.*

Papinio Stacio le alaba y pone hasta sobre Virgilio en su *Genethliacon* Lucani.

«*Lucanum canimus: favete linguis. Vestra est ista dies; favete, musæ, Dum qui vos geminas tulit per artes Et vinctæ pede vocis, et solutæ,*

Sulpicio Verulano, en su carta en otro lugar citada, comparándolo con Virgilio, dice: *Magnus perfectus est Maro, magnus Lucanus; adeoque prope par, ut quis major, possis ambigere. Summis enim uterque est laudibus eloquentiæ cumlatus Dives est et magnificus Maro; hic sumptuosus et splendidus. Ille maturus; sublimis, abundans: hic vehemens, canorus, effusus. Ille venerabilis pontificio modo quadam cum religione videtur incidere: hic cum terrore concitatus imperatorio. Ille cura et diligentia cultus: hic natura, et studio perpolitus. Ille suavitate et dulcedine animos rapit: hic ardore et spiritu complet. Virgilinus nitidus, beatus, compositus: Lucanus varius, floridus, aptus.*

Marmontell, en sus *Poésies fugitives* le ha consagrado los siguientes versos.

«*Le seul Lucain cherchant une autre gloire Sans le secours des enfers, ni des cieux, D'un feu divin sait animer l'histoire, Et son génie en fait le merveilleux.*»
El célebre Montaigne dice: «*J'aime aussi Lucain, et le*

do de palabras (1), pero todos han convenido en que poseía grandes y eminentes calidades. Tal confusion se ha movido en el mundo literario al juzgar á Lucano, que apenas con los ojos puestos en el poeta y en su siglo se atreve la mente á dar un juicio decisivo y firme.

¿Puede dudarse que Lucano es poeta? La poesía es la fuerza creadora que reside en el hombre, la manifestacion de su íntima naturaleza, la esencia misma del alma encarnada en la forma ingénita de la idea, en la palabra. La poesía es el resumen de todas las artes: como la música, combina el tiempo y produce admirables cadencias; como la escultura, graba y esculpe grandes ideas en los espacios; como la pintura, refleja la naturaleza; y así inspirada recorre las esferas de la vida, las escalas de la creacion, los círculos de la inteligencia.

pratique volontier, non tant pour son style que par sa valeur propre et la verité de ses oppinions et jugemens.» *Essais*. L. II. C. 10.

Voltaire le ensalza en estos términos:

«Lucain génie original, a ouvert une route nouvelle Il n'a rien imité; il ne doit à personne, ni ses beautés, ni ses défauts ..» *Ess.* sur la poes épique, ch. 4.

Morhofio nos dice lo siguiente respecto á la estima en que algunos hombres eminentes tenían á Lucano:

Hugo Grotius tanti eum fecit, ut, referente Patino in Epistolis, illum perpetuo in sinu gestaret, et numquam

sine Lucano ambularet. *Polyhist. Liter. Philosof. et Pract.* L. IV, G. XII.

1 Lucain avait été élevé dans les exercices oratoires; il avait retenu de cette éducation l'habitude de composer un discours, de chercher des traits, de viser à l'effet oratoire; de là, en effet, dans les harangues qu'il fait tenir à ses personnages, un certain arrangement qui n'est pas sans habilité, des traits, des effets, une chaleur de plaider: mais de là aussi, le déclamation, l'emphase, le lieu commun, la multiplicité des monologues et des discours. *Nisard. Etd. sur les poet. lat. de la decad.*

la série posible de las ideas, el tiempo, la eternidad, y es respecto al hombre lo que respecto á Dios es la maravillosa creacion. La fuerza creadora: he aquí la primer cualidad del poeta, esa fuerza que puebla de séres ideales los espacios. Y admitido esto ¿es posible negar á Lucano los timbres de poeta? Léase la *Pharsalia*, examínense los caracteres que anima, las ideas elevadas que derrama como brillantes centellas, los sentimientos que mueve y levanta en el corazon, la magnificencia de sus descripciones, en que se vé circular la vida de la creacion en su pristina pureza, léase la *Pharsalia* y se advertirá escondida allí como la perla en su concha el alma de un poeta.

Muchos críticos han por extremo encarecido sus defectos y han olvidado cuáles eran los defectos de su siglo. La libertad romana habia muerto: el sagrado campo de Cincinato se habia convertido en praderas y jardines de Neron; el génio no podia volar libre por los espacios infinitos y ocultaba en pobre larva sus matizadas alas; el antiguo ideal del arte romano, Grecia, habia perdido con su independencia su génio, como si la tristeza de la esclavitud hubiera ahogado su voz; Alejandria, maestra en aquella sazon del mundo, al recibir el génio del Oriente habia desconcertado las armonías clásicas; la luz del Olimpo se apagaba, los dioses griegos y romanos se morian; la severidad del estoicismo infundia miedo á las artes; todos los sistemas filosóficos eran protestas vivas contra la religion, esa musa del cielo; el mundo antiguo estaba tocado del presentimiento y del temor de su próxima ruina y buscaba en la orgía del imperio un sudario de púrpura y un brillante sepulcro; has-

ta el fondo del Mediterráneo, ese mar tranquilo como la eterna alegría de los antiguos dioses, exhalaba quejidos de muerte; y la duda corroía todas las inteligencias y la desesperacion secaba los manantiales del sentimiento en todos los corazones.

Esta edad era infeliz para el génio. Así, aunque Lucano fuera poeta, la inmensa pesadumbre de aquella atmósfera debia ahogarle. Él poseia en grado eminente la fuerza creadora. Si su siglo era estéril en creencias, si se habian agotado los manantiales de la inspiracion, si el aire sofocante de los salones y certámenes académicos secaba la mente, si la esclavitud tornaba oscuros y sùtiles á los mas claros y grandiosos génios, cúlpese, no á Lucano, cúlpese á su siglo. ¿Es dado al hombre modificar con su aliento la atmósfera en que respira? Juzgar al poeta aisladamente, es achaque de una crítica falta de elevacion y de grandeza.

Y dado que Lucano sea poeta ¿es un poema la Pharsalia? Nadie ignora su argumento. Su nombre lo dice. Pinta aquella gran ocasion en que murió á las plantas de César defendida por Pompeyo en los campos de Thesalia, la república romana. Como se vé, sin que yo lo indique, su argumento es eminentemente histórico. Y volvemos á preguntar ¿es un poema la Pharsalia?

Para responder á esta pregunta convirtamos los ojos á las leyes fundamentales de la historia, y consideremos la naturaleza del poema épico (1).

1 No puedo continuar sin declarar aquí que me sirven de principal guía en estos estudios las ideas que he recogido en las cátedras de

esta Universidad, de los lábios de mis dignísimos maestros los señores Nuñez Arenas, Camus, Amador de los Ríos y Sanz del Río, á cuyas

Así como la poesía lírica es eminentemente subjetiva, la poesía épica es eminentemente objetiva: la primera es la voz de un hombre, la segunda es la voz de un siglo. El poeta lírico puede transformar en su mente y en su corazón todas las ideas recibidas de su siglo: el poeta épico no debe aparecer en su obra, á manera de esos sublimes arquitectos de la edad media, que ideaban y construían una maravillosa catedral y no se curaban de escribir sus nombres ni en una sola piedra.

La poesía épica tiene como la historia antigua tres momentos; es divina, es heróica mas tarde y por último es humana. La poesía épica divina la componen los cantos cíclicos, la historia primitiva de los pueblos antiguos, cuyos actores son los dioses que llenan los espacios de la tierra. Esta poesía precedió á Homero y es la base de los primitivos mitos de Grecia. La poesía épico-heróica es el segundo desarrollo de este género literario. El protagonista ya no es un Dios, sino un hombre; el sacerdocio es reemplazado por la monarquía; y aunque los héroes son hijos de los dioses, como la edad heróica es hija de la edad divina, una idea humana centellea en todos sus cánticos. Esta edad se halla representada por el divino Homero. La edad heróica procede de la edad divina, como la flor procede de la semilla; y la edad humana procede de la edad heróica, como el fruto procede de la flor. Esta última edad se halla representada por la Pharsalia del inmortal Lucano. En el periodo que la Phar-

elocuentes lecciones debo y en filosofía. Tengo un placer singular en tributarles mi admiración, mi respeto y mi eterno agradecimiento.

salia comprende, la poesía épica es muy difícil: existe ya una sociedad asentada sobre sólidas bases, y los acontecimientos dependen, mas bien que de la voluntad del hombre, de la direccion que toman las fuerzas sociales; la historia severa quita al héroe humano el brillo de que está cubierto el héroe divino; y los preparativos, los medios de que se ha de valer el hombre para grabar la pura idea de su mente en la realidad siempre impura, siendo como son cálculos mas bien que inspiraciones, no pueden compararse con los medios maravillosos empleados por un Dios, que todo lo saca de su poder, ó por un héroe que tiene misteriosas relaciones con el cielo y vé siempre flotar en los aires un génio superior, que le remueve los obstáculos, y le auxilia en sus empresas, y le muestra el camino de la vida. Lucano, pues, no pudo exentarse de las condiciones de su siglo. Examínese la *Pharsalia*. La historia es su musa, sus héroes hombres cercanos al siglo del poeta; lo maravilloso apenas aparece en el poema; las pasiones humanas son su objeto, la lógica de los hechos su procedimiento, la política su maestra; la naturaleza no toma parte alguna en la accion sino como un gran teatro; y los pensamientos principales nacen del fondo de la sociedad de aquel tiempo, mas bien que de la arrebatada mente del poeta (1).

1 Asi el eminente crítico Bähr ve en la *Pharsalia* un poema histórico. Durch die Behandlung des Stoffs in chronologischer Folge und durch die getreue historische Erzählung der einzelnen Ereignisse, welche alle Fiction

ausschliesst, die der historisch beglaubigten Erzählung widerstreiten würde, entfernt sich freilich dieses Gedicht von der eigentlichen epischen Darstellung und nähert sich mehr der art von historischen Gedichten, wie

¿Deja por eso Lucano de representar de una manera objetiva su siglo? No; ningún poeta hay mas fiel que Lucano al espíritu de su tiempo. El nos presenta la idea religiosa, la idea política, la idea filosófica de su siglo. Muchos críticos le han afeado que no presentara los dioses griegos, ni por regla general casi ninguna divinidad como elementos de acción en su poema (1).

Pero entonces, preciso es confesarlo, Lucano no hubiera representando tan admirablemente como representa su siglo. Al ahuyentar los dioses de su poema, nos muestra que se ahuyentaban del mundo. Y en efecto, los dioses griegos habían muerto; ya no resonaba entre los laureles y mirtos de Thesalia la lira de Apolo; de los sagrados bosques de Lyceo huían los resplandores de la corona de Júpiter; la copa de Ganimedes que encerraba el néctar de la vida divina se había quebrado; las praderas de la Arcadia no repetían los ecos de la flauta del Dios Pan, ni las orillas del Alpheo resonaban con los cantares de las ninfas; el mar de

sie in Alexandria aufgekomen waren und später in Rom grossen Beifall gefunden hatten *Geschichte der römischen Literatur*.

1 Esta ausencia de las divinidades griegas que yo considero como uno de los principales méritos de la Pharsalia, ha sido variamente juzgada por los críticos. Véase cómo se espresa Nisard, que en esta ocasión comprende mejor el espíritu del poeta, si bien siempre con notoria superficialidad:

«Lucain a exclu les dieux de la Grèce: il faut lui en savoir gré. Virgile et Ovide les avaient pris à Homère; c'était déjà beaucoup. Ces dieux étaient usés, tout le monde en avait assez, si ce n'est Stace qui en eut toujours besoin pour donner des origines divines aux chevaux des eunuques de Domitien ou aux plantes de ses amis. Mais qu'est-ce que Lucain a mis à leur place?—La Fortune.—Belle découverte!» *Etudes sur les poët. lat. de la decad.*

Corinto, al unir sus olas con el mar de la Jonia y besar las siempre floridas riberas, se quejaba de la ausencia de las Nereidas, que habian desaparecido como blancas espumas deshechas por el soplo de las brisas; Grecia, la citerea de las naciones, la musa del mundo antiguo, su sacerdotisa, abandonada de sus poetas, de sus filósofos, de sus guerreros, agotada aquella imaginacion que habia producido el eterno ideal del arte, apagado su pensamiento, estinguida su inestinguible risa, caia entre ruinas, desapareciendo del mundo de la historia, desgarrada de dolor, herida como la divina Niobe por invisibles pero aceradas flechas.

Y si la religion griega habia muerto ¿podia inspirarse Lucano en la religion romana? No; la religion romana es el culto de lo desconocido (1). Los mas grandes repúblicos de Roma ignoran el nombre de sus dioses (2). El númen de la ciudad eterna yace oculto en su seno como un secreto inefable (3). Roma no tiene fé en sus dogmas religiosos (4). En el panteon están reunidos todos los cultos, presos todos los dioses, y todos al dejarse esclavizar muestran su incurable impotencia (5).

1 Ipsi Romani et Deum, in ejus tutelâ urbs Roma est, ut ipsius urbis nomen ignotum esse voluerunt. *Macro Saturn.* 111, 9 Nihil loquor de pontificio jure, nihil de religione, cæremoniis. Non dissimulo me nescire ea. *Cic. pro domo.* 46. Non sum in exquirendo jure augurum curiosus. *Ib.* 15.

2 Verum nomen numinis quod urbi Romæ præest, sciri sacrorum lege prohibetur;

quod ausus quidam tribunus plebis enunciare, in crucem est sublatus. *Servius ad Æneid.* I. 447. II. 198.

3 Nunc vix nomen notum paucis *Varr.* *L. L.* V. P. 50.

4 Véase *Le Génie des Religions* par Quinet. L. VIII.

5 Peregrinos deos transulimus Romam, et institui-mus novos. *Tit Liv.* V, In Capitolio enim Deorum omnium simulacra colebantur. *Serv. ad Æn.* 11.

Las armas de Roma son el gran martillo que tritura y pulveriza el paganismo. Los bárbaros acabaron con los mármóreos cuerpos de los dioses; pero fué cuando Roma habia acabado ya con sus almas. La religion romana, poseida de eterna duda, derrama en el ánimo tristeza y pavor (1). Lucrecio, al ver que cada partido de Roma tiene sus dioses, duda de todos, porque no han abismado en lo profundo á la prostituida reina de la tierra. Al llegar el imperio, los Césares solo quieren á los dioses para esclavos (2). ¿Qué debia hacer Lucano delante de este universal escepticismo? ¿Debia por ventura resucitar aquella religion muerta en la conciencia del mundo, aquella aniquilada teogonia? No. Cuando en las llanuras de Thesalia ciñe lauro vencedor César, el poeta busca en el cielo el rayo de Júpiter pidiéndole que destruya al destructor de la patria libertad, y al ver que Júpiter no le atiende, le maldice y le desprecia, mostrándole en son de burla el espectáculo ofrecido por el imperio, en que un hombre recibe sin duda para castigar al cielo, el incienso y los honores guardados antes á los dioses (3). ¿No pinta así Lucano la conciencia de Roma? ¿Hubiera hecho algo mas el Dante para pintar la conciencia del mundo en la Edad Media?

1 Religio, id est, metus.
Ab eo quod mentem religet,
dicta religio. *Serv. ad Æneid. VIII.*

2 Deos enim accepimus;
Cæsares dedimus. *Ad. Tiberi Prol.*

3 Cladis tamen hujus habemus

Vindictam, quantan terris dare numina fas est,
Bella parís superis facient civilia divos;
Fulminibus manes, radiisque ornabit, et astris,
Inque Deum templis jurabit Roma per umbras.
Lib. VII.

Examinado ya cómo presenta Lucano la idea religiosa de su siglo, veamos cómo nos presenta al par su idea filosófica. La escuela estoica dominaba con gran preponderancia en Roma. Esta escuela, nacida en Grecia, unia Dios al mundo como el espíritu al cuerpo, lo racional á lo sensible, la vida fugaz del individuo á la vida universal de la especie, y tenia las acciones particulares por elementos de la ley total del mundo; y la actividad por el ejercicio mas digno del alma; y enseñando que la razon regula el instinto, fuente de todas nuestras obras, y dividiendo la virtud en conciencia que nos avisa del bien y del mal, templanza que modera nuestros impetus, fuerza de voluntad que nos lleva á nuestro fin, y justicia que armoniza nuestra vida con la del mundo y con la de toda la humanidad, inclinaba al hombre á ser consecuente consigo mismo, le desligaba de las malas pasiones, le convertia á vivir vida feliz, y le preparaba para morir bienhadada muerte (1). Esta filosofía estaba destinada á ser la madre de ese gran rio de ideas que recoge los caudales de toda la antigüedad, y que se llama derecho romano. La filosofía estoica de desarrollo en desarrollo llega á Séneca, que es su gran mantenedor en Roma. Séneca subordina la lógica y la física á la moral, ensalza la razon, condena la demasiada ciencia, cree fácil la virtud, difícil el vicio, truena contra los dioses paganos, traza el ideal del hombre virtuoso, y escita á la voluntad á tener por norte de sus acciones el bien, por fin la justicia, que da paz al corazon, luz á la mente (2).

1 Stob. ecl. II y Diog. 2 Ep. 64, 6, 53.
Laer VIII.

Lucano personifica la idea estóica en Catón (1), su más grande y sublime emblema. Catón lleva en su mente las tradiciones romanas, y en su pecho el fuego del amor á la libertad; vive antes que para sí para la patria; su razon sigue la virtud con pié incansable; su voluntad de hierro doma la naturaleza de su cuerpo; el dolor se estrecha á sus plantas; las alegrías del mundo no tienen eco en su corazón; fiel siempre á su pensamiento, lo acaricia con mas fé cuando le vuelve las espaldas la fortuna; únicamente su genio se atreve en el mundo antiguo á desafiar al destino; sus acciones, mas que de un hombre, son de una clase social, mas que la obra de un momento, la consecuencia de un sistema; y así, cuando la antigua libertad aristocrática ha muerto, cuando el gran demagogo el compañero de Catilina, el sucesor de Mario se apercebe á subir cónsul, tribuno, dictador y sacerdote al Capitolio, Catón, despues de haber dormido dulcemente como si cobrara fuerzas para largo viaje y al despertar contemplando el cielo azul y el mar tranquilo, lee la República de Platon, en la cual habia siempre vivido en espíritu, invoca el genio de la patria, mira con mirar sereno el abismo de la eternidad, se rasga las entrañas, y al

1 «Le personnage le plus important de la *Pharsale*, après César et Pompée, c'est Caton. Il était facile de faire un portrait vrai de Caton. Le stoïcisme lui donnait je ne sais quoi de guindé qui convenait à l'enflure de Lucain. Aussi est-ce le meilleur de ses portraits. J'aime mieux

le Caton de Lucain que son Pompée et son César; il a du moins une certaine unité, et s'il est exagéré quelquefois, il n'est jamais faux. Il prononce quelques belles paroles qui lui font honneur comme stoïcien, sinon comme homme d'Etat. Nisard. *Etud. etc.*



morir se lleva al mundo de las sombras en su último suspiro el alma de la antigua Roma. El cielo estaba vacío de Dioses, el mundo de dogmas religiosos, y Lucano llena el mundo con la sombra de Catón, y puebla el cielo con las ideas estóicas.

Pero revelada ya la idea religiosa y la idea filosófica en el poema, ¿qué debía hacer para coronar su obra? Revelar la idea política. Y bajo el yugo del imperio, vivos aun los recuerdos de la República, despertar la memoria del último día de la libertad era una gran empresa. La lucha entre César y Pompeyo es mas grande aun que la lucha de Priamo y Agamenon; es el combate del genio esclusivo de Roma, personificado en Pompeyo, con el genio expansivo de la humanidad, personificado en César. Contemplemos este acontecimiento, y veamos cómo lo presenta Lucano.

Examinad, Excmo. Sr., el mundo, y lo encontrareis dominado por la ley de contradicción; examinad la conciencia humana, y la vereis por la ley de contradicción regida; examinad la historia, y la encontrareis basada en esa misma ley. Querer acabar con la lucha de los principios y de las ideas, es querer acabar con la sociedad y con el hombre. Solo así se desarrolla el espíritu humano en el tiempo, y solo así es posible el progreso. Esta ley de contradicción eterna, invariable en la conciencia humana, se manifiesta en Roma por la lucha de patricios y plebeyos, que, como ha dicho Vico, es el ideal de la historia de la humanidad. Yo no diré si los patricios eran pueblo conquistador y pueblo conquistado los plebeyos; pero sí que los primeros eran la concentración de todos los

derechos, y los segundos la concentracion de todos los deberes. La esclavitud debia pesar al pueblo con inmensa é incontrastable pesadumbre, hasta que un dia el anhelo del derecho se posesionó de su corazon. Entonces pidió intervencion en el gobierno, y la obtuvo: sentóse á las puertas del Senado, é interpuso su veto; penetró como rey en los comicios; leyó el secreto de las leyes y su interpretacion; logró el *jus connubium*; ciñóse la túnica de los augures; puso sus manos en las aras de los dioses, y forjó para sus sienes, con sus lentas, pero continuas victorias, la corona del derecho.

Mas esta revolucion no habia llegado sino á la política, y tendia por una fuerza ciega á descender al profundo seno de la sociedad. Esta última consecuencia de la revolucion romana era combatida tenaz y duramente por la aristocracia. La oposicion entre los dos principios se manifestó de una manera terrible. El tribuno era el representante de la revolucion, el senador el representante de la resistencia, y esta lucha, que en la esfera política habia sido fecunda en derechos y en progresos, al llegar á las entrañas de la sociedad, se planteaba de una manera triste, pavorosa; no habia remedio, estaba próxima la muerte de la República. La libertad podia haber concedido dignidad al pueblo; pero no habia matado su hambre. El pueblo romano habia de adorar al hombre que, aun á costa de la libertad política, resolviese el grande, el pavoroso, el inmenso problema social. Los plebeyos pedian participacion en las herencias por los reyes legadas á Roma, y que los territorios conquistados no se acumularan sobre familias privilegiadas, y despues de muchas leyes, de infinitas proposiciones de los tribunos, se habia

visto que la República no podía llenar estas tenaces aspiraciones del pueblo; y su alma, desbordada, iba rompiendo, como una gran inundación, los valladares y diques fortísimos que la contenían y aprisionaban. Sila quiso esterminar á los plebeyos; pero mataba á los individuos, y de sus restos renacía con mas fuerza la idea social alimentada por torrentes de sangre. Mario perseguía á los patricios, y su espada destruía con sus golpes todas las columnas de la antigua República. En estas luchas crecía en influencia la clase de los caballeros, término medio entre patricios y plebeyos, y que ora volvía los ojos al pueblo, ora al patriciado, según las varias oscilaciones de la fortuna. Esta clase estaba representada por Ciceron, que al mismo tiempo que pide en la oración contra Verres que el derecho de juzgar no sea esclusivo del Senado, pide, oponiéndose á las proposiciones de Rulo, que la ley agraria sea condenada como el mas gran mal que puede sobrevenir á la República (1).

Esta clase media era en aquella sazón para los patricios único amparo. Ella y solo ella pudo ahogar en sus brazos á Catilina, imagen fiel de la idea social que hervía en el seno de Roma y desgarraba las entrañas de la República. Conservar la República: hé aquí el grito de los patricios y de los caballeros. Lograr la revolución social; hé aquí el instinto de los plebeyos. La primera idea, la idea de conservación de la República, engendró á Pompeyo; la segunda idea, la idea social, engendró á César. Pompeyo y César, Excmo. Sr., son los dos héroes de la Pharsalia. ¿Podía darse un principio

1 In Verr. I. de Leg. Agraria, I.

mas grande, una idea mas poética, una lucha mas titánica? No. La Pharsalia, pues, habia escogido el mas bello y mas grande de los argumentos posibles.

Pompeyo es para Lucano el representante de la antigua libertad y el héroe principal del poema. Por eso le presenta grande. La historia no conviene con el sentir del poeta. Mas ¿qué mucho, que le presentara grande si Pompeyo personificaba la libertad, que perdida lloraba Lucano? Pompeyo habia conseguido por fáciles victorias difíciles premios. Tenia desmedida ambicion; pero ignoraba el camino por donde llega el repúblico al término de sus deseos. Sus guerras extranjeras podian consistir en grandes batallas; mas sus luchas políticas y sociales consistian en pobres aunque sangrientas escaramuzas. Quería que la ciudad le conquistara á él, como si fuese Pompeyo mas gran conquista que Roma. Más gustaba de oír los aplausos de las gentes, que de preparar el juicio de la historia. En momentos en que toda Roma le aclamaba, por no chocar abiertamente con ninguna clase, las movia á todas á la guerra, y acababa por enagenarse todas las voluntades. Pompeyo se contentaba antes con el brillo que con la realidad del poder; por una lisonja abandonaba una victoria, por una fiesta popular una conquista, por sus clientes y sus aduladores la salud del pueblo; y se encerraba en fórmulas oraculares; y así era imposible adivinar el secreto de su pensamiento, ni conocer el vuelo de su voluntad. El destino, indignado de que la encarnacion de la libertad romana fuese tan pobre, le preparó una muerte gloriosa. Pompeyo debió besar la mano que le heria, como dispensa-

dora de la inmortalidad; porque al fin le hizo mártir. Reconociendo nosotros como reconocemos el carácter de Pompeyo, ¿debemos concluir de ahí una acusacion contra Lucano porque le coronara héroe principal de su obra? No. Lucano no podia inventar un héroe. Quería cantar la antigua libertad romana, y se encontró con que la representaba Pompeyo. Y le exaltó como se exalta siempre una gran personificacion. Y hay evidentemente resplandores poéticos en esa figura que corona como una estatua la República. De esos resplandores se aprovechó Lucano, y transfiguró en su alma el alma del héroe.

Frente á frente de Pompeyo se levantaba César. Confieso, Excmo. Sr., que César cautiva la mente, como todos los recuerdos clásicos. Era grande por sus virtudes, y grande por sus vicios. Llevaba la abnegacion hasta el sacrificio, y la venganza hasta la barbarie. Nadie le aventajaba, ni en lo magnánimo, ni en lo cruel. Con los ojos puestos en su fortuna, fué matemático, porque necesitaba las matemáticas para la guerra, y la guerra para lograr el imperio; astrónomo, porque conocer los astros era dominar á los supersticiosos señores de la tierra, que se asustaban del canto de una cigarra, del vuelo de un cuervo, del brillo de una exhalacion; historiador de sí mismo, porque como todas las grandes almas, vivía con el pensamiento, mas que en lo presente, en lo porvenir; orador, porque la palabra era en los comicios y en el Senado lo que la espada en los campos; poeta y dado al amor y en el vestir galano, porque con todas estas cualidades se ganaba el corazon de las mujeres, y con el corazon

de las mujeres la mitad de Roma; espléndido, disipado, vicioso, cargado de deudas, porque así daba pan y gladiadores al pueblo, cuyos vicios y virtudes personificaba; y á pesar de su proverbial afeminación y de su natural delicado, en las marchas andaba á pié cincuenta millas por día; en los sitios era el primero que llegaba á la brecha, y en los combates parecía feroz león de la Numidia. Este es el hombre; ¿y el guerrero? Como guerrero no tiene rival en el mundo antiguo. Pasea sus gloriosas enseñas por Grecia, destroza con sus hachas los bosques druidicos de las Gálias, penetra en la nebulosa Bretaña, pasma á los reyes de Egipto, se corona vencedor en Alejandría como si quisiera eclipsar con la lumbré de su gloria la gloria de Alejandro, arrastra su carro triunfal por el Asia; y su genio inquieto le lleva á disparar el rayo de la guerra en las orillas del Rhin, en las selvas de la Germania, como si presintiera que en su seno ocultaba el destino á los ejecutores de las grandes sentencias divinas, á los futuros verdugos de su patria. ¿Y cómo político? Antes de su imperio, Roma pesaba sobre la tierra y él preparaba la ciudad eterna á todas las gentes y á todos los pueblos. El Senado gobernaba al mundo como el señor al esclavo, y él señala asiento en aquel asilo de las tradiciones sagradas á senadores extranjeros, que van apoderándose del espíritu de Roma para convertirlo en espíritu del mundo. La aristocracia romana, orgullosa con sus tradiciones, se encierra en sus antiguas fórmulas y derechos, y él la modifica profundamente, creando nuevos patricios, nacidos en humilde cuna, y rompiendo así la valla de los antiguos privilegios. El pueblo rey se moría

de hambre, la mayoría de sus hijos no tenía una piedra donde reclinar la frente agoviada de laureles, y él resuelve la gran cuestión social, reparando entre el pueblo las tierras de la Campania, region dulce y fértil de Italia. La aristocracia no podía consentir tal política, é hirió á César; pero al caer, despues de haberse defendido heróicamente, desarmado mas que por el valor de sus asesinatos por la ingratitud de su hijo, cae artísticamente, como apuesto gladiador thracio en el circo.

El alma de César no huye de Roma, porque eternamente permanece en el imperio. Mas para Lucano ¿qué era César? La personificación del despotismo. Y visto de cerca el gran dictador, ignorada del poeta la idea providencial por él cumplida, no es maravilla que achaque á su ambicion el nacimiento del imperio, y no vea ni sus virtudes ni sus glorias. Lucano, en la *Pharsalia*, protesta contra el despotismo, y al protestar contra el despotismo, no puede presentar en toda su magnitud la figura de César. Para él, César es el iniciador del imperio, el que ha inaugurado las delaciones, el que ha puesto la primer piedra de esa gran cárcel donde yace cautivo su génio. En algunos instantes siente su grandeza, la manifiesta sinceramente, y en tal grado que algunos críticos han creído ver en la *Pharsalia* la exaltacion de César. Pero compréndase que Lucano y la aristocracia romana diezmada, herida en sus derechos, expropiada, sujeta al carro de los emperadores, rodeada de zozobras, y esperando en cruel y perdurable agonía que á cada instante la mano del déspota les arrebatase sus mujeres, sus hijos, hasta su misma existencia, debían mirar al inaugurador del imperio con frio

miedo en el corazón y eterno llanto en los ojos. Y sin embargo, el mismo imperio, ¡qué idea tan grande, tan maravillosa cumple en la historia! El imperio déspota de Roma es salvador de la humanidad. El imperio, para realizar la idea de igualdad en el mundo, martiriza á la martirizadora de las naciones. El imperio abre su trono á todas las gentes. Así todas las razas de la tierra, los españoles, los galos, los italianos, los griegos, los orientales, los mismos godos suben al trono del mundo á coronarse con la aureola del derecho romano. La Ciudad no se queda aislada en sus siete colinas, la libertad no se cierne solo en sus horizontes, el derecho de ciudadanía no vive en aquel su pequeño espacio, sino que se extiende á toda la tierra, á todos los hombres, y crea así la humanidad, haciendo de ella un solo cuerpo, para que el soplo del cristianismo le infunda un solo espíritu. ¡Y qué presentimientos tan grandes agitan al mundo! ¡Cómo parece que la idea cristiana se respira en los aires! Examinad, Excmo. Sr., de qué manera preparan aquellos emperadores, deshonor del mundo, el advenimiento de la buena nueva, y os quedareis ofuscado por la luz que derrama en la historia la Providencia. Los emperadores que no conocen freno á sus pasiones, santifican la familia, endulzan la suerte del esclavo, levantan de su abatimiento á la mujer, protegen al gran tribuno de la libertad civil, al Pretor; y así Tiberio establece el crédito territorial sin interés (1); Neron distribuye gratuitamente la justicia, ese pan del alma (2); Domi-

1 Factique mutuandi copia sin usuris. Tac. Ann. VI. 17.

lliis nullam omnino darent, præ ærario gratuita. Suet. Nero, 17.

2 Mercedem pro subse-

ciano iguala con los caballeros á los plebeyos; el imbécil Cláudio hace inviolable la vida del esclavo como la del hombre libre (1) y protege á la madre privada de sus hijos; Conmodo, Alejandro, procuran libertar á la esclava de la prostitucion y guarecerla en la ley contra las injurias de sus señores; Caracalla, mas innovador que Mario, mas justo que Caton, da el derecho de ciudadanía á todos los hombres (2); y todos esos emperadores, deshonra del linage humano, eterna afrenta de la historia, unen sus maldecidos nombres á la obra mas gloriosa del pueblo rey, á la obra del derecho, ejemplo fiel de que la idea de un siglo es como el oxígeno de la atmósfera en que respira el alma.

El presentimiento de la verdad cristiana en filosofía por el estoicismo, en la sociedad por el derecho; hé aquí la ley de este siglo. Y este presentimiento general que el mundo tiene de la verdad cristiana ¿no resuena en el corazon del poeta? ¡Oh! si. Parece que las auras de la buena nueva circulan por sus versos. El destino no pesa ya sobre los héroes de la Pharsalia. La fortuna, génio mas grato, mas humano que el ceñudo destino, es una transformacion de la idea tiránica que gravitaba sobre el arte griego. El hombre es dueño de sus acciones y de sus acciones responsable. Solo ese presentimiento de la nueva idea esplica que nos ofrezca el poeta á Caton vencido por el destino, y revolviéndose contra sus decretos en esta sentencia; «*Victrix causa Diis placuit: sed victa Catoni*» (3);

1 Quod si quis necare quem mallet, quam exponere, cædis crimine teneri. *Suet. Claud.*, 25.

2 In urbe romano qui sunt. *Ulpia. Dig. tit V. t. 2.*

3 Phar. C. I.

revelacion de un nuevo pensamiento en la historia. La idea del destino se transformaba progresivamente hasta llegar á la idea de la Providencia, que enseña la nueva religion.

La mujer, que ha sido doblemente redimida por la religion cristiana, se muestra ya rodeada de todo su esplendor en la Pharsalia. Cornelia, errante por las riberas de Lesbos; dando sus lamentos á las brisas del mar, para que los lleven á oídos de su esposo, sin mas placer que mirar al horizonte para descubrir las velas de sus naves; profeta que presiente las desgracias del que ama; ángel de bendicion que vierte el bálsamo de sus lágrimas en todas las heridas; pobre víctima que no anhela reinar en el mundo sino en un solo corazon; resignada mártir que busca en la tierra una pequeña gruta donde guarecerse como la paloma con su amada; Cornelia es el boceto de la nueva idea que va á levantarse en el mundo, de la mujer cristiana, fuente de virtud en el hogar doméstico, de dulce inspiracion en el arte (1).

Pero donde veo la intuicion divina del poeta, es en el momento en que presiente la suerte que va á caber á la libertad despues de la batalla de Pharsalia. No en vano los pueblos antiguos confiaron á

1 Véase cuán tiernos y dulces son los siguientes versos:

«... Sic est tibi cognita
Magne,
Nostra fides? credisne aliquid
mihi tutius esse,
Quam tibi? nonne olim casu
pendemus ab uno?
Fulminibus me, sæve, jubes,
tantæque ruinæ,

Absentem præstare caput? secur
cura videtur
Sors tibi, quum facias etiam
nunc vota, perisse!
Ut nolim servire malis, sed
morte parata,
Te sequar ad manes; seriae
dum mœsta remotas
Fama procul terras, vivam
tibi nempe superstes.»
Phar. Lib V.

los poetas el sacerdocio, descubriendo en ellos el don de la profecía. Esas almas que penetran en las profundidades mas ocultas del pensamiento, deben, transfiguradas por la inspiracion, penetrar en los secretos de lo porvenir. Asi Lucano, entristecido el corazon por la rota de Pharsalia, nublada la mente por el vapor de la sangre, se acuerda dolorosamente de Italia, y contemplándola entregada a perdurable esclavitud, vuelve por do quier los ojos en pos de la libertad herida, sin duda porque no puede creer en su muerte, y la ve alejarse de la civilizacion, atravesar el Rhin, perderse en los bosques de la ignorada Germania, y reanimar con su soplo vivificador nuevos pueblos (1). Lucano, génio levantado entre dos mundos, llora la muerte de la libertad en Roma, hecho que pertenece á la historia, y canta la renovacion de la libertad en Germania, hecho que pertenece al presentimiento divino del poeta.

Pero donde mas se conoce la revolucion que iba minando el mundo antiguo, es en la manera con que Lucano pinta la naturaleza. Hasta su tiempo el paganismo habia puesto en cada ser un aliento del alma del hombre. Lucano considera ya la naturaleza como un ser en sí, independiente del espíritu humano. Donde se presenta mas plásticamente esta revolucion es en la sublime pintura del druidico bosque de Marsella. La naturaleza ofrece

1 «.....Redituraque nun-
quam
Libertas, ultra Tigrim, Rhen-
numque recessit.
Ac, toties nobis jugulo quae-
sita, negatur,

Germanum Scythicumque
bonum; nec respicit ultra
Ausoniam »

Lib. VII.

todos sus tributos á esta selva: el rayo del sol no ha penetrado sus espesas ramas; dulce crepúsculo, semejante al resplandor de la luna, le ilumina de día, y las sombras se espesan en su seno por la noche; sus ramas, entrelazándose, forman una bóveda que no deja ver los resplandores de la bóveda celeste; no es mansion de silveas ninfas, sino de bárbaros dioses, cuyas aras cubren restos de hombres sacrificados y cuyos pedestales gigantes- cos destilan humana sangre: César, que lleva en sí el espíritu de renovacion universal, penetra en el bosque, hiere los añosos árboles con su hacha; los dioses se quejan, mas huyen de aquel nido como manadas de cuervos, y los rayos de oro del sol rasgan las sombras y penetran en el antes húmedo y sombrío suelo, derramando calor, vida y alegría (1). Esta es, al par de una descripcion en que luce el génio de Lucano, una alegoría magnífica en que se ve al espíritu del hombre huyendo de la naturaleza que comienza á vivir de su propia vida. Por estos ejemplos se ve, no solo el génio superior del poeta, sino tambien la fidelidad con que guarda las ideas de su siglo.

Contar los bellos rasgos que encierra la Pharsalia es empresa superior á mis fuerzas (2). El

1 «Lucuserat, longo num-
quam violatus ab ævo,
Obscurum cingens connexis
aera ramis,
Et gelidas alte submolis soli-
bus umbras.

Hunc non ruricolae Panes,
nemorumque potentes
Silvani Nymphaeque tenent
sed barbara ritu

Sacra Deum, structae diris al-
taribus arae:
Omnis et humanis lustrata
cruoribus arbor.»
Lib III.

2 Es sublime el rasgo del primer canto, que hemos citado «Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni» que pinta admirablemente la fuer-

juicio de los críticos podrá haber diferido en considerar el mérito del estilo, pero todos á porfía han ensalzado la grandeza de su génio. Su nombre vá unido á los nombres mas bellos de la historia del arte. El Dante, al pisar en el sublime descendimiento á los infiernos la region donde habitan los poetas, cuenta entre los cuatro mas grandes del mundo antiguo á Lucano (1), uniendo asi su espíritu al génio de la edad media.

He concluido, Exemo. Sr. Destinado en esta ilustre Universidad á guardar el glorioso depósito

za de voluntad de un estóico.

Hablando de lo dispuesta que estaba Roma á conceder á César cuanto el gran conquistador hubiera pedido, espresa admirablemente el atrevido pensamiento que sigue.

...Melius, quod plura jubere

Erubuit quam Roma pati.

Lib. III. v. 111.

Tambien, hablando del oficio de la espada, dice, con un sentido profundamente liberal.

Ignorantque datos, ne quisquam serviat, enses.

L. IV, v. 57.

Este pensamiento mereció que la revolucion francesa, tan amiga de los recuerdos clásicos, lo grabára en 1789 en los sables de la Milicia Nacional.

Pintando las alternativas que sufre un hombre superior, cuando ya ha traspuesto la mitad de la vida, espresa el siguiente feliz y profundo pensamiento:

.... Sic longius ævum
Destrui ingentes animos et
vita superstes Imperio.

Lib. VIII. v. 25.

Queriendo poner de relieve el desinterés de Caton, al abrazar el partido de Pompeyo, esclama:

Nec regnum cupiens gessit civillia bella,

Nec servire timens. *L. IX. v. 26.*

Bastan estos rasgos para comprender toda la trascendencia del alto génio de Lucano.

1 Lo buon maestro cominciòmmi a dire:
Mira colui con quella spade
in mano,
Che vien dinanzi a' tre si come sire

Quegli é Omero poeta sovrano

L'altro é Orazio satiro che viene,

Ovidio è'l terzo, è l'ultimo è Lucano.

Div. Com. Cant. IV.

de nuestras venerandas tradiciones, he creído solemnizar este acto, evocando la memoria de un genio que es eminentemente nacional. En su riquísima sávia, en su esplendor, en el lujo de sus versos, en las flores de que siembra sus narraciones, se ve que nuestra patria no ha necesitado del génio del Oriente para ser en sus obras poéticas grande y fastuosa. Alejandro Humboldt dice en los *Cosmos* (1) que las descripciones en la naturaleza por Lucano tienen algo del esplendor de la naturaleza en el nuevo mundo. Basten estas consideraciones para probar la grandeza del poeta que en su obra nos presenta la idea religiosa, la idea filosófica y la idea política de su siglo con todos los colores de una imaginacion que ha bebido en el cielo su divina esencia (2).

1. T. II. C. I.

2. Las obras de Lucano, además de la *Pharsalia*, son *Orpheus*, *Iliacón*, *Hectoris Lytra*, *Saturnalia*, *Catascomon*, *Silvarum X*, tragedia *Medea*, *Salticæ Fabulæ XVI*, *Hippamata*: todos estos escritos son en verso, y los siguientes en prosa: *Pro Octavio Sagitta*, et contra eum, de incendio *Urbis*, *Epistolæ ex campania*. (*Castro Bibliot. Esp. T. II*) En cuanto á ediciones, Lemaire cuenta en su magnífica edicion de MDCCCXXX hasta ciento catorce preciosas ediciones. De traducciones cuenta nueve francesas, diez inglesas, siete alemanas, cinco italianas y dos españolas.

En cuanto á traducciones españolas segun mis noticias poseemos la de *Juan de Jau-regui Hispalense*. Madrid 1683 y otra 2.^a edicion de 1790. Es la mejor de las traducciones.

Pellicer en su *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles* da la siguiente noticia: *Lucano traducido de verso latino en prosa castellana* por Mateo Lasso de Oropeza, secretario del Ilustrísimo Cardenal D. Francisco de Mendoza, obispo de Búrgos. Dirigido al Nuestro señor Antonio Perez, secretario de la Majestad Católica del Rey D. Felipe Segundo en Búrgos. En casa de Felipe de Frente. MDLXXXVIII.

Cuando en el largo y escabroso camino de la historia encontramos un génio superior que levanta un pliegue del velo que oculta la naturaleza ó desvanece una de las sombras que empañan el espíritu, nos detenemos extasiados saludándole con gozo, no de otra suerte que el navegante perdido en tempestuosa noche saluda el amanecer, cuando aplaca y serena la tempestad y le muestra la orilla cubierta de flores esmaltadas con las gotas de lluvia, que descomponen los matices de la naciente luz; y como el navegante une su voz á la voz de la creacion en loor del Ser que le ha salvado, unimos nuestra débil voz al cántico de todos los siglos, de todas las generaciones, para alabar á Dios, que nunca aparta su espíritu ni del mundo ni de la historia. He dicho.

Castro en su Biblioteca Española, T. II, dice:

De la Pharsalia en latin hay un precioso manuscrito en fol. menor en la Biblioteca del Real Monasterio de S. Lorenzo del Escorial, escrito primorosamente en pergamino avitelado, de letra del siglo XV, escrito en papel sin foliacion con las iniciales en blanco y los títulos de encarnado, que contiene una traduccion castellana de la Phar-

salia. Esta traduccion está en prosa y es bastante literal sin embargo de que su autor, que es un anónimo, suele introducir alguna paráfrasis para aclarar ciertas transiciones, ó para explicar la mente de Lucano en los lugares en que no queda bien perceptible, por ser la traduccion en prosa. Empieza el códice con el índice del lib. I, y á este índice sigue el prólogo del traductor.

LA CIVILIZACION

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

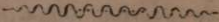
LECCION

PRONUNCIADA EN EL ATENEO DE MADRID

POR

D. EMILIO CASTELAR,

sobre el desarrollo de la filosofía griega.



LA CIVILIZACION

DE LOS CINCO SIGLOS DE LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION

II

LECCION

PRONUNCIADA EN EL ATENEO DE MADRID

1900

D. EMILIO CASTELLAR,

Señores:

Mal podríamos comprender cómo se van á encontrar, cómo van á luchar el principio cristiano y el principio de la civilizacion antigua, si no estudiásemos aquella region misteriosa donde se forjan todas las grandes ideas, donde amanece la luz de los siglos, la filosofía. Mas para estudiar la filosofía, es necesario convertir los ojos á esa nacion feliz, que meditando sobre el pensamiento y la naturaleza, encierra en su alma toda la ciencia abstracta y todo el ideal del mundo clásico, á Grecia. ¡Ah! señores, nuestro estudio en esta noche ha de ser por precision árido. Yo bien sé que voy á defraudar las esperanzas de los que mas que á oir las ideas, vienen á escuchar la música mas ó menos armoniosa de la palabra del orador, música que en mí es siempre desacorde é ingrata; pero seria profanacion grande é imperdonable dejar el fuego del

pensamiento por correr tras las vanas y fugaces
 galas de las formas. Tiemblo, señores, al acercarme á la filosofía griega; tiemblo, como si una gran corriente eléctrica sacudiera todo mi cuerpo; tiemblo, porque así como en las lecciones pasadas, al hablar del cristianismo, he hablado de Dios, y de Dios toda grandeza puede y debe esperarse, al hablar de la filosofía griega voy á hablar del hombre, y del hombre abandonado á sus fuerzas, y parece que no es de esperar del hombre, ser tan débil, ese esfuerzo gigantesco para levantarse á la última y mas luminosa region del pensamiento y de la ciencia. Pero, señores, si alguna vez hubiera dudado (que no he dudado nunca) de la verdad del progreso, todas mis dudas se hubieran desvanecido delante de la mágica filosofía de Grecia. Como pintan los geólogos la formacion de la tierra, inmensa masa de fluido que ardiendo rodaba por el vacío, como las llamas de un gran volcan, llevando una corona de volatilizados gases, masa grande, enorme, que un dia se enfrió y recibió en su seno, como hermoso celeste manto, las aguas, y produjo por sucesivas convulsiones los minerales, las montañas, los primeros bocetos de los vegetales, especie de inmensas raices, que levantándose al aire y á la luz en séries progresivas, llegaron á producir la palmera, el cedro, corona de los montes, á cuyos piés se estrellan los huracanes y los siglos, y la flor, esa suerte de remate de la vida de los vegetales, esa imágen del pensamiento, que tiene todos los colores del iris, todas las esencias de los mas suaves aromas, y encierra los gérmenes y el amor del mundo vegetal, que por una progresion armónica tambien de su vida, debía

desarrollarse y ser completado por ese otro mundo mas hermoso, mas perfecto, que se llama el mundo animal, en el que recorre la organizacion todos los grados, desde la silenciosa esponja y los dormidos corales que habitan en el seno del Océano, como la animacion de la vida vegetal submarina, hasta la mariposa que sale del cáliz de las flores, y tiene todos sus matices, y parece como una hoja de las flores, que vuela, y desde la mariposa hasta el ruiseñor, que en la callada noche, á la luz de la luna, suspendido en la rama de un árbol florido, meciéndose dulcemente, regala con sus arpegios de amor los gérmenes de su vida encerrados en su nido, ser que parece el profeta del mundo de la inteligencia y del arte; hasta que por una série de organizaciones sucesivas, que todas se enlazan, aparece el hombre, en cuya frente Dios con su aliento vivificador derramó el soplo inmortal, la vida, que pertenece al cielo, el espiritu; asi pues como recorren los seres orgánicos estas gradaciones, asi el pensamiento del hombre se encierra primero en el caos confuso del Oriente, donde no se distinguia de la naturaleza; y progresa en la escuela jónica, que buscó ya un principio para explicar el mundo; se espiritualiza en Pitágoras, que ya encontró un principio abstracto, el número; se desarrolla en la escuela eleática, que encontró lo infinito; llega á su mas alta concepcion en Sócrates, que fundamentó la ciencia en el hombre; crece en grandeza con Aristóteles, que halló las relaciones del hombre con la naturaleza, y en Platón, que halló las relaciones del hombre con Dios; hasta que por fin este pensamiento, hijo de tantos genios, desarrollado al calor de tantas almas, llega á recibir el

espíritu divino con la sublime y revelada doctrina del cristianismo: (*Aplausos prolongados.*)

No hay, señores, no hay en verdad gran afición en nuestra patria á los estudios filosóficos. Han sido mirados siempre con desden, con menosprecio. Unos han creído que todo pensamiento libre es una rebelion contra Dios, como si Dios nos hubiera dado el pensamiento para que durmiese largo sueño; y otros han creído que nuestro clima ardiente no es idóneo para la filosofía, como si en el clima ardiente de la Atica no hubiese nacido Platon, como si en las encendidas arenas de Alejandría no hubiera meditado libremente Plotino, como si en las regiones abrasadas del Africa no hubiera nacido San Agustin, como si el alma, que es del cielo, estuviera encerrada en las cenizas de la tierra.

Pero yo, que estoy resuelto á decir la verdad, toda la verdad, debo declarar que el origen de este grave, gravísimo mal, se encuentra en las entrañas de nuestra misma historia. Nadie como yo adora nuestras glorias, que todos los dias repito á una juventud, mas inteligente que yo, pero tan entusiasta como yo; nadie respeta como yo á nuestros padres, aquellos héroes, que con los ojos puestos en el cielo, el pensamiento en Dios, el corazon en la patria, y el deseo en la victoria, descendian, guiados por el divino lábaro de la Cruz, desde las altas montañas de Covadonga, desde las crestas del Pirineo, á destruir las razas del desierto, que encendidas en grandes pasiones por el soplo de fuego del profeta, ardiendo en anhelo de glorias y conquistas, se habian derramado por nuestros campos y montes, amenazando encerrar como esclavizadas

sultanas todas las naciones de Europa en su serrallo; horrible amenaza, que se hubiera cumplido con eterna mengua de nuestra civilizacion, á no ser por el ardimiento de nuestros padres, los cuales, si se llaman aragoneses y catalanes recorren de victoria en victoria el Pirineo, dominan hermosas ciudades, rompen y desbandan numerosísimos ejércitos, entran victoriosos en el Mediterráneo, reinan en sus ondas, redimen á Valencia y á Mallorca, conquistan á Sicilia, á Nápoles, ponen miedo en los reyes de Francia, terror en los esclavos señores de Aviñon, y faltándoles tierra para sus hazañas y sus glorias, corren á Oriente, á Grecia, detienen como gigantes en sus hombros el vacilante imperio bizantino, y llenan con la luz de su gloria y de su fama los ámbitos de Europa; y si se llaman castellanos, reconquistan regiones inmensas, pasan al Africa, lavan en sangre mora la afrenta del Guadalete, ahuyentan de los mares los turcos, y merecen que Dios, cual si creyera corto espacio al poder de las armas y de las glorias castellanas los viejos continentes, levante un nuevo mundo en el desierto Océano, donde pueda ejercer esta maravillosa raza su indomable actividad; hazañas inmortales, tanto mas grandes, cuanto que están escritas con la sangre y la afrenta de los mas poderosos guerreros; de Carlo Magno, vencido en Roncesvalles; de Cárlos de Anjou, vencido en Mesina, en Nicotenia y en Catania; de Francisco I, vencido en Pavía; de los grandes conquistadores de Constantinopla, vencidos en las hirvientes aguas de Lepanto, eterno sepulcro de la media luna, próxima entonces á convertir el Mediterráneo, el mar de la civilizacion, en ponzoñoso lago turco; hazañas

inmortales, que están escritas en nuestro corazon, que hemos oido á nuestros padres, que referiremos tambien con orgullo á nuestros hijos; hazañas que invocaban los héroes de la patria independencia, cuando sin mas armas que sus brazos, ni mas escudo que sus pechos, rompian las legiones del gran guerrero del siglo en Bailén, Talavera, Gerona, Zaragoza; hazañas inmortales, con que hemos contribuido maravillosamente á la civilizacion universal; hazañas que todo buen español guarda en la memoria, que serán ahora y siempre los timbres de la patria y el ejemplo de sus heróicas generaciones. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Pero llega una edad terrible, pavorosa, el absolutismo de nuestros reyes; edad de luto y de vergüenza, cuyo recuerdo causa aún horror y espanto; cae Padilla en aquel triste y lluvioso dia de Villalar, en que hasta el cielo lloraba la muerte de nuestras venerandas libertades; cae Lanuza herido y destrozado como los fueros aragoneses por la huesosa pálida mano de Felipe II; caen nuestros municipios, que habian dado valientes soldados á nuestros ejércitos, grandes poetas á nuestro parnaso; se cierran, no se cierran, se prostituyen las Córtes, aquellas Córtes que desde el sitio de Cuenca hasta los muros de Granada habian asistido al Rey con el oro de los pecheros para recobrar el patrio suelo; se rompen las lanzas de nuestras milicias municipales, aquellas gloriosísimas milicias que habian verido su sangre desde las Navas, acompañando á don Alonso VIII, hasta Orán, acompañando al gran Cisneros; el genio de nuestras victorias se eclipsa; nuestro poderío se hunde; tór-

nase cabalística y gongorina nuestra sencilla literatura, rebuscada y aguda nuestra elocuencia; arden las hogueras de la inquisicion, que en nombre de Dios queman á sus criaturas, la inquisicion, que devora los manuscritos de Santa Teresa, y persigue á fray Luis de Leon, al paso que permite las indecentes gracias de Tirso; la inquisicion, que corta el vuelo del pensamiento hácia la eternidad; este pueblo se torna enfermo, hechizado é impotente como el último vástago de aquella raza de reyes, hasta el punto de que todos los que antes miraban á España de rodillas, temblando, pidiéndole su amistad, quieren repartírsela como los despojos de un combate; y entonces el pensamiento y la ciencia, que solo viven á la luz del dia, huyen de nosotros, porque el pensamiento y la ciencia huyen siempre de los pueblos que se entregan á la coyunda vil del despotismo. (*Estrepitosos aplausos.*)

Es necesario, pues, no olvidar la causa de la decadencia de nuestro espíritu filosófico, para que en lo sucesivo evitemos esta desgracia. Veamos ahora, señores, el desarrollo del pensamiento de la filosofía griega, empeño en que debo pedir anticipadamente perdon á mis oyentes por lo difícil del asunto. Todas las ideas que hemos explicado en nuestras lecciones anteriores, se aplican á esta leccion. En Oriente predomina el sentido religioso; sus sistemas filosóficos están envueltos en sus sistemas teológicos. En Grecia predomina el sentido filosófico; los libros de sus filósofos son la negacion radical de los libros de sus sacerdotes. Para que la verdad filosófica nazca, es necesario que los pueblos entren con fé en la edad de la razon, y com-

prendan que hay una vida en el espíritu, superior á la vida de la naturaleza. Cuando un pueblo tiene sed de progreso, cuando no le satisfacen ni las instituciones sociales, ni las instituciones políticas que le rodean, cuando la realidad le atormenta, y sin embargo espera, se refugia en la region pura del pensamiento, donde encuentra luz su esperanza. La inmovilidad del Oriente con su espíritu apegado á sus tradiciones, no podia ser idónea para la filosofía, al paso que la movilidad de Grecia, ese ardor, ese afán, ese anhelo por una nueva vida, por un nuevo pensamiento que habia en aquella sociedad, fué uno de los incentivos mas grandes que pudieron llevar al pueblo á esplayarse en el seno inmenso de la ciencia. Además, se necesita para el desarrollo filosófico un gran espíritu individualista: porque así como las religiones pertenecen á clases, á pueblos, la filosofía pertenece á individuos, ó cuando mas á escuelas. Todas las primeras ideas de la filosofía empiezan por ser una protesta de un individuo contra el sentido comun, y concluyen por ser el sentido comun de los individuos, de los pueblos y de las generaciones. Señores, en Oriente el hombre está apegado al sentido comun del pueblo, á la religion de sus padres, y le es difícil, si no imposible, descender de la concepcion del ser absoluto á la concepcion del individuo; y en Grecia, al contrario, el estado es una ciudad individual, los dioses individuos, los dogmas pura poesia, y le es fácil al hombre levantarse desde la concepcion de lo particular, de lo contingente, á la concepcion de lo general, del ser, de la sustancia. Pero Grecia comprende la misma sustancia que el Oriente, bien que la individualiza y

descompone, y por eso es como un término medio en el desarrollo dialéctico de la humanidad.

Mas ¿cómo se divide esta filosofía? Esta filosofía es una série de pensamientos de tal suerte encadenados, que si quitaís un filósofo, no es posible, no es dable concebir la ciencia. Parece la filosofía griega un libro escrito por un sábio á priori, y no una sucesion de escuelas, que han aparecido en el tiempo y en el espacio. Cada uno de los filósofos que aparecen es un instante supremo, un eslabon indispensable en una larga cadena de pensamientos. Todos ellos componen la ciencia griega, la filosofía griega, que es en aquel tiempo la ciencia y la filosofía de la humanidad. Examinadla y encontrareis que el pensamiento griego se desarrolla como un gran individuo, y toma las mismas fases que nuestra vida, y pasa por las mismas edades que el hombre. Nace el niño, y al despertarse al conocimiento, la inocencia llena con sus perfumes toda su alma, el mundo que le rodea le encanta, su madre, que le enseña á balbucear sus primeras palabras, es su única maestra, su oráculo; el ángel de la fé se cierne sobre su frente, ilusiones purísimas brotan en su espíritu, á manera que las primeras flores de los arbustos; su ánimo presta asenso á todo cuanto vé sin examinarlo, y cree que el mundo acaba donde acaban los últimos límites de su tranquilo horizonte; pero á esa edad de creencias, de fé ciega, sucede una edad de oposicion, en que el niño, tocando en la juventud, duda de todo, se aísla en su personalidad, desprecia á la naturaleza, cree que se basta á sí mismo y que dentro de sí tiene toda la ciencia y toda la vida, y mide por su personalidad todo el mundo; por sus ideas todos los

espíritus; por sus pasiones toda moral; edad en que brota y se fortifica la idea del individuo, pero edad no muy duradera; porque bien pronto conoce el hombre que la duda y la negacion siempre han de ser infecundas, que su individuo no es bastante á llenar todos los fines de la vida, que su pensamiento no puede tocar todas las esferas de la ciencia, que necesita pensar, creer y amar, y entonces une sus ideas de jóven con su fé de niño en amoroso beso, y para completar su existencia, busca una nueva familia y entra en la edad, que pudiéramos llamar de armonía, en que realiza las relaciones de su espíritu con los demás espíritus y esferas de la vida, con Dios por medio de la religion, con el espíritu humano por medio de la ciencia, con la sociedad por medio de la familia, con el Estado por el egercicio del derecho, edad madura, en que toda la vida se equilibra, hasta que sus ideas toman una tendencia práctica, positiva, se deshacen de aquel espíritu poético de la inocencia, de aquel carácter caballeresco de la juventud, viven, descontentas de lo imaginario, en lo real, en lo cierto; y traspuestas ya las edades principales de la vida, el espíritu, próximo á la eternidad, quiere atravesar la densa oscuridad del sepulcro, convierte los ojos al cielo, pone su confianza principalmente en Dios, y al mismo tiempo, volviendo sobre toda la vida, recoge sus ideas, sus acciones, sus ejemplos, la muy larga enseñanza que se desprende fatalmente del tiempo, y la reparte pródigo entre sus hijos, para dejar en los que han de sucederle, como una estela pura y luminosa, la verdadera esencia de su vida y de su alma. (*Aplausos.*)

Este mismo carácter de la vida humana tiene la ciencia griega; por estas mismas edades pasa el pensamiento. El niño cree en todo lo que le rodea: cree que el monte de donde sale el sol es su cuna, que mas allá de su horizonte no hay nada, que la reina de la noche se posa en los árboles y se baña en los lagos; y la filosofía jónica, inocente como el niño, no vé el espíritu, no vé la idea, solo vé la naturaleza, y de la naturaleza el agua, que es lo que hay mas cercano á su pensamiento y á sus ojos. Pero asi como el niño pasa por grados de la inocencia á las pasiones, de la infancia á la juventud, el pensamiento va tambien por grados de la naturaleza al espíritu; grados admirablemente seguidos, con lógica inflexible, por todos los filósofos jónicos, desde Thales de Mileto hasta Anaxágoras, que constituyen una série lógica de tal suerte encadenada, que parece mas bien el raciocinio lento y trabajoso de un solo individuo, que la sucesion de varios individuos en una misma escuela; ¡con tanto rigor se enlazan todos sus pensamientos! Entre la niñez y la adolescencia hay un término medio, un tránsito suave y necesario; término medio que está representado en la esfera del pensamiento por la escuela pitagórica, la cual busca por base una noción, que tiene á un tiempo realidad en el mundo y realidad en la conciencia, en el espíritu, una noción que señala admirablemente el paso del pensamiento de un estado á otro estado mas perfecto, el número.

La juventud que se aísla inclinada á encerrarse en sí, á mirar solo su espíritu, está representada por la escuela eleática, que niega el mundo esterno, que se aparta de la naturaleza, que se encierra dentro

de principios abstractos; escuela que dará de sí á los sofistas, destinados á demoler todas las ideas, á descomponer toda la ciencia, y á mostrar que el espíritu no puede vivir contemplando solo su propia esencia, sino que necesita de misteriosas relaciones, y de enlazarse con todas las esferas de la vida.

La edad que inmediatamente sigue á la apasionada juventud, la edad de equilibrio en la vida, de armonía en las ideas, de concierto entre la razón y la naturaleza del hombre, entre la ley del entendimiento y la ley de las acciones, edad feliz, está representada por el gran movimiento soocrático puro, que comienza en el mártir de la filosofía, en Sócrates, cuyo pensamiento capital consiste en fundamentar la ciencia en el hombre, y sigue en Platon, que establece las relaciones del hombre con Dios, y termina en Aristóteles, que establece las relaciones del hombre con la naturaleza.

Mas luego, la edad en que las ideas toman esa tendencia práctica, positiva, verdadero signo de la aproximacion de la decrepitud, esta edad está representada por las escuelas estóica y epicúrea, que lejos de mirar al cielo miran á la tierra, que no buscan las ideas abstractas, ni el conocimiento de lo incondicional y absoluto, sino que buscan las leyes prácticas y el conocimiento de la vida terrena; escuelas mas bien de conducta que de ciencia, mas bien de moral que de metafísica, mas positivas que sistemáticas; escuelas que indican ya, al par de otros mil signos compañeros de su aparicion en el tiempo, la cercana muerte del hombre antiguo.

La última edad del hombre y de la ciencia an-

agua es la escuela de Alejandría. El pensamiento griego examina toda su vida, vuelve sobre todas sus ideas, las recoge, y funda el eclecticismo sincrético, que es el signo evidente ya de su descomposicion y de su muerte. Despues mira al cielo, como el anciano próximo á la tumba se va apartando de la vida práctica, del mundo real, de todo cuanto le rodea y pone sus pensamientos, sus ideas, toda su vida en la eternidad que ve cercana, en Dios, objeto único ya de su deseo, ser en que va á dilatarse su alma, al pasar de la vida á la eternidad. Y así la filosofía griega recorre todas las fases de la vida humana, todas sus edades, y pasa por todas sus transformaciones. Examinemos en sí todas estas épocas.

El carácter del primer periodo, es la unidad de principio y la unidad de fin. Busca la inteligencia el gran elemento generador de todas las cosas, y lo busca para eclipsar el mundo. El carácter de la filosofía es dogmático; el criterio tiene mas de fé que de raciocinio; la escuela parece una religion, y hasta sus palabras son símbolos. Thales de Mileto, habitando las islas jónicas, viendo por do quier el agua que le rodea, que le arrulla, que produce tantos seres, como el niño, atribuye los efectos de causas lejanas á lo mismo que hiere su sentido; cree con la inocencia propia de la niñez del pensamiento que el agua es origen de todas las cosas, la poderosísima y exhuberante sávia del mundo.

Los filósofos que le suceden van espiritualizando el principio, van haciendo mas progresivos los términos dialécticos. Anaximines de Mileto cree que el aire es el primer principio de la vida y del mundo, principio ya mas espiritual, y encuentra

oposición entre el gran elemento creador y las cosas creadas. ¡Gran instante del espíritu! La serenidad de la infancia se va á concluir; el espíritu siente ya ardor guerrero, necesidad de lucha; suyo será el mundo de la inteligencia, que es el gran premio del combate. En este instante el pensamiento del hombre presiente su destino; un relámpago ha iluminado los abismos que hay sobre su cabeza, y ha entrevisto lo infinito, y levantándose de la tierra, tiende las manos al cielo, y se siente lleno de una inspiración que no puede comprender, y una tristeza infinita, la tristeza del desterrado, lo posee, tristeza representada admirablemente por el gran Heráclito, cuyas lágrimas han pasado á ser proverbiales en la lengua vulgar de los pueblos, como si todo el espíritu humano se acordara de este instante supremo de su vida. El fuego, que arroja en ardientes flechas el sol; el fuego que alimenta en sus entrañas la tierra; el fuego en que se bañan los mundos; el fuego que hace fecunda la tierra; el fuego que es el espíritu y el amor de la naturaleza, para Heráclito, es el principio de la vida; pero la vida no está en lo abstracto, ni en lo general; la vida está en lo que sucede, en lo que pasa á nuestros ojos, en el movimiento que arrastra consigo á todos los seres, movimiento que se desenvuelve por grandes oposiciones, por grandes luchas, de las cuales resulta la armonía, como de las dos fuerzas que tiran en sentido contrario de la cuerda de la lira, nacen esas vibraciones que inundan de placer este elemento interior, esta mónada sublime, que Heráclito no puede comprender, encerrada en nuestra frente, y que reproduce y refleja todo el Uni-

verso. ¡Ah! Este pensamiento sublime de Heráclito va á quedar largo tiempo dormido para reproducirse mas tarde como todos los grandes pensamientos. Con razon un sublime filósofo moderno, al llegar en su historia de la filosofía á este punto, grita: «tierra, tierra,» como Colón delante del Nuevo Mundo. En efecto, Heráclito ha dicho que el verdadero ser es el ser concreto; que la lógica es real y procede por oposiciones; que en el interior del hombre hay un fuego sublime, una sublime mónada, preludiando así el advenimiento de Sócrates. El pensamiento de Heráclito quedará escondido en la conciencia como la semilla se oculta en la tierra para dar luego de sí esos hermosos y corpulentos árboles, á cuyos piés se estrellan los huracanes y los siglos.

La filosofía jónica, que hemos estudiado, admitia el principio dinámico; mas por medio de gradaciones sucesivas debia engendrar el principio mecánico, que separa la filosofía jónica de la pitagórica. Anaximandro admite la unidad infinita de que todo emana, y á que todo vuelve, haciendo provenir los seres de esa unidad infinita, como los átomos de luz provienen del sol, como las gotas de agua que componen una catarata provienen del impulso del propio movimiento, y volver todas las cosas á esa misma unidad infinita, como los átomos de luz se replegan en el sol, cuando toca en el ocaso, y las gotas de agua vuelven á entrar con la catarata en su cáuce, misteriosísimo círculo de la vida, que los antiguos representaban por medio de aquella simbólica tornasolada serpiente que se mordía la cola.

Pero esta explicacion no podia de ninguna

suerte satisfacer á la ciencia. Entonces apareció Anaxágoras. El movimiento no está en las mismas cosas, que lo llenan todo, las cosas esparcidas y desparramadas por los infinitos espacios. El movimiento sigue una progresion perpétua, indefinida. Pero ni el mundo, ni sus partes, ni las cosas, ni sus determinaciones, ni el movimiento, ni la misma progresion del movimiento, ni la ley, ni el fenómeno, pueden esplicarse á los ojos de Anaxágoras, sino apelando á una fuerza motriz; y esta fuerza motriz no puede ser otra que el espíritu, sople de vida; el espíritu, que ordena y concierta las cosas; el espíritu, que es opuesto, sí, pero superior, indefinidamente superior á las mismas cosas, al mundo material. Este espíritu, no bien definido; este espíritu indeterminado, indeciso, que todavía no se conoce bien á sí mismo, antes idealizacion de la materia que ser en sí y por sí, este espíritu superior, contrario y opuesto á las cosas creadas, levantándose del seno de la naturaleza, debia descomponer la escuela jónica, debia matarla; no de otra suerte que el fruto, aunque lleva en su seno la semilla, necesita secarse y morir, para que la semilla caiga en la tierra y produzca nuevos árboles y estienda y propague la vida. ¡Qué relaciones tan misteriosas hay entre el espíritu y la naturaleza!

Al llegar aquí la escuela jónica, estaba descompuesta y muerta, porque admitia un principio distinto de la naturaleza. Ahora, señores, todo el trabajo de la filosofía va á consistir en concretar y buscar dónde reside ese espíritu. Ya lo veis, señores; del agua, la filosofía ha subido al aire; del aire al fuego; del fuego al ser infinito; del ser infinito

al espíritu; admirable escala por donde el hombre asciende á la verdad y al cielo.

La filosofía tomará una tendencia espiritualista, y esta tendencia espiritualista está representada por una nueva escuela. Un dia, del seno de la Jonia, se levantó un hombre extraordinario; una aureola de santidad rodeaba sus sienes; palabras simbólicas, versos armoniosos, caian de sus lábios; la inspiracion divina centelleaba con ardor en sus ojos; los egipcios le habian instruido en la geometría, los fenicios en las matemáticas, los caldeos en la astronomía, los magos en la theurgía, en los misterios de los mundos, de las almas y de los seres; Mercurio le habia dado su memoria; Apolo su imaginacion; y en el monte Ida, internándose en misteriosas grutas cubiertas de mirto y lentisco, habia bebido el néctar de la bienaventurada vida, en la copa de Júpiter, donde bebian su esencia los seres; y despues, descendiendo inspirado, herido, macerado como un cenobita, se habia dirigido á Occidente, habia puesto sus plantas en las ondas de Egeo, y arrebatado por los vientos á las colonias itálicas, aquel hombre, que se llamaba Pitágoras, enseñó, á manera de un profeta, que Dios es la esencia de todo, que la esencia de Dios es el número, que la esencia del número es la unidad, que la unidad suprema está en el centro del Universo, y á su alrededor ruedan los astros y las almas; que todo proviene del número y vuelve al número, porque todo es primeramente uno ó Dios; despues dos, oposicion, como el límite y el no límite, como la derecha y la izquierda, el macho y la hembra, como la luz y las tinieblas; y todo se resuelve en tres, ó suma del uno y el dos, de lo fi-

nito y lo infinito, del hombre y Dios; y que todos esos mundos que vemos girar en la silenciosa noche, esos inmensos globos que, como arenas luminosas, aparecen á nuestros ojos en el cielo, son notas de un eterno cántico, cadencia de una divina armonía, ecos de un concierto, cuyo tono da la unidad suprema, el gran músico, el gran artista de los orbes, el Eterno. (*Estrepitosos aplausos.*)

Ya comprendereis, señores, el progreso del espíritu. La filosofía, que estaba como encerrada dentro del mundo material, aspira por un movimiento propio á salir de esta cárcel, á quebrar sus cadenas. El pensamiento conoce que la naturaleza no es toda la vida, ni todo el ser, y quiere penetrar en otro mundo mas alto y mas hermoso, y adivinar el ser que se oculta en el manto de los cielos. De un golpe, la escuela pitagórica suprime toda la filosofía de la naturaleza, y escribe la primer palabra de la filosofía del espíritu. La filosofía jónica habia sido progresiva, al concebir la naturaleza como un gran todo, y al dar una ley á los cuerpos fraccionarios y dispersos; pero habia sido incompleta, porque no concibió lo espiritual, lo que hay sobre el sentido, ni tampoco pudo explicar la causa del movimiento. La filosofía pitagórica, que inmediatamente le sucede, no se contenta con la explicacion natural; en el seno del mundo encuentra á Dios, en el seno de Dios encuentra el número. Y para explicar el movimiento encuentra el ritmo, la armonía entre las partes que componen el mundo, y el ritmo, la armonía entre las esferas de los mundos. El principio de la ciencia, que habia sido puramente real en toda la ciencia jónica, va á ser semi-real, semi-ideal con el número de Pitágoras,

término dialéctico, que enlaza la filosofía jónica con la filosofía eleática. La música de los mundos, el sol, centro de todo el sistema cosmogónico, los diez grandes planetas que ruedan al rededor del sol en concertada armonía, las almas recorriendo tambien una escala música, perfeccionándose en su tránsito de la unidad á la dualidad, y de la dualidad á la trinidad misteriosa y sagrada, que flota sobre los mundos y las almas: todo este sistema indica que la idea del hombre se ha erigido en señora de la naturaleza. La filosofía pitagórica es un progreso muy grande sobre la filosofía jónica. Como ella, era un panteismo; pero dejaba de ser un panteismo materialista para pasar á ser un panteismo fundado en una noción semi-real y semi-abstracta, en el número, noción de nuestra inteligencia, que tiene sin embargo realidad en el mundo.

Despues de esto la filosofía griega ha de tender precisa y necesariamente al idealismo. Los jónios habian desarrollado el pensamiento como materia, Pitágoras como forma; era necesario que llegase á ser esencia. ¿Quién realizará este gran término de la progresion de la idea? ¿Quién? El gefe de la escuela aleática, Xenóphanes. Los persas y los medas lo arrojaron de su pátria. Los últimos soldados del mundo de la naturaleza, con ese instinto histórico superior al raciocinio, debian perseguir á ese primer soldado del mundo del espíritu. Es un pobre poeta que se sustenta cantando, es decir, que vive de su propia sustancia, de su propio espíritu. Pero así como de la lira de Homero, el poeta del sentimiento, nace el politeismo, de la lira de Xenóphanes, el poeta de la idea, provie-

ne la muerte del politeísmo. Dios no ha nacido, dice, porque no ha podido engendrarlo nada mejor que él, pues eso mejor sería Dios; ni nada peor, porque tanto valdria decir que el ser puede ser hijo del no ser; Dios es uno, Dios es pensamiento, Dios es razon. Pero no hay mas ser, ni mas sustancia, ni mas fenómeno, ni mas hecho que Dios, y Dios es el espíritu. Lo contingente no existe. De suerte, señores, que el espíritu, levantándose en este instante sobre todo lo creado, destruye la creación, y solo cree en su propia existencia, y se goza en contemplarse solitario sobre las ruinas de la tierra, sobre las pavesas de los mundos. La historia procede por oposiciones, por antítesis radicales; para salir de la filosofía jónica, de la filosofía de la naturaleza, caia en el grave error de negar la naturaleza. Mas aunque el espíritu se encerrara dentro de sí mismo, el objeto, pasando ante él, debia distraerle de sus meditaciones. No le bastaba negar lo que veia, no le bastaba borrar con su aliento el mundo físico, cuando á cada instante el mundo físico se levantaba en su presencia. Entonces nace Parménides para poner la última piedra en esta obra. Su poema es sobre la naturaleza. El ser es lo perfecto, dice; cuando es, todo lo que necesita lo tiene en sí. El no ser carece de todo. El ser no sería sin el pensamiento que lo hace ser. Luego la idea y su objeto, el pensamiento y el ser, son una misma cosa. En este instante ya nada tiene que hacer esta filosofía mas que desarrollarse. Asi como la filosofía jónica, afirmando esclusivamente la naturaleza, engendró una escuela que buscó las leyes de la naturaleza y mató la filosofía jónica; así la escuela eleática, que afirma esclusivamente

el espíritu, encontrará una escuela que buscará las leyes del espíritu, la dialéctica, y descompondrá toda la filosofía eleática. La escuela dialéctica de Zenon de Elea, en mi sentir, aparecía para demostrar todas las fuerzas del pensamiento en sí, y como el pensamiento, por sus leyes, por sus procedimientos, podía llegar y llegaba hasta negar el mundo exterior, hasta borrar la naturaleza. Esta tendencia de la filosofía era en verdad lógica y acorde en toda la historia precedente. El espíritu, al sobreponerse á la naturaleza, debía ensayar sus fuerzas, y su gran fuerza era la dialéctica. Con ella y por ella podía llegar y llegaba hasta el punto de considerarse y plantearse como un ser en sí capaz de regular el movimiento, de abrazar el tiempo y el espacio en su inmenso seno. Toda su doctrina preparaba una nueva doctrina, presentía una nueva filosofía. Presentando las contradicciones que existen por necesidad en nuestra percepción sensible, presentaba la insuficiencia de este medio de conocer para llegar á la verdad, y demostraba lo necesario que era buscar un criterio seguro y firme para basar en él incontrastablemente la ciencia y el conocimiento. Destruyendo la múltiple, negando el espacio, oponiéndose al movimiento en la naturaleza y reemplazándolo por el movimiento dialéctico del espíritu, Zenon de Elea preparaba las vías á una ciencia superior, que sin caer en sus errores, comprendiera y explicara cómo dentro de nosotros mismos, en lo interior de nuestro ser, hemos de encontrar el principio y la razón de toda verdad, de todo conocimiento. Mas al mismo tiempo que esto hacía con su argumentación por antítesis, con sus grandes pro-

gresiones dialécticas, preparaba el advenimiento de los sofistas, que habian de allanar el camino al gran Sócrates.

Imaginaos unos hombres sin fé, sin creencias, corrompidos, con el corazon gastado y la inteligencia vacía; hombres que predicán todas las doctrinas, segun conviene á sus intereses; que adoran hoy lo que ayer quemaban y quemán mañana lo que adoraban ayer; que hacen de la política un arte de logrereros, de la religion una máscara hipócrita; que no buscan la virtud, sino el oro; que se ligan con todos los que puedan dar á sus pasiones alimento; que encubren con grandes palabras intereses detestables; que odian á todos los que tienen elevacion de ideas y rectitud de conciencia; imaginaos unos hombres de esta naturaleza, arrojados á la plaza pública, ocupando la tribuna, dirigiendo los negocios de la república griega, insultando á los vencidos y doliéndose é impacientándose por la menor censura; hombres nefandos, verdadera langosta del mundo moral, que llenan esas épocas de incertidumbre y de duda, tan frecuentes y tan tristes en la historia, y tendreis una imágen de la triste edad de los sofistas, edad en que solo se salvan de la general corrupcion aquellos seres superiores, inflexibles por conviccion y por carácter, que se abrazan fuertemente á una gran idea, á un gran principio de justicia, sin curarse de sus enemigos, seguros de que si en su tiempo les falta tierra donde fijar la planta, no les ha de faltar un recuerdo en la posteridad, porque las bendiciones de los esclavos que hayan redimido, de las conciencias que hayan iluminado, les acompañarán hasta mas allá de la tumba, pudien-

do morir tranquilos, seguros de legar á las generaciones que han de sucederles la esencia mas pura de sus almas. (*Aplausos prolongados.*)

El mal mas grave de los sofistas era su amor á los aplausos, su desamor á la verdad. No buscaban lo cierto, buscaban lo agradable. No querian mostrar la ciencia, sino su ingenio. Se postraban siempre ante el favor del público que les rodeaba, no imponiéndole ideas, sino halagando instintos muchas veces odiosos. Con igual facilidad sostenian el pro y el contra. Su reclamo era el vil interés, su fin defender todas las causas, su medio la argumentacion que les habia legado la escuela eleática. Asi escitaban al escepticismo las inteligencias, á la corrupcion los corazones. Cuando se dice y sostiene que la razon no puede llegar á la verdad, se cae en la consecuencia fatal de que el corazón no puede llegar al bien. La inteligencia se duerme en las frias nieblas de la duda; la voluntad se deja llevar por el empuje de todas las pasiones congregadas en su daño. Tras la desconfianza en el propio criterio, viene la inmoralidad en la vida. Si la razon no merece asenso, la conciencia no merece crédito; sus consejos, sus avisos en los grandes trances de la vida no merecen precio. Y asi, poco á poco, las escuelas sofistas, que en nombre de este ó del otro principio niegan sus timbres á la razon humana, corrompen la vida, emponzoñan el espíritu y matan la libertad. Preservémonos de estas creencias con el ejemplo elocuente de los males que causan, enseñanzas prácticas escritas por Dios en las indelebles páginas de la historia.

Mirad, señores, pasar ante vuestros ojos los

sofistas, y os convencereis de las verdades que acabo de mencionar. Demócrito, llamándose jónico, pulveriza con las pesadas armas de su dialéctica el mundo, y en la nube de polvo que se levanta de las ruinas, precipita el alma. En medio de esta universal catástrofe y entre el estrépito universal, no se ve ni el universo de la escuela jónica, ni el Dios de la escuela pitagórica, ni el espíritu de la escuela eleática. El polvo de los átomos, á manera de negro sudario, cubre á Dios, la naturaleza y al hombre. Sobre aquella gran ruina se levanta un altar consagrado á la satisfaccion, al egoismo, al placer. La patria, segun Demócrito, no debe ser amada, porque ese amor exige grandes sacrificios. La virtud debe ser seguida como una higiene del cuerpo. El matrimonio es condenable, porque el amor conturba el ánimo, debilita el cuerpo, y la educacion de los hijos es larga, dificultosa y penosísima. Errores, sí, que enseñan cómo el hombre se precipita en el mal cuando desprecia la verdadera guia de nuestra vida, la conciencia; la verdadera maestra de nuestro espíritu, la razon. Mas la sofística de Demócrito solo se refiere al mundo exterior; para que esta escuela se desarrollara lógicamente debia llegar de negacion en negacion al mundo interior. Y aparece Gorgias.

Este clavó su dialéctica en la razon humana. Sus discursos enfáticos apoyaban la verdad y la falsedad de las cosas. Su razon débil dudaba de todo. Su enseñanza consistia en hacer discurrir á sus discípulos sobre la manera de afirmarlo y negarlo todo. Nada existe, decia; y cuando le cercaban y rendian á la evidencia, exclamaba: « Si existe algo, la pobre razon humana no puede co-

nocer nada. Por su naturaleza limitada, ha de llevar eternamente sobre sí el peso gravísimo de lo absurdo. El conocimiento es imposible, y la enseñanza imposible é inútil. Dudemos de la razon y de sus fuerzas, de la verdad y de sus aplicaciones.» De suerte que esta escuela de Gorgias tiene muchos puntos de relación, señores, con cierta escuela que, dándose por muy religiosa y moral, sostiene que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; error indigno, propio solo de grandes sofistas, que menospreciando así la obra mas perfecta del Creador, acusan gravemente á la Providencia. (*Generales aplausos.*)

Mas, señores, la escuela sofística produjo algunos bienes, y preparó en su demolición universal el advenimiento del verdadero espíritu filosófico. Dios, en la historia como en la naturaleza, saca el bien del seno mismo del mal. Empeñando el pensamiento en un trabajo titánico, debia mostrar la fuerza del pensamiento. Refiriendo todas las cosas al sugeto y todas las verdades á la opinion particular del individuo, debia exaltar la conciencia. Mostrando la incapacidad absoluta del sentimiento para comprender altas verdades, mas tarde ó mas temprano debian traer una filosofia verdaderamente espiritualista. Negando todos los sistemas anteriores, descomponiéndolos, pulverizando hasta sus fundamentos, anunciaba la aparición de un nuevo sistema, la venida de una nueva ciencia. Los entendimientos no podian estar por mucho tiempo en la duda, en ese marasmo que suspende la vida. Los corazones, cansados de aquel antiguo diálogo de errores, buscaban instintivamente en las entrañas del tiempo la ciencia, el

rayo de luz que debia aclarar el camino de la vida. Entonces nació Sócrates.

La verdadera idea del espíritu es la idea concreta. La idea concreta del espíritu no amaneció en el mundo hasta que en los horizontes de la ciencia amaneció el alma inmensa de Sócrates. Detengámonos un momento ante el gran coloso del espíritu. No ha venido al mundo de improviso. Habian sido sus grandes profetas Heráclito y Anaxágoras. Y como no hay idea derramada en el mundo que se pierda, lo que habia de espiritualismo en estos dos filósofos, se encarnó en Sócrates. Lo mas admirable que existe en este hombre admirable, no es, ni la ciencia profunda, ni la virtud heroica, ni la mágica elocuencia, ni ninguna cualidad particular, porque en ninguna sobresalió desmedidamente, sino el haber adivinado su destino, y haber sido á su destino fiel hasta la muerte. El no entró en la nueva ciencia, como no entró Moisés en la tierra prometida. Pero su espíritu inmortal es como la estrella Norte, que señala á todas las generaciones los derroteros del pensamiento. En su alma el espíritu se individualizó, se concretó, se elevó á la conciencia de sí, que no habia tenido ni en la escuela pitagórica, ni en la misma escuela eleática. La razon deja de estar anegada en la naturaleza, y llega á ser en sí y por sí independiente del mundo, superior al mundo. El criterio individual, protesta sublime contra toda la historia precedente, eleva al hombre, que será libre por el conocimiento de su unidad interior. Asi la ciencia, que habia pasado del agua al aire, del aire al fuego, del fuego al espíritu abstracto é indeterminado, del espíritu indeterminado al nú-

mero, del número á un infinito indeterminado tambien, se asienta incontrastablemente en la ancha base de la conciencia humana. Sócrates llena toda su vida con los resplandores de su génio. Una voz interior le lleva á cimentar y concluir su obra, á cimentar y concluir su destino. De un lado tapió la puerta por donde los sofistas habian salido al mundo, convenciéndolos con sus mismas palabras de la falsedad de su doctrina. Despues se vuelve al pueblo, á los jóvenes, y les enseña á respetar y conocer la propia razon, la voz de Dios en el espíritu; á respetar y conocer la propia conciencia, la voz de Dios en la vida; á estimar todo lo que hay de divino en la naturaleza, á buscar la unidad de la ciencia en la unidad de Dios, á seguir con pié incansable la virtud, á confiar en la inmortalidad del alma. ¡Ah, señores! El politeismo no podia consentir esta doctrina. Grecia, que habia concebido el espíritu en la naturaleza, no podia levantarse á esta concepcion sublime del espíritu en sí mismo. La doctrina de Sócrates mataba el politeismo. Los oráculos eran sustituidos por ese otro oráculo sublime que lleva el hombre en su interior, por la conciencia; los sacerdotes, por ese sacerdote eterno que levanta á Dios las oraciones de todos los seres, por el espíritu; los dioses múltiples é innumerables, por la unidad de Dios. La Sibila de Delfos, al decir que Sócrates era el hombre mas sábio del mundo, abdica en Sócrates su númen. Es decir, la razon tradicional se postra de hinojos ante la razon pura. Esta doctrina, que contradecia el sentido comun de aquel pueblo, debia matar á Sócrates. Pero de su muerte se levanta mas pura su vida, mas hermosa su alma. Y hé

aquí, señores, cómo es inútil toda persecueion que los tiranos empenen contra el pensamiento. Aperciban en buen hora los tiranos hondas cárceles donde encerrar al pensador, al filósofo, al profeta de una nueva idea política, filosófica y social; y si esto no les basta martiricen su cuerpo, desgarran sus carnes, enciendan hogueras y arrójenlo en ellas, y gócense en ver cómo se consume, cómo se estingue su vida, no importa; porque el pensamiento es puro espíritu, y no puede ser encerrado en ninguna cárcel, ni en el espacio mismo; porque el pensamiento es libre, y no puede ser devorado por ninguna hoguera; porque el pensamiento es eterno, y no puede ser alcanzado por la muerte; y así todos los tiranos han sido impotentes, como lo fué el Areópago contra Sócrates, pues de su alma salieron los Platones y los Aristóteles; como lo fué Neron contra San Pablo, pues de sus hogueras surgieron generaciones de apóstoles y mártires; como lo fué Juliano contra la doctrina de la libertad y de la igualdad, porque al fin vió roto su poder y vencedoras sus víctimas; como lo serán todos los tiranos, porque los tiranos pasan, los tiranos mueren, y el pensamiento siempre queda como el eterno sol de la naturaleza y del espíritu (*Estrepitosos y prolongados aplausos*). Notad lo que significa Sócrates en el desarrollo del espíritu humano; él señala en filosofía la division de la ciencia, en moral la exaltacion de la ciencia, en política la idea del individuo contra el antiguo absorbente socialismo, en derecho la ley partiendo del interior del hombre, y no el hombre sacrificado á la ley; en todos los ramos del conocimiento, en todas las esferas de la vida señala Sócrates el ins-

tante mas sublime del espíritu en su realizacion en el tiempo y en el espacio.

Esta gran revolucion filosófica dió energía inestimable al pensamiento, fuerza infinita á la actividad, pureza á la moral, método á toda doctrina, base incontrastable á toda la ciencia y un procedimiento lógico al raciocinio. Sócrates á un tiempo niega y afirma, destruye y edifica, combate y dá paz, se levanta á las mas altas abstracciones del pensamiento, y desciende al sentido del vulgo; separa el accidente de la esencia, el fenómeno de la ley; y en el ánimo mismo de sus discípulos, por un procedimiento sencillo, despierta la verdad, consiguiendo que la razon la aprenda y conozca, no como enseñanza recibida, sino como obra de su propio esfuerzo, de su propio trabajo, y producto de su vida y energía. Pero Sócrates no se contenta con dirigir la inteligencia al conocimiento de la verdad, obra incompleta; encamina tambien la voluntad á la práctica del bien, obra grande y armónica, fundada en toda la vida del hombre. El bien es el fin del individuo y del Universo. El hombre y el mundo, separados, se unen amorosamente en la conciencia humana, merced á la doctrina de Sócrates. Lo verdadero, lo bueno, lo hermoso, unidos antes á los fenómenos, vienen á ser ideas en sí, objetos de la reflexion; la moralidad que no tenia base ni fundamento, es el primero y mas alto fin de la vida humana; la conciencia dirige y regula todas las acciones; Dios es concebido y explicado como espíritu y verdad. La conciencia individual tenderá á ser conciencia universal; las acciones particulares leyes de moral; la verdad aprendida en la conciencia verdad objetiva; el principio de

justicia, que la razon prueba y enseña, norma superior á todos los principios de justicia escritos en los antiguos códigos, consagracion augusta de la personalidad humana, pero consagracion que marca señal de muerte en la frente de aquella sociedad. Sócrates mismo, comprendiendo hasta qué punto su doctrina era dañosa á la sociedad pagana, como minaba por su base toda la ley, toda la organizacion antigua, quiere que los atenienses respeten y estimen sagradas las mismas leyes, los mismos códigos que destruía hasta en sus cimientos; prueba cierta de que muchas veces la grandeza de sus obras escede y aventaja á la grandeza del hombre. Pero el espíritu que ha recibido este gran impulso, el espíritu, levantándose libre del seno de la naturaleza, viviendo en sí, independiente del mundo exterior, con libertad propia y propio conocimiento, medirá por sus ideas capitales todas las esferas de la actividad, y se dilatará con energía inesplicable en el mundo y en el cielo, como los rayos del sol naciente, inundando de luz y delezo la naturaleza, se estienden por los inmensos espacios.

La filosofía socrática, enalteciendo el criterio individual y la conciencia, debia en su primer evolucion originar muchas y variadas escuelas, cuyo principal carácter debia ser la indecision y la incertidumbre. Un pensamiento, cuando nace, no se comprende bien á sí mismo; escoge varias sendas y no acierta con su destino. Esto es propio de toda vida que comienza, de todo ser que nace, de todo principio que amanece en la conciencia y en el espacio. Esta indecision, este paso vacilante, anuncia sin embargo que la idea, cuando logre



asentarse con firmeza en su región propia, se desarrollará con fuerza y gran vigor, aunque haya sido larga, muy larga, su infancia. La indecisión en los primeros pasos de la doctrina socrática se vé clara y manifiestamente en las escuelas cirenaica y cínica, y en la misma escuela de Megara. La filosofía cirenaica, exagerando el pensamiento socrático, desprecia la física y estudia la moral. Este vuelo del espíritu hácia un mundo superior, este afán de borrar el mundo sensible, este menosprecio de la física, es la consecuencia natural del nacimiento de una idea, que destruyendo todo cuanto se le opone ó puede dañar su reciente y tierna vida, se aísla en sí y vive de contemplarse á sí misma y se goza en su misteriosísima esencia. Los cirinaicos iban poco á poco destruyendo los obstáculos que debia encontrar la ciencia del espíritu, y al exagerarla y divertirla de su verdadero objeto, que era la armonía, mostraban la necesidad de que grandes génios vinieran providencialmente á estender y consagrar el pensamiento de Sócrates en todos los círculos de la vida y de la ciencia. Este espíritu emancipado llegará á mayor aislamiento en la escuela cínica; creará que se basta á sí mismo, que su libertad consiste en romper todos los lazos, que su vida para nada ha menester del mundo exterior, que la ley moral es la única ley del hombre, que toda la justicia debe caer ante los principios grabados en la razón, y todo código ante la conciencia, y toda sociedad ante la libre y augusta y soberana personalidad del hombre, el cual, á diferencia de todos los seres creados, no necesita para ser y existir sino de su propia sustancia, de su esclusivo pensamiento. Todas estas

escuelas, que audaces quebrantaban la armonía del pensamiento socrático, no dejando salir al espíritu de sí mismo, impedían que el espíritu llegara á su fin supremo, que era deducir del estudio de sí mismo sus relaciones con la naturaleza y con Dios. Mas estas escuelas hacían progresar á la ciencia y preparaban las vías que iban á traernos el verdadero y perfecto movimiento socrático. Así los filósofos de Megara sostenían que lo finito no podía ser lo verdadero, y en lo inmutable, en lo eterno, ponían el fundamento de la ciencia. Su lógica mostraba cuán imperfectas son las nociones que por la sensibilidad allegamos; su metafísica iba en pos de un principio superior á todo lo cambiante y transitorio y fenomenal; su doctrina, pues, tendía á esa unidad incondicional, que solo puede encontrarse en lo absoluto. ¡Escuela grande y magnífica, que á pesar de su carácter negativo, debía ser como la Sibila, que anunciaba el advenimiento de otras mas grandes escuelas!

La ciencia estaba ya madura para recibir en su seno á Platon; el espíritu entra gozoso en posesion de sí mismo. En la Atica, á orillas de la fuente del Iliso, que murmura mezclando el rumor de las aguas con el chirrido de la cigarra escondida en los haces de trigo amontonados por el labrador, descubriéndose á lo lejos azules montes, en cuya cima se ven templos rientes, rodeados de bosquecillos de flores; en presencia del mar Mediterráneo, silencioso y manso, que quiebra en mil suertes de luces los rayos del sol, semejando una lluvia de estrellas sobre las ondas; delante de este espectáculo maravilloso de la naturaleza, Platon celebra la union del espíritu con la naturaleza, de

la naturaleza y del espíritu con Dios, nupcias sublimes cantadas en la lengua mas elocuente y mas hermosa que han hablado los hombres. La primer gran idea de Platon fué dividir la filosofía en dialéctica, instrumento de toda ciencia, y despues en ciencia del espíritu y ciencia de la naturaleza. Platon no puede sufrir la limitacion que á la vida del espíritu opone el mundo exterior; necesita levantarse sobre ese mundo, no oir el ruido de los séres y de los fenómenos que pasan, y absorverse en la contemplacion de la divina esencia, en que beben su luz los mundos, y hallan su soplo de vida las almas. Toda su esencia, toda su dialéctica, su filosofía, su moral, todo lleva á creer que las ideas son recuerdos de otra vida, reminiscencias de otra patria, señales evidentes de que somos rayos de la eterna luz, átomos de la divina sustancia; que las nociones generales solo tienen realidad perfecta, una realidad ontológica en Dios, verdadero ideal de la vida, centro hácia el cual gravitan los séres, bien inmutable, alma eterna que se manifiesta como á través de trasparente velo en lo sensible, en la naturaleza; que la virtud es un pálido reflejo de la virtud divina, y la hermosura material nada, si no despierta el recuerdo de la hermosura ideal, y la vida una fantasma que pasa, si no se asemeja y no se acerca y no se identifica con vida divina; que el alma debe ser en la vida actual lo que era allá, cuando vivia virtualmente en el seno y en el pensamiento de Dios, puesto que despues de haber pasado por la tierra, de haber dado movimiento á las esferas y á los planetas, ha de volver el alma, como todo cuanto hay de divino en la naturaleza, á vivir eterna y bienaventurada vida

en el blando regazo del Eterno (*Generales aplausos*). Cuanto mas contempleis, señores, la alta filosofía platónica, mas alcanzareis que es un gran progreso, un progreso inesplicable sobre toda la filosofía precedente. El mundo tiene un alma, que se une en el mundo como en el hombre, y esta alma se manifiesta en lo sensible, en lo contingente; mas ni lo sensible ni lo contingente existirían sin Dios. Levantado sobre toda la naturaleza; habiendo producido y ordenado los seres, teniendo en sí la realidad perfecta y acabada de lo bueno, de lo verdadero, de lo hermoso; inspirando á la conciencia sus ideas, al mundo su vida, el Dios de Platon, ideal del universo sensible, razon y causa de todo lo existente, soberano bien, justicia absoluta, esencia de todas las cosas, unidad del mundo y del espíritu, totalidad de la idea; el Dios de Platon, si bien aun no se ha desceñido completamente de la naturaleza, y no ha abandonado por tanto el panteísmo, ya aparece como un ser superior, con categorías ideales, en la cúspide hermosísima de toda la creacion, á manera de sagrado fuego que, alimentando la vida con su calor é iluminándola con sus resplandores, tiene su verdadero templo en lo infinito y en lo eterno. (*Aplausos.*)

Asi toda la tendencia de la filosofía platónica se reduce á matar en el hombre lo sensible, lo contingente, para despertar lo esencial, lo eterno; á destruir la voluntad en la ley general de la vida, que es la voluntad de Dios; á extinguir el amor pasajero del sentido en el seno puro del espiritual amor, que es la devocion á Dios; á preferir y anteponer al conocimiento del mundo y de los seres, el

conocimiento de Dios y de sus atributos; á levantar el pensamiento del fondo de este ligero leve polvo, que se llama lo sensible, á ese misterioso divino ser, luz impalpable, que inunda con sus torrentes toda la vida, puro y eterno modelo, en cuya presencia son como si no fueran todas las cosas creadas; éther en que se baña, como en la atmósfera de la vida, la idea y el alma sublime del gran filósofo. (*Aplausos.*)

Platon es el espíritu de Sócrates dilatándose en Dios, como Aristóteles será el mismo espíritu, dilatándose en la naturaleza. Nada mas comun que tener al gran Aristóteles por sensualista; nada sin embargo mas distante de la verdad y del pensamiento del filósofo. Aristóteles era, como no podía menos de ser, un filósofo tan idealista como Platon, y mas subjetivo aun que Platon mismo. Siento mucho tener que ser muy abstracto. Mis oyentes me perdonarán. Mas por estos áridos caminos pasa la razon humana para realizarse en grandes y sublimes manifestaciones políticas y sociales. Examinemos la doctrina de Aristóteles, llena de espiritualismo. La ciencia debe conocer lo que es el ser. La sustancia es, pero no es sin la forma; la sustancia se determina de esta manera: sustancia sensible, sustancia activa, union de lo sensible y de lo activo en el hombre; sustancia inmaterial, Dios, en que el pensamiento y su objeto son una misma cosa. La sustancia tiene la posibilidad, la actualidad y la antelechia, la realizacion de su fin. Dios en Aristóteles, aun es mas sublime que en Platon. El Dios de Aristóteles es inmutable, es eterno, y al mismo tiempo, á pesar de ser inmutable, es la causa de todo movimiento, y

á pesar de ser eterno, la actividad de todas las cosas. Este ser, que no se mueve, y lo mueve todo; éste ser, que es siempre idéntico á sí mismo, y que está presente en toda vida cambiante, es la concepcion mas sublime que de Dios alcanza la filosofia antigua, y la concepcion mas idealista. El fin de la filosofia misma de Aristóteles no puede ser mas espiritualista; el conocimiento del conocimiento. Aristóteles cree que la naturaleza es un ser en sí y por sí; que el alma, en cuanto racional, es eterna, y que las cualidades de las cosas son leyes, categorías de nuestro propio entendimiento.

Aristóteles, dado á la clasificacion, distingue tres clases de verdades; primero, las verdades que llama deducidas; segundo, las verdades generales, hijas de la razon, que distingue de las verdades particulares, hijas de la esperiencia. Separa como Platon lo particular de lo universal. Por la sensibilidad, confiesa que es dado conocer lo que se mueve en el mundo, lo que está de tal ó cual manera, aquí y allá; mas por la razon, conoce lo que vive siempre y en todas partes; lo general, en una palabra. Llega á comprender que hay primeros principios, que no se prueban; verdades, que no se deducen; leyes generales á cuya existencia asiente por necesidad lógica nuestra razon, y que se evidencian por su misma claridad, independientemente de los sentidos, á nuestro espíritu. Asi su Dios se muestra con tal claridad al espíritu, que no ha menester demostracion, alejado y separado del mundo como ser, y presente en el mundo como energía y como causa. La tendencia de su espíritu es sin embargo á lo experimental. No abarca la naturaleza de una ojeada, la estudia en sus fenó-

menos, en sus séres. No comprende el espíritu en una idea, lo mira en sus facultades; en sus determinaciones. No quiere modelar la sociedad en su alma, estudia sus tradiciones y sus leyes, y sus gobiernos y su historia. No va arrobado en pos de la hermosura ideal, quiere contemplarla en la naturaleza y en las obras de los grandes poetas.

Si de aquí se quiere concluir que su filosofía es sensualista ó materialista, se va á dar en un grande error. Es cierto que Aristóteles combate las ideas de Platon, mas las combate por creerlas indeterminadas y abstractas, y sobre todo, porque arrancan al espíritu lo que es propio y esclusivo de su naturaleza. Las categorías, en que muestra que todas las cualidades de las cosas residen principalmente en nuestro espíritu, las categorías son mas fieles al pensamiento de Sócrates que las mismas ideas generales de Platon. La ecuacion de la idea y de su objeto, que es el sentido que la verdad tiene en Aristóteles; la teoría de la construccion de las nociones de las cosas; la inteligencia del alma; la unidad que dá á su física; sus consideraciones sobre la naturaleza, cuyas leyes aparta cuidadosamente del acaso y de lo fortuito; su distincion de alma y cuerpo, como de Dios y el mundo; la inmortalidad concedida á lo que él llama alma racional; su estudio de la sensacion y de la idea; su profunda comprension del pensamiento; estos y otros muchos dogmas aristotélicos dicen y enseñan que el gran filósofo era fiel, muy fiel á la idea fundamental de su escuela, á Sócrates.

Aristóteles y Platon se identifican en el espíritu y en los fines; se diferencian en el procedimiento y en el método. Platon escoge la induccion;

Aristóteles la deducción; Platon procede, baja de lo general á lo particular; Aristóteles procede, sube de lo particular á lo general; Platon mira al cielo, y desde el cielo la tierra; Aristóteles mira la tierra y desde la tierra el cielo; Platon quiere reinar en lo vagoroso, en los vientos, en lo abstracto; Aristóteles quiere reinar en lo positivo, en lo temporal, en lo concreto; aquel hace descender como una inmensa catarata los seres y las ideas de Dios; este levanta como una pirámide las ideas y los seres á Dios; Platon intenta construir á priori la ciencia; Aristóteles á posteriori; Platon busca el ser absoluto, y despues descende al individuo; Aristóteles busca al individuo, y despues asciende al ser absoluto; Platon no cree en la hermosura real, sino en la ideal; Aristóteles mira la hermosura en la naturaleza y en el arte; Platon sueña modelar la sociedad en su pensamiento; Aristóteles piensa modelar la sociedad en las leyes de su naturaleza; Platon es socialista; Aristóteles individualista; Platon es mas poeta; Aristóteles mas lógico; Platon estará siempre mas cerca de lo sublime, pero Aristóteles mas cerca de lo real; aquel será el pensamiento abstracto, pero este será la verdad práctica, ó mejor dicho, Aristóteles y Platon son las dos caras del espíritu humano, los dos términos de la idea, las dos fases de la ciencia, las dos eternas formas del pensamiento; y si Platon influye durante la Edad Media en el Patriarcado, en Constantinopla, en la Iglesia de Oriente, y Aristóteles en el Pontificado, en Roma, en la Iglesia de Occidente, cuando llegan tiempos mas científicos, sus dos almas, penetrándose, confundiéndose como el aroma de las flores nacidas bajo un

mismo cielo, entran y se pierden juntas en el seno de la filosofía moderna. (*Generales y repetidos aplausos.*)

Toda la filosofía griega tiene un gran carácter social. Cuando las primeras monarquías se levantaban con reminiscencias de Oriente, nació la filosofía de la naturaleza con reminiscencias también de Oriente. Cuando la democracia jónica y la aristocracia dórica se dibujan claramente en los espacios, nace la filosofía semi-oriental, semi-griega de Pitágoras, que participa de los dos caracteres de aquella sociedad. Cuando la democracia griega se levanta pujante y poderosa y exclusiva, y vence en las Termópilas, en Platea, en Marathon y Salamina, la filosofía eleática, exclusiva también, exalta el espíritu griego. En la época tristísima de la guerra del Peloponeso, cuando la democracia degeneró, nacen los sofistas. Cuando Atenas fué el centro político de la Grecia, Sócrates y Platon fueron también el centro de la ciencia humana. Cuando la filosofía griega llegó á su mas alta unidad, á su mayor progreso en Aristóteles, Aristóteles educa al génio de la Grecia, á Alejandro, y lo lanza sobre el Oriente, para mostrar al mundo que así como la ciencia griega ha triunfado de todas las contradicciones, el poder y la gloria de Grecia, personificados en Alejandro, triunfan de todos los pueblos de la tierra. Pero despues de este instante, Grecia se moria. No hay muerte mas triste que la muerte de Grecia. Es una estatua que se pulveriza; es una lira que se quiebra; es el eco de un canto que se pierde; es un ave del cielo que cae herida y espira congojosa entre sublimes endechas. (*Aplausos.*) Grecia necesitaba de un filtro que la

sostuviese en la agonía, de un principio moral que la levantara al cielo en este último instante de su vida. Sus hijos se habian acercado á ella, la veian espirando, y esclamaban: la sociedad está perdida, la sociedad se muere sin remedio; ni siquiera le resta en la copa donde ha bebido tantas ideas el aroma de la esperanza. El escepticismo se apodera de las inteligencias, como la guerra de la sociedad.

No hay paz en el Estado; no hay tampoco paz en la razon. Grecia no encuentra salud, y el pensamiento no encuentra verdad. La misma noche que cae sobre el mundo, cae mas triste y espesa aun sobre la conciencia. Las tinieblas que rodean á Grecia la matan de frio; las tinieblas que rodean el pensamiento lo aniquilan. Los escépticos no dudan, niegan; no vacilan, creen que no hay verdad, creen que no hay moral. Es la desesperacion del pensamiento. Una especie de marasmo sobrecoge al espíritu, que cae en la atonía. Niega el mundo, niega á Dios, se niega á sí mismo. Quiere cerrar los ojos á la evidencia. Se cree ¡él! tan grande, un fantasma que se dibuja un instante y pasa fugaz y rápido sobre los medrosos abismos de la nada, dejando en pos de sí pavoroso y eterno silencio de pavorosa y eterna noche. El espíritu griego, al pasar de su edad mas hermosa y lozana; de su edad de armonía y equilibrio, á la decrepitud, se desencanta, se desespera, siente el tránsito fatal, y cree que negándose á sí mismo y desconociendo la verdad general va á poder negar tambien el tiempo, que le persigue, y la verdad concreta, que le anuncia su completa y segura transformacion.

Mas sus ideas, al entrar en esta nueva edad, han de tomar un carácter positivo, práctico y moral, carácter representado admirablemente por las escuelas epicúreas y estóicas. Yo no hablaré en esta noche con detenimiento de estas dos escuelas, ni aun de las escuelas alejandrinas. Me falta, señores, tiempo. Y aunque me sobrara, he de tratar por separado y largamente en varias conferencias de estas doctrinas, que entran en nuestro curso. Pero haré algunas ligeras indicaciones. La escuela epicúrea no encuentra verdad sino en la sensación, y parece un retroceso á los tiempos de la filosofía jónica. Su física atomística resucita de las desacreditadas doctrinas de Leucipo y Demócrito. La moral es lo mas puro y lo mas racional que hay en su doctrina. Es cierto que exalta el placer, y esto es condenable; pero no es menos cierto que hace consistir el placer en la paz, y la paz en la virtud. Toda doctrina moral á la que se mezcle aligacion de interés ó utilidad, será siempre indigna y absurda. Sin embargo, la filosofía epicúrea hará un bien á la ciencia; contribuirá á comprender el hombre en su individualidad, en su personalidad. Esta tendencia individualista de la filosofía epicúrea, como de la filosofía estóica, influirán muy principalmente en el derecho romano.

La filosofía estóica y epicúrea no miran á Grecia, miran á Roma. Es la herencia que el mundo griego legó al mundo romano. Por eso la filosofía estóica tiene dos caracteres, los dos mismos caracteres que el mundo romano. En su principio metafísico admite el alma del mundo, como Roma en su principio político admite la unidad del mundo; en su principio moral admite la libertad interior de.

espíritu, como Roma admite en su principio social la libertad del individuo, el derecho. La filosofía estóica es la aplicación de lo general á lo particular, como Roma es la aplicación de todas las ideas, de todas las fuerzas sociales, de todos los códigos, de todas las máximas al perfeccionamiento del individuo en la familia y en el derecho. La filosofía estóica admite la lógica tradicional, la lógica de la escuela, como una pura forma, como una pura abstracción, que ella anima con un gran principio de subjetividad; el derecho romano admite las leyes de las doce tablas, las fórmulas de la antigua jurisprudencia, como símbolos que anima con una nueva idea, con un nuevo pensamiento. El estóico cree que la razón debe objetivarse en la sociedad, y Roma objetiva la razón en la ley. El estóico admite la conciencia individual como conciencia general, y Roma hace de todos los hombres ciudadanos de la ciudad eterna. Véase cómo la idea y el hecho, cómo las leyes del pensamiento y las leyes de la sociedad caminan paralela y armónicamente en el tiempo y el espacio.

Pero, señores, al mismo tiempo que la filosofía griega preparaba al mundo para el imperio con sus principios metafísicos, y para la venida de pueblos individualistas por otro movimiento igual, aunque en sentido inverso, la filosofía griega preparaba el pensamiento á recibir el bautismo cristiano, y presentía la última edad teológica de la humanidad y de la historia. Señores, ¡qué evolución tan grande! desde la naturaleza predicada por Tales, la ciencia se levantó al hombre enaltecido por Sócrates, y desde el hombre á Dios, adorado por la escuela de Alejandría. Pocas escuelas ma-

nifiestan mas claramente que la escuela de Alejandria el estado del espíritu y del mundo. La Grecia en ruinas, Roma disolviéndose, la fé antigua apagada, muerto el patriotismo, el mundo entristecido, el cielo presagiando grandes tempestades, la conciencia humana agitada como el mar por el azote de la tempestad, los ídolos cayendo de su pedestal, los templos paganos desplomándose, apóstoles de una doctrina misteriosa muriendo en las hogueras; todo removido, todo agitado, el espíritu por necesidad debia refugiarse en el misticismo, y buscar en Dios la tranquilidad que no podia tener en la tierra. De aquí esa gran exaltacion religiosa, que es el fondo de la filosofía alejandrina. El Oriente le cuenta sus misterios, sus secretos; los magos, los sacerdotes, los hechiceros, llevan á Alejandria sus dioses como para fundirlos allí y formar un nuevo Dios. Los solitarios antiguos, los cabalistas, los poetas, los hombres dados á la exaltacion en el amor á la naturaleza, buscan en Alejandria un templo. Allí los sacerdotes persas esplican la esencia de la luz; allí los caldeos cuentan las estrellas; allí los magos buscan filtros para inmortalizar al hombre; allí los que aun aman el paganismo, calientan al rayo del sol de Oriente los ateridos dioses; allí los neoplatónicos entonan cánticos á su misteriosa divinidad; allí los cabalistas judíos congregan los fragmentos de todas las ciencias; allí en fin se reunen todos los sueños místicos, todas las visiones que la naturaleza habia inspirado en su dilatada vida, como dogma religioso, como objeto de culto, á grandes generaciones. La escuela de Alejandria, llevada de este fervor místico y religioso, debia producir una teodicea; sí, una

teodicea era la gran obra á que la llamaba su providencial destino. Dios es uno. Esta era la principal afirmacion de la escuela: Dios es unidad. Pero esta unidad, en el fondo no era otra cosa que la esencia abstracta de los séres. Esa esencia es en último resultado una abstraccion, un ser que vive en sí, apartado de todo, sin realidad, ciego, que se parece á lo vacío. Los alejandrinos comprendieron esto, y declararon que su Dios era inteligencia, razon. Aquella esencia, conociéndose á sí misma, penetrándose por el pensamiento, aun no tenia la actividad bastante para vivir vida fecunda. Conocieron que un ser con esencia y pensamiento, si bien podia ser y conocerse, no podia producir, no podia obrar, no podia realizarse. Entonces hicieron de este ser abstracto, de este pensamiento absoluto, actividad, poder tambien, para que Dios se mirara y se recreara, no solo en su pensamiento subjetivo, sino, por el desarrollo de su vida, en sus obras, en sus mundos, en sus creaciones. De aquí nació la misteriosa trinidad de los alejandrinos, en que la esencia y el pensamiento y la voluntad se identificaban en la unidad.

El alma, el pensamiento de esta escuela se levanta sobre todo lo contingente, rasga los velos del mundo sensible, se pierde mas allá de los astros, se arroba en contemplar lo bueno, lo verdadero, lo hermoso en la region de lo absoluto; quiere llevar en pos de sí á todos los séres, enrojecer en su mismo amor todos los objetos, confundir la conciencia del hombre en la conciencia de Dios, como la luz de la tímida estrella se pierde en los resplandores del sol, éxtasis que lleva á esta escuela muchas veces á la magia, á la theurgia, á

los hechizos, embriagada por el amor á lo ideal, que la trastorna como el perfume de un hirviente licor. Los alejandrinos creen que Dios, siendo unidad, pensamiento puro, está presente, vivo, como en su templo, en la conciencia humana, y para que la conciencia humana lo reciba en su seno con amor, la exaltan, la engrandecen, la quieren transfigurar y convertir en su santuario hermosísimo, y parecen poseídos de un delirio. En sus palabras, en sus ideas, en sus obras, en toda la vida de estos filósofos resplandece ese misticismo, como si el pensamiento de Grecia, que había pasado por tantas y tan variadas transformaciones, se evaporara y se perdiera en lo infinito.

La filosofía alejandrina se presentaba como una oposición radical del cristianismo, y sin embargo le servía como esclava, y apercibía al mundo para su completo triunfo. La reunión de todas las doctrinas, el culto prestado á Hermes, el empeño de encontrar un nuevo Dios en las entrañas palpitantes de todas las religiones, todos sus esfuerzos mostraban la incurable impotencia del paganismo, que en vano querían los alejandrinos restaurar, poniendo un Dios único sobre los múltiples dioses. Así esta escuela, que se vuelve á Dios, mas parece una religión que una filosofía. Sus discípulos guardaban la virginidad del cuerpo, á fin de guardar la virginidad del alma; vertían sus ideas en formas simbólicas; se ejercitaban en prácticas de severa devoción, en ayunos, en maceraciones, para avivar con la esclavitud del cuerpo la penetrante vista del alma. Después, siéntense como transportados en alas de su pensamiento á otro mundo, encendidos en un amor espiritual, in-

llamados de inspiracion, llenos de toda esa vida exaltada y febril, que solo dá el misticismo, inundados de una electricidad maravillosa, y creen penetrar en la densidad de los tiempos, y columbrar todo lo porvenir, como oráculos de la ciencia, ó Sibilas de la razon. Asi todos ellos, todos esos filósofos han sido el objeto de las últimas leyendas paganas. Plotino queria unir la divinidad que habia en su alma con la divinidad que reside en la cúspide del Universo. En la hora de espirar, una serpiente salió de su pecho, como el símbolo de que su divinidad pasaba á otra vida, y en efecto, la leyenda pagana decia verdad; con Plotino se acababa la última hermosa forma de que se habia revestido la serpiente del paganismo. Ved, pues, señores, cómo esta escuela tenía los dos grandes caracteres que le hemos asignado, como escuela de descomposicion y de ruina. Sintiendo que le faltaba la vida en la tierra, queria que descendiese sobre ella la vida del cielo. Sus ojos, velados por el sueño postrero, no se apartaban ni un punto de la eternidad. El mundo, de que huia el pensamiento, que se apagaba en su mente, no podia preocuparla. Solo otra vida, otro mundo centelleaba en su mente.

Su psicología está impregnada del mismo espíritu que toda su doctrina. Admitian el conocimiento que proviene de los sentidos, el conocimiento de las diferentes operaciones del alma; el conocimiento que proviene del análisis y de la síntesis, la evidencia de las verdades primeras, y la unidad del alma sobre toda la variedad de sus facultades, semejante á la unidad de Dios sobre el mundo. Mas el medio de realizar la unidad del al-

ma es unirla, identificarla con Dios, separándola de todo lo transitorio, de todo lo terreno, y unirla con Dios, no por medio del raciocinio, sino por ese estado místico, en que parece que el alma se desciñe de sí misma y se pierde en otro ser superior, por medio del divino éxtasis. La filosofía alejandrina tiene, pues, los dos grandes caracteres que le hemos asignado. Como última edad de la filosofía griega, piensa mas en la eternidad y en Dios que en el hombre y en el mundo; y reúne en su eclecticismo todas las doctrinas, todas las escuelas, todos los sistemas que le habian precedido en la historia.

Contemplad un instante las maravillosas armonías que hay entre Roma y Alejandría. Roma como Alejandría han nacido del pensamiento de hombres que quisieron reunir el mundo, congregar la humanidad; Roma reunió todos los hombres, Alejandría todas las ideas; Roma todos los códigos, Alejandría todas las ciencias; Roma todas las religiones, Alejandría todos los sistemas; Roma ornó con el título de ciudadano á los orientales, á los africanos, á los godos; Alejandría ornó con el título de filósofos á los magos, á los hechiceros de Oriente, á los cabalistas de Judea; Roma arrojó como una gran hecatombe delante de la nueva idea, del cristianismo, todas las razas de la tierra, y se levantó á la unidad del mundo; Alejandría arrojó como una gran hecatombe delante de la nueva idea, del cristianismo, todos los pensamientos que habian cruzado por la mente humana, y se levantó á la unidad de Dios; el arma que maneja Roma, su martillo, su espada, no hace mas que preparar la tierra á la unidad de la especie humana,

que traia el cristianismo; como el argumento, la dialéctica que Alejandría manejaba, no hizo mas que preparar la conciencia á recibir la unidad divina; de suerte que Roma y Alejandría, tan grandes, son como dos hermosas víctimas coronadas de flores, que la Providencia y el progreso presentan en el divino altar de Jesucristo.

Resumamos, señores, todo cuanto hemos dicho, resumámoslo. La filosofía griega comenzaba apegada al sentido oriental, como toda la civilización griega. La escuela jónica idea un sistema y pronuncia la primer palabra de la ciencia. Pero dentro de esta escuela nacen Heráclito, que concibe oposicion entre el principio creador y las cosas creadas; Anaxágoras, que llegó á entrever y señalar el espíritu. Desde este instante predominará otro sentido filosófico, el espiritualismo; pero de tal suerte, que despues de la incertidumbre de la escuela pitagórica, vendrá la escuela eleática á suprimir la naturaleza. Este esfuerzo gigantesco para salir de la naturaleza, y romper por una negacion tremenda sus cadenas, será fecundo en provechosas enseñanzas. Bien es verdad que los sofistas nublarán el cielo del pensamiento; mas despues de estas tinieblas aparecerá, como el sol naciente, el espíritu de Sócrates, que permanecerá fijo en el centro de las esferas de la ciencia. La luz de este sol esclarecerá el cielo con las ideas de Platon, y alumbrará la tierra con las ideas de Aristóteles. Despues vendrá una nueva noche; los escéticos, nuevos sofistas. Mas la ciencia no se perderá. Epícuro y Zenon la dirigirán á la moral; el uno con un sentido empañado con tristes sombras, el otro con un sentido mas racional y puro; y

ambos á dos irán comunicando el espíritu de Grecia al derecho romano. Despues de estas escuelas viene la que á todas las resume, la que á todas las consagra á Dios, la escuela de Alejandría. Su exaltacion mística, su espiriualismo, su arrebatada fantasía, sus palabras, enseñan que la escuela de Alejandría es lo que el libro de las Sibilas en religion; el anuncio, el presentimiento del divino Cristianismo. Ved, señores, cuán cierto es que la filosofía griega empezó por la naturaleza, y de la naturaleza pasó á la conciencia, y despues, apoyándose en la conciencia, ascendió á Dios.

He concluido, señores. Tengo que daros las gracias por haberme seguido en esta larga, en esta penosa investigacion en el mundo de las ideas. Sucede, señores, en el mundo de las ideas lo que sucede en la atmósfera; como nuestros pulmones no pueden sufrir el aire demasiado puro, nuestra mente no puede sufrir la idea demasiado abstracta. Pero, señores, es necesario sacar de toda esta leccion una enseñanza y un preservativo para este nuevo tiempo tan lleno de dolores y angustias. Nadie me aventaja en sentimientos religiosos, pero nadie tampoco en estimar la razon. Una escuela, que yo no quiero calificar, que no debo calificar; una escuela, nacida mas que de las necesidades del espíritu, de las tristes evoluciones políticas sufridas en estos últimos tiempos por Europa; una escuela que ha tenido entre nosotros por gefe un pensador ilustre, un orador ilustre, pero gefe neófito, que exageró la doctrina, y escribió en su bandera este tremendo lema: «la razon y el absurdo se aman con amor invencible;» lema que, despues de bien examinado, es una gran blasfemia; una

escuela que ha exagerado aun las exageraciones de su ilustre maestro, ha querido anonadar la razón humana, ó al menos ha querido rebajarla, olvidando que la razón humana ha estudiado y comprendido la naturaleza, y forjado el cetro que hace del hombre el rey de la creación; que la razón humana ha escrito el poema de Homero y el poema del Dante; ha levantado el Partenon y la cúpula de San Pedro; ha ideado el Apolo de Bellvedere y los cuadros de Rafael; que la razón humana ha apresado los vientos, ha domado los mares, ha hecho que los astros descendieran á la tierra en los grandes instrumentos astronómicos á contarle sus secretos; que la razón humana ha escrito maravillosos códigos, ha ido matando la servidumbre, y ha establecido la libertad entre los hombres; y así, señores, los que borran la razón humana, borran y oscurecen el alma del hombre, y despues de matar la libertad, fuente de toda moral, base de toda sociedad, escupen una blasfemia horrible á la frente del Eterno, que hizo la razón del hombre á su semejanza para que fuera en la tierra su celeste imágen. — He dicho. (*Generales y prolongados aplausos.*)

DISCURSO

PRONUNCIADO EL 5 DE MAYO DE 1859

POR

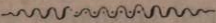
D. EMILIO CASTELAR,

EN EL ATENEO DE MADRID,

resumiendo la discusion habida en la seccion de ciencias
morales y políticas

SOBRE EL TEMA

¿es el socialismo un signo de decaimiento de la
sociedad, ó un síntoma de progreso?



DISCURSO

PRONUNCIADO EL 5 DE MAYO DE 1870

D. EMILIO CASTELLAR

EN EL ATENEO DE MADRID

SOBRE EL TEMA

La sociedad o un sistema de progreso

Señores:

Voy á resumir esta larga, esta importante, esta transcendental controversia. Nunca he sentido un dolor tan vivo y tan profundo al considerar la escasez de mis fuerzas y la debilidad de mi inteligencia, como esta noche, en que elevado á este sitio, ageno á mi carácter y superior á mis merecimientos, por la benevolencia inagotable de la seccion, debo resumir esta maravillosa controversia, signo seguro del progreso de los espíritus y del apogeo de nuestra revolucion literaria, la cual es como el sazonado y regaladísimo fruto de aquella otra revolucion política, que iniciaron al fragor de la guerra de la Independencia nuestros gloriosos padres; soldados, que recabaron el patrio hogar por extranjera gente profanado; legisladores, que rompieron la cadena de la servidumbre, caída sobre los hombros de nuestro pueblo, en el instante

en que, saliendo del seno de la Edad Media, encontraba en su mente fuego para iluminar un nuevo mundo, para vivificar una nueva creacion; filósofos, que levantaron la pesada losa que aplastaba el cerebro de nuestra raza, para que nosotros, sus hijos, pudiéramos, sin temor ni á las persecuciones ni á los calabozos ni á las hogueras, consagrarnos á leer los enigmas de la ciencia, y á sondear los abismos del espíritu; conquista titánica, que exige de la generacion venturosa que la posee y la disfruta un recuerdo, una lágrima de gratitud para aquella otra generacion desgraciadísima, que supo alcanzarla, arrostrando las iras de los tiranos, las inclemencias de la emigracion y hasta la deshonor del cadalso, sin alcanzar mas premio que inscribir su preclaro nombre en el eterno martirologio de la libertad y del derecho. (*Aplausos.*)

Señores: El Ateneo, que cualquiera que haya sido su idea política, siempre se ha levantado con nuestras venerandas libertades, y con nuestras venerandas libertades ha caído; el Ateneo, que señala en sus cátedras, en sus bibliotecas, en sus academias todas las fases del espíritu moderno; el Ateneo, la primer corporacion científica de nuestra patria, sin desdoro sea dicho de las corporaciones oficiales, que han perdido por las ideas de nuestro siglo gran parte de su poder y toda su antigua influencia; el Ateneo, con una tolerancia digna de los pueblos mas libres de la tierra, convencido de que el progreso de la ciencia tiene por base la renovacion constante, continua de las ideas, ha abierto sus puertas á las nuevas generaciones; ha aperebido sus altares para recibir el fuego de la nueva vida; y nosotros debemos agradecerle, de-

mostrando que conservaremos, si es posible, la pureza del culto, y aumentaremos el respeto debido á este sagrado templo de la ciencia. (*Bien, bien.*)

Señores: Mi situacion en esta noche es dificultosísima. Yo no puedo hacer un resúmen histórico de la discusion, porque no he asistido á todas las secciones, y tendré que limitarme á pronunciar un nuevo discurso. No necesito decir, porque mis ideas son conocidas, con quién está mi inteligencia en la tal controversia; pero sí necesito decir que con todos está mi corazon, y que guardo muy especialmente para aquellos que han disentido de mis ideas, toda mi consideracion, y todos mis respetos. Señores: para resumir esta discusion, necesitaria tener las cualidades que se hallan en todos los que en ella han tomado parte; necesitaria ese respeto, ese amor filial que á los tiempos antiguos tiene el señor Malo, cuya inteligencia, como esas aves queridas y respetadas en la imaginacion y en la memoria de los pueblos, solo acierta á fabricar sus nidos en las sombrías bóvedas de los panteones, ó en las caladas agujas góticas de las iglesias (*Estrepitosos aplausos*); necesitaria el númen, la armonía que ostenta en los periodos el señor Alcalá Galiano, digno individuo de una preclara familia de oradores; necesitaria el inagotable ingenio del señor Marichalar; necesitaria los profundos conocimientos históricos y literarios, el rigor científico del señor Maldonado Macanaz; necesitaria el claro conocimiento que de la economía tiene el señor Boná; necesitaria verme tan bien hallado con los tiempos que corren, tan en paz con las instituciones que viven, tan dispuesto á reconocer el ideal

de la justicia en los gobiernos representativos como el señor Capalleja, que ve la realidad del bien solo en la realidad de la vida, privilegio reservado á las inteligencias positivas y plásticas; necesaria haber entrado con gloria en nuestras academias y en nuestras asambleas, haber recogido larga cosecha de laureles en todas las discusiones que han ocupado por espacio de veinte años la mente de nuestra patria, abrazar las esferas de la vida y de la ciencia como el señor Moron, cuya inteligencia es tan rica en ideas como en seres naturaleza; necesaria poseer esa inmensa catarata de imágenes, de pensamientos, que todos hemos visto descender entre tinieblas á lo profundo, levantarse á las alturas en plateadas vaporosas gasas, descomponiendo en todos sus matices los rayos del sol, entrar en su lecho de flores, reflejando la hermosura de los cielos, perderse en el inmenso Oceano, catarata que todos hemos oido desprenderse de la rica mente del señor Moreno Nieto, con la misma religiosidad, con el mismo entusiasmo con que nos cuentan Chateaubriand y Heredia que oían la fragorosa música de los inmensos caudales del Niágara (*Aplausos*); necesaria la táctica científica, el rigorismo dialéctico, la larga experiencia, la universalidad de conocimientos del señor Mata; necesaria llevar en mi alma esa armonía que lleva el señor Echegaray, el cual enlaza las ideas con los hechos, las leyes de la economía política con las leyes del espíritu con una elocuencia portentosa; necesaria traer aquí la primera florecencia de la vida y de la imaginacion como el señor Moret, cuyas ideas están perfumadas de un aroma tan puro como el que despiden las primeras

olorosas flores que abren sus cálices al comenzar la primavera; necesaria esa palabra dulce, encantadora, del señor Sanromá, que deja una estela inestinguible en el alma; necesaria la lógica inflexible del señor Rodríguez, lógica de dos filos, que aniquila á los enemigos, y, levantándose sobre los abismos de la ciencia, los ilumina como una espada de fuego; necesaria conocer las leyes de la filosofía y de la historia como el señor Suárez, que parece haber conversado con los sabios de todas las edades, según la profundidad de sus pensamientos; necesaria esa facultad que tiene el señor Moraita de hacer visibles, claras, palpables, las ideas mas abstractas; facultad propia de las inteligencias brillantes y límpidas; necesaria conocer el desarrollo de la idea del derecho en el espíritu por medio de la filosofía, y en el espacio por medio de la historia; la idea del derecho, que es la mas alta y elevada de la ciencia moderna, como el señor Alzugaray, que ha consagrado á esa idea un talento sin sombras y una vida sin mancha; necesaria ese inmenso, ese profundo espíritu del señor Canalejas, espíritu filosófico, que enlaza y sistematiza las ideas como la atracción enlaza los astros; y con todas estas cualidades, tan variadas, tan brillantes y multiformes, que no puede reunir un solo hombre, que acaso no reúna toda una generación, pronunciaria un discurso que fuera como la centelleante corona de esta magnífica obra. (*Aplausos.*)

Señores: El problema del socialismo que habeis dilucidado, es el problema sin duda mas grave de los tiempos modernos; es el problema de la ciencia, es la esfinge que Dios ha levantado al frente

de la civilización, y que espera todavía la palabra que ha de descifrar sus enigmas. Yo, señores, creo que por el carácter particular del siglo XIX, el problema del socialismo no será resuelto por la inteligencia de un solo hombre, sino por el concurso de todas las inteligencias. Pasaron para no volver aquellos tiempos, en que un hombre resumía todo un siglo, personificaba una idea, condensaba una civilización, como Buda representó la transformación de la India, y Zoroastró la teología y el gobierno de la Persia, y Moisés el tránsito del pueblo hebreo del estado nómada al estado civil, y Sócrates un cambio radical en toda la dirección de la vida y de la ciencia, y Alejandro la muerte de la Pitonisa de las naciones, que lega su alma al Oriente, y César el problema social de Roma, y Cicerón la incertidumbre de la filosofía de su siglo, y Constantino el mundo pagano convertido á la nueva fé, y Juliano el gnosticismo griego, y Atila y Alarico la condensación de la barbarie, y San Isidro las pavesas que de la ciencia antigua y de la civilización clásica quedan en Europa después de las irrupciones de los bárbaros, y Santo Tomás, el Dante, Alfonso X el arte, la ciencia y el derecho en la Edad Media, y Lutero el siglo décimo sexto, y Voltaire el siglo décimo octavo; grandes y absorbentes personalidades, que se alzan en los desiertos de la historia como esos inmensos colosos medio cubiertos de arena que el viajero encuentra en las soledades del Asia y del Africa, y que testifican los vestigios de civilizaciones borradas por el constante soplo de los siglos (*Aplausos*). Pero nuestra edad, señores, nuestra edad es esencialmente niveladora, y por el influjo de la

imprensa diaria, esta gran institucion que estien-
de y populariza la ciencia, por las asambleas polí-
ticas que han mostrado á los ojos mas vulgares
los secretos guardados antes en las academias, en
las universidades y en las bibliotecas; por la con-
sideracion igual que van adquiriendo todas las
clases; por las dilatadas esferas que la libertad ha
abierto al pensamiento; por la virtud de estas dis-
cusiones, en que los espíritus se chocan y despi-
den toda su luz para que no quede ningun secre-
to, ningun misterio en el fondo de la conciencia
humana; por los maravillosos descubrimientos de las
ciencias exactas, que han puesto en nuestras ma-
nos el vapor, la electricidad, y han rendido á nues-
tras plantas la antes indómita y rebelde naturale-
za; por todas estas leyes de nuestra vida, que nadie
puede ni olvidar ni desconocer, se igualan los de-
rechos, se nivelan las inteligencias; y ya no hay
hombres que representen un siglo, ya no hay mo-
narcas intelectuales, ya no hay aristocracias cien-
tificas; pero hay lo que es mas, lo que vale mas que
todo eso, hay la continua comunion de la ciencia
en todas las almas, el eterno descendimiento del
espíritu de la verdad sobre la frente de todos los
hombres (*Estrepitosos aplausos*). No esperéis, por
consiguiente, que el problema social sea resuelto
por ningun teólogo, por ningun filósofo, nó; el
problema social será resuelto por todos los hijos
del siglo décimo nono. Esta es la importancia de la
discusion que ocupa hoy la mente del Ateneo.

Vuestro tema ha consistido en averiguar si las
escuelas socialistas son síntomas de progreso, ó si
lo son de decadencia. Yo creo que todos los que
han hablado, ó casi todos los que han hablado en

esta discusion, han convenido en que, lejos de ser el socialismo un síntoma de decadencia, es una señal de progreso. En efecto, señores, no mueren las sociedades que se agitan y piensan mucho; no mueren las sociedades que se lanzan en pos de un ideal, por quimérico que parezca; no mueren las sociedades que hieren con su trabajo la tierra, y con sus clamores el cielo, para encontrar nuevas fuentes de vida; no, señores; las sociedades que mueren y desaparecen son las que se entregan á estúpido fatalismo, las que no piensan ni sienten, las que se dejan caer en la indolencia, las que como cuerpos muertos interponen obstáculos insuperables en la carrera del progreso; las sociedades sobrecogidas por la atonía, como le sucedió al imperio griego en su última hora, como le sucedia al inmenso imperio español en tiempo de Carlos II. Y esto es tan cierto, señores, que los periodos sofisticos, en que abundan las escuelas quiméricas, vienen á preceder siempre á las grandes verdades religiosas, filosóficas, políticas y sociales. El espíritu humano no es absoluto, no es infinito, y para encontrar la verdad necesita trabajar, porque la verdad es el premio del trabajo. Así, antes de hallar la idea, que es el objeto de su actividad, el fin de su movimiento, cae, se levanta, toma sendas tortuosas, se pierde, se oculta en las ondas de los hechos mas contradictorios, se desalienta, agota sus ideas, su esencia, como el labrador empapa con su sudor la tierra para que brote la semilla, y el industrial descompone mil cuerpos y agita sus fuerzas para formar una nueva máquina y encontrar en ella una nueva fuerza. (*Bien, bien.*)

Señores: Si dudais de esto, poned conmigo los

ojos en las épocas mas grandes y mas trascendentales de la historia universal, en esas épocas que señalan un cambio total en el espíritu de la humanidad.

El mas gran movimiento filosófico de la historia, es el que personifica Sócrates; y el mas gran movimiento religioso, el que inicia Jesucristo; y el mas gran movimiento teológico, el que concluye con el concilio de Nicea; y el mas gran movimiento científico, el Renacimiento; y el mas gran movimiento político, la revolucion francesa. Pues bien; á todos estos movimientos han precedido grandes escuelas sofisticas, grandes escuelas utópicas.

La escuela sofistica griega, señores, disolviendo todo lo que habia de objetivo en la sociedad, las verdades mas universales, los principios mas admitidos, las costumbres mas arraigadas, negando las cosas y los seres en sí, haciendo del hombre el número y la medida de todo el universo, presentando las contradicciones de la percepcion sensible y la impotencia absoluta de los sentidos para llegar á la verdad, refiriendo todas las cosas al sugeto y todas las ideas á la opinion particular del individuo, envolviendo en el polvo de las ruinas por ella hacinadas todos los antiguos ídolos, negando con su fina critica todos los anteriores sistemas, disolviendo hasta el mundo material, preparan aquel instante en que el espíritu se siente á sí mismo, se aparta de todo lo que es ageno á su naturaleza, se conoce como ser en sí independiente del mundo, superior al mundo, centro de la vida, base de la ciencia; instante que personifica admirablemente Sócrates, el cual, despues que predica

la verdad y la justicia, y levanta la razón sobre todos los dioses, y la conciencia sobre todos los oráculos, cuando el génio de lo pasado, que se siente herido y lo quiere aniquilar, reclina blandamente la cabeza en el seno de la muerte como en cariñoso maternal regazo, seguro de que vá á dejar en los que han de sucederle, además del conocimiento de sí, con su doctrina y con su ejemplo, la esencia mas pura de su vida y de su alma. Y lo que sucede en el mas gran periodo filosófico, sucede en el mas gran periodo religioso. Al mismo tiempo que aparece Jesús, poco antes de aparecer en la tierra, aparecen sectas que intentan despertar el amor al prógimo en el corazón de los pueblos orientales, matar el egoismo de la raza semítica, abrir nuevas fuentes de consuelo á la humanidad en su conciencia, santificar el dolor y la miseria, caminar por la vida como por un sendero de espinas, allegar sus discípulos entre los mas humildes y los mas pobres; y si bien, apartándose del sentido social y aun religioso de los hebreos, perdiéndose en el seno de los áridos desiertos, al buscar un nuevo Dios en la conciencia humana, encuentran los errores de los scleúcidas, de los alejandrinos y de los gnósticos, preparan, sin embargo, con el aroma de las esperanzas mesiánicas, al corazón á recibir el consolador bálsamo de la verdad religiosa.

Y lo que sucede en el mas gran periodo religioso, sucede en el mas gran periodo teológico. Las escuelas gnósticas, mezclando todos los cultos, confundiendo todas las ideas; el Dios de Platon con el panteismo materialista de la India; la kábala judía con el espíritu divino del Evangelio; las armo-

nías pitagóricas de los mundos y las esferas con la sublime unidad del Dios bíblico, que se levanta sobre las esferas y los mundos; las mil formas ligeras, graciosas, que como transparentes gasas revisten los dioses paganos en la superficie de la naturaleza, con la encarnación del espíritu divino en el Verbo; las balbucientes palabras que desde sus tripodes pronunciaban los oráculos moribundos con las verdades mas claras y matemáticas de los estóicos; el ascetismo oriental, rígido y severo, que se esconde en el fondo de las cavernas, que toma por compañeros los brutos del desierto, que se macera y se martiriza, con el epicureismo griego, coronado de verbena, centelleante de alegría, tendido en lecho de rosas, rebosando de su copa de oro aromático vino, y de su corazón el placer; el Dios-naturaleza con el Dios-espíritu, Grecia con Roma, Roma con Alejandría, Alejandría con el cristianismo, el cristianismo con todos sus propios delirios é ilusiones, mezclándolo, confundiéndolo todo, levantan á los ojos de la teología pavorosos problemas que la teología resuelve, y preparan aquel sublime instante de la historia, en que los mártires de la nueva religion, los perseguidos por todos los poderes, los atenaceados en todos los tormentos, se reúnen triunfantes en un rincón de la tierra; y antes que el Capitolio, que ya cruje, se desplome; antes que los bárbaros, que ya ahullan, atraviesen el Rhin y el Danubio con sus teas encendidas en la mano (*Bien, bien*), escriben el dogma de la nueva edad, el símbolo de la fé, que han de repetir todas las generaciones, que ha de resonar eternamente bajo las bóvedas de nuestras iglesias, que se ha de estender hasta los últimos hori-

zontes del tiempo, hasta los últimos linderos del espacio. (*Aplausos*).

Señores: Y lo que sucede en el mas grande periodo teológico, sucede tambien en el mas grande periodo científico. El espíritu humano, al rayar el renacimiento, anda errante, cayendo y levantándose, tomado de una embriaguez divina que decian los antiguos; y como fuerzas contrarias le solicitan, ora cae en la duda, ese sarcasmo del alma; ora se levanta al cielo en alas del misticismo; señores, del misticismo, que es la evaporacion de nuestro espíritu; ora se hunde en el fondo de la naturaleza como piedra arrojada al seno de los mares; ora llevado de un sentido aventurero y romántico recorre todas las esferas en pos de un motivo de lucha y de combate; y siempre en la incertidumbre, siempre en la indecision, ya se abraza al pié del Crucifijo y permanece allí inmóvil como austero cenobita; ya se sorprende y se deslumbra al ver la estatua clásica medio desenterrada del polvo con el cántico de los antiguos poetas en los lábios, y toma por su única divinidad tanta hermosura; ya esplica en los jardines de Florencia, al dulce murmullo del Arno, la doctrina que el mas sublime de los filósofos antiguos explicaba absorto bajo el plátano del Pireo; ya vuelve los ojos al Aristóteles descubierto por los árabes y santificado por los doctores de las escuelas, y esta crisis extraordinaria, en que la ciencia es como una galería de espectros iluminada por fuegos fátuos, y el universo como un inmenso laboratorio de alquimia, en que todas las sustancias hierven, y se evaporan, y se volatilizan (*Bien, bien*), anuncia, ¿qué digo anuncia? engendra aquella edad

venturosa, verdadero Thabor del espíritu humano, en que el hombre desentraña los secretos de la naturaleza, oye el movimiento de la tierra, mide con el péndulo en la mano el camino que nuestro planeta lleva en su carrera triunfal por los infinitos espacios (*Bien, bien*), descubre nuevos mundos ocultos en el seno del Atlántico, necesarios para la renovacion de la vida en este instante de la renovacion del espíritu, y aplicando la imprenta al pensamiento, lo eterniza y lo estiende sobre todas las frentes, y aplicando la brújula á la navegacion, domeña los mares, y aplicando el telescopio á las estrellas lee sus antes indescifrables enigmas, y aplicando la pólvora á la guerra, taladra con la bala del pechero la coraza feudal, y aplicando las matemáticas á la táctica, pone en vergonzosa fuga los ejércitos señoriales, y aplicando, por último, la libertad al espíritu, lo levanta, lo trasforma, lo engrandece y lo prepara para recibir en su seno la santa idea del derecho, que va á ser como el eje de toda la historia futura, como el resúmen de toda la ciencia. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Y, señores, lo que sucede en el mas gran periodo científico, sucede en el mas gran periodo político. Aquellos filósofos ligeros, escépticos, que se burlaban de Dios y de sus manifestaciones en el tiempo; que creían mentira toda religion, engaño toda fé, que menospreciaban los sacrificios mas nobles de la naturaleza humana, la muerte gloriosísima de Juana de Arco, el martirio de los primeros héroes del cristianismo; que tenían en poco lo que mas debían apreciar, los descubrimientos de la química y de la geología, y hasta los progresos de la idea del derecho en su

tiempo; aquellos filósofos, siempre con la sonrisa del desprecio en los lábios y la duda en la mente, engendran una edad de grandes sacrificios, de heroísmo, de fé grandiosa, que rayaba en fanática, aquella edad, en que cae para siempre en el polvo el derecho divino de los reyes y se levanta el derecho humano de los pueblos. (*Aplausos.*)

Pues bien, señores; así como el mas gran periodo filosófico de la historia está precedido por los sofistas, y el mas gran periodo religioso por los esenios y terapeutas, y el mas gran periodo teológico por los gnósticos, y el mas gran periodo científico por los iluminados y los alquimistas, y el mas gran periodo político por los enciclopedistas, el mas gran periodo social, el que ha de resolver todos los problemas económicos; el que ha de grabar indeleblemente la idea del derecho en la conciencia humana; el que ha de convertir el antiguo Estado, aquel monstruo que vivia de la vida de todos los hombres, en una institucion destinada á realizar la justicia; el que ha de resolver la antigua contradiccion entre el individuo y la sociedad en una armonía viva; el que ha de acabar la guerra de las clases en una paz perpétua; el que ha de encerrar cada individuo en su derecho y cada nacion en sus límites; el movimiento que ha de obrar estas maravillas, se encuentra precedido por las escuelas socialistas, que si bien erróneas, son un esfuerzo, un trabajo para llegar á la verdad, y el esfuerzo del hombre nunca queda sin resultado, y el trabajo del hombre nunca queda sin premio.

Y si no, señores, mirad el largo camino de las ideas socialistas, y vereis cómo apartadas en un

principio de todo ideal humano, van poco á poco, por su esfuerzo propio, por su natural desarrollo, acercándose á los eternos principios en que descansan las sociedades. La primer manifestacion del socialismo en nuestro tiempo ha sido una teología. Comienza por donde han comenzado todas las ideas nacies, por envolverse en el misterio, por ocultarse entre los resplandores del cielo. Una revelacion era su esencia; una iglesia su forma; la gerarquía su organismo; la teocracia su gobierno; la casta su principio social; la comunidad de las fuerzas, del trabajo y del producto su principio económico; la sujecion de todos á la sociedad, y de la sociedad á Dios, su principio político; organizacion, señores, que si bien se decia ideada y convertida al bien de los menores, de los infelices, de los proletarios, resucitaba aquellos antiguos imperios asiáticos en que la religion, descendiendo de la conciencia al gobierno práctico de los pueblos, señalaba á cada individuo su trabajo y á cada trabajo su premio, y reivindicando para sí todos los derechos y todas las propiedades y todas las fuerzas, ataba á unos á los piés de los altares, á otros á sus instrumentos de labranza, á otros á la cola de sus caballos de guerra, y quitaba al hombre la libertad, único elemento que conserva y purifica y engrandece la vida, como los vientos agitando y revolviendo las olas, conservan pura el agua de los mares, que de otra suerte se corromperian y corromperian todo el universo. (*Grandes aplausos.*)

El socialismo tomó una tendencia mas positiva y mas práctica, como toda idea que crece y se desarrolla; de una teología, pasó á ser una cos-

mología. Nada mas armonioso á primera vista que esta reforma, que así tocaba al mundo material como al espíritu. Dios reparte su ser al mundo, renovándolo con una nueva esencia; los astros se aumentan como un nuevo florecimiento de los cielos, como una renovacion de la vida universal; la tierra se engalana y ciñe á sus sienes diademas de aureolas boreales, signos de su maravillosa transformacion; la luna, ese astro muerto, resucita al beso del amor, y levantándose en el éter, y tomando mas hermosos matices, inunda de una luz indefinible y pura á su eterna amiga la tierra; los desiertos se tornan florestas, los embravecidos mares, serenos lagos; las polares nieves se funden y se evaporan como una gota de rocío; las fieras doblan su cerviz y corren á lamer los piés de su dueño, el hombre, y huyen del globo que no puede abrigar el odio y la guerra; y, por último, el hombre, habiendo encontrado en el trabajo la ley del amor, que es la ley de su naturaleza, vive vida placentera en comunión con toda la humanidad, y si muere, muere para despertar en otro astro mas luminoso, en otro planeta mas florido, hasta que, merced á esta continua perfeccion de sí mismo, llega á convertirse en el aroma en que se perfuman todos los seres, en el éter en que se bañan todos los mundos, en la impalpable esencia de que se alimenta todo el universo. (*Aplausos.*)

El primer instante del socialismo fué una teología, y el segundo una cosmología, y el tercero fué ya mas humano, mas positivo, fué una psicología. No se invocó á Dios para reformar el mundo, no se estudió la naturaleza para trasformar al

hombre; el socialismo descendió al estudio del alma. La nueva escuela examinaba la raíz de la vida, y allí encontraba la raíz de nuestras desgracias y el fondo de las grandes injusticias sociales. Se había dicho que el hombre es libre, se le había exigido la responsabilidad moral y material de sus acciones, y según estas escuelas, el mal estaba en la responsabilidad humana, porque el hombre es hijo infeliz de la naturaleza, su siervo, y á cada instante siente el mundo exterior sobre sí, que le aplasta como el tardo paso del elefante aplasta el insecto y lo reduce á polvo. Solo la virtud puede hacer feliz al hombre; pero la virtud no se consigue sin la educación, y la educación es hija de la sociedad. Para vivificar al hombre, es necesario matar su responsabilidad, según esta escuela. De aquí se concluía, por una lógica inflexible, como un corolario supremo, que era necesario modificar la educación para reformar al hombre y tratar al bueno como á un sano, y al perverso como á un enfermo. Para el bueno el trabajo igual, la recompensa igual, y para el perverso una enfermería, un hospital del alma. El socialismo cada día se iba haciendo mas positivo, mas práctico, y descendía de su nube á la tierra.

Así como en su primer manifestación había sido el socialismo una teología y en su segunda manifestación una cosmología y en su tercera manifestación una psicología, en su siguiente transformación fué una ciencia económica, una economía política. Entonces el socialismo se limitó á tratar los grandes problemas económicos de la distribución de la riqueza, del crédito gratuito, de la organización del trabajo, de la armonía entre

el capital y la produccion, de todo aquello que podia mejorar la vida material y la condicion de las clases pobres; de suerte que cada dia el socialismo iba descendiendo mas y mas, y armonizándose con la tendencia práctica y positiva del siglo, y entrando en la corriente de los hechos sociales, y levantándose á ser una escuela política.

Al llegar á este instante supremo, el problema del socialismo tomó un aspecto que nosotros no podemos apreciar aún, que apreciarán mejor los venideros. Apareció un hombre cuyo génio es como un enigma pavoroso, un hombre que no podemos comprender, que comprenderán las generaciones futuras, destinadas á conocer el espíritu de los siglos que han pasado, mejor que las generaciones que en ellos viven. Este hombre es tal, que unas veces semeja el ángel del Señor, que viene con su clarín á anunciar el juicio final de esta sociedad, y otras veces el mónstruo de Apocalipsis, que tiñe con su sangre todos los mares de la vida. Este hombre, educado en el dolor y en el trabajo; oyendo siempre los lamentos del pueblo, cuya es su alma por su educacion y por su cuna; conmovido con el espectáculo de esas revoluciones que pasan por el espacio, como el viento por las arenas del desierto; siguiendo todas las evoluciones del pensamiento moderno y condensándolas en su gigante alma; armado de una lógica tan grave y demoledora como la maza de Hércules; artista maravilloso por su estilo, que así se levanta á la magestad de Bossuet, á la ternura de Rousseau y á la poesia de Lamartine, como descende á las burlas de Montaigne, á los equívocos de Rabelais, y á los ahullidos de Baboef; filósofo que condensa todas

las sombras y todos los rayos rotos de luz de todas las escuelas; hombre positivo, que solo se cree hijo de la tierra, y que no quiere oír hablar ni de Dios ni del cielo, porque el instante que consagra á pensar en lo que hay mas allá de la muerte no le robe el tiempo que necesita para transformar lo que hay mas acá de la tumba; sombra gigantesca, que penetra en el templo de todas las ideas divinas y humanas, y á todas las juzga en el tribunal de su conciencia, y todas las pesa en la balanza de su juicio, y á pesar de que condena todas las religiones y todas las escuelas, el catolicismo porque lo cree teocrático y feudal, el panteísmo por absorbente y sofocante, el idealismo por vago y soñador, el misticismo por fantástico, el sensualismo por brutal, el protestantismo por aristocrático, la monarquía absoluta por tiránica, la escuela doctrinaria por inmoral, la escuela democrática por inocente y platónica; á pesar de que arroja tantos penates, tantos altares, tantas reliquias queridas y adoradas en las corrientes de la idea del movimiento de Heráclito, reproducida por la extrema izquierda hegeliana, transformacion de un pensamiento capital del gran maestro; á pesar de que quiere amontonar tantas antiguas ruinas en el espacio y grabar tantas afirmaciones nuevas en la conciencia, la única ruina que hay verdaderamente á sus plantas, es la ruina de las antiguas escuelas socialistas, como la única afirmacion que se levanta, cual una corona de luz sobre su frente cubierta de espesísimas tinieblas, es la afirmacion de la libertad y de la responsabilidad del hombre (*Estrepitosos y repetidos aplausos*). Señores, así como el socialismo en su primer momento fué una

teología, y en su segundo momento una cosmología, y en su tercer momento una psicología, y en su cuarto momento una economía política, en su última evolución comprendió que las organizaciones de las antiguas escuelas nada resolverían y que el problema pavorosamente planteado en el espacio, solo podrá resolverse algún día por la libertad, por el derecho. Así es, señores, que bien podemos decir que las antiguas escuelas socialistas se han disuelto, se han descompuesto á sí mismas, convencidas por un procedimiento racional y lógico de que sus problemas solo pueden resolverse por la libertad.

Señores: Estudiada la descomposición del socialismo, vamos á investigar la causa de este fenómeno social, de este gran fenómeno histórico. El señor Moreno Nieto, con ese profundo talento filosófico que tanto le distingue y enaltece á mis ojos, ha dicho que el origen del socialismo está en la tendencia que tiene el hombre á la unidad, como el origen del panteísmo en la tendencia que tiene la razón á lo absoluto. El señor Suarez lo ha considerado como un fenómeno, que se reproduce constantemente en todas las grandes épocas históricas. Los señores Echegaray, Rodríguez y Sanromá, especialmente este último, con esa elocuencia distinguidísima que á todos nos ha conmovido tan profundamente, creen, siguiendo la escuela á que con tanta gloria pertenecen, que el socialismo es un resto del monopolio histórico, sostenido y conservado en pró de las clases inferiores, anteponiendo el criterio de utilidad al criterio de justicia. El señor Maldonado Macanaz ha creído ver el origen del socialismo en el contrato social de Rous-

seau. Y el señor Moret, resumiendo en una sola palabra su pensamiento, ha dicho: *lo pasado es el socialismo, lo porvenir es la libertad, lo porvenir es la economía política*. Yo voy á decir mi opinion. Para esto necesito evocar dos épocas históricas; el imperio romano y la reforma religiosa, épocas capitales en la historia universal. ¿Habeis pensado alguna vez en el nacimiento del imperio? El pueblo romano estaba encorvado bajo el peso de la esclavitud, y si bien se sentia siervo, se conocia libre, y con su mano cargada de cadenas escribe un pacto con sus señores; y no contento con un pacto, quiere forjar en el yunque de la revolucion un escudo y nace el tribunado; y no contento con el tribunado, pide una ley suya, y surge á sus plantas el código de las Doce Tablas; y no contento con una ley, quiere saber el origen del derecho, y los velos sagrados se rasgan para revelar las fórmulas de jurisprudencia, y el antiguo derecho ciclópeo habla á los ciudadanos desde el fondo de sus oscuros geroglíficos etruscos; y no contento con saber el origen del derecho, quiere una familia, un hogar, y la ley sella con un sello sagrado su casa como si fuera un santuario, y la matrona romana cae en sus brazos, llamando á su antiguo cliente, á su antiguo esclavo, esposo y padre de sus hijos; y no contento con un hogar, con una familia, quiere ser censor y es censor, quiere ser capitan y las legiones le llaman *imperator*; quiere calentar sus frias manos en el fuego sagrado, quiere besar con sus impuros lábios el ara de sus antiguos dioses, y la aristocracia le ciñe la toga de los pontífices; y no contento con ser censor, *imperator* y pontífice, quiere ser causa,

origen de ley, y se abren de par en par las puertas del campo de Marte y entra triunfante en los comicios por tribus (*Bien, bien*); pero ¡qué amarga decepcion, qué cruel desengaño! para ejercer el derecho, para ser soberano, para legislar, se encontró con que no bastaba ni su razón, ni sus tradiciones; que necesitaba oro, mucho oro; y del fondo de aquella injusticia nació lo que nace del fondo de todas las injusticias, una protesta, y aquella protesta que representan los Gracos, á pesar de su justicia y de su amor á la humanidad, la aristocracia la ahoga en sangre, y se levanta Mario á salvar de la cuestion social la República, como habia salvado á Roma de los cimbrios y los teutones, y la aristocracia arroja á Mario á las ruinas de Cartago, solitario, desnudo y hambriento; y se levantan Saturnino y Druso, y la aristocracia apedrea á Druso y Saturnino; y se levanta la última transaccion posible entre la República y la cuestion social, Catilina, y la aristocracia le persigue, le calumnia, le aniquila en los campos de batalla; y entonces, cuando en el movible mar de los acontecimientos aparece el hombre de la Providencia, el hombre del castigo, el hombre del génio, César, el pueblo, que adivina su destino en la frente de sus predestinados y de sus elegidos, le entrega su libertad, sus derechos, en cambio de oro y de venganza; y nace aquella dictadura horrible que por espacio de cinco siglos estuvo machacando las generaciones de la nobleza sobre los campos amasados con las lágrimas y la sangre del pueblo.....

(*Grandes y unánimes aplausos interrumpen por algun tiempo al orador.*)

El señor Castelar: Señores: Si no me hubié-

rais interrumpido, hubiera completado mi pensamiento, diciendo que nunca queda en la historia sin un gran castigo una gran injusticia. (*Bien, bien.*)

Señores: Y lo mismo sucedió en Alemania con la revolucion religiosa; Lutero emitió un pensamiento, que yo no puedo, que yo no debo juzgar en este sitio. Y como la historia está regida por la lógica, cual le sucede al espíritu y á la mente, no se sienta ninguna premisa sin que de ella se deduzca inmediatamente una consecuencia. Y aunque se crea una lógica íntima y propia solo de nuestra naturaleza espiritual, es tan objetiva, tan incontrastable como la ley de gravedad en los cuerpos, como la ley de atraccion en las esferas, y por consiguiente, siempre que se arroja una idea, deben medirse todas las conclusiones que esa idea encierra, que esa idea contiene, en la seguridad de que ningun esfuerzo humano puede contrastar la inflexibilidad de la lógica. Así que Lutero arrojó su principio, inmediatamente las clases inferiores dedujeron todas las ideas contenidas en su doctrina. Lutero entonces se puso de parte de los reyes y de los nobles, contra el pueblo, que pedia su libertad. Y de aquí nació aquella terrible tragedia social, escrita con sangre en una ciudad célebre por un profeta célebre tambien por sus errores y por sus desgracias.

Pues bien, señores, de las mismas ideas y de los mismos hechos se deducen siempre conclusiones idénticas, conclusiones armónicas. Miremos ahora con igual imparcialidad un dia no menos trascendental en la vida de la humanidad; el dia en que se organizó la revolucion francesa, el dia

en que pasó de su período demoledor á su período dogmático y de armonía. Juzguemos este hecho en Francia, porque en Francia nace el socialismo. La revolucion se habia consumado; el feudalismo se habia hundido en el polvo; los reyes absolutos habian dejado sus coronas de derecho divino en los campos de batalla, arrancadas de sus sienes por el viento que al agitarse levantaba las banderas del pueblo (*Aplausos*); las hogueras de la Inquisicion se habian estinguido; las cadenas de los siervos se habian roto; las aristocracias antiguas se habian desplomado con estrépito; el trabajo habia dejado de ser un signo de envilecimiento; el derecho habia sido escrito con caractéres de fuego en la conciencia humana; la propiedad redimida del censo y de la tasa; la libertad declarada universal; la igualdad consagrada al par de la libertad; y cuando el pueblo, que habia derramado su sangre en los campos de batalla; el pueblo, que habia dado la vida de sus hijos para escribir la Iliada de la revolucion, fué á pedir la libertad de su razon, de su voluntad, su derecho en una palabra, vió que para alcanzar ese derecho que se habia creído esencia de su ser, ingénito á su naturaleza, atributo natural de su vida, le decian: «si quieres tu derecho cómpralo;» y entonces nació de esta injusticia la protesta del socialismo, que espantó á la clase media francesa, y puso terror en su corazon, y fué como el espectro de su conciencia y la negra sombra de su vida, porque el socialismo era la consecuencia de sus ideas, el socialismo el castigo de sus crímenes. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Pero, señores, por el desenvolvimiento natural

de esta discusion, se ha llegado, despues de examinar su origen, á esta pregunta: ¿en el fondo del socialismo hay algo aprovechable? El señor Moreno Nieto decia que el socialismo habia traído la ventaja de llamar la atencion hácia el problema del pauperismo. El señor Mata decia que el socialismo es útil como una critica de la sociedad y de las ideas económicas reinantes, como un quejido lanzado por la sociedad en el lecho de sus dolores. Yo voy á llamar la atencion hácia otro linage de consideraciones. Señores, el socialismo, entendiendo por socialismo la absorcion de nuestra personalidad en el Estado, tendrá siempre cierto encanto á los ojos de la raza latina, por su tendencia á la unidad, que está en el fondo de nuestra civilizacion, en el seno de nuestro espíritu. Tres grandes ideas muestran y señalan toda la vida de la raza latina, y estas tres ideas tienden á la unidad humanitaria. Esta raza ha tenido su manifestacion histórico-social en el imperio romano; su manifestacion religiosa en el catolicismo; su manifestacion política en la revolucion francesa. Pues bien; el imperio romano tendió á dar á la humanidad un solo cuerpo, y el catolicismo una sola conciencia, y la revolucion francesa un solo derecho (*Bien, bien*). Tres grandes ideas muestran y señalan la vida de la raza germánica, y estas tres ideas han tendido siempre al individualismo. La raza germana y anglo-sajona han tenido su manifestacion histórico-social en el feudalismo; su manifestacion religiosa en el protestantismo; su manifestacion política en la revolucion de Inglaterra. El feudalismo aislaba al hombre en su castillo, al revés del imperio romano, que disolvía al hombre en la sociedad;

el protestantismo aislaba la conciencia en sí misma, al revés del catolicismo que depositaba la conciencia en la Iglesia, y la revolucion de Inglaterra se quedó aislada en una sola nacion y en una clase, al revés de la revolucion francesa, que llevó su espíritu á todos los pueblos y derramó su fuego en todo el Continente (*Bien, bien*). ¿Pero la raza del Norte no puede ser humanitaria? Sí, señores, ahí están los Estados Unidos, que se acercan, aunque imperfectamente, á esa idea. ¿Y la raza latina no puede ser individualista? Ahí la raza española de América, nuestra hermana, que en el suelo volcanizado de América escribe los eternos principios del derecho.

Y sin embargo, la lucha de las razas es evidente, es indudable. Asi como en el mundo antiguo hubo aquella sangrienta lucha entre la raza semítica y la raza indo-europea, que cubrió de sangre los mares y las campiñas, asi en el mundo moderno hay una lucha constante, perpétua, entre la raza latina y la raza germánica. Si lo dudais, poned los ojos en las orillas del Adigio y del Tessino (*Sensacion*). ¿Y esta antinomia, esta contradiccion, es insoluble? No, mil veces no. La eterna contradiccion del mundo antiguo se resolvió en una síntesis suprema, que se llamaba Roma. Lo mismo sucederá en los tiempos modernos. Para llegar á una armonía entre la raza latina y la raza germánica, ¿qué se necesita? Que la raza germánica y anglo-sajona admita en su idea de libertad la idea de igualdad, trabajo titánico que hoy está verificando Inglaterra con su reforma electoral, y al mismo tiempo, que la raza latina anime su idea de igualdad con la idea de libertad, trabajo que

están hoy haciendo la mayoría de las naciones las tinas de uno y otro continente. Y aun se necesitan; se necesita que la idea del derecho se estienda á todas las manifestaciones de la vida. Nosotros hemos tenido libre la voluntad, pero esclavo el pensamiento. La raza germana ha tenido, especialmente en Alemania, libre el pensamiento, pero esclava la voluntad. Este antagonismo, pues, no se resolverá, sino estendiendo la libertad y el derecho á todas las esferas de la vida, y á todas las manifestaciones del espíritu. Pronunciemos, pues, una palabra, que resuelve todas las contradicciones, todos los antagonismos; pronunciemos la palabra «derecho.» El derecho es individual, porque quiere que sea libre la voluntad, libre el pensamiento, libre el trabajo, libre el crédito, libre la enseñanza; pero el derecho es humanitario, general, porque quiere la libertad de todos los hombres, la autonomía de todas las nacionalidades, la confederación, primero por razas, después por continentes, el cosmopolitismo económico, la libertad de comercio, que ha de destruir las fronteras, que ha de volver el equilibrio entre la producción y el trabajo, que ha de destruir el egoísmo de las razas, que ha de fundir todo el género humano, auxiliada por la electricidad, por el vapor y la imprenta, para que se cumpla el bien de la humanidad en toda su grandeza, y se realice en toda su plenitud la santa idea de justicia. (*Aplausos.*)

Señores: Después de examinado el socialismo en todas sus fases, habeis venido á tratar de las soluciones políticas. Cuatro grandes escuelas hemos visto aparecer aquí, representadas todas por ilustres campeones; la escuela antigua, que en su



sentido trascendental y religioso ha sido sostenida por el señor Alcalá Galiano, y en su sentido histórico por el señor Malo; la escuela filosófico-histórica, sostenida por los señores Moron, Capalleja, Moreno Nieto; la nueva escuela, sí, la escuela que llamaré moderna, en contraposición al absolutismo, cuya negación radical es dividida en tres grandes fases; la fase económica, representada por los señores Bona, Sanromá, Echegaray, Rodriguez, Moret; la fase filosófica, representada por los señores Suarez y Moraita, y la fase política, que sin escluir la económica y la filosófica, representan mas pronunciadamente los señores Alzugaray y Canalejas. Trataré brevísimamente de esta cuestión.

Señores: La escuela monárquica antigua ha espuesto sus doctrinas de esta ó parecida manera. La razón del hombre es débil, y necesita de un auxiliar superior que le sostenga, y este auxiliar es la Iglesia, que tiene solución para todos los problemas; que resuelve el problema filosófico por medio de la fé, y el problema político por medio del derecho que del cielo han recibido todas las potestades terrestres, por el derecho divino, y el problema económico por medio de la tasa del interés del dinero, que mata la usura, y el problema social, predicando la caridad á los ricos y la resignación á los pobres, enseñando á los ricos á ser misericordiosos y á los pobres á ser sufridos y pacientes. Y despues de esto, el señor Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en un discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedía con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sábios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Monta-

no, el Brocense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de las *Querellas*, del *Laberrinto*, del *Quijote*; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderon; en que nuestros pintores arrebolaban los cuadros históricos de Velazquez, los penitentes de Rivera, los Cristos de Morales, las Virgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el concilio de Trento, y nuestros doctores enseñaban en la Universidad de París; en que nuestros navegantes atravesaban el cabo de las Tormentas, descubrían en Asia Filipinas, encontraban una nueva creación, premio de su arrojo, en el ignorado seno del Atlántico; en que nuestros soldados escribían con sangre de sus venas el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en Granada, y oprimían contra su corazon á Nápoles, á Palermo, á Milan, y sostenían en el monte Tauro, en el Eta, en el Bósforo con sus robustos brazos el vacilante imperio bizantino, y cubrían con sus banderas sin rival, el Mediterráneo, y enterraban la soberbia media luna en las hirvientes aguas de Lepanto, y vencían á Francia, y amenazaban á Inglaterra, y dominaban á Flandes, y estendían sus huestes por toda Alemania, y salvaban con sus aceros caballerescos toda la Hungría, y gravaban la idea cristiana en la frente de Africa y América; aquellas épocas en que nuestro imperio era mas inmenso que el imperio romano, y nuestras conquistas mas fabulosas que las conquistas de Alejandro; aquellas épocas en que el mar era como una alfombra arrojada á nuestras triunfales plantas, y el sol como un diamante engarzado en nuestra inmortal corona.

(*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Me parece, señores, que he sido imparcialísimo al referir todos los fundamentos de la doctrina absolutista. Me permitirán, pues, que use de la misma imparcialidad al criticarla. Yo voy á decir muy pocas palabras. Vuestro sentido religioso, al confundir la Religion con la política, hace del santuario, asilo de todos los hombres, la fortaleza de un partido; vuestro criterio filosófico, si es solo la fé, puede aniquilar la ciencia, que necesita tambien de la razon; vuestro criterio político, si es el derecho divino, anula al hombre, porque siempre que Dios se asienta en el trono de la soberanía temporal, el hombre se confunde en el polvo de los insectos; vuestra solucion económica, si es la tasa, mata la libertad del crédito, la libertad del trabajo, la libertad de la propiedad, de que os declarais defensores; vuestra solucion social, si es la solucion del convento, no será ciertamente el derecho al trabajo, no será el derecho á la asistencia; pero será el derecho á la ociosidad, el derecho á la vagancia. (*Ruidosos aplausos interrumpen por algunos instantes al orador.*)

El señor *Castelar*: Y en verdad, podíamos concluir diciéndoles; vuestro sistema con sus mayorazgos, con su amortizacion, con sus señoríos, con sus alcabalas, con sus diezmos, con sus aduanas de provincia á provincia, de pueblo á pueblo, despues de ser la injusticia absoluta, es el empobrecimiento universal (*Grandes aplausos*). Y en verdad, señores, que yo busco ese absolutismo tan decantado en nuestra historia, y no lo encuentro; sí, no lo encuentro en los primitivos tiempos, porque Indibil y Mandonio, Indortes é Islolacio eran gefes de tribu, gefes de familia; y Sagunto, que

protestó contra Annibal, y Numancia que protestó
 contra Escipion, eran ciudades democráticas, y un
 pastor el primer gefe de nuestra nacionalidad, y
 pobres campesinos aquellos astures que aterraban
 á Agrippa y á Augusto, entonando cánticos de
 libertad desde la cima de sus cruces, y se arroja-
 ban al Océano por no arrastrar en extranjeras pla-
 yas la vil cadena de esclavos; yo no veo al absolu-
 tismo en el imperio romano, porque lo que veo son
 colonias levantadas en el reino de la ciudad Eter-
 na, libres municipios levantados en las tradiciones
 del país; yo no veo el absolutismo en tiempo de
 los godos, porque lo que veo es una aristocracia
 militar en Leovigildo y Chindasvinto, una aristo-
 cracia teocrática en Recaredo y en Egica; el pue-
 blo haciéndose católico cuando sus señores son
 arrianos, é idóla ra cuando sus señores son católi-
 cos; yo no veo el absolutismo desde Covadonga
 hasta Leon, porque lo que veo es un pueblo que
 busca un refugio en el universal naufragio, reyes
 levantados en el escudo de los soldados, esclavos
 recogiendo las rotas espadas de los godos, jueces
 que protegen bajo su manto las nacientes monar-
 quías, condes que arrojan desde sus trotones de
 batalla claros fueros á sus pueblos; yo no veo el
 absolutismo desde Leon hasta Toledo, porque lo
 que veo es el nacimiento del municipio cristiano en
 1020, fecha que todo buen español debe llevar
 aquí, en el pecho, la semilla de nuestro jurado, la
 transformación del Concilio en Córtes, la idea feu-
 dal penetrando por el Pirineo con Sancho de Na-
 varra, y estendiéndose invasora como toda idea
 hija de su tiempo hasta los llanos de Castilla; no
 veo el absolutismo desde Toledo hasta las Navas,

porque lo que veo es nuestra legislacion municipal florecer, nuestros Ayuntamientos robustecerse, nuestras Córtes reunirse al pié de Cuenca, nuestros ejércitos señoriales y feudales salvar la cristiandad en las Navas de Tolosa; yo no veo el absolutismo desde las Navas al Salado, porque lo que veo es la Universidad levantarse para educar en la libertad al estado llano, los jurisconsultos forjar la unidad de la justicia, los siervos de la Gleba dejar los eslabones de sus cadenas en los propios de los pueblos, el derecho romano surgir como un nuevo astro sobre el caos feudal de la Edad-Media; yo no veo el absolutismo desde el Salado hasta Granada, porque lo que veo es don Pedro el Cruel bañarse en sangre de la nobleza, la casa bastarda inaugurar una política señorial tambien bastarda; Juan I sellar nuestro movimiento político democrático, don Alvaro de Luna recoger del polvo la autoridad herida de los reyes, la monarquía enflaquecida é impotente en don Enrique IV, la gran revolucion social concluida en la gran Isabel; yo no veo que fueran educados en el absolutismo aquellos soldados aragoneses que conquistaron á Nápoles y Sicilia y sostuvieron á Atenas y Constantinopla, porque aquellos soldados habian sido educados á la sombra del privilegio general; ni que fueran hechuras del absolutismo los descubridores de América, porque todos habian visto nuestras Córtes, habian respirado gozosos el viento de nuestras libertades. Cuando veo las consecuencias del absolutismo es cuando veo nuestras escuadras anegadas en el mar, nuestros ejércitos rotos en los campos de batalla, la bandera morada de Castilla en el lodo, Lanuza en el cadalso, nuestras Córtes mu-

das, nuestros municipios destrozados, la amortización estendiéndose como una lepra por nuestros campos, el rey de dos mundos, el amo del Perú, convertido en un mendigo, yendo de puerta en puerta á pedir limosna; absolutismo extranjero, traído á este suelo por gente estraña, la misma que hoy atormenta á nuestra raza en Italia (*Profunda sensacion*); absolutismo sostenido por familias extranjeras; absolutismo de que la nacion se limpió cuando fué dueña de sí misma en 1812, y que si mas tarde restauraron bayonetas extranjeras, fué para demostrar á todas las generaciones, para decir á todos los siglos siempre, que el absolutismo ha sido y será un eterno extranjero en nuestra patria. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Señores: Despues de haber examinado la escuela monárquica, debo examinar la escuela doctrinaria; pero voy á ser muy breve, porque ya estoy muy cansado de hablar, y la Seccion debe estar cansada de escucharme. (*Muchas voces, ¡no, no!*) Señores, yo siento mucho que el tiempo no me permita estenderme, pero siento mucho mas que no me lo permitan mis fuerzas. Estoy fatigado, y creo que el público lo estará tambien (*¡No, no!*). De todos modos, doy gracias á los señores que me escuchan por su benevolencia; pero les ruego encarecidamente que me dispensen si paso de muy ligero por todo lo que resta. Yo, señores, no podré ser muy fiel al definir la escuela doctrinaria, porque, francamente, no alcanzo bien á entender las armonías doctrinarias (*Risas*). El señor Moron nos decia que él no queria oir hablar de libertad absoluta, porque en el mundo todo es contingente y todo es práctico. Yo creo, señores, que en la

conciencia toda idea es incondicional y absoluta, creo que las sensaciones y las nociones puedan ser relativas, fraccionarias; pero la idea es incondicional, ó no es idea. ¿Qué política es esa que no tiene ideas? ¡El señor Moreno Nieto! Han sido tan varias, tan ricas, tan profundas las ideas del señor Moreno Nieto, que no acertaré á compendiarlas, y anticipadamente le pido perdon por mi impericia. El señor Moreno Nieto queria que la filosofía moderna se reconcilie con el catolicismo, que este abra sus moldes para recibir las nuevas ideas, elaboradas por la conciencia, como las abrió para recibir á Aristóteles en la escolástica, á Platon en los jardines de Florencia, á Descartes en Bossuet y Malebranche. El señor Moreno Nieto dice que el criterio de libertad es tambien su criterio, mas no para hoy, para lo porvenir. El señor Moreno Nieto quiere que le hablemos al pueblo de libertad, pero no de igualdad, porque teme que la igualdad sea como un incentivo á las pasiones del pueblo. El señor Moreno Nieto se aparta del pensamiento absoluto que nuestra escuela ha presentado como un ideal próximo á realizarse, y se abraza á esa escuela que sostiene que los principios se desarrollan por séries, á esa escuela que no quiere que se presente una nueva premisa hasta que se agoten las consecuencias de las premisas presentadas por las generaciones anteriores, porque un ideal absoluto arrojado de pronto á un pueblo, puede, segun el señor Moreno Nieto, romper toda la trama de la vida, enturbiar toda la corriente de los hechos. Yo, señores, siento no poder examinar esta escuela tan brillantemente presentada. Yo creo que su criterio, sin hacer mas filósofos á los religiosos, ni mas

religiosos á los filósofos, puede dañar á la religion y á la ciencia; yo creo que esa libertad para lo porvenir, siempre esperada, nunca recibida, es como esos espejismos del Africa, que á lo lejos fingen rios y mares y lagos y provocan la sed y la aumentan, y cuando llega el viajero, solo encuentra las abrasadas arenas quemando sus lábios y acrecentando su martirio (*Aplausos*). Yo creo que la libertad sin la igualdad no puede existir, porque esa libertad es una espada mas larga en manos del fuerte, y un yugo mas duro sobre la garganta del débil; yo creo que la desigualdad trae consigo un elemento exterior para valuar el derecho, y que este elemento ha de ser el censo, y el censo convierte los comicios en mercados (*Bien, bien*). Yo creo que esa doctrina hiere mi personalidad, porque si el Estado es mi pensamiento, si el Estado es mi voluntad, si el Estado es mi maestro, doy en el absolutismo, porque el Estado me roba mi alma. (*Aplausos*.)

Señores: La última fase de la discusion la han representado mis amigos, sí, amigos por el corazón, amigos por la comunidad de ideas. Mis amigos me dispensarán que no resuma sus ideas. El señor Rodriguez, el señor Echegaray, el señor Moret, el señor Bona, el señor Sanromá, han dicho nuestra idea económica; el señor Suarez y el señor Moraita, nuestra idea filosófica; el señor Alzugaray y el señor Canalejas, nuestra idea política. Nuestra religion es la Religion cristiana, la religion de los desheredados, de los pobres, de los desvalidos; nuestra filosofia es la filosofia espiritualista, que empieza en Sócrates y concluye en Krausse, pasando por Descartes y por Kant; nuestra idea

fundamental es el derecho, sí, el derecho que traduce las leyes de la personalidad humana, las leyes de la conciencia á la sociedad y á la vida política; nuestro ideal es la libertad, sí, la libertad, esa palabra que han pronunciado todos los héroes, esa idea que han acariciado todos los sábios, ese sentimiento que han tenido todos los mártires; la libertad, esencia de nuestro ser, fuente de la vida; nuestra idea social es acabar con el antagonismo de las clases, y elevar á la libertad y á la vida política los últimos restos de la servidumbre, las últimas sombras de la casta; nuestra idea económica es la libertad del crédito, del trabajo, del comercio, de la industria; la expansion de todas las fuerzas humanas, y el ideal que entrevemos es la paz perfecta, los pueblos reconciliados, la justicia sonriendo como el sol en un cielo sin nubes, toda la tierra reconociendo por único Señor, como decía Jesucristo, á nuestro Padre que está en los cielos (*Aplausos.*)

Señores, he concluido. Yo no querria que nos separáramos en distintas ideas, ó al menos en sentimientos enemigos. Todos cuantos han hablado en esta brillante controversia, han merecido bien de la ciencia. Unamos nuestras inteligencias en unas mismas ideas, nuestros corazones en los mismos sentimientos. Donde quiera que los hombres se reunen para buscar la verdad, encuentran el auxilio de Dios. Todos somos religiosos, levantemos nuestra alma al Creador. Como hombres, pidámosle el bien de la humanidad, la verdad para su inteligencia, el amor para su corazon; como hijos de una misma raza, pidamos que la eterna artista de la historia, la eterna musa de la civilizacion

y del progreso, nuestra gran raza latina, se salve en esta crisis suprema de su vida (*Aplausos*); como españoles, como hijos de esta nación querida, tan grande y tan heroica, pidamos que se unan bajo un pabellon, bajo una idea todos sus pueblos; tendamos nuestros brazos al través de los mares á nuestros hermanos de América para formar la gran confederacion ibérica; grabemos la idea cristiana, la idea de la civilizacion en los desiertos de Africa, que al sudor de nuestras frentes y al suspiro de nuestros pechos se tornarán fecundos, y así seremos dignos de llevar el nombre inmortal de nuestros padres, y levantaremos nuestra España á ser una de las primeras naciones de la tierra. (*Prolongados aplausos.*)

y del progreso, nuestra gran raza latina, se salva
 en esta crisis suprema de su vida. (Applausos)
 como españoles, como hijos de esta nación que
 da tan grande y tan heroica, sabemos que se
 unan bajo un pabellón, bajo una idea todos sus
 pueblos; banderas nuestras brazos al través de los
 mares a nuestros hermanos de América para for-
 mar la gran confederación ibérica; grabemos la
 idea cristiana, la idea de la civilización en los de-
 siertos de África, que al sudor de nuestras frentes
 y al suspiro de nuestros pechos se forjaron la
 cruzes. Y así, seculares dignos de llevar el nombre
 inmortal de nuestros padres, y levantaremos nues-
 tra España a ser una de las primeras naciones de
 la tierra. (Prolongados aplausos)

DISCURSO

PRONUNCIADO EL 13 DE MAYO DE 1861

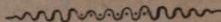
POR

D. EMILIO CASTELAR,

EN EL ATENEO DE MADRID,

resumiendo la discusion habida en la seccion de ciencias
morales y políticas

SOBRE LA IDEA DEL PROGRESO.



DISCURSO

PRONUNCIADO EL 13 DE MAYO DE 1881

por

D. EMILIO CASTELLAR

EN EL ATENEO DE MADRID

resumiendo la discusión habida en la sección de ciencias
naturales y bellas

SOBRE LA IDEA DEL PROGRESO

Señores:

Puesto que es necesario resumir, y la necesidad tanto obliga, á pesar del estado de mi ánimo, resumamos. Fatal estrella, en verdad, la de esta Seccion, que despues de haber elegido por su Presidente á uno de los oradores mas grandes, á uno de los repúblicos mas ilustres del pais, se ve por su mal forzada á escuchar mi palabra, humilde, pobre, falta de elocuencia y de doctrina; palabra que de ninguna suerte podria resonar aquí, si los que me escuchan no me prestasen la única inspiracion que puede alentarme, la única fuerza que puede sostenerme: la corriente eléctrica de sus simpatías, que pido, no á su justicia, sino á su benevolencia, para con algun ánimo rematar esta larga, esta importante, esta trascendental controversia, en que se han tocado todos los problemas que traen hoy mas ó menos conturbada á la ra-

zon humana, y se han oido sonar las cuerdas de todos los sentimientos que vibran en el corazon de las presentes generaciones, venidas, no á reposar en paz bajo la grata sombra de las instituciones seculares plantadas por sus progenitores, sino á trabajar dia y noche, sin descanso, entre los desencantos de la crítica, entre los torcedores de la duda, entre la esplosion de las revoluciones; á trabajar sin descanso; que solo á este precio se alcanza la libertad y se consigue arrancar al tiempo que está por venir su secreto, la idea, que es el preciado vellocino de oro del progreso.

Pero de esta discusion solo tenemos motivo para felicitarnos, porque todos los que en ella han tomado parte, por uno ó por otro camino, bajo uno ó bajo otro ideal, han convenido en la idea del progreso, armonía tanto mas grande, cuánto que no hace mucho tiempo dominaba en los ánimos el dogma del retroceso, signo seguro de inevitable decadencia. Todos recordareis á qué tiempos aludo. Cuando la revolucion de febrero, obra de un poeta, desvanecida como el sueño de oro de la poesía, se inclinaba al sepulcro á sus piés abierto por su misma indecision, por sus mismas faltas, y por los traidores que olvidaron toda idea de justicia, todo sentimiento de derecho, y que hoy se ven oprimidos y castigados por la Providencia para nuestra enseñanza y nuestro ejemplo; en aquellos instantes en que la desolacion era universal, y no se veia asomar por los bordes oscurísimos del horizonte ni siquiera el lejano albor de nuevo dia, un filósofo ilustre, que en esta misma cátedra, y si no en esta misma cátedra en esta misma corporacion, habia explicado el espíritu del siglo y defendido las

leyes de la naturaleza humana, con elocuencia verdaderamente grande y apocalíptica anunció á la faz de Europa, trémula y asombrada, la impotencia de la razon para llegar á la verdad, la impotencia de la voluntad para llegar al bien, la impotencia de la humanidad para salvarse, mostrándonos entre los pliegues de las tinieblas que á mas andar habian venido sobre nosotros, como siempre que se apaga la libertad, al ángel del Señor con la trompeta del juicio en los lábios, pronto á llamar al postrero tremendo castigo á esta sociedad descreida que no habia acertado á levantar sobre sus basílicas arruinadas, sobre sus altares destruidos, sobre sus antiguos ídolos rotos, ni siquiera una nueva idea; sociedad azotada por un diluvio mucho mas pavoroso que el antiguo diluvio bíblico, por un diluvio de errores y sofismas, en que se pierde no solamente la vida del cuerpo, sino la vida de la conciencia, la vida del alma; palabras que de tal suerte movieron los ánimos, que los ancianos renunciaron á sus recuerdos de libertad, y los jóvenes á sus trabajos por la libertad; y todos convirtieron los ojos á la idea satánica del gran Danton teórico de la reaccion, á la idea del conde de Maistre, apercibiéndose á sacrificar en los altares, ya harto ensangrentados de la naturaleza, derecho, conciencia, libertad, la humanidad entera si se creia preciso, para desagraviar al Dios de los cielos, que en realidad debia apartar su luminoso rostro de una generacion enferma, paralítica, que habia perdido el aroma de toda virtud, la luz de toda vida, la obra mas pura del Cristianismo, la santa, la consoladora esperanza. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Comparad, señores, aquellos tiempos en que corrian con gran aplauso y boga los mas grandes errores: en que se decia que la razon y el absurdo se aman con amor invencible, que todos los caminos, hasta los mas opuestos, conducen á la perdicion; que no hay en Europa un varon eminente, ó si le hay, Dios disuelve para él, con su dedo inmortal, un poco de veneno en los aires; que las vias están preparadas para un despotismo gigantesco, universal, como nunca lo conocieron las edades; que no se trata de elegir entre la dictadura y la libertad, sino entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable; que nuevos bárbaros aperciben su tea para quemar el cadáver de esta podrida civilizacion; que el ángel de las ruinas va á dar la señal del último dia del mundo, desde las nubes preñadas de la cólera de Dios; comparad aquel desfallecimiento, que á haber prevalecido, hubiera hecho de la humanidad un Job, pero un Job perverso, podrido, canceroso, inmóvil al pié del estercolero de sus errores y de sus vicios; comparadlo con el soplo de vida y de poesía que ha corrido por nuestra sociedad, como el aliento creador por el caos; que ha enjugado el sudor del trabajo en nuestra frente, las lágrimas del dolor en nuestros ojos, y pronunciando misteriosas y divinas palabras en nuestros oídos, nos ha dicho que, lejos de perderse la conciencia en las ideas nuevamente concebidas, hay gérmenes de nueva vida para nuestros hijos; que lejos de perderse la sociedad en los torrentes de las revoluciones, hay gérmenes de nuevos derechos para los pueblos; que lejos de perderse la naturaleza en esas nubes de materia cósmica que brillan en los confines del

espacio, hay gérmenes de nuevos mundos para el Universo; y decidme si no es mas racional, si no es mas cristiana esta esperanza que nos enseña la prometida tierra, buscada por todas las generaciones en su camino; que nos anuncia el reinado de la libertad y de la justicia, y que nos asegura que despues del combate y del trabajo, si cumplimos fielmente nuestro destino, que es el bien, nuestra alma se espaciara y se perdera nuestra vida en el inmenso seno del Eterno.

Pero, señores, resumamos brevemente las principales ideas que se han presentado en esta larga discusion, para que pueda despues ofreceros mi idea en cumplimiento de mi deber. El Sr. Mata, privilegiado talento que á manera de Anteo crece y se agiganta cuando toca en la realidad de la vida, nos ha dicho con esa fácil y poderosa palabra, que es el secreto de su popularidad y la revelacion de su peregrino ingenio, que el progreso consiste en ir realizando y cumpliendo las leyes de la naturaleza. El Sr. Leal, espíritu antitético al del Sr. Mata, espíritu que se goza en volar por las etéreas regiones del pensamiento, sostenido en las matizadas alas de su brillante fantasia, nos ha dicho que el progreso, antes de Cristo, consistió en preparar á Cristo, y que despues de Cristo, consiste en realizar la idea de Cristo: magnífica fórmula espresada en magnífica elocuencia. El señor Alegre, cuya inteligencia brilla como la luz de nuevo dia, cuyo corazon es generoso como el corazon de todos aquellos que aman la buena nueva religiosa ó social, dulce esperanza de los pueblos, nos ha mostrado admirablemente el progreso arrancando la conciencia á las garras del

Estado; la libertad á las garras del destino; el derecho á las garras del privilegio. El Sr. Rayon, pensador dotado de grandes facultades, rico en nuevos y originales pensamientos que se resisten á entrar en el troquel de la palabra, nos ha predicho que las ideas de justicia y libertad, propias de nuestra civilizaci6n, unirán á los pueblos en un ideal superior de la humanidad, que á su vez tendrá cada día un conocimiento mas claro de Dios. El señor Saavedra, valiente soldado, hábil orador, profundo matemático, fiel reflejo de aquellos caballeros de los siglos décimo quinto y décimo sexto, que así manejaban la pluma como la espada, ha puesto con gran acuerdo el fin del progreso en la armónica aplicaci6n de todas nuestras facultades á la vida. El Sr. Becerra, con su incontrastable dialéctica, con sus conocimientos universales, ha presentado en series lógicas, propias de la ciencia de nuestro siglo, que tan profundamente posee, las ideas por cuya virtud la raz6n se ha levantado desde el bárbaro fetichismo hasta el conocimiento de sus facultades, y los hechos por cuya fuerza el hombre ha pasado desde pária hasta ciudadano de las grandes democracias futuras, con todas las cadenas rotas á sus piés, todos los derechos coronando su frente, y el rayo del cielo, arrancado por el génio á las nubes, el rayo del cielo en sus manos, como en seña de que solo el hombre libre es verdaderamente rey de la naturaleza. Los señores Malo, y Merry, y Colon, inteligencias clarísimas, profundísimas, novilísimas, que yo respeto y admiro, y contemplo con aquella religiosidad con que suelo contemplar las estatuas yacentes que duermen sobre los sepulcros góticos de nuestras cate-

drales de la Edad-Media, han proclamado el progreso, aunque han creído que debía cumplirse bajo el ideal político y científico de nuestros padres; porque imaginan que aún ese ideal no ha muerto, como los antiguos druidas creían al pie del tosco *dolmen*, con sangre de víctimas humanas manchado, que nunca dejaría de resonar en las ráfagas del viento y en las ramas de las sagradas selvas el gemido del espíritu de sus progenitores. El Sr. Estér, cuyo corazón poético ama lo pasado, pero cuya inteligencia viril y joven ama lo porvenir, ha espresado en brillante discurso, que todos habeis aplaudido, la idea de que, merced al progreso, la autoridad deja de ser fuerza para ser razón, y la libertad deja de ser el privilegio de los menos para convertirse en el derecho de todos. El señor Gonzalez Llanos, que ha traído de allende el Atlántico el tesoro de su experiencia, los maduros frutos de su privilegiado talento, nos ha exhortado á buscar la norma del progreso en una legislación primitiva, en un derecho primitivo, en una edad primitiva, representada por la ciencia y las virtudes patriarcales. El Sr. Carrascon, talento profundísimo, de gran severidad en las formas, de gran fondo en el pensamiento, ha reconocido la humanidad como un ser total y armónico, idea luminosísima en que ha fundado todo el progreso. El Sr. Moreno Nieto, erudito, sábio, orador que posee una de las palabras mas fáciles, galanas y floridas que se pueden oír en esta tierra tan abundante en grandes oradores, ha reivindicado la idea del progreso para el Cristianismo, y la realización del progreso en su mas alta universalidad para nuestro siglo. El Sr. Rodriguez San Pedro, que

piensa con madurez, que habla con notabilísima facilidad, que hace el proceso de las ideas contrarias á la suya, con toda la lógica y toda la minuciosa habilidad de un jurisconsulto, ha fundado el progreso en un criterio científico, y lo ha reconocido en la vida con un criterio histórico, presentándolo como una verdadera série. El Sr. Nougues, joven de gran porvenir, cuya palabra varonil y elevada nos promete un nuevo orador, cuyo corazón, que late en su palabra, nos promete un nuevo defensor de la libertad, ha reconocido necesaria la reconciliación del espíritu religioso con el espíritu moderno, y necesario también el movimiento creciente del progreso. Y por último, el señor Berzosa, el dialéctico por excelencia, el habilísimo discutidor, nuestro buen lógico, que se parece al Cid en que gana batallas, y batallas gloriosas, pero con ideas muertas, ha escrito en la profunda oscuridad de la metafísica anterior á Descartes, con el fósforo que produce la descomposición de los huesos de las antiguas escuelas, grandes verdades, como la de que el progreso consiste en identificarnos con Dios en cuanto sea posible, sin traspasar el límite que separa la criatura del Creador, para que no vayamos á dar en el nefando panteísmo. Palabras todas que, ecos de distintas escuelas, expresadas por pensadores diversos y aun contrarios, forman un cántico unísono, como esas armonías que los grandes maestros producen con instrumentos distintos y cadencias diferentes, cántico unísono del progreso, que es el gran *Te-Deum* que el hijo del siglo XIX, del siglo del vapor y de la electricidad, del siglo de la libertad del pensamiento y del trabajo, eleva al Creador, diciéndole: soy

mas digno que mis predecesores de llevar en la conciencia tu eterna imágen, porque soy mas grande; y soy mas grande porque soy mas libre. (*Estrepitosos aplausos.*)

Y comprended, señores, mirando la historia, que es la conciencia de la humanidad, cómo trasciende esta idea del progreso á la vida, y comparad los pueblos que la alcanzaron con los pueblos que no la tuvieron. Hace pocos dias pintaba yo en solemne festividad, consagrada á una de las instituciones mas altas de nuestro tiempo, los terrores incomparables del mundo cristiano al aproximarse el año 1000, época que creían las gentes de aquel siglo prefijada para el fin de la tierra y el cumplimiento de las visiones del Apocalipsis. Quisiera poder recordar aquel cuadro que los continuados estudios históricos, á que mi deber me fuerza, presentan siempre con viveza ante mis ojos. El recuerdo histórico, decia yo, que dilata la vida en lo pasado, se perdió; la luz de la ciencia, que dilata la vida en lo porvenir, se apagó; el hogar doméstico tornóse como sepulcro, la sociedad como vasto cementerio; el trabajo dejó de ser la ley de la actividad, y cayeron de todas las manos los instrumentos con que el hombre domó la naturaleza; la tierra, siempre fecunda, se tornó ingrata y estéril, como un monton de frias cenizas; el hambre fué tal, que los humanos comieron carne de sus semejantes; y la peste tanta, que regiones enteras quedaron yermas, pues hasta las aves del cielo caian sofocadas por los miasmas de la universal podredumbre; señales terribles por do quier movian á espanto, pues el emperador Othon vió palidecer el sol; y el rey Roberto, en vez del hijo de

su amor que esperaba, recibió en sus brazos un mónstruo; y un Papa, mago, hechicero, según vulgar decir, subió al Capitolio, y en el mismo altar eternamente consagrado al sacrificio, encendió la mistura alquímica, aprendida en las escuelas árabes, á cuyo calor venian, no los rubios querubines que escucháran antes con las manos plegadas el sacratísimo sacrificio de la misa, sino brujas y endriagos; y los príncipes cristianos de la Península, los vencedores de Clavijo y de Simancas, volvieron á todo correr á refugiarse en los despeñaderos de donde habian descendido, asustados por el redoblar del atambor árabe, que turbaba hasta el sueño de Santiago en su sepulcro de Galilea; y el siervo se hundió en la gleba, y bajo el peso de sus cadenas esperó, bien hallado con su servidumbre, que sonara su hora; y los señores feudales, alzados en las cimas de las montañas para defender aquella sociedad, corrieron como bandadas de aves nocturnas á refugiarse en los claustros (*Bien, bien*); y los monges abandonaron los civilizadores trabajos con que desecaban lagunas infectas y abrian bosques inesplorados y fecundaban tierras estériles, aguardando que se viera aparecer en las enrojecidas nubes el mensajero de la terrible sentencia; y perdidos todos los resortes de la vida y acabada toda esperanza, Satanás subió al vacío trono del mundo á regir aquella desgraciada sociedad, de la cual no podemos formarnos aproximada idea, sino mirando esas esculturas que se levantan en las catedrales bizantinas del siglo X, horribles como la desesperacion, demaeradas como la muerte, que parecen exhalar de sus lábios de piedra un cántico de ira, cuyos ecos,

añadia yo, se pierden horrisonos en los tercetos del gran poeta del siglo XIII, del gran desterrado, del hombre de mirar torvo que las mujeres de Verona creían huido del infierno, y que sobre aquel mundo de ahullidos, de rechinamiento de dientes, de ayes lastimeros, de lagos helados, de rios de lava, de ruedas donde se quiebran los huesos y se deshila horriblemente la carne, sobre aquel mundo pone algo mas espantoso que el dolor físico y el tormento, y es el «dejad toda esperanza,» escrito en sus puertas: verdadera sentencia de muerte grabada por la mano de un mártir de las injusticias sociales sobre la pálida frente de la Edad Media (*Estrepitosos y entusiastas aplausos*). ¿Quereis, por el contrario, ver lo que vale una esperanza, aunque esa esperanza sea ilusoria? Hay un pueblo en el mundo que no es ni tan místico como el indio, ni tan guerrero como el persa, ni tan audaz navegante como el cartaginés y el fenicio, ni tan sábio como el egipcio, ni tan artista como el griego, ni tan político y astuto como el romano, y que sin embargo domina todos los pueblos con sus ideas metafísicas; y abatido, abate á los Faraones de Egipto; y esclavo, escribe sentencia de muerte en los festines de los Baltasares de Asiria; y desarmado desarma á Ciro, en cuya presencia enmudeció el Oriente; y aislado en su santuario, desoye el cántico de la sirena griega que llevaba en sus lábios Alejandro, y que á tantos pueblos cautivó, turbando el recuerdo de sus antiguas teogonías; y caido bajo el yugo del destino, bajo el yugo de Roma, sube las gradas del Capitolio, tintas en sangre de todas las razas, y sobre el Júpiter Capitolino, sobre el panteon, levanta su Dios, escapado de las

ruinas del templo, como el anciano Anquises de Troya: milagros obrados, aparte de la Providencia divina que nunca abandona la historia, por el sentimiento que tenia aquel pueblo de la renovacion de su raza, de la venida de su Mesías, sentimiento que nunca le abandona, ni en el desierto, ni en la tienda del Patriarca, ni en las amarguras de su vida, ni en la esclavitud, ni entre los seleucidas, ni bajo los romanos; sentimiento con que ha salvado toda la historia, con que ha recorrido toda la tierra, con que ha salido incólume de todas las hogueras atizadas por todas las intolerancias en su daño; sentimiento cuya virtud ha sido tan eficaz, que mientras los pueblos, sus dominadores, han pasado, han muerto, sin dejar de sí ni siquiera la huella que deja el reptil en la arena, ese pueblo privilegiado está aun de pié viendo indiferente cómo se estrella la catarata de los siglos contra su invencible esperanza. (*Aplausos.*)

Señores: Puesto que la idea del progreso tiene en sí tanta virtud, historiémosla; que su historia acaso nos dé la clave para conocer muchas épocas. Desde luego no busqueis esa idea en la antigüedad, porque ó no existe, ó si existe no existe con claridad. El indio creia que esta tierra es un lugar de espiacion, donde el alma viene á purgar delitos anteriores á su vida terrestre; el persa imagina que en un principio el bien dominó al mal, y despues lucharon mal y bien, y despues el mal venció al bien, y para que el bien vuelva á vencer al mal, será necesario que pase como una sombra este nuestro mundo; el órfico, que une el Oriente con Grecia, proclama toda existencia una degeneracion y un tormento; el pitagórico piensa que cuan-

do los astros vuelvan á tocar en ciertos puntos del espacio ya recorridos, volverán los hombres, las instituciones, las sociedades que se tragarón los pasados tiempos; Platon, el espíritu mas grande sin duda de su siglo, al querer encarnar la idea de su mente en una sociedad tipo y maestra de sociedades, resucita la bárbara casta destruida ya en su patria; Aristóteles, aunque en su filosofía de la naturaleza presiente una série progresiva, dice que el bien y la luz y la armonía están en las regiones del cielo, mientras en la tierra solo existe el mal, las tinieblas, el desconcierto; Lucrecio, uno de los poetas mas grandes que guardan los anales del arte, al ver á Roma en el lodo de las guerras civiles, y á Júpiter con el rayo apagado en la mano, reniega de los dioses y de los hombres; Ovidio, como Hesiodo en su teología pagana, ofrece primero una edad de oro, á la que sucede una edad de plata, y á su vez suceden á esta otras edades malhadadas y de sucesivas degeneraciones; Horacio, el republicano Horacio, descendiente de esclavos, y sin embargo libre, cree que las entrañas de su generacion tan solo pueden engendrar el mal y la servidumbre; Caton, que la antigüedad nos legó como uno de sus mas perfectos tipos de virtud, al oir el cántico de las legiones de César, vencedoras, se parte aquel corazon en que no resta ni una gota del bálsamo de la esperanza; y Bruto, el último Romano, Bruto, que habia llevado su amor á la libertad hasta el olvido de todo sentimiento, en aquella última noche de la República, cuando los soldados de los triunviros le cercan, de rodillas, á los piés de un su esclavo, le pide con anhelo la muerte, y al recibirla y espirar, como el

cielo sonriera sereno, y los astros brillaran tranquilos cual si nada sucediese en la tierra, esclama: «¡Virtud, nombre vano, engañosa palabra, esclavo del destino! ¡ay! ¡y he creído en tí!» grito de maldición horrible, escapado, mas que del pecho herido de aquel hombre, del seno de una sociedad falta del sentimiento del progreso.

Sin embargo, una sociedad no puede vivir si no hay en su seno alguna esperanza. Aunque el sentimiento de la degeneracion humana sea el sentimiento de la antigüedad, no dejareis de encontrar en filósofos y en poetas algunos destellos de esperanza. Sobre todo, al aparecer el cristianismo, la poesía florece anticipadamente. La conciencia humana late como la yema del árbol cuando se acerca la primavera. Hay en este tiempo un poeta que parece ya cristiano. Todos, absolutamente todos, estais ya murmurando el nombre de Virgilio, y trayendo á las mientes su Egloga IV, uno de los cánticos mas dulces y mas bellos que la antigüedad nos ha legado. El poeta ruega á las musas de Sicilia que levanten su cántico; pide amparo á Lucina y Apolo, porque va á rasgar los velos que envuelven los misterios de las Sibilas, á señalar un nuevo órden que nace del seno alterado de los siglos, una nueva progenie que descende de los altos cielos, un redentor, en virtud de cuyas leyes la tierra perderá las manchas de sus crímenes, y la conciencia la sombra de sus errores, y el leon su fiera, y la engañadora serpiente su astucia, y la adelfa y demás plantas venenosas su ponzoña; y por tan misteriosa manera lo purificará todo, que el campo se llenará sin necesidad de trabajo, por sí mismo, de doradas espigas, y la vid de purpuri-

nos racimos, y la dura corteza del roble destilará regalada miel, y el vellon del cordero se teñirá con los matices del iris, y la juguetona cabra irá de grado con sus tetas cargadas de leche al aprisco, y la tarda vaca al establo, y la yerba no sentirá la mordedura de la hoz, ni el buey el peso del yugo, y las colinas se coronarán de lirios, y los valles se ornarán de plantas aromáticas de Asiria, y la tierra en sus fundamentos, y el mar en su inmenso lecho, y el cielo en sus concavidades, saludarán este nuevo reino de Saturno, este nuevo día de Astrea, cuya gloria será tanta, que no podrá ensalzarla ni Lino, ni el Tracio Orfeo, y el mismo Pan arrojará lejos de sí el caramillo y la flauta con que despertaba á las ninfas de los arroyos y hacia resonar las azuladas montañas de Thesalia, dejando á otro poeta mas grande que cante este florecimiento de la naturaleza y del espíritu con cántico sublime que asombre al universo. (*Entusiastas y repetidos aplausos.*)

Señores: Jesucristo, que debia cumplir esta esperanza de la antigüedad, abre con su celeste doctrina horizontes infinitos á la idea de progreso, y en el sermón de la montaña, verdadera transfiguración de la conciencia, dice, si no estas, parecidas palabras: «Vuestros padres os dijeron: ojo por ojo y diente por diente, y yo os digo: al que os abofetee en la mejilla derecha, presentadle la izquierda; vuestros padres os dijeron: no mancheis con la concupiscencia el cuerpo, y yo os digo, ni el corazón ni el pensamiento; vuestros padres os dijeron: amad á vuestro prójimo y odiad á vuestros enemigos, y como esto tambien lo hacen los paganos, yo os digo: amad á vuestros enemigos,

haced bien á los que os hacen mal, orad por los que os persiguen y os calumnian;» y para que esta doctrina de absoluta moral fuera coronada con un ideal de progreso para toda la vida, añade: «y sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto;» y como nuestro Padre que está en los cielos es verdad, bondad y hermosura perfecta, Jesucristo da por vez primera á la humanidad, como obligacion moral y religiosa, el perfeccionamiento infinito y progresivo, en cuanto es dable á la naturaleza humana; y por eso yo, que tengo el cristianismo por la religion de mi vida moral, y la libertad por la religion de mi vida política, creo, á pesar de que se haya intentado un- gir con la idea cristiana la frente de todos los tiranos, y legitimar con la idea cristiana la humillacion de todos los esclavos, creo que Jesucristo abre al estender los brazos en la cruz la nueva edad de la justicia y del derecho, y que las gotas de su sangre caidas en nuestra conciencia, nos han dado ese anhelo de lo infinito, que es nuestro martirio y nuestra gloria, nuestro dolor, pero tambien el signo de nuestra inmensa grandeza (*Aplausos*). Esta doctrina de progreso debia ser comentada y estendida por los grandes maestros de la verdad cristiana, por los Padres de la Iglesia. Se necesitaria mas tiempo del que yo puedo emplear, y mas conocimientos de los que yo puedo poseer, para espresar toda série de ideas. No os hablaré, pues, del reino de Dios, segun San Pablo, porque ese reino está fuera del tiempo y del espacio; ni de la accion del Verbo sobre el mundo, segun San Juan, aunque es la ley de perfeccionamiento; ni de las palabras de San Clemente, que vê dos pre-

paraciones á la verdad, una religiosa, obra de los profetas hebreos, y otra científica, obra de los filósofos griegos; ni de Lactancio, que nos enseña de qué suerte el paraíso, perdido en nuestros recuerdos por la culpa de Adán, renace en nuestras esperanzas por los méritos de Cristo; ni de Tertuliano, que señala tres revelaciones progresivas, la revelación de lo pasado, hecha por el Padre en el Sinaí, la revelación de lo presente, hecha por el Hijo en el Calvario, la revelación de lo porvenir que hará el Paracleto, el espíritu, cuando estienda sus alas de luz sobre los mundos, como en el primer día de la creación; ni os hablaré, por último, del gran defensor de la nueva idea, del que llevó su ascetismo hasta suicidarse para todo placer, del que quiso resucitar con el regocijo de la buena nueva hasta los huesos de Sócrates y Platon, ya confundidos con la madre tierra, del que reunió en su ciencia el espíritu de Oriente á las ideas platónicas, y las ideas platónicas al gnosticismo, y el gnosticismo al sueño magnético de lo infinito, que era el carácter de la escuela de Alejandría; no os hablaré de Orígenes, en fin, cuyo celo, á veces exagerado, le llevó á ideas condenadas por la Iglesia; de Orígenes, que después de habernos mostrado las almas unidas á Dios en la creación primera por el lazo de la inocencia, y de llorar su caída por la culpa en la materia, tiene fe tal en la eficacia de la idea cristiana y en la virtud de la redención, que nos muestra las almas todas volviendo en progresión continua á bañarse en el éter divino de la gloria, sin que de esta salvación universal se exceptúe ni el mismo génio de las tinieblas, que muchas veces, al leer las pala-

bras de este exaltado y elocuente doctor, he creído ver allá en mi fantasía, sacudiendo la ceniza del infierno, restaurado en su primitiva inocencia y en su hermosura perdida, volando en las esferas, ceñido de luz, sembrando de mundos los surcos del espacio, arrobado delante del Eterno, cuya misteriosa esencia veía yo sobre los abismos de la creación, sin alumbrar ni una gota de hiel ni una lágrima, eterno sol de verdad y de justicia. (*Aplausos*). Mas no he menester decir que estos principios que espongo y no juzgo, dieron gran impulso á la idea del progreso, impulso que se conoció cuando en los amargos trances de la irrupcion de los bárbaros, el mundo no tuvo ni mas consuelo ni mas refugio que la vision beatifica de la ciudad celeste, levantada por San Agustin sobre aquella pavorosa tormenta.

La idea del progreso durmió durante la Edad Media en aquel gran caos, hasta que se despertó en el Renacimiento. En efecto, cuando la humanidad comenzó á limar muchas de las cadenas que la ataban á la tierra, y la naturaleza á reivindicar muchos de los derechos que habia perdido, y la conciencia á sacudir muchos de los terrores que la habian paralizado, uno de los hombres que primero se arma contra la escolástica, Bacon, conoce que no hay esfuerzo de la humanidad que se haya perdido, ni idea de la humanidad que no haya fructificado, y presenta el gérmen de la historia tal como hoy la conocemos, historia de todos los adelantos, de todos los esfuerzos, de todas las luchas, historia de la cual resulta una série de hechos en el espacio y una série de ideas en la conciencia, que son el testimonio vivo del progreso. Y así co-

mo al concluirse el fatalismo religioso apareció la idea del progreso en la esfera de la religion, y al concluirse el fatalismo científico aparece la idea del progreso en la esfera de la ciencia, al concluirse el fatalismo político aparece con el gran Condorcet el progreso en la esfera política, y la humanidad entrevé que el derecho no está ni en las castas, ni en las teocracias, ni en las aristocracias feudales, ni en las monarquías absolutas, sino en el seno de la conciencia. (*Bien, bien*). Y así desde el Renacimiento la idea del progreso es la idea de todos los pueblos europeos.

Señores: He dicho que la idea del progreso es la idea de todos los pueblos europeos, y he dicho mal. Hay un pueblo que todos admirais por sus grandezas, que todos compadeceis por sus desgracias. Italia, Italia, patria de nuestro espíritu, cuna de nuestro pensamiento, madre de nuestra habla, templo de nuestra religion (*Bien, bien*); Italia, la mas grande pero la mas infortunada de las naciones; Italia, cuya vida ha sido un eterno tormento, cuya historia ha sido un prolongado calvario; desgarrada, al comenzar la edad moderna, por los bárbaros, que no encontraban ni Marios ni Escipiones en su triunfal camino; suspensa de una sombra de imperio, cuyo trono se alzaba en las oscuras selvas del feroz Arminio; dividida entre sus castillos feudales y sus turbulentos municipios, sin acertar, ni con la libertad, ni con la autoridad, ni con la aristocracia, ni con la democracia; enamorada de un ideal de gobierno perdido en lo pasado, amor tan puro y tan estéril como el amor de Petrarca; abierta á todos los vientos de la tempestad y á todos los pueblos de la tierra por su teo-

cracia cosmopolita, ora desesperada y sumida como austera penitente en el polvo con Savonarola, ora alegre y risueña como una Bacante con Boccaccio y Ariosto; pero perseguida y violada siempre por los reyes de la tierra, que iban á buscar un rayo de sol á su cielo y un rayo de inmortalidad á su historia (*Aplausos*); obligada á cubrir de cuadros, á ornar de estátuas, á poblar de armonías desde el potro del tormento sus mismos calabozos, es decir, los palacios de sus verdugos, como el ruiñeñor prisionero regala con sus endechas el oído del bárbaro que le ha arrancado á la libertad de los bosques (*Frenéticos aplausos*); siempre desgraciada, aunque reparte su corazón entre todas las regiones de la tierra para que le perdonen su grandeza, y da á Francia el pensamiento de Santo Tomás, á Alemania el pensamiento de Giordano Bruno, á España el alma de Cristóbal Colon, al cielo el comentario de Galileo (*Frenéticos y repetidos aplausos*); Italia, que vé á sus hijos ó errantes, ó muertos, ó esclavos, así como en literatura nos ha dejado el cántico de la desesperación desde el Dante hasta Leopardi, y en música el sollozo del destierro desde Palestrina hasta Bellini (*Bien, bien*); y en pintura, al lado de tantas imágenes rientes, el Jeremías de la desesperación, trazado por la titánica mano de Miguel Angel, en historia nos ha legado el dogma de la retrogradación con Maquiavelo y el dogma del fatalismo con Vico: venganza que toma de todos los siglos, por las injusticias de que ha sido víctima ese Lázaro de los pueblos, cuya resurrección mostraremos á nuestros hijos como el milagro que prueba el poder y la santidad de nuestro siglo. (*Estrepitosos y unánimes aplau-*

sos que interrumpen por algun tiempo al orador.)

Señores: Me habia distraido contemplando el espectáculo de la historia de Italia; volvamos á reanudar el hilo de la historia de la idea del progreso. La habeis visto presentida en el arte por Virgilio, enseñada en la religion por Jesucristo, comentada en teología por los Padres, esplicada en filosofía por Bacon, estendida á la política por Turgot y por Condorcet. Pero puede asegurarse que la universalidad de la idea del progreso no se ha conocido hasta nuestro siglo, y que este es su carácter. Cada siglo, si lo estudiais á fondo, tiene un carácter preeminente que le separa de los demás siglos. El siglo primero es el siglo del imperio de Roma y de la revelacion del cristianismo; el siglo II es el siglo de los estóicos en el imperio, de los gnósticos en la filosofía, de los apologistas en la religion (*Bien, bien*); el siglo III es el siglo de los filósofos alejandrinos y de los Padres de la Iglesia (*Bien, bien*); el siglo IV es el siglo de la definicion del dogma, de Iliberis, de Nicea, de Constantinopla, de San Atanasio (*Aplausos*); el siglo V es el siglo de los bárbaros, de Ricimero, de Genserico, de Odoacro, de Atila; el siglo VI es el siglo de la reconciliacion de los bárbaros con la Iglesia por Clodoveo, y de la reconciliacion del derecho romano con la idea cristiana por Justiniano (*Aplausos*); el siglo VII es el siglo de los árabes; el siglo VIII es el siglo del encuentro de los árabes con los godos en España, y del encuentro de los francos con los longobardos en Italia, el siglo de la guerra de todas las razas; el siglo IX es el siglo en que desaparece la última sombra del antiguo imperio con Carlo-Magno, y aparece la primer

sombra del nuevo feudalismo con los normandos (*Bien, bien*); el siglo X es el siglo en que se fortifica la idea feudal, y en que el Califato de Córdoba trae al seno de Europa un soplo de orientalismo (*Bien, bien*); el siglo XI es el siglo de la gran lucha del pontificado y el imperio, el siglo de Gregorio VII; el siglo XII es el siglo de las Cruzadas; el siglo XIII es el siglo de la teología, que tiene su pensamiento en Santo Tomás, su poesía en el Dante, su arquitectura en las catedrales de Colonia y de Toledo, su código en las Partidas, su política en San Fernando y San Luis, su personificación en Inocencio III (*Aplausos*); el siglo XIV es el siglo en que los jurisconsultos comienzan á combatir el predominio político del Papa, la idea general de la Edad Media, y los reyes á combatir el predominio social de la nobleza, la idea particular de la Edad Media, el siglo en que mas se pelea por la unidad de la monarquía, el siglo de Felipe el Hermoso de Francia, de Pedro IV de Aragon, de Alfonso XI y Pedro el Cruel de Castilla; el siglo XV es el siglo del despertar de la naturaleza y del arte, el siglo de los grandes descubrimientos, de la brújula, de la imprenta, del viaje épico de los portugueses á Oriente, del viaje mitológico de los españoles á América (*Aplausos*); el siglo XVI es el siglo de las luchas teológicas en la conciencia, y de las guerras religiosas en el espacio, el siglo de Lutero y Leon X, el siglo de Carlos V y Francisco I, últimas personificaciones de la caballería de la Edad Media, el siglo de Enrique VIII, el maquiavelismo de los protestantes, y de Felipe II, el maquiavelismo de los católicos; el siglo XVII es el siglo de la filosofía, en que el es-

píritu se conoce á sí mismo en Descartes, y se dilata en la naturaleza con Espinosa y con Loke, y en Dios con Bossuet y con Leibnitz (*Bien, bien*); el siglo XVIII es el siglo de la crítica de todas las antiguas ideas en la conciencia y de la revolución contra todas las antiguas instituciones en la sociedad, el siglo que comienza con la *Enciclopedia* y concluye con la *Crítica de la razón pura*, que comienza con Voltaire y concluye con Kant; el siglo de Rousseau, la idea; de Mirabeau, la palabra; de Danton, la acción; y el siglo XIX es el siglo en que la humanidad tiene conciencia de sí misma y de su larga vida, el siglo de la armonía de todas las facultades y de todas las direcciones del espíritu, el gran siglo de la filosofía de la historia y de la idea del progreso. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Podemos, pues, decir, que la idea reflexiva del progreso pertenece de derecho á nuestro siglo. Segura la conciencia en el primer momento de esta idea en nuestro siglo, de que la tierra no envejecé, se volvió á mirar el espíritu subjetivo; pues si la tierra envejeciera, la haría rejuvenecerse el hombre, empapándola con el sudor de su frente. Tres soluciones pueden darse á la cuestión del progreso: ó la humanidad retrocede, porque perdería la esperiencia, lo cual es absurdo; ó la humanidad se para, porque perdería la actividad, lo cual es imposible; ó la humanidad anda hácia adelante, lo cual es verdadero y legítimo. Como en la naturaleza nada representa ni nada vale el acaso, en la historia nada significa lo fortuito. Estudiando maduramente la historia, se encuentra primero la libertad del hombre, despues la humanidad como

un ser que tiene vida propia, y por último, una ley general histórica. El hombre tiene facultades y aptitudes, y en la aplicacion de estas facultades y en el cumplimiento de estas aptitudes se encierra la determinacion verdadera de la idea de progreso. Mas no vive el hombre solo como individuo, sino tambien como humanidad; y asi siente su vida en todo lo pasado, se reconoce á sí mismo en sus padres, y dilata su esencia á lo porvenir, sin ser injusto con ninguna de las manifestaciones del espíritu en la historia, porque en cada una de esas manifestaciones hay algo de su propio ser. Por último, limitando el horizonte del progreso á la historia y vida presente, su objeto es una sociedad en que el derecho, respetando todas las facultades humanas, les deje espacio para moverse y para realizar en su totalidad y en su armonía la vida del espíritu. Observando las tendencias de la religion, de las artes, de las ciencias, se ve que además del carácter propio y de la ley íntima de su ser, tienen por objeto crear un hombre mejor y una sociedad mas perfecta. El espíritu, pues, en este instante, habia encerrado el progreso en sí mismo en la propia subjetividad.

La naturaleza no puede ser menospreciada, y en frente de este progreso subjetivo se plantea la idea del progreso objetivo. Y no se puede negar que al menos el conocimiento de la naturaleza ha progresado esplendorosamente en nuestro tiempo. La bóveda de cristal en que la ciencia de la Edad Media encerrara, como bajo inmensa máquina pneumática, nuestro sistema planetario, cayó hecha trizas cuando el lente de Galileo exploró los espacios; la tierra, tenida antes por plana é inmó-

vil como la losa de un sepulcro, comenzó á sentir que se movia, y á impulsar con su propio movimiento el movimiento de la humanidad; y si bien perdimos el imaginario centro de las esferas, y dejamos de referirlo todo á nuestra misma existencia, en cambio pesamos en el pensamiento de Newton la gravitacion universal; anotamos con Keplero las notas misteriosas del concierto de los orbes; conocimos con Laplace las leyes de la mecánica celeste; contamos los planetas que se acercan al sol á enrojecerse como mariposas de oro, en sus ardientes llamas: los grandes mundos, que fuera ya casi del alcance de la atraccion, andan con tardo paso acompañados de sus lunas, que amorosas les van siguiendo en su carrera triunfal por lo infinito; perdimos el temor que nuestros predecesores tuvieran á los cometas, y donde ellos vieron la espada de fuego pronta á espulsarlos del eden de la vida, vemos nosotros, ó una débil gasa de materia cósmica, ó la esperanza y el presentimiento de un nuevo mundo: adivinamos que mas allá del alcance de nuestra vista, de nuestros telescopios y de nuestras observaciones, acaso hierven nuevos planetas, renovándose todos los dias el milagro de la creacion; y lejos de caer abrumados con la idea de nuestra pequeñez bajo la inmensa pesadumbre de tanta grandeza, como la materia misma se espiritualiza en nuestras manos con el gas, la electricidad y el impalpable magnetismo, aunque perdidos en las ondas de orbes y de soles, prorumpimos en himnos de triunfo, conociendo que la inmensidad y el cielo son tambien la patria de nuestro organismo, y que por habitante del gran cosmos, nuestro cuerpo tiene, como nuestro espí-

ritu, lo infinito por sagrado y luminoso santuario.
(*Bien, bien.*)

Mas era necesaria una síntesis de estas dos determinaciones subjetiva y objetiva del progreso, síntesis que dió la filosofía que ha sido llamada filosofía del siglo XIX. El sér es el primer principio de esta filosofía, primer principio como el universo indico, el Dios platónico, la materia aristotélica y la unidad alejandrina; y el llegar á ser, ó el suceder, es el trabajo del sér para realizarse, y es respecto al sér, lo que la energía es respecto á la causa en Aristóteles y los peripatéticos, y lo que el acto es respecto á la potencia en Santo Tomás y los escolásticos; y la esencia del sér, es la idea tan abstracta y tan indeterminada en su principio, que se confunde casi con el no ser; y la idea tiene tres términos, generacion, destruccion, reproduccion, esencia, nocion, juicio, tésis, antitésis, síntesis; y el llegar á sér de la idea, ó el movimiento de la idea, es la dialéctica que encarna estos tres términos en todo lo existente y en todo lo posible, y los encarna en serie progresiva; y la primer encarnacion de la idea es la naturaleza, donde la trilogia, tésis, antítesis y síntesis, se reproduce en la naturaleza mecánica, química y orgánica; y la naturaleza mecánica es cohexion, repulsion y armonía ó atraccion; y la naturaleza química es azoe, carbono y oxígeno; y la naturaleza orgánica es mineral, vegetal y animal; y la idea concreta de la naturaleza es la tierra que reproduce los tres términos en su vida: primero, vida solar cuando está confundida en el caos del gran todo: segundo, vida de cometa cuando comienza, desprendida del sol, á errar por los espacios: tercero, vida planeta-

ria y esférica; y como planeta reproduce los tres términos en los terrenos primarios, secundarios y terciarios; y en el *humus* brota ya un nuevo progreso de la idea, el vegetal, que reproduce los tres términos en la lignificación, la circulación de la savia y la reproducción, por la flor, el fruto y la semilla; y sobre el vegetal se levanta el animal, que reproduce los tres términos en sus sistemas bilioso, sanguíneo y nervioso, y que se desarrolla en série progresiva desde el infusorio al zoófito, desde el zoófito al pólipo, desde el pólipo al molusco, desde el molusco al pez, desde el pez al anfibio, desde el anfibio al reptil, desde el reptil al ave, desde el ave al mamífero, desde el mamífero al hombre, donde la naturaleza se agota y comienza el espíritu (*Bien, bien*); y el espíritu no muere porque no es orgánico, y no se descompone, antes vive por sí, por su libertad, y encierra también la trilogía como sujeto, objeto, y sujeto-objeto ó absoluto; y el espíritu como sujeto se encarna en tres términos; en la familia, en el Estado, en la humanidad; y la humanidad vive en la historia que tiene su trilogía en el Oriente, el mundo greco-romano y el mundo moderno; y como objeto, el espíritu se encarna en el arte, que es simbólico, clásico y romántico; y del arte pasa á la religion, que es primero religion de la naturaleza, desde el culto fetichista hasta el culto de la luz; religion del espíritu, del arte en Grecia, del entendimiento y la política en Roma, de la idea metafísica en Judea; y por último, la religion es religion de lo absoluto en el cristianismo; y de la religion el espíritu pasa á la filosofía, donde tiene plena conciencia de sí mismo; ¡sistema asombroso, que podreis negar,

en el cual no querreis arrojar vuestros penates, ni confundir vuestra personalidad; rio sin riberas, movimiento sin término, sucesion indefinida, série lógica, especie de serpiente que desde la oscuridad de la nada se levanta al ser, y del ser á la naturaleza, y de la naturaleza al espíritu, y del espíritu á Dios, enroscándose en el árbol de la vida universal (*Bien, bien*); sistema asombroso que podreis rechazar, pero que no podreis de ninguna suerte desconocer como el esfuerzo mas grande que la razon humana ha hecho para dar conciencia de sí á la gran idea del siglo, á la idea del progreso (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Señores: El escollo de esta filosofía se vió bien pronto. Al pié de ella brotó una escuela que era, respecto á su fundador, lo que los sofistas respecto á Heráclito, y los cínicos respecto á Sócrates. La extrema izquierda negó todo principio absoluto; no reconoció mas ley moral que el desarrollo de esta idea en la conciencia, que ha sacrificado al anciano inútil y al niño deforme; ni mas derecho que el guardado en los Códigos, justificando asi toda tiranía y toda servidumbre; ni mas arte que los monumentos esparcidos por la humanidad en su camino, desde el templo troglodita que se hunde en las entrañas de la tierra, hasta la aguja gótica que se pierde en los arreboles del cielo; ni mas ciencia que la série de sistemas por donde ha pasado el hombre, desde el escepticismo al dogmatismo, desde el materialismo al idealismo; ni mas sustancia que el fenómeno, ni mas esencia que el accidente, ni mas principio que el movimiento; ideas que en todos tiempos rechazará la razon humana, pues en nombre de la eterna moral aprobará

el bien y condenará el mal; y en nombre de la eterna verdad anatematizará el error; y en nombre de la eterna hermosura comprenderá el arte, y pondrá todas sus ideas en lo incondicional y en lo absoluto, y separando los movibles y transitorios hechos, buscará en Dios, en ese primer principio, el sér que preside toda la vida, y el motor inmóvil que impulsa todo el movimiento de la historia. (*Bien, bien.*)

Y en verdad, señores, el progreso sin Dios, sería un efecto sin causa, una consecuencia sin principio, un movimiento sin impulso, una vida sin fundamento, porque Dios es la palabra que todo lo explica, el sér que todo lo contiene, el eterno sol de la naturaleza y del espíritu (*Bien, bien*). Y así como el progreso sin la idea de Dios, sería un efecto sin causa, el progreso sin la idea de humanidad como sér, el progreso, sin esta idea, sería una série sin principio lógico, sin unidad, sin explicación, sin vida. En la gran idea de humanidad se unen todos los pueblos y todos los individuos, se destruyen todas las antinomias de la historia, se acaban todas las limitaciones de la vida, se encuentra todo lo que hay de fundamental en nuestro carácter y de esencial en nuestra naturaleza, se ve la unidad de nuestro derecho, la consustancialidad de una edad con las demás edades, la interioridad de nuestra vida, y se explica, por consiguiente, el progreso. Ahora bien: la humanidad no es solo naturaleza; la humanidad están bien espíritu, ó mejor dicho, la humanidad es la armonía de la naturaleza y del espíritu. Y la humanidad tiene facultades para ir realizando su esencia, estudiando su vida. Tiene la actividad del trabajo,

que la une á la tierra; la actividad del sentimiento, que la une con sus semejantes; la actividad de la imaginacion, que le da su primer obra, el arte; la actividad de la inteligencia, que le revela todas las leyes generales del sentimiento y de la vida; la actividad de la razon, que le da la ciencia y la une á Dios, y por último, la actividad de la voluntad, que bajo forma de libertad impulsa á todo su sér á realizarse, á existir, á cumplir su esencia y á llegar al bien, término último de todos los esfuerzos de su prodigiosa naturaleza. Las facultades son el medio del progreso; el bien es el fin del progreso. Cada sér realiza en su esfera el bien, cuando cumple el destino providencial que le está determinado en las varias escalas de la naturaleza. El hombre es el foco donde todos los rayos rotos de la vida se concentran; es la única personalidad que existe en la creacion; es el único sér creado que realiza su esencia con libertad completa. En la realizacion libre de la esencia, está el secreto y la determinacion de la idea del progreso. Ahora bien: estudiemos el progreso en la naturaleza, en el trabajo, en el sentimiento, en el arte, en la ciencia, en la religion y en las dos ideas, que son leyes de las demas ideas, en la moral y en el derecho. Para recorrer tan largo espacio, bien necesito que no me abandone ni un instante vuestra benevolencia. Busquemos todas estas ideas en su desarrollo y en su série lógica. El progreso está manifiesto en la naturaleza. La geología, la ciencia que ha revelado la vida del planeta y su historia, os dirá que la tierra en su primer momento era como ígnea masa que ocupaba con la dilatacion de sus varias sustancias inmensos espacios, masa que llevaba en su corona

de fuego materias disueltas, agua evaporada, tonante electricidad, y en sus entrañas, profundas é incandescentes como un horno, el hervidero de los gérmenes de los minerales combatidos por diluvios de llamas, por tempestades gigantes, en que cada rayo era como una tromba de electricidad, cada estallido como la esplosion de mil volcanes, cada hilo de lluvia bituminosa y roja como inmensa catarata que al estrellarse y chocar con otras corrientes, con nuevas ebulliciones de la materia, elevaba en remolinos á las alturas lava encendida, aereolitos abrasados, oscuros gases en cuyas alas impalpables y etéreas iban ya escondidos los gérmenes químicos de los séres que habian de coronar mas tarde con sus varias y brillantes organizaciones el entonces enrojecido planeta. Pero poco á poco, el planeta, por la rotacion y por el movimiento, se enfria; las aguas se condensan y caen; el mar, solitario y magestuoso, se estiende por los espacios vírgenes; las materias que lleva disueltas en sus profundas entrañas, se juntan; las islas flotan; los continentes se determinan, merced á las graníticas montañas cinceladas por el fuego creador; de los amores del agua con la tierra, surge ya el terreno vegetal, y mientras el liquen palpita en las entrañas del Océano, el humus engendra la mohosa pelusa, las yerbas, y el calor anima grandes arborizaciones; y poco á poco el infusorio se vivifica, el zoófito nace, el pólipó crece, el pez se mueve, el anfibio pugna por traspasar su atmósfera y respirar en otra atmósfera mas pura y mas etérea, el reptil se arrastra en el polvo, el ave quiebra su huevo, y se pierde cantando en los cielos, como una aspiracion de la tierra á lo infinito; los grandes

mamíferos, tipos monstruosos y gigantes, engendrados por las entrañas de titánica naturaleza, como el megaterio y el mastodonte, andan al borde oscuro de los abismos, á la orilla de los lagos profundos, entre selvas adornadas por una flora exuberante é iluminadas por el reflejo de los volcanes que se apagan; hasta que toda la naturaleza toma líneas mas bellas, formas mucho mas puras y graciosas para celebrar sus nupcias con el espíritu (*Bien, bien*), para recibir al hombre, el último que viene á elevar un pensamiento sobre tanto sér dormido, una conciencia sobre tanto sér inocente, á dar direccion á tantos instintos diseminados; el hombre, que completa esta obra cuyas edades aun podeis ver hoy si subís al árido cráter de los volcanes; si os perdeis en el seno solitario del Océano, suspendidos entre dos infinitos; si visitais los bosques tropicales en que la tierra parece agitada aun por la fecundacion primitiva; si os parais á contemplar nuestras graciosas campiñas; y asi conoceréis el eterno Pluton de los geólogos, que aun ilumina y abrasa; el eterno Neptuno, que aun os besa con sus brisas y os seduce con sus fosfóricas estelas; el eterno Pan, que aun deja huellas de flores al hollar con su pezuña hendida los campos; y conoceréis la edad de fuego, la edad de agua, la edad de la vegetacion y de los animales, la edad del hombre; y todas estas edades, tan admirablemente encadenadas, escribirán á vuestros ojos con lavas, con líquenes, con carbones, con varios organismos el gran poema del progreso en la naturaleza (*Aplausos*). El progreso, pues, de la naturaleza consiste en acercarse á ser digna habitacion del espíritu.

El primer esfuerzo del hombre es el trabajo, por el cual se apropia la vida de la naturaleza. Decia un sábio que si Dios le dijera: «en una mano tengo la verdad y en la otra el camino para llegar á la verdad, elije;» elegiria el camino de la verdad. Y yo creo, señores, que si os dijera: «en una mano tengo el dominio de la naturaleza y en la otra el camino para llegar á ese dominio,» elegiriais el camino, aunque lo sembrárais con vuestro sudor y vuestra sangre; pues si el hombre ama mucho el goce tranquilo, ama mucho mas las obras que son hijas de su dolor y de su esfuerzo. La ley del trabajo es la ley mas noble, la ley mas santa de nuestra naturaleza. Los antiguos tenian la teoría de que el trabajo era una señal de miseria y degradacion, y de aqui la práctica de dejar el placer, el goce indolente para el poderoso y para el afortunado, y el esfuerzo, el trabajo, para el miserable y el humilde. ¡Ah! señores; el corazon se oprime, los ojos se nublan, al recordar la historia de los trabajadores que son nuestra prosápia, nuestra estirpe; historia que hemos olvidado, y que está escrita con la sangre de nuestros padres. Individuos de la clase media sois todos ó casi todos los que me escuchais. Pues bien; inclinaos al abismo de los tiempos pasados; buscad en el polvo las cenizas de vuestros padres, que no encontrareis, porque para los desgraciados y los pobres no hay sepulcros en la tierra (*Ruidosos y redoblados aplausos*); reunid algunos de sus huesos que se hayan salvado de las catástrofes de la naturaleza y de las catástrofes de la historia, y los vereis talarados por el clavo vil de la servidumbre (*Profunda sensacion*); porque vuestros padres eran escre-

cencias de la creacion, y lo emponzoñaban todo con su maldita sombra en las teocracias indicas; servian de víctimas en los sacrificios consagrados á Astarte y á Baal, dioses bárbaros que abrian sus narices para aspirar el olor de la carne humana; iban atados á las guerras pérsicas á pelear con los enemigos de sus eternos enemigos; levantaban con un grillo en el pié y una cadena en la mano sus propios calabozos en los palacios gigantescos de sus déspotas; servian de animales de carga á los comerciantes cartagineses y fenicios; peleaban en Marathon por la libertad, y solo encontraban la libertad de sus verdugos; enrojecian con su sangre los circos, las naumaquias, para divertir los ócios de un pueblo rey de la tierra; eran aplastados por los carros de los bárbaros; trabajaban dia y noche empapando con sus amargas lágrimas, con su ácre sudor, la gleba, y recojian frutos y flores para los caballeros feudales, clavándose ellos tan solo las espinas de la tierra (*Bien, bien*); y si vosotros, sus descendientes, sus hijos, teneis la propiedad de vuestra persona, de vuestro hogar, de vuestro trabajo, de vuestra patria, lo debeis sin duda á esta electricidad revolucionaria que ha grabado la idea de la justicia en vuestra conciencia, y os ha dado aliento para recabar la libertad; sí, libertad que debeis trasmitir incólume á vuestros hijos, como la mas preciosa herencia, y que debeis pedir y obtener para los desgraciados que aun viven fuera de la ciudad santa del derecho, para que no seais reos de las mismas injusticias de que han sido víctimas vuestros padres (*Ruidosos y prolongados aplausos*). El trabajo ha tenido tres momentos en su larga historia. En la antigüedad dominó el

egoismo, despues del cristianismo la caridad, que emancipó religiosamente al trabajador; pero despues de la revolucion, que aplica la idea cristiana á la política, debe reinar la justicia, la libertad del trabajo, que emancipará políticamente al trabajador.

Examinado el trabajo, examinemos el segundo grado de la vida, el sentimiento y la institucion augusta que mas vivamente encarna el sentimiento, la familia. La misma idea egoista que reinaba respecto al trabajo, reinaba tambien respecto á la familia. De la desigualdad moral y religiosa de los sexos, nació el serrallo oriental, en que la pobre mujer vivia esclava, falta del dulce calor del sentimiento; nació la hetaira griega, que acompañaba al ciudadano á la plaza pública, al teatro, coronada de flores, mientras la esposa legitima en el fondo del hogar velaba por la tranquilidad de la familia; nació la concubina legal de los romanos, menospreciada siempre por la matrona; y nació por último, la barragana de la Edad Media, que tambien tenia esta esclencia, entre otras muchas, la Edad Media (*Risas*); manchas todas de la santidad del hogar, de la pureza de la familia y de la educacion de los hijos. El tipo de la familia antigua es la familia romana. El patricio, que se esfuerza en resucitar la casta asiática, es rey y tiene su trono en el hogar; legislador, al vibrar su lanza en las curias; propietario, al poner la pesada losa del sepulcro en el campo; pontífice, al ofrecer culto y holocausto á los dioses lares; genio misterioso que no manda, encadena; no personifica, absorve la familia. Desde el momento en que trata de cimentar sus hogares, busca una jóven, la compra, ó la

une á sí por los misterios de la confarreacion, le parte la cabellera con la punta de su lanza, la hace pasar dentro de la casa sin que toque el dintel de la puerta con sus plantas, y la destina á ser su esclava y á darle hijos. Y á su vez los hijos vienen á la vida sin personalidad, sin representacion legal, sin derecho. Y mas allá del hijo está el cliente, que necesita hasta para presentarse en juicio de su aristócrata patrono. Y mas allá del cliente está el esclavo, sin religion, porque los dioses serviles no son mas que un espejismo religioso que el ardor del alma levanta en la conciencia, dioses sin culto y sin poder; y no solo no tiene dioses, sino que no tiene familia, porque la compra y la venta se la arrebatada de su lado; y no solo no tiene familia, sino que tampoco tiene dignidad; siempre herido por el látigo, contado siempre entre el perro y el caballo de la casa, obligado á beber aquel brevage, compuesto de agua del mar y vinagre, y algunas gotas de miel que el severo Caton, el Censor, propinaba como muy idóneo para mantener sus fuerzas y refrescar su sangre. Y sobre la piedra negra y maldecida de aquel sombrío hogar, mujer, hijos, clientes y esclavos, se perdian en la misteriosa personalidad del patricio, verdadera reminiscencia histórica del déspota de Oriente. (*Aplausos.*)

La familia moderna es una por la confusion de todos los espíritus en el amor. El padre es la razon que manda, el pensamiento que enseña, la autoridad que dirige, la providencia que ampara, la fuerza que protege, el nombre que simboliza toda la familia; al paso que la mujer es la hermosura que en todo sonríe, la caridad que todo lo cura, la fé que se comunica perpétuamente con el cielo,

la virtud benéfica, la santa poesía del hogar, el ángel que se inclina sobre la cuna y sobre el lecho del dolor, y deposita con sus lágrimas el rocío del cielo en nuestra vida, el espíritu de orden, de economía, el consuelo de todos los dolores, la sonrisa celeste, el bálsamo que quita toda su ponzoña á las heridas de la existencia, la oracion que de continuo levanta la familia á Dios y llena de armonías y de virtud todo el hogar; y el pensamiento y el amor, la razon y la fé, la ciencia y la poesía, el valor varonil y la virtud femenina se concentran en la tercera persona de esta trinidad misteriosa, en el hijo, que es la realidad de todos los ensueños, la concentracion de todos los amores, el alma donde se pierden dos almas, la promesa de la dilatacion de la vida, el ser destinado á llevar á otra nueva familia, á la patria, á la sociedad, á la humanidad, con los resplandores de la educacion que ha recibido, y que trasmite á sus hijos, la esencia mas pura de la vida y del espíritu de sus padres (*Bien, bien*). El espiritualismo, el amor puro, es el progreso en la familia, y la escelencia de la familia cristiana sobre la familia oriental reunida por el instinto, ó la familia romana reunida por la espada de la ley.

Pero el hombre no es solo sentimiento, sino tambien imaginacion. El arte ha tenido su cuna donde la tuvo el hombre, y tendrá su sepulcro donde lo tenga el hombre. La hermosura es una de las leyes del alma; el arte, una de las necesidades mas vivas de la humanidad. Seguidlo en la historia, y vereis su progreso ascendente: su continuo camino es un ideal que abraza toda la vida. Vereis el arte magnífico y colosal en la tierra de

los misterios, en la region de los templos monstruosos, en la patria de los puranas; el arte sublime, cuando el semita separa á Dios del mundo, convierte la naturaleza en un altar, la vida en un sacrificio, y el lenguaje en una perpétua oracion; el arte hermoso, armónico, clásico, cuando la vida del hombre y la vida del mundo se confunden y se identifican en el lecho de amores de Grecia, y surge la estatua, el símbolo de aquella edad, con el cántico en los lábios, y la radiosa inspiracion en la frente; el arte elegiaco, satírico, de los romanos, verdadera descomposicion del clasicismo, arte profético en Virgilio, triste en la amarga sonrisa de Horacio, trágico en Tácito, el Shakespeare de los historiadores, arte que es el último suspiro del Dios naturaleza; el arte místico, descuidado en las formas, pero tierno y purísimo en el fondo, arte asceta y macerado de los primitivos cristianos; el arte feudal en los juglares y en los sirventesios provenzales; el arte nacional en el Cid y en la cancion de Roldan; el arte teológico en Dante y en las catedrales góticas; el arte que pugna por unir la idea cristiana con la forma clásica, desde Petrarca hasta Rafael, y Leonardo de Vinci; el arte filosófico en Shakespeare, que aleja todos los antiguos ídolos del teatro, y los sustituye por el eterno protagonista de la naturaleza, el hombre; en Rabalais, que parece un sileno esculpido al pié del bajo relieve del Renacimiento; en Cervantes, que talla la inmensa losa, bajo la cual se encierra la Edad Media; el arte revolucionario, arte de oposicion, desde Moliere hasta Beaumarchais, que destruian la antigua ciudad del privilegio, y arte de afirmaciones, desde el *Emilio* de Rousseau hasta el *Teléma-*

co de Fenelon, que mostraban la nueva ciudad del derecho; el arte, en fin, humano, universal, propio del siglo XIX, que ha cantado la ciencia con Goethe, la duda y el dolor con Byron y Espronceda, el sentimiento con Schiller y Lamartine, la humanidad entera en esa obra de gigantes, monstruosa, pero inmensa y grandiosa, que ha levantado el cíclope de nuestra literatura, en que nos ha mostrado á Dios en su soledad; la primera luz brotando inmaculada en lo infinito; el Eden de la inocencia; la retina del remordimiento, comiéndose los sesos de Cain; el despotismo asiático, dormido en brazos de sus esfinges; el Salvador despertando de su sepulcro á Lázaro; el mundo romano coronado de yedra y de azafran en la orgía del imperio, que vierte mezclados vino y sangre; el castillo feudal y los hambrientos buitres que lo cercan; el cruzado que corre á Jerusalem; el sátiro del Renacimiento que se ciñe la tierra como una túnica; los mares como un manto, los astros como una diádema, la cadena de los seres como un collar, y absorbe por sus poros todos los dioses; la revolucion moderna, el vapor y la electricidad tomando posesion de la tierra, el Leviathan del mar, el globo del aire, nuevos mundos, descendiendo, si es preciso, á dilatar nuestra vida; y así se oye en este templo, en que cada columna es una montaña como el Atlas, la voz tonante de todas las generaciones, y se ve la conciencia de toda la humanidad, la vida de toda la historia. (*Entusiastas aplausos.*)

Pero la ley general de la vida se determina en la ciencia que abraza todas las esferas del sér, todo el conocimiento, y que da al hombre conciencia de sí mismo y eleva la naturaleza hasta enro-

jecerla y eterizarla en el espíritu. La base y la cúspide de la ciencia es la metafísica. La metafísica no puede nacer sino en los pueblos donde el espíritu individual se aparta del espíritu general, y la conciencia se emancipa del Estado. Por eso la ciencia oriental es puramente religiosa, y Grecia, en que la ciencia es humana, será saludada por todos los siglos, como la patria del pensamiento filosófico. El primer principio de la ciencia es: primero el agua, lo que está mas cerca del sentido de los jonios; despues el fuego, ya mas espiritual; despues el aire, ya mas espiritual que el fuego; despues el número, nocion que es un término medio entre lo real y lo ideal; despues un infinito indeterminado; despues la conciencia humana, cuyas leyes se aplican al mundo divino y mas tarde al mundo de la naturaleza, hasta que esta filosofía, tan penosamente elaborada, tiene dos grandes tendencias, la una práctica y moral, la otra ideal y mística; la una positiva, la otra teológica; la primera, que se va á perder con los estóicos en el derecho romano, epílogo de la antigua civilizacion; la segunda, que se va á perder con los alejandrinos en la teología cristiana, prólogo de la nueva civilizacion. La filosofía antigua puede decirse que en resúmen plantea el problema de la naturaleza. La filosofía de la Edad Media estudia principalmente la idea de Dios traída á la ciencia por Philon, esplicada por San Agustin, comentada por San Anselmo, encerrada como en su templo en la suma teológica de Santo Tomás. Asi como la ciencia de la antigüedad plantea el problema de la naturaleza, la ciencia de la Edad Media plantea el problema de Dios. Y la ciencia moderna desde



Descartes hasta Kant, tiene por objeto principal el estudio de la conciencia, del alma, de sus facultades, del conocimiento, y de las categorías ó leyes del conocimiento. Asi como la filosofía de la antigüedad planteó el problema de la naturaleza, y la filosofía de la Edad Media el problema de Dios, y la filosofía moderna el problema del espíritu humano, la filosofía novísima ha unido Dios, el hombre y la naturaleza, no en las profundidades oscurísimas del panteísmo, sino en una armonía viva y eterna, que es la luz de la ciencia, y la honra de nuestro siglo, y la clave para resolver todos los problemas que en su seno guarde lo porvenir.

Pero no llenan toda la vida las determinaciones que acabamos de señalar; el hombre es un sér sensible, un sér racional, y es tambien un sér religioso. Subid con el pensamiento al principio de los tiempos, y al lado de la cuna del hombre encontrareis su templo. La idea religiosa no se pierde, no se puede perder nunca, como no se pierde, como no se puede perder, ni el sentimiento, ni el arte, ni la ciencia. Yo, señores, finjo en mi imaginacion el instante en que las razas se apartan, azotadas por la tempestad, desposeidas de la primera inocencia de la infancia, y emprenden el camino á los cuatro puntos del horizonte; y confundidas con la naturaleza, como el feto que duerme en el vientre de su madre, é imposibilitadas de levantarse á una concepcion metafísica de Dios, vivo tan solo el sentimiento, oyen el estruendo de las olas, y adoran el mar que refleja al cielo, que resuella como un gigante, que se pierde en lo infinito como la idea religiosa; miran al cielo, observan los astros que las han guiado al través de

los desiertos, y les llaman sus dioses, y les consagran las flores cogidas en el oasis; contemplan la aurora que luce tras noche tempestuosa, y divinizan la pura luz que sonríe en todas las cosas; gozan con su propia vida, sienten esa voluptuosidad que inspira la vida jóven, la naturaleza exuberante, y levantan templos en que el culto es un festin, una orgía; conocen los servicios que les han hecho ciertos animales, el elefante que las ha llevado en sus espaldas y las ha defendido con su trompa, el can que guardó sigilosamente el sueño de la caravana, el cocodrilo que limpió las orillas de los rios, y los alzan á los altares; hasta que despues de larga meditacion religiosa, ven que todos los rayos de la vida se concentran en el hombre, y adoran la organizacion humana, el primer reflejo del espíritu: progreso religioso muy parecido al progreso filosófico y que se conoce por esos dioses que se han salvado del olvido, por el Indra indico, el dios de las aguas, que lleva el rayo de la primera luz del universo en la frente, la copa de rocío en la mano, el arco iris en las espaldas, y las nubes por alas en los piés; por el Mitrha persa, el dios de la luz, todo ojos, todo oidos, que vé desde el sol de los soles hasta el insecto dormido en una hoja de rosa; por Millitta asiria, diosa del amor, que encendió con un beso de sus labios el fuego en la naturaleza; por el Melkart fenicio, dios de la fuerza, que nació en el mar de Eritrea, que holló la cima del Líbano, que arrojó el tronco del cedro al agua, donde se celebró el primer milagro de la union de las razas; por la Shotis egipcia, diosa de la naturaleza orgánica, que guarda los astros en el cielo como el perro el ganado en la

tierra; por Venus, la diosa de la hermosura humana; por Apolo, dios del arte humano; dioses todos que se reunen cuando Roma los lleva en su carro de guerra al panteon y congrega allí los géneos del agua, los númenes protectores del aire, las divinidades pérsicas de la guerra que llevan por espadas sangrientos cometas, los toros fenicios de áureos cuernos, los serafines medas que despier-tan con su clarín los orbes, los colosos egipcios que hunden la tierra bajo su inmensa pesadumbre; dioses todos, decía, que se reunen allí en el panteon para morir; y que mueren cuando aquel Divino Hombre, que llevaba en sus labios la hiel de todas nuestras dudas, y en sus heridas la sangre de todos nuestros dolores, entra allí con su Cruz, y obliga al Dios-naturaleza á que arroje por la Roca Tarpeya su áureo tirso y su corona de verbenas, para dejar el trono del mundo, el Capitolio, al Dios-espíritu que en su eterna y santa palabra vá á dirigir á otras regiones mas limpias y serenas el revuelto rio de los tiempos (*Aplausos*). Hablemos ahora, señores, con todo el respeto y toda la fé de que somos capaces, hablemos del cristianismo. Mucho se han dolido los enemigos de la libertad de pensar de que aquí se haya tratado la cuestion religiosa. ¡Qué terror, señores, qué terror! Ellos que lo dominan todo, gobierno, prensa, escuelas, hogar doméstico, hasta las conciencias, temen que una voz sea la trompeta que arruine los muros de la Jerusalem celeste; tan débiles los creen esos escépticos (*Aplausos*). Yo señores, y no temo decirlo, he dado aquí toda la expansion posible al pensamiento; porque el Ateneo ha sido siempre la Holanda pacífica de España, donde se reunen todas

las escuelas, y se oyen todas las opiniones (*Aplausos*). Hablemos del cristianismo, eterna fé de nuestras almas. Yo no creo progresivo el dogma religioso. Lo que es absoluto, no progresa. Pero yo creo que puede progresar el sentido del dogma, y lo creo con San Pablo y San Agustin, y lo creo con la Iglesia, que ha reunido concilios para definir dogmas oscurecidos ú olvidados en la conciencia. Contemplad cómo ha caminado la idea cristiana. El paganismo clásico fué religion, primero sencilla, inocente, personificada por los dioses pelásgicos; teocrática, oriental, misteriosa, cuando apareció el sacerdote Orfeo, y el dios Apolo; semi-teocrática, y semi-civil en Baco, que sustituye al culto del sol el culto de los campos, culto que combatió con tanta tenacidad la teocracia; completamente humana, en el Lutero del paganismo, que en su Iliada encerró los antiguos dioses en nuestras formas, y dió el cántico de los poetas por toda teología. Mas la razon humana se fué apartando del paganismo, y Xenóphanes arranca á los dioses homéricos la lira de las manos, y la corona de verbena de la frente; y Empedocles proclama la unidad en que todas las divinidades antiguas caen confundidas; y Sócrates declara que la conciencia humana está sobre los dioses, y al llamarle la Pitonisa de Delfos el hombre mas sabio de su tiempo, da la señal de que la teología griega abdica sus privilegios ante los derechos de la ciencia; y Platon eclipsa el olimpo con su metafísica; y Aristóteles arroja los dioses de la naturaleza, y Evehemero del espíritu, y Lucrecio de la historia, y Ciceron de los símbolos, hasta que los diseca Varron; y cuando ya han huido de la ciencia, y

se han acabado todos los resortes de la religion, de la naturaleza, baja del cielo la religion del espíritu, la religion cristiana que predica la unidad de Dios, la caridad y el amor entre los hombres; ideas que salva de todos los grandes peligros: del egoismo semítico por el dogma de la unidad del género humano; del misticismo gnóstico, que proclamaba gerarquías en las almas, por el dogma de la igualdad fundamental de nuestra naturaleza; del maniqueismo, que suspendia la vida de dos fuerzas iguales y contrarias, por el dogma de la libertad; del pelagianismo, que separaba el mundo de Dios, por el dogma de la Providencia y de la gracia; del arrianismo, que al quitar al Hijo la consustancialidad con el Padre, quitaba al hombre una norma de perfeccion absoluta, por el dogma de la Trinidad; de los montanistas, por el dogma de la virtud de las obras; y al mismo tiempo reúne todo lo que hay de grande y racional en la obra de la ciencia y en el desarrollo de la vida humana; y toma las verdades de la filosofía griega con San Basilio y San Juan Crisóstomo; las verdades del Oriente con Orígenes; las verdades de la ciencia romana con Tertuliano y San Agustin; el Aristóteles de la Edad Media con Santo Tomás; el Platon del Renacimiento con la escuela de Florencia; las formas clásicas con Rafael y Miguel Angel; el cartesianismo con Bossuet y Mallebranch; y mañana el gefe augusto de esa religion, el que representa la unidad de su doctrina y de su espíritu, al sacudir el polvo de la Roma pagana que está pegado á su corona de rey, verá, como los apóstoles veian el reino de Dios al sacudir los átomos de ceniza de la Jerusalem terrestre, que la libertad, la

igualdad, la fraternidad, predicadas por el siglo XIX, son consecuencia tan lógica, tan indeclinable, como la emancipacion de los esclavos, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, selladas con la sangre de Jesucristo en el sublime sacrificio del Calvario. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Pero, señores, todas las ideas han de tener una ley interior, que es el bien, y todas han de desarrollarse necesaria, precisamente, al salir á la vida, por una determinacion objetiva, que es el derecho. Reflexionad, señores, y vereis todas las ideas de progreso ligadas á una idea fundamental, á una idea madre, á la idea sagrada del derecho; pues sin derecho no hay, no puede haber libertad, y sin libertad, el trabajo desciende al instinto del bruto ó al movimiento ciego de la máquina (*Bien, bien*); sin libertad, el arte es irreflexivo como la naturaleza, es la imitacion de lo pasado, es el vuelo del ave prisionera, que se ensangrienta contra los hierros de su cárcel (*Aplausos*); sin libertad, el hogar doméstico, que el ángel de la familia debe guardar, está espuesto á la delacion del espía y á las violaciones del esbirro; sin libertad, el pensamiento, alma de la ciencia, cae en el silencio, y muere; sin libertad, toda discusion de escuelas es burla; sin libertad, toda justicia es mentira, todo castigo es infamia, toda religion hipocresía (*Aplausos*); sin libertad, no existe el espíritu, no existe el hombre; y por eso el movimiento de la historia, el anhelo de todas las artes, el secreto de todas las investigaciones científicas, el alma de toda revolucion, el ideal de todo progreso, los deseos de todas las generaciones, van encaminados infaliblemente á romper las cadenas,

á sacudir las tiranías, á recabar esa libertad, sin la cual es triste, es odiosa, es imposible la vida (*Estrepitosos y prolongados aplausos*). Mirad, señores, los esfuerzos que el hombre ha necesitado hacer para alcanzar esa libertad sagrada. Ha necesitado abrir la naturaleza en que estaba encerrado, como la flor en su capullo; superar la casta teocrática que suprimía su conciencia; vencer la casta guerrera que suprimía sus fuerzas; hundir en el polvo la casta mercantil que esterilizaba su trabajo; romper con mano fuerte los muros de la egoísta ciudad antigua, que aislaba al hermano del hermano, al pueblo del pueblo; quebrar la coyunda de hierro de Roma; hacer que el bárbaro vencedor le reconociera su igual en presencia de Dios y de la ley; arrojar sus propias cadenas enrojecidas al castillo feudal, para sepultarlo en el polvo; henchir sus ideas y elevarlas al santuario donde se ocultaban los reyes absolutos, para arrancarles la corona del derecho divino que ellos creían forjada con un rayo de la aureola de Dios; camino de amarguras, señalado por el tormento, por el potro, por la copa de cicuta, por la hoguera, donde se achicharraban las carnes y se calcinaban los huesos del pensador, pero no su pensamiento, cuyas alas no podían ser oprimidas en el calabozo ni abrasadas en el fuego; y así, señores, los que sabemos cuánto puede el pensamiento, no tememos las últimas nubes de humo de la apagada hoguera de la inquisición que aun quedan en los aires (*Bien, bien*), y miramos con menosprecio las maquinaciones que contra el pensamiento, vencedor del hierro y del fuego, arman en su odio á la libertad, no los tiranos, que ya no exis-

ten, sino los impotentes sofistas. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Para continuar esta obra de progreso, pedimos que se realice la doble naturaleza individual y social del hombre; que la personalidad sea inviolable, la propiedad inviolable, el trabajo inviolable, el hogar doméstico inviolable; que la conciencia pertenezca al hombre, y no al Estado; que el pensamiento pertenezca al hombre, y no al censor; que el trabajo pertenezca al hombre, y no al señorío ó al gremio feudal; que la palabra sea tan libre como el pensamiento, y la imprenta y la tribuna tan libres como la palabra; que no se desaproveche ninguna actividad y todas las voluntades concurren al bien comun por el sufragio universal; que el jurado y en él la conciencia, la voz de Dios en la vida, juzgue á los hombres y temple la severa inflexibilidad de las leyes; que el derecho encarne en el Estado la naturaleza del hombre; que la asociacion libre y voluntaria realice los fines morales, religiosos, artísticos, científicos del hombre; que la enseñanza sea libre y el comercio libre, sin que tema ni la sombra de la aduana ni la garra del fisco (*Aplausos*); que toda vida política se funde en la libertad, y toda libertad en igualdad, para que no degenera en privilegio (*Aplausos*); que la sociedad sea para los espíritus lo que es el espacio para los cuerpos, una necesidad, sí, pero una necesidad que no dañe la impenetrabilidad de nuestro derecho (*Bien, bien*); para que lleguemos á los tiempos en que los hombres libres se reúnan en pueblos libres, los pueblos libres en razas afines, las razas en sus continentes, los continentes en la humanidad, y la humanidad se apro-

xime por la justicia y el derecho á Dios. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Señores: El progreso en la naturaleza consiste en acercarse al espíritu; el progreso en el trabajo, consiste en apropiarse libremente la naturaleza; el progreso en la familia, consiste en unirse mas estrechamente cada dia en el mútuo respeto y en el mútuo amor; el progreso en el arte, en hermosear toda la vida humana; el progreso en la ciencia, en estender y dilatar las relaciones del espíritu con la humanidad, con el universo, con Dios; el progreso en la religion, en asemejar nuestra existencia en virtud, hermosura y verdad á Dios; el progreso social, en la realizacion del derecho, y el progreso total, en el desarrollo de nuestra esencia y en el cumplimiento del bien. Seguramente, señores, ya estais cansados de oirme. (Muchas voces: *No, no*). Y si no estais cansados de oirme, á lo cual os obliga vuestra caballerosidad, lo que os aseguro, y no podreis negar, es que yo estoy cansado de hablar. (Muchas voces: *Que descanse, y que siga; que descanse.*)

El Sr. *Castelar*: Agradezco infinito vuestra benevolencia. Puesto que se ha tratado la cuestion tambien históricamente, daré algunas pinceladas históricas para terminar esta controversia, que ha durado, señores, todo el año. Veamos. Mirad el Oriente, y observareis el principio de la historia y la infancia de la humanidad, la naturaleza exhuberante, la tierra cubierta de bosques gigantescos, cruzada por rios caudalosos, quebrada por montañas inaccesibles, ceñida de mares tempestuosos; la sociedad inmensa como la naturaleza, y como la naturaleza absorbente; la teocracia recelosa, con

un dedo en los labios para imponer silencio á toda palabra que no sea su palabra; la ciencia cabalística y misteriosa, oculta al pié del altar, como un fuego que abrasa; la verdad encerrada en un geroglífico; los animales mas gigantes en los altares; los vicios mas voluptuosos en el culto; las castas como única organizacion social, de donde brota el placer para el poderoso y el amargo dolor para el humilde; la inmovilidad tenida por ley de la vida; el misticismo por ley del espíritu; la obediencia por la ley de la sociedad; el aislamiento por ley de los pueblos; la contemplacion por ley del arte; ideas todas que borran el espíritu del hombre, que abruman su conciencia; que hubieran hecho de la humanidad una esfinge sosteniendo un altar, si la lógica viva, oculta en todos los hechos, no hubiera despertado dos pueblos, el uno en el dintel del Africa y el otro en el dintel de Europa: el primero, que saca el geroglífico del santuario y lo escribe en la pared del templo; que talla las piedras y encuentra el embrion de la áerea columna; que pronuncia la palabra misteriosa de su ciencia en los oídos de otra raza; que presiente en sus dioses la estatua; que embalsama los cadáveres, y arranca así la idea de la individualidad á la oscura muerte de las antiguas teogonias (*Bien, bien*): y el otro que tiende un leño en el mar, una vela en el aire; que impulsa con el trabajo la vida inmóvil del Oriente; que lleva los dioses informes en las barcas para que los talle y convierta en hombres el cincel del artista; que trasforma el geroglífico en letra alfabética, la imprenta de la antigüedad, para que pueda espresar todas las ideas, y comunicarse á todas las razas; y así entre estos

dos pueblos, entre Egipto y Fenicia; transmiten el alma soñolienta, mística, panteista del Oriente á otras regiones, donde pueda amanecer la primer luz de la libertad y celebrarse, libre de las cadenas de la naturaleza, la emancipacion del hombre. (*Aplausos.*)

La infancia de la humanidad es el Oriente; pero la juventud primera de la humanidad es Grecia. La naturaleza es riente, graciosa, de costas ondulantes, de mares serenos, de arroyuelos que corren entre adelfas, de montes ceñidos de lentisco, de bosquecillos de mirtos, donde arrulla la paloma y el ruiseñor eleva sus arpadas endechas; los dioses son alegres jóvenes, vestidos de luz, ceñida la frente de flores, cantando y riendo siempre; el templo es armonioso, abierto á todos vientos, porque no tiene ningun misterio; cortado por columnas que llevan, como la virgen griega una guirnalda, su diadema de acanto; el culto se celebra, no con sacrificios humanos, sino con danzas y cánticos, y libaciones y comidas, donde se reparte el vino de Chio y la dulce miel de Hibla; la República se encierra en una ciudad donde los hombres viven perpétuamente en compañía de sus dioses; el teatro es un templo; la plaza pública un teatro, donde el orador no habla, sino canta; la historia se recita en los juegos olímpicos; las batallas se empuñan entre los acordes sonidos de los coros y la inspirada voz de los poetas; la filosofía se explica entre jardines, á la sombra de los plátanos, viendo el sol quebrarse en el mar, y respirando las dulces auras que bajan del azulado Hymeto; las grandes navegaciones son *teorías*, procesiones en que el barco ostenta su popa dorada, y el nave-

gante aleja la tempestad con su sonrisa, y se corona de verbena para despedir al sol ó saludar á la luna; las grandes conquistas, como la de Alejandro, mas que por las armas se alcanzan por el amor de aquella raza á todas las razas, por la lira que lleva en las manos, y la armonía que lleva en los lábios; el mar allí está poblado de sirenas que cantan en las ondas, los arroyos de náyades que cantan en la linfa; los campos de faunos que sueñan el caramillo en los bosques; las ciudades de estátuas cuyas formas son una armonía, y hasta la muerte, en todas partes tan triste y tan solemne, es allí alegre, pues el griego la recibe contento, como un beso de amor, y se duerme en sus brazos sonriendo, como pudiera despues de un festin dormirse en brazos de su amada hetaira; que religion, política, ciencia, vida, muerte, son en la patria del arte un prolongado cántico. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

Era necesario unir el Oriente y Grecia, y entrar en la edad madura del mundo. Roma, hija de Marte, alimentada en su cuna por la leche de salvaje loba, teniendo por primitivo Dios una lanza enmohecida y ensangrentada, puesta de punta en el suelo, es la fuerza que viene á reunir, á condensar toda la vida precedente, y toda la historia anterior: en sus patricios y en sus plebeyos, el Oriente y Grecia; en sus tablas y en sus códigos, el derecho de todos los pueblos; en su ciencia ecléctica, el pensamiento de todas las filosofías; en su panteon, los dioses misteriosos de todas las religiones; en su imperio, la soberanía de todas las razas; en su ejército, la columna macedónica, el elefante oriental, el salvaje galo desnudo, el ibero vestido de li-

no, y envuelto en su manto negro, el hondero balear, el ginete núpida, verdadero centáuro, cubierto de pieles de tigre, que vuela en su caballo, en pelo y sin rienda, como el simoun por el desierto; y por último, en el recinto de su Pœmerium todas las regiones: la que protestó con Antioco y con Mitridates, el Oriente; la que protestó con Sagunto y con Viriato, el Occidente; la que protestó con Amílcar y con Annibal, Africa; la que protestó con Breno, las Galias; la que protestó con Arminio, la Germania: que no hay fuerza bastante á resistir al leon que sacude de su guedeja en el coliseo el polvo de todas las regiones de la tierra; á la espada que disciplina todas las razas de la humanidad; al cíclope que levanta con las ruinas de todos los altares el templo gigantesco del nuevo Dios; al profeta que amasa con la sangre vertida á sus piés, el cuerpo de la nueva humanidad; al misterioso pueblo que trae á la vida la unidad material del género humano, y á la sociedad la unidad civil del derecho; términos que son completados en una sublime trilogia por la unidad espiritual del cristianismo. (*Bien, bien.*)

Pero el mundo antiguo se perdía por el sensualismo. Los emperadores subían al trono en hombros de la guardia pretoriana, no para regir el mundo, sino para vengarse como Tiberio; para ser el primer farsante de su siglo como Neron; para comer como Vitelio; para mancharse con las enormidades del sensualismo, como Heliogábalo; la matrona romana iba desnuda en su carro de marfil á gozarse en ver morir los gladiadores; los hijos delataban al espía, que sus padres habían maldecido en sueños al emperador, solo para heredarles; el patricio dejaba caer las armas de sus proge-

tores, que no podía levantar del suelo, y pasaba su vida en el baño, huntándose el afeminado cuerpo con nardo; el amor había llegado á todas las brutalidades que puede imaginar en sus desvaríos la naturaleza viciada; la crueldad encalleció las conciencias y los corazones, pues el camino triunfal de Craso al Capitolio, estaba ornado de seis mil cruces, donde gemian enclavados seis mil esclavos; y el camino de Nerón á su palacio, estaba alumbrado de hombres cubiertos de resina y pez, que ardían como hachones, y en una fiesta de Claudio morían diez y siete mil gladiadores; los misterios de Eleusis, antes tan puros, se habían convertido en una orgía; las Vestales, antes tan castas, en miserables prostitutas; el pueblo romano, antes tan fuerte, en una plebe ociosa que la Annona mantenía y el Circo distraía; sociedad horrible, cuya imágen nos ha quedado en aquella cena de Trimalecion, en que se comen lenguas de ruiséñores, se beben perlas en el vino diluidas y encerradas en copas hechas de una sola esmeralda, se saborean murenas alimentadas con carnes de jóvenes esclavos; orgía en que todas las fuerzas humanas se hubieran agotado, si del Rhin, del Danubio no hubieran venido á interrumpirla aquellos bárbaros, crueles, feroces, que traían el martillo de Thor en una mano para demoler los templos y las estátuas, la espada de Odino en la otra para sacrificar las generaciones; bárbaros castos, pero horribles, que aparecían desnudos, ó cuando mas, cubiertos con algunas pieles de osos y de ratas; que arrojaban por flechas huesos humanos, y llevaban las cabezas de sus enemigos pendientes del cuello de los caballos; y que guiados por Alarico, por

Generico, por Radagusa, por Atila, hubieran en mares de sangre anegado toda aquella civilizacion, si el sacerdote cristiano, armado de la nueva idea, no les hubiera obligado á olvidar las divinidades antropófagas de sus selvas, por el Dios de la mansedumbre y del amor; y derramando el bautismo sobre aquellas razas, no hubiera bautizado una nueva civilizacion; triunfo sublime del espíritu sobre las fuerzas, de la idea sobre las armas.

Señores: No busqueis la Edad Media, la antítesis del mundo pagano, en los castillos feudales, que son unas cuantas piedras arrojadas para contener nuevas irrupciones de bárbaros; no la busqueis en la gleba empapada de lágrimas y sangre, porque allí está la servidumbre, y donde está la servidumbre no está la vida; no la busqueis en los municipios, cuya libertad es privilegiada como la libertad antigua, y como la libertad antigua egoísta; no la busqueis en las guerras que agitan al mundo en delirio infinito, como si estuviera embriagado de sangre; no la busqueis en los esfuerzos de algunos grandes reyes para constituir naciones, que acaban siempre por abortar monstruos; no las busqueis ni en la protesta prematura del racionalista Abelardo, ni en la protesta imposible del republicano Arnaldo; buscadla en su gran carácter, en el predominio de la idea religiosa sobre todas las ideas; en su gran personificacion, en el Papa arrogante, que tiene á sus piés, de rodillas, ayuno, lívido, trémulo, azotado por la escarcha, al emperador de Alemania; buscadla en su gran símbolo, en las catedrales góticas, en aquellas maravillas de piedra, hechas por generaciones animadas por el espíritu religioso, maravillas que lleva-

ban, como el arca de Noé, en sí, toda la civilización de su tiempo, pues á su sombra se agrupan las casas, como los polluelos bajo las alas de su madre (*Aplausos*); en su plaza se reúne el mercado; en su pórtico se bendicen los alimentos; en su claustro se verifican las fiestas teatrales; al son de sus campanas se congregan las Asambleas; al pié de sus altares se arman los caballeros; de sus capillas salen los peregrinos; en su tribuna resuena la única palabra que se oye en aquella edad, la palabra del sacerdote; en su atmósfera se une el cántico del clero á la voz tonante del pueblo, que forma el coro y llena las bóvedas henchidas de oraciones; en sus aras está la madre de todos los hombres, la Virgen pura; en sus letanías, el triunfo del amor místico; en sus procesiones, perfumadas de incienso, bendecidas por el órgano que anima cuadros, estatuas y columnas, iluminadas por los cirios y por las lámparas que parecen estrellas errantes que han ido á beber su luz en el santuario, en sus procesiones, todos los misterios del alma; en su arquitectura, todo el arte, la columna griega, cortada en haces, el arco romano, agrandado como las puertas eternas, y el obelisco oriental, pero no empotrado en la tierra, sino perdido en los aires (*Bien, bien*), en el suelo, compuesto de lápidas sepulcrales, la vida de ayer, la muerte; en la forma de la Iglesia, que es una cruz, la vida de hoy, el sacrificio; en las hojas cinceladas en los arcos, la naturaleza; en la ventana rasgada que se abre allá arriba, y que recoge la luz y la descompone en los matices del iris, el cielo; y en la aguja calada, aérea, que se levanta á lo infinito, que se pierde en los arreboles del firmamento, la escala

mística, misteriosísima, por donde la vida contingente aspira á confundirse con la vida eterna, y el hombre, movido por la fé, sube á perderse en el seno de la gloria. (*Vivos y redoblados aplausos.*)

OP Pero la Iglesia sola no podia llenarlo todo, absolutamente todo, en la vida del hombre. No se puede negar la naturaleza, sin que se levante á revindicar sus derechos. La Edad Media, dejando aparte su ideal religioso, es un caos; la guerra embriaga á los hombres de sangre; el caballero feudal ha sido admirablemente representado en aquel Beltran del Bornio que iba pisando fuego, y llevaba su propia cabeza en las manos, centelleando de sus ojos hundidos torva luz, y escupiendo de sus lábios sangre coagulada; la tierra se perdía por la maceracion; el hombre por no tener confianza en sí mismo; cuando un soplo de vida vino á despertar el Renacimiento, y la lira de Grecia sonó con todas sus armonías, y Bruneleski levantó el templo griego agigantado con la idea cristiana, y Rafael encerró el espíritu místico en la forma de la Psiquis griega, y Miguel Angel puso el *Te Deum* de la redencion en las gigantescas figuras del mundo clásico, y Descartes arrancó la razon al yugo de la antigua autoridad científica, y la pólvora hizo volar en pedazos los castillos feudales, y la brújula conquistó el mar, y Colon dió á la tierra la conciencia de sí misma, y el lente de Galileo dilató los cielos, y un hombre oscuro é ignorado sacó del hierro de las cadenas unas letras en el fondo del cláustro de Strasburgo, y trajo en su mano con esas letras de imprenta el filtro de la inmortalidad, para lo que hay de mas sagrado en nuestra naturaleza, para el inviolable pensamiento. (*Aplausos.*)

Pero como el progreso es tan lento, y el impulso de la humanidad hácia su perfeccion tan débil, la inquisicion pesaba aun sobre la conciencia; la censura sobre el pensamiento; la tasa sobre el comercio; el privilegio sobre el trabajo; el señorío sobre la propiedad; el rey sobre el derecho; el último eslabon de su cadena sobre el esclavo; la última piedra del feudalismo sobre la tierra, cuando la monarquía absoluta, que materialmente se moria de hambre, buscó un auxilio en las entrañas de Francia; llamó á los sacerdotes que creia teócratas; á los nobles que creia feudales; á la clase media que creia aun realista, y se encontró espantada, con que buscando unos Estados á la manera de la Edad Media, habia encontrado al pueblo inspirado por la filosofía, al pueblo transfigurado por la idea (*Bien, bien*), cuya fuerza habia roto todas las cadenas, y habia subido á todas las conciencias desde las hogueras y la Bastilla; y en aquella noche, la mas augusta que guarda la libertad en sus anales, en aquella noche del 4 de agosto de 1789, fecha que todo hombre debe llevar grabada en el corazon, y transmitir entre bendiciones á sus hijos (*Aplausos*), el clero perdió sus privilegios, la nobleza arrojó la coyunda feudal que habia pesado mil años sobre el mundo (*Aplausos*), el eterno esclavo irguió la frente y se encontró igual á sus señores por su naturaleza, superior á sus señores por sus infortunios; y la última sombra que huía de aquella noche, se llevaba consigo largos siglos de servidumbre, y la primera luz que alboreaba venia á iluminar el derecho que nadie podrá arrebatarnos, porque en el Sinaí del pueblo se escribió ese derecho, no en bronce, no en mármoles, no

en tablas, no; se escribió en nuestra conciencia, en el cielo inmortal de nuestro espíritu. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Así veis el hombre confundido con la naturaleza en el Oriente, el hombre comenzando su emancipación en Grecia, el hombre uniéndose á la humanidad en Roma, el hombre redimido del antiguo sensualismo por la idea cristiana, el hombre reconociendo su personalidad en el aislamiento en que le encerraba el derecho bárbaro, el hombre educando su espíritu en la catedral de la Edad Media, el hombre uniéndose á la naturaleza en el Renacimiento, el hombre coronándose con su derecho en la Constituyente francesa, el hombre entrando mas libre en el siglo XIX. Ahora bien: decidme con la mano puesta sobre el corazón, con los ojos puestos en la conciencia, aquí donde no nos oye nadie: ¿Quereis pertenecer á la raza de los Crasos ó á la raza de los Espartacos? ¿Quereis pertenecer á la raza de los tiranos ó á la raza de los Sócrates? ¿Quereis pertenecer á la raza de los inquisidores ó á la raza de los Galileos? ¿Quereis pertenecer á la raza de los enemigos del hombre ó á la raza de sus redentores? No tembleis, no desmayeis. La tierra rueda bajo nuestras plantas; y como Colón, vemos desde el pobre esquife que nos sostiene sobre los abismos, la luz misteriosa que nos descubre la anhelada tierra, cuyas brisas besan ya nuestra frente. No desmayeis. Los que dicen que la sociedad se muere, lo dicen porque se mueren ellos, y se mueren sus ídolos. (*Aplausos.*)

Yo, alentado por vuestras manifestaciones de simpatía, muestras unánimes que indican, no el aplauso á mi palabra por lo que tiene de mía, sino

el reconocimiento de que sentís lo que yo siento; yo, alentado por vuestras simpatías, entro con el ánimo sereno en la ciudad del porvenir, y veo la tierra trasfigurada, espiritualizada; el trabajo redimido; las relaciones de los pueblos libres; las naves bogando por todos los mares á su antojo; el globo aereostático, alas de nuestra organizacion, hendiendo la atmósfera; las entrañas del Océano exploradas; los tesoros de la tierra abiertos al hombre; todas las tiranías hundidas; todas las servidumbres acabadas; la cuestion social resuelta por la libertad; el derecho grabado en las conciencias; los pueblos unidos; el verdugo descendiendo del cadalso; la guerra envainando su sangrienta espada; la familia penetrada del amor divino; el arte hermozeando la vida, y descubriendo nuevas armonías; la ciencia levantando la escala luminosa de las investigaciones desde la tierra al cielo; la humanidad creándose por su trabajo un nuevo mundo en lo infinito; la idea de Dios siendo una en todas las conciencias, una para todos los hombres; hasta el instante en que, cumplido todo nuestro destino, realizada toda nuestra esencia, confundidos todos los espíritus, la eternidad, que únicamente tiene el secreto final de nuestra vida, pronuncie el *Consumatum est* del gran Evangelio del progreso. He dicho. (*Estrepitosos, y unánimes y prolongados aplausos.*)

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

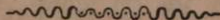
D. EMILIO CASTELAR,

EN LA INAUGURACION DE LAS CATEDRAS

de la sociedad

EL FOMENTO DE LAS ARTES,

LA NOCHE DEL 27 DE JUNIO DE 1861.



DISCURSO

D. EMILIO CASTELLAR

EL FOMENTO DE LAS ARTES

LA NOCHE DEL 27 DE JUNIO DE 1861

Señores:

Nunca me he sentido tan vivamente impresionado como esta noche, en que debo hablar al pueblo trabajador en el lenguaje del pueblo, á ese pueblo que despues de tantos sacrificios, despues de tantos progresos, aun no ha entrado en la ciudad santa de la libertad y del derecho. Pero no es mi ánimo de ninguna suerte exacerbar dolores y re-
crudecer heridas, pues en mi confianza por la causa del progreso, en la seguridad que tengo de que la injusticia no ha de ser eterna; cuando os veo durante el dia inclinados sobre vuestras máquinas, sobre vuestros artefactos, aceptando gustosos la ley del trabajo para ser útiles á vuestra familia, á vuestros semejantes; y en las horas de la velada, en vez de ir en pos del placer, viniendo aquí á comunicaros mutuamente vuestras ideas, á educar la generacion que ha de sucederos, á des-

pertar en el corazon del niño ese gran sentimiento del arte, que es como el resplandor del bien; no puedo menos de bendecir á Dios que para las crisis futuras, para los acontecimientos que preveen todos los que tienen abiertos los ojos del alma, nos prepara un pueblo fuerte en el trabajo, conocedor de su derecho, esclavo de su deber, moralizando por la ciencia, que á un tiempo da vuelos á las grandes inspiraciones del espiritu y freno á los apetitos del cuerpo; pudiendo ante este espectáculo anunciar á los que tanto recelan de lo porvenir, que el dia de la libertad será tambien el dia primero de la fraternidad de todas las clases, de la union entre todos los hombres, confundidos en la santa idea de la justicia. (*Aplausos.*)

Señores: Podremos sentirlo, podremos celebrarlo; pero no se puede negar que los dias que se acercan, los dias que vienen á mas andar sobre nosotros, son los dias de la emancipacion del cuarto estado, del pueblo: que asi está escrito en la ley de la vida, en el movimiento de la historia y en los arcanos de la Providencia. Notad, señores, que todo cuanto sucede en el mundo, sucede para este fin. La ciencia ha salido del claustro para bajar al taller: la imprenta ha destruido las antiguas aristocracias científicas, para llevar el verbo de la idea á todas las inteligencias en su misteriosa hoja de papel, que penetra hasta en el fondo de las cabañas: la pólvora ha hecho saltar en mil pedazos el alto castillo donde anidaba el águila feudal que tenia clavadas sus garras en nuestro pecho: las mismas monarquías absolutas han pasado el rase-ro de la igualdad sobre todas las frentes y han preparado con su cetro de oro el dia del derecho, co-

mo la antigua Roma preparó con su espada el día del cristianismo: la clase media, al erguir su frente é imponer sus derechos á los antiguos poderes, nos ha enseñado el camino de la emancipacion: los guerreros que parecian mas soberbios y omnipotentes, han sido el instrumento, el hacha con que el pueblo ha herido la vieja encina de los antiguos imperios, para infundir la sávia de su idea, pues el día en que no sirvieron para este fin se vió el mas gran capitan del siglo morir aislado en una roca, en mitad del Océano: los milagros de la industria, el vapor que borra las distancias, la electricidad que lleva en sus chispas por toda la redondez de la tierra la palabra humana, la prensa periódica, que es el gran libro de las muchedumbres, todo, todo cuanto sucede, sucede como el trabajo interior del planeta, antes de que apareciese el hombre; sucede para preparar la sociedad á la necesaria, á la inevitable emancipacion de los pueblos. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

En verdad, señores, nunca ha sido mas necesario instruir, educar al pueblo, llevar á su inteligencia la idea y á su corazon la virtud. El esclavo, que no tiene conciencia, que no tiene derecho; sujeto á la voluntad de su dueño, atado con sus cadenas á la tierra, sin mas fin que empapar con el sudor de su frente los campos, para ofrecer á sus señores los frutos de su trabajo; como el desgraciado está sujeto al fatalismo de la materia, como es menos que una máquina, seguramente no ha menester educacion alguna para arrastrarse en el polvo y ahogar en el polvo sus sentimientos, sus ideas, su vida; pero el hombre del siglo XIX, jefe de su familia, dueño de su trabajo, responsable

ante Dios y los hombres de sus acciones, poseedor de su pensamiento, llamado á los comicios, á la imprenta, á la tribuna por la libertad, destinado á ejercer todos sus derechos, necesita un conocimiento claro de sí, de sus facultades, de sus relaciones con Dios, con la humanidad y con la naturaleza; de sus derechos individuales y de sus deberes sociales; porque si el error le lleva al suicidio, entierra consigo la sociedad, y mata de su misma muerte la salud y el porvenir de sus hijos. (*Vivos y redoblados aplausos.*)

Señores: Yo no vengo aquí á adular al pueblo, sino á decirle lo que creo verdad, con toda la franqueza y con toda la honradez de mi alma. En tres ocasiones el pueblo ha sido dueño de su destino y de su derecho, y en las tres se ha perdido por sus propias culpas (*Sensacion*). Sí, la responsabilidad de ciertos males no debemos exigirla á los tiranos y á los enemigos del pueblo, porque esos, obrando mal, han cumplido su destino, han hecho su oficio (*Estrepitosos aplausos*). Los que tenían el deber de conservar la libertad y no la han conservado, son principalmente responsables de las desgracias que nos han afligido. Las tres ocasiones en que el pueblo alcanzó su derecho, fueron 1789 en Francia, 1812 en España, 1848. Nunca pueblo alguno vió la luz con tanta claridad como el pueblo francés en su gigante revolucion. Aniquiló el feudalismo, el buitre que roía las entrañas de la humanidad encadenada; demolió la Bastilla, negra cárcel del pensamiento; acabó con la monarquía absoluta, la cual depuso á sus piés la soberbia corona del derecho divino; llamó á la libertad á todos los esclavos, y á la vida de la idea á todas las

conciencias; inspiró el sentimiento de igualdad á las clases y el sentimiento de fraternidad á los pueblos; dia de triunfo gloriososísimo, que pudo y debió ser eterno, si el pueblo, mal aleccionado por las enseñanzas de los antiguos tiempos, no hubiera vertido sobre la tierra tanta sangre, la misma sangre de sus tribunos, de sus filósofos, de sus mártires; sangre que cayó gota á gota sobre los hombres de la revolucion; sangre que levantando mefíticos vapores engendró el falso espejismo de la gloria militar, y llevó al pueblo á abdicar su soberanía en aras del génio, que era el dios de las batallas; sacrificio tanto mas doloroso, cuanto que era inútil, pues años antes ese mismo pueblo, desnudo, hambriento, sin mas armas que sus ideas, venció, mas que con sus fuerzas, con sus principios, alentado por los ecos del cántico de la libertad, á todos los antiguos reyes, forzándoles á reconocer la grandeza y la justicia de su derecho. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

A no menor altura se alzó el pueblo español en otra ocasion semejante. Desarmado, venció al guerrero que tenia bajo las alas de sus águilas asombrada y muda la tierra; emancipado de una esclavitud de tres siglos, escribió con su sangre, al fulgor de la tempestad, el Código inmortal de 1812. que toda Europa admiró, que Italia tomó por carta de sus libertades, que Grecia unió en su memoria al recuerdo de sus venerandas leyes, como unia en sus lábios al nombre de sus héroes el nombre de los héroes españoles; pues siempre que trate un pueblo de recobrar su nacionalidad hollada, invocará el númen de este pueblo, que perdió tanta gloria y fué esclavo por haber confiado la

custodia de sus libertades á los mismos que le habían vendido al extranjero; error que nuestros padres pagaron, unos con las amarguras del destierro, otros con las ignominias del cadalso. (*Estrepitosos aplausos.*)

Y vino un nuevo día, el de 1848, que imaginábamos que había de ser eterno para la causa de la civilización, y el pueblo se levantó de su prostración y ahuyentó con su menosprecio á los mercaderes de la libertad, y no manchó los timbres de su soberanía con una gota de sangre, y proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad, palabras sagradas que resonaron desde el Volga hasta el Báltico entre las aclamaciones de los oprimidos; y despertó á Hungría, Polonia é Italia, que se incorporaron en sus sepulcros; y hubiera afianzado su victoria, á no caer en el error de pedir al Estado, al poder, el trabajo, el pan de la familia, la solución del problema social que el Estado no puede resolver, que el Estado no resolverá nunca sino levantando sobre los restos de la libertad vencida el bárbaro cesarismo, que en cambio de un pedazo de pan, arrancado al pueblo con una mano, y devuelto con la otra, pero empapado en la hiel de su vergüenza; en cambio de ese amargo pedazo de pan, le arrancó lo que más necesitan los pueblos, su dignidad, su derecho, y con su dignidad y con su derecho el trabajo y la libertad de sus hijos. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Todos estos hechos igualmente gloriosos y tristes, os enseñan que el pueblo, en este siglo de su emancipación, necesita antes que todo alimentar su alma con una moral y sabia educación, que le muestre dónde se esconden los escollos, contra

que se estrellan sus derechos; dónde se forjan las cadenas que le detienen por su mal en el camino de su perfeccionamiento. Hé aquí, señores, el benéficosísimo fin que cumple esta sociedad, y por el cual merece bien de la patria, bien de todos los corazones honrados.

Educar al artesano y á los hijos del artesano, es la obra mas meritoria que puede cumplirse á los ojos de Dios y de los hombres, y es imitar aquel eterno modelo de virtud y de perfeccion que se gozaba en dar la verdad divina á los niños, como el ave del cielo da el grano de trigo á sus tiernos polluelos que pían en el nido. Hoy moral, civil, religiosamente, todos somos iguales. El mejor de todos no es el que descende de mas ilustres abuelos, sino el que mas trabaja. En otro tiempo, señores, el envilecimiento estaba en el trabajo (*Aplausos*); hoy el envilecimiento está en la ociosidad (*Redoblados aplausos*). En otro tiempo el trabajador era despreciado, tenido por vil, estimado en menos que la materia bruta; pero hoy cada uno es hijo de sus obras, y la honra y la virtud nos igualan á todos, y el trabajo, ley divina, á todos nos ennoblece.

El trabajador deshila cuidadosamente las plantas, las tege, las tiñe con los colores del iris, y viste la inclemente desnudez humana; desinfecta lagunas, abre bosques, lanza sobre los abismos los puentes, y en el aire vago estiende la cadena mágica que da á la palabra humana la celeridad del relámpago; pone el cincel en la piedra, el color en la paleta, la cuerda vibrante en el arco, la idea en la imprenta, y levanta el mundo de las artes y de las ciencias, que es el espacio de nuestro espíritu;

lanza sobre los mares el tosco leño, despliega á los aires la leve lona, y desafía las tempestades y cruza de region en region, de gente en gente, llevando á todas en los productos de apartadas zonas la comunidad del espíritu humano; destila el sudor de su frente sobre los campos, y los corona de flores y de frutos, y les arranca los manantiales de la vida; pues el trabajo que ha de luchar con las leyes de la gravedad, con la diferencia de las estaciones, con los rigores de los climas, con la brevedad del tiempo, con la flaqueza de nuestras fuerzas, por estos mismos obstáculos, sin duda alguna, es el cincel con que el trabajador, este artista divino, perfecciona la tierra, y la ofrece en los altares del espacio hermoseaada, mas digna de la providencia de su Creador que en los primeros dias de su creacion, pues centellea de todo su ser lo que hay mas divino en la creacion, el grande, el gigantesco, el inmenso espíritu del hombre. (*Vivos y redoblados aplausos.*)

La instruccion, señores, que ha de darse al ser que asi contribuye á la perfeccion de la tierra, debe abrazar los tres caractéres de la vida, como hombre, como ciudadano, como trabajador. Educad en el primero al hombre, despues al ciudadano, y despues, señores, con mas especialidad lo que hay de mas especial en su destino, el trabajo. Las primeras edades que no vieron en el trabajador al hombre, le llamaron pária; las segundas edades, que no vieron en el trabajador al ciudadano, le llamaron esclavo ó siervo; nuestra edad lo considera como parte integrante de la humanidad, y como parte integrante de la sociedad, igual á todos los hombres en naturaleza, é igual á todos los hombres

en derechos. La educacion como hombre debe tener dos enseñanzas, moral y religiosa. La educacion como ciudadano debe tener dos enseñanzas: la enseñanza de los derechos de la personalidad, que trajo á la vida, y la enseñanza de sus deberes para con la sociedad en que vive. La educacion como trabajador debe tener dos partes: primera, enseñanza de las condiciones morales y económicas del trabajo, ó sea su ley general, y además enseñanza particular del trabajo á que consagre sus fuerzas. De esta suerte, lejos de envilecer su corazon en el vicio, ó de entregar su conciencia á la duda; lejos de amar la cadena de la servidumbre ó de ser piedra de anarquía, lejos de dejarse explotar por los que viven de la explotacion de las fuerzas humanas, ó de perturbar las leyes económicas que son eternas, el trabajador será hombre moral, amante de sus padres, fiel á la mujer que elija por compañera, pródigo para sus hijos, ansioso de realizar en su vida el bien, la virtud, la hermosura que están esencialmente en Dios; será buen ciudadano, que en vez de prestarse á servir de instrumento de tiranía, como esos desgraciados en quienes la ignorancia borra toda idea de la propia dignidad, prestará firme apoyo á la libertad y á la justicia; y será, por último, buen trabajador, y por lo mismo no irá á pedir al Estado un sustento que el Estado no puede darle; no aborrecerá la propiedad, fuente del trabajo; no deseará esa proteccion del fisco, que es la causa del atraso de la industria y de la paralización del trabajo; no vivirá en el aislamiento, espuesto á no tener abrigo en el dia del infortunio, ni ahorros y lecho en el dia de la enfermedad, sino que pedirá la libertad de aso-

ciación para centuplicar sus fuerzas, para obrar los milagros que obran siempre los hombres reunidos; para realzar toda su naturaleza en todas las graduaciones de la vida, y para ser digno de la espléndida alma que recibió de su Creador. (*Aplausos.*)

La educacion moral es indispensable al trabajador. El hombre cuando se contempla á sí mismo; en su reflexion, se siente capaz del bien y del mal; ve la luz de la razon que ilumina todo su ser; oye la voz de la conciencia que le premia con la propia satisfaccion ó le castiga con el remordimiento; conoce que es libre, que puede hermostear su existencia, ó perderla y afearla; observa que su actividad le lleva á la accion, y que toda accion es aprobada ó reprobada por una ley escrita con caracteres indelebles en su naturaleza; se mira creado, y busca un creador á quien le ligan estrechos deberes, y es sér religioso; unido á los demás hombres á quienes ha de prestar su amor y su auxilio, y es sér social; formando parte de la naturaleza, que ha de cuidar y perfeccionar, y se siente llamado al trabajo; y así cuando desea y alcanza el amor puro para el sentimiento, la belleza moral para la imaginacion, la verdad para la razon, el bien para la voluntad, el cumplimiento del deber para la vida, se transfigura, y hermostea y abrillanta con la luz verdadera su alma, haciéndola digna de que en el dia en que este frágil cuerpo de barro se pierda en el polvo de la tierra, Dios la recoja enrojecida en el amor al bien, y la eleve hasta engarzarla mas allá de los astros en la espléndida corona de su gloria. (*Ruidosos aplausos.*)

Suele decirse que esta educacion moral, está educacion cristiana ha menester de mucha ciencia,

y que el trabajador no ha nacido para la ciencia. Pues qué ¿no es hombre? Pues qué ¿no tiene una alma igual á los demás hombres? Pues qué ¿no tiene los mismos derechos y los mismos deberes que todos, puesto que delante de la naturaleza, como delante de Dios, no hay privilegios ni distinciones? Además, registrad la historia y vereis que del oleaje popular, de ese abismo donde pasan y mueren sin dejar una huella tantas generaciones, se han levantado los hombres que mas han honrado con sus obras al género humano. Homero, que se para á Grecia del Oriente, es un mendigo que va de choza en choza, de cabaña en cabaña, pidiendo una limosna que sostenga su cántico; Xenóphanes, el gran filósofo que separó por vez primera el espíritu de la naturaleza, es un soldado sin mas patrimonio que su lira y su espada; Sócrates, el justo Sócrates que dió conocimiento de sí misma á la conciencia, era hijo de un artista; Terencio, el mas gran poeta cómico de Roma, fué esclavo; Horacio, el mas gran lírico, liberto; y Virgilio, el mas gran épico, labrador, nacido en las cabañas, entre pastores, bajo los sauces, oyendo el mugir de los bueyes, el balar de las ovejas; los tres génios mas profundos de la literatura moderna, Shakespeare, Cervantes y Moliere, pobres eran tambien, pues Shakespeare fué palafrenero y no lord; Cervantes soldado y no rey, y Moliere un cómico, á quien negaba hasta la sepultura la barbarie de su gran siglo; pero ¿qué mucho? hasta el mismo Divino Mártir que os ha redimido, eterno modelo de perfeccion moral y religiosa que adorará mientras tenga conciencia el género humano, Jesucristo, nació en un establo, llamó padre á un artesano, vi-

vió la vida del pobre, buscó por apóstoles pescadores, diseminó su doctrina entre el pueblo, cual si hubiera querido que así como su muerte redimió del error el alma, su vida redimiera del envilecimiento el trabajo. (*Ruidosos y prolongados aplausos que interrumpen por algún tiempo al orador.*)

Señores: Las inmerecidas muestras de entusiasmo con que recibís mis palabras, me han distraído un momento; y después de daros gracias, vuelvo á seguir el hilo de mi discurso. No basta con la educación moral y con la educación religiosa. Es necesario educar al pueblo también para la vida política. Si estudiáis al hombre, no podéis desconocer en él una doble naturaleza, individual y social. Dos ideas han prevalecido, igualmente funestas, dos ideas que deben combatirse en toda buena educación política. La primera es la idea de que el hombre puede ser libre fuera de la sociedad; la segunda es la idea de que el hombre no debe ser libre para vivir en sociedad. Señores: la sociedad es tan necesaria al hombre, como el espacio al cuerpo, como la inteligencia á la idea, como la atmósfera á nuestra vida. El hombre, lejos de ser libre fuera de la sociedad, sería esclavo de la materia bruta, la más dura, la más deshonrosa de todas las esclavitudes. La sociedad es un sér real, con vida propia, con leyes propias; un sér tan real, tan verdadero como el hombre. Por eso donde quiera que el hombre se aparta de la sociedad, se entrega al dominio de las fuerzas ciegas de la materia, que lo sojuzgan y lo tiranizan. Mirad esos hermosos territorios, donde vive el indio á su capricho, donde no ha entrado la fuerza social, y vereis que la naturaleza es bella como una serpiente.

te; pero como una serpiente, traidora y venenosa. Los grandes árboles entrelazan sus ramas y defienden sus frutos de la mano del hombre con la coraza de sus zarzas y de las plantas parásitas; el polvo oculta ponzoñosos insectos, las flores y las hojas reptiles, los huecos de los peñascos fieras, el terremoto azota una tierra no domada, el volcan abre por doquier sus fauces, los lagos se corrompen con su inmovilidad y emponzoñan los aires, y el hombre muere en brazos de tan hermosa madre, porque falta el trabajo asociado, el trabajo social, que es la condensacion de nuestro espíritu sobre la tierra (*Aplausos*). Por eso me atrevo, señores, á recordaros vuestros grandes deberes sociales, el respeto que estais obligados á guardar á las leyes y á las instituciones que representan la sociedad. Mas al propio tiempo, no creais que la sociedad os exige para vivir en su regazo el sacrificio de vuestros derechos. La sociedad no quiere, no puede querer la muerte de sus hijos. Pedir que niegue un derecho, seria tan insensato como pedir á una madre que para ser buena madre mutile á su hijo al salir de sus entrañas (*Aplausos*). Señores: Debeis pedir en todo tiempo lo que es esencia de nuestro sér, ley de nuestra naturaleza, alma de nuestra alma; la libertad, sí, la libertad, que es una como nuestro pensamiento, que reside en todas nuestras facultades, que dirige los movimientos de nuestro cuerpo, que es nuestro título de soberanía sobre la naturaleza; la libertad de vuestra personalidad, porque sin ella desciende el hombre á la miserable condicion del bruto; la libertad y seguridad de vuestro hogar, para que no sea profanado el paraíso de la vida, la familia; la libertad

de vuestra conciencia, porque la oracion mas propicia á Dios es la oracion que se levanta del alma, y no la palabra que modulan descuidadamente los lábios, porque Dios vé hasta el fondo de nuestro sér; la libertad política, sin la cual es imposible la vida social; santa libertad, en cuyas aras se han sacrificado todos los héroes; santa libertad, que explica todo el movimiento de la historia; santa libertad, que buscarán instintivamente todos los esclavos, como la planta nacida en los abismos busca la luz y el aire, pues sin ella puede asegurarse que no vive, que no es nuestra armónica naturaleza. (*Estrepitosos aplausos.*)

Pero además de la educacion moral, de la educacion social, debe recibir el trabajador la educacion propia para conocer las leyes generales del trabajo. Se apena el alma cuando contempla la oprobiosa historia del trabajo. Es imposible contemplar ese gran martirio de tantos siglos sin que se desgarré el corazon. Señores: la historia moderna, compasiva, profundamente humanitaria como toda la ciencia, ha sostenido siempre el principio de que la civilizacion de los Estados no se mide por la felicidad de sus aristocrácias, por la grandeza de sus poderes, por el brillo de sus ejércitos, sino por las condiciones morales y materiales en que vive el pueblo; y cuando en su constante anhelo de conocer la vida pasada para explicar la vida presente, ha buscado los huesos y las cenizas de las generaciones que fueron, ha sondeado los abismos de las edades, ha oido un sollozo profundo, amarguísimo, un grito de dolor que se estiende como una maldicion de siglo en siglo, de generaciones en generaciones; y es el grito del

trabajador, errante, desnudo, hambriento por los bosques; amenazado por la caza como las fieras; arrastrado al ara del sacrificio, y allí herido, degollado para ofrecer holocaustos á los dioses; confundido en un mar de sangre con el toro, con el cordero de las fiestas saceas sobre los altares de Babilonia; encerrado en las entrañas de la tierra para buscar el oro de Ophir, mientras el hierro pesa sobre sus espaldas; hecho despojo del soldado, y presa del pirata; vendido por algunas *minas* en públicos mercados á menos precio que el buey del campo y el caballo de guerra; pobre ileta, que lleva la cabeza cubierta con una piel de perro para mayor escarnio, el cuerpo mal oculto entre vestiduras de fieras, y el rostro herido por el látigo; mísero esclavo, que es degradado hasta en su alma, hasta en su conciencia, pues su señor, en las últimas agonías del imperio romano, lo busca, no para la guerra, no para el trabajo, sino para sus infames y vergonzosos vicios; eterna víctima en cuyo favor se mueve en vano la guerra servil, sobre cuya frente en vano cae la sangre divina de la redención religiosa, pues los apóstoles del nuevo mundo que redimen su alma, no pueden romper sus cadenas; y el bárbaro pasa á su lado y lo ata á su carro nómada; y el señor lo clava como un hierro á los terrenos alodiales y á la propiedad sálica; y el mismo abad que le dice en la iglesia que todos los hombres somos iguales ante Dios, lo compra y lo vende en el mercado que se celebra á la puerta del convento; y pasan ocho siglos de civilización moderna, y no se alivia del peso de sus cadenas, hasta que asoma el primer reflejo del pueblo, el municipio; y pasan diez siglos mas,

y no es civilmente igual á sus semejantes hasta ese gran día del juicio de Dios sobre todos los antiguos poderes. hasta esa gran tempestad de la Revolución de 1789, que grabó el derecho indeleblemente en nuestra conciencia, y dijo al señor y al esclavo que todos son iguales delante de la sociedad y de las leyes porque todos son hombres. (*Vivos y redoblados aplausos.*)

He querido recordaros, señores, la triste historia de la esclavitud, para que comprendais que el progreso consiste en que el trabajo sea propiedad del trabajador y no del Estado; pues en la esfera social como en la esfera política, como en la esfera económica, el acrecentamiento de la personalidad humana es el fin del progreso. Esta ley os tendrá prevenidos contra la influencia del comunismo, que yo juzgo deletérea, y que no es mas que la reproduccion de la antigua servidumbre. Pues una de dos, ó el comunismo no ha de cumplir sus promesas, ó ha menester organizar un Estado fuerte, poderoso, que sea bastante á señalar desde el pensamiento comun hasta el trabajo comun, y desde la religion de todos hasta el alimento de todos (*Bien, bien*). Señores, en una sociedad asi organizada, donde la propiedad es del Estado, donde la ciencia es del Estado, donde la religion es del Estado, donde el Estado señala desde el vestido hasta el alimento; muerta la actividad individual, que es el móvil de las grandes empresas; ahogada la protesta contra lo presente, que es el ideal del progreso para lo porvenir; rota esa variedad infinita de caracteres, de inclinaciones, de aptitudes, que es la ley de la vida; destrozada la familia en ese caos de amores; trasladada la primera

educacion del alma, de la madre, ese ángel del cielo, destinado á descubrirnos los horizontes de la vida, á los rigores de la disciplina de un maestro sin entrañas; organizado todo, y por consiguiente destruida la libertad, tan necesaria á la vida como el rocío al campo, como el viento á los mares, vendria bien pronto la ignorancia de todos, la miseria de todos, y la inmovilidad, que, paralizando los movimientos del espíritu y por consiguiente el progreso, reducirian esa sociedad á ruinas, como sus antiguos modelos, Esparta, y las sociedades esenias y moravas; eterno testimonio de la impotencia del comunismo, que no deja ni huellas de sí sobre la tierra, que emponzoña con su aliento la naturaleza, pues al matar la actividad del espíritu, de la misma muerte mata al hombre. (*Ruidosos aplausos.*)

Pedid, señores, pedid las dos grandes ideas de los tiempos modernos, la libertad de trabajo y la libertad de asociacion. El glorioso movimiento de nuestro siglo ha destruido las grandes tiranías que pesaban sobre el trabajo, el *jurandum*, ó impedimento de trabajar; la corvea, ó el trabajo para otro; la tasa, ó sea el límite ficticio del trabajo; el gremio, ó sea el trabajo privilegiado; la creacion de oficios, ó sea el trabajo explotado por el poder; pero no se ha concluido aun esta grande obra de libertad, pues el trabajador está espuesto á morir de hambre en el día de una crisis ó de la suspension del trabajo por accidentes imprevistos ó por perturbaciones de las leyes económicas; espuesto á no tener auxilio ni lecho en el día de las enfermedades á que está sujeta nuestra débil naturaleza; espuesto, despues de haber consumido toda su

vida en el trabajo, todas sus fuerzas en el taller, á no encontrar un báculo á su ancianidad, á morir-se tal vez por causa de los servicios mismos que ha prestado á los hombres; males gravísimos, inmensos, que en vano pretenderíamos desconocer y ocultar, y que solo pueden remediarse por la asociación libre y voluntaria, que centuplica las fuerzas del trabajo, que socorre al trabajador en sus necesidades, que vela al lado del lecho del dolor, que le ampara en una crisis, que es su providencia, pues le protege contra la idea de un porvenir incierto, y le asegura contra el temor al desamparo, y la muerte por la miseria y el hambre; remedio tanto mas grato, cuanto que está en la vida del trabajo, y en las fuerzas y en los derechos del trabajador. (*Aplausos*).

Señores: Jesús decía: buscad el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura. Y yo, á semejanza del Divino Maestro, os digo: buscad la libertad y la justicia, que la libertad y la justicia armonizarán en sus verdaderas leyes el capital y el trabajo (*Aplausos*). Suele decirse que nuestro pueblo es presa del materialismo. Si algun pueblo ha dado muestras de desinterés, de frugalidad, de preferir la libertad y la justicia á los intereses y medros de un día, es el pueblo español, que se distingue por su moralidad, por su generoso carácter y hasta por su desapego á los bienes de la tierra, y su amor á todo lo espiritual, á todo lo grande, á todo lo sublime. Los que dicen que el pueblo español está consagrado al culto del materialismo, son los sofistas, que han exigido dinero para ser elector, dinero para ser representante del pueblo, dinero para ser escritor, como si el dinero fuera el

pensamiento, la conciencia, el espíritu, la ley, desmoralizando así la sociedad entera, que al ver que el derecho está en el oro, y no donde Dios lo puso, en el alma, cree que vale mas el oro que la conciencia y que el alma (*Estrepitosos y repetidos aplausos*). No, señores, no. Lo que mas brilla en el mundo, lo que vale mas que el oro, mas que el talento, mas que la gloria, es la virtud (*Aplausos*). ¿Qué vale una gran palabra si nace de un corazón corrompido? ¿Qué vale una gran gloria si está manchada de sangre? ¿Qué vale un poder inmenso si ese poder solo ha acertado á oprimir? La virtud, la virtud brilla con la luz inmortal en los horizontes de la vida. Así, señores, yo no puedo dejar de recomendaros siempre la práctica de todas las virtudes cristianas, como un deber de vuestra vida, como una enseñanza perenne para vuestros hijos. Nada hay mas triste que no sentir á Dios en el alma; y no está Dios en el alma corrompida, manchada por el lodo de la tierra. No lo olvideis tampoco; la nobleza de nuestro tiempo está en el trabajo. Si yo tratara de calificar con una palabra la historia pasada, la llamaria la historia de la guerra; si yo tratara de calificar con una sola palabra la historia por venir, la llamaria la historia del trabajo (*Bien, bien*). La historia antigua nos ofrece por do quier cascotes que brillan con la siniestra luz de la guerra, escudos que se quiebran, armas que se cruzan movidas por el odio, caballos que relinchan al ronco son de la trompa guerrera, hogueras que humean en honor de dioses sangrientos, teas encendidas que alumbran siniestramente el camino de la humanidad, gritos de espanto, ayes de moribundos, pueblos desplomados, lloros y so-

llozos de madres, de esposas que pierden las prendas de su corazon, fuegos fátuos que nacen de la huesa de los cadáveres hacinados en el planeta, que es como inmenso cementerio (*Bien, bien*); mas la historia de lo porvenir será la historia del globo aereostático que hiende los aires, del barco mágico que explora las entrañas del Océano, de la electricidad aplicada al movimiento, de los cielos descubiertos por nuevos y mas penetrantes telescopios, del comercio libre que la navegacion mas rápida llevará por todas las riberas, del trabajo moral y material, que espiritualizará y hermosecará nuestro globo, devolviéndole los resplandores y la inocencia y la hermosura del primitivo Eden (*Aplausos*). La grandeza del trabajo anuncia la emancipacion de los trabajadores. En ese gran dia, señores, no os acordeis de volver mal por mal; no queráis ser opresores porque hayais sido oprimidos; no queráis ser injustos porque hayais sido víctimas de la injusticia; coged el hacha del verdugo, pero que sea para destruir el cadalso, y luego arrojadla lejos de vosotros, porque una gota de sangre mancha para siempre las manos del pueblo y no pueden lavarla ni las lágrimas de cien generaciones, y estrechando contra vuestro corazon á los que os han creido enemigos, llamadles hermanos aunque os hayan llamado siervos; y así añadiréis al esplendor de vuestra libertad y vuestro derecho, el esplendor de vuestro ejemplo y de vuestra historia. (*Vivos y repetidos aplausos.*)

He concluido, señores, he concluido. Os he dado consejos con el corazon, y ahora mismo no puedo recapacitar y resumir todo lo que he dicho. Pero vosotros, los destinados á ilustrar esta sociedad,

además de las ideas morales, cristianas y de amor al trabajo que debeis aconsejar á vuestros alumnos, además de estas ideas, no dejeis nunca de infundirles el amor vivo, profundo, á la nacion española, á esta tierra sagrada que los navegantes fenicios y griegos saludaban desde la popa de sus naves llamándola el lecho del sol, la estrella de la tarde; que recibió del celta la gravedad y el valor, y del ibero la gracia y la armonía de su carácter; que fué cuna de los hombres mas grandes del imperio romano, cuando todo el antiguo mundo estaba exhausto; que unió antes que ningun otro pueblo el génio inquieto de los bárbaros con los restos de la civilizacion romana; que fué querida y hermo-seada por los árabes como el eden prometido por su profeta; que, mártir de la civilizacion universal, contuvo en su pecho las irrupciones de los pueblos bárbaros del Africa, cuyo álito, ardiente como el simoun, hubiera secado el árbol de la civilizacion europea; que tuvo en Castilla libertades democráticas antes que Italia, y en Aragon libertades constitucionales antes que en Inglaterra; que al finalizar la Edad Media descubrió el camino del Asia, doblando audaz el Cabo de las Tormentas con las naves portuguesas, y leyó con el génio de Colon el secreto de Dios en la soledad del Atlántico, dando un nuevo mundo á la tierra; que salvó, mientras Europa se preocupaba con las cuestiones metafísicas y religiosas, el cristianismo y la civilizacion en las hirvientes aguas de Lepanto; que protestó contra la esclavitud de Polonia, y peleó por los derechos de la primer república que se levantó en América; que enseñó á los pueblos á principios del siglo á derribar en el polvo los conquistado-

res; tierra sacratísima en que reposan las cenizas de nuestros mayores, y que en el dulce nombre de patria resume todos los amores y todas la ideas de la vida; tierra que nuestros padres amasaron con sangre, y que vosotros debeis fecundar con el rocío del trabajo. He dicho. (*Estrepitosos y repetidos aplausos.*)

DISCURSO

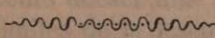
PRONUNCIADO

EN EL ATENEO DE MADRID

POR

DON EMILIO CASTELAR,

al inaugurar el segundo curso de lecciones sobre la civilización
en los cinco primeros siglos del Cristianismo.



DISCURSO

PROVINCIAL

EN EL ATENEO DE MADRID

DON EMILIO CASTELLAR

Se inaugura el segundo curso de lecciones sobre la civilización
en los cinco primeros siglos del Cristianismo.

Señores:

Al comenzar de nuevo en esta noche mis lecciones, cortadas por larga interrupcion, mucho mayor de lo que consentia mi deseo de tornar á ver este ilustrado público, pido con mas razon que nunca la benevolencia del público; pues, si en un momento de arrojo ó de ceguera, pude emprender esta obra, hoy que veo los obstáculos y mido las dificultades, siento decaer mis fuerzas y toco ya en los últimos límites de la desconfianza y del desaliento. Sin embargo, cuando veo la inmensa trascendencia del asunto encomendado á mi criterio; un mundo que muere y otro mundo que nace; altares adorados por la humanidad desechos en el rio de los tiempos, heridos por el rayo del cielo; la gran lira clásica estallando de dolor, rotas sus cuerdas, estinguida su voz, como los últimos gemidos de un corazon que se apaga; la raza helenolatina, dueña del mundo, artífice de la civilizacion,

interrumpida en su obra por las irrupciones de los pueblos bárbaros, atada vilmente á su propio carro por las manos de sus esclavos; el genio de Oriente, génio poético, mago, fantástico, uniéndose al génio práctico de Grecia para desvanecerse unidos como el humo de un holocausto; la primera luz del cristianismo apareciendo por los últimos límites de este desolado horizonte; los circos poblados, no de fieras, sino de mártires; los desiertos de eremitas; las calles de apóstoles; la tribuna romana rota por la espada de los emperadores, exhalando la voz de los apologistas y los doctores cristianos; cuando veo dibujarse á mis ojos este cuadro, si bien me desalienta su estension y su variedad, me anima pensar que delante de los hechos, de los grandes hechos que vamos á contemplar, sentiremos la providencia de Dios, que nunca se aparta del mundo, y la eficacia divina de ese gran principio, ingénito á nuestro ser, atributo de nuestra alma, de ese eterno protagonista en la naturaleza y en la sociedad, del principio de libertad, que llena como luz sin ocaso desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia. (*Aplausos.*)

En todas estas lecciones nos proponemos un fin práctico, positivo, tangible, para evitar procelosos escollos y ocurrir á gravísimos males; y así como en el año anterior, cuando una escuela arrogante, en todo el apogeo de su mentido poder, de su falsa gloria, amenazaba arrancarnos nuestra libertad y nuestro derecho, y para conseguirlo se refugiaba en el sentimiento religioso, último asilo de los penates de los pueblos, y nosotros la arrojábamos de aquel redueto mostrando que el cristianismo y la

nocion de libertad descendieron á un tiempo del cielo y se dilataron, merced á un mismo sacrificio, por la tierra; asi como en el año anterior rendimos este servicio á la causa de la libertad de nuestra patria, hoy, que nuestro mal toma un aspecto mas grave y mas profundo; hoy, que la duda cae sobre tantas inteligencias, y el interés domina tantos corazones; hoy que hombres encanecidos en el servicio de grandes causas, las abandonan, por seguir á un ídolo sin espíritu y sin nombre, debemos abrir las páginas del martirologio cristiano, ver al débil niño, á la pobre mujer, al vacilante anciano, triunfando en el potro, en el tormento, en la hoguera, para enseñar asi á esos hombres que sacrifican á su vida de hoy su vida de todos los tiempos, que la duda y la apostasia nunca han tenido mártires, y que la fé en las grandes ideas religiosas, políticas y sociales ha hecho todos los milagros y ha obrado todas las maravillas que nos admiran en la tierra. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Yo no lo siento por esos hombres que se van, columnas destrozadas de templos que se arruinan; piedras caidas de altares que se deshacen; no lo siento por ellos, aunque me lastima que manchen los títulos que tienen al agradecimiento de los pueblos; esta confusion moral me duele por la juventud; porque si la edad de las grandes pasiones, de la generosidad; la edad que siente rebosar la vida en su seno, y atrae á su imaginacion todas las ilusiones, esa edad en que el hombre ama el sacrificio, porque ve su sér dilatarse en horizontes infinitos; esa edad del amor, de la fé, en que el corazon late de entusiasmo, y la idea, como el

águila, se cierne en los espacios mas allá de las nubes, como en pòs de que el aliento de las tempestades agite sus alas y acompañe sus cánticos; si esa edad feliz se entrega tambien al descreimiento y á la duda, si se consume en la impotencia, si no ama la libertad y el progreso, es necesario renunciar al último reflejo de la vida, á la esperanza, y caer en el marasmo y en la duda; muerte pavorosa y terrible, mas terrible y pavorosa que la descomposicion de nuestro cuerpo, señores, porque es la muerte de la conciencia, la triste muerte del alma. (*Aplausos.*)

La ciencia, que nos anuncia el pervenir; la historia, que nos señala los grandes y extraordinarios esfuerzos que los hombres han empleado para llegar á la libertad; el recuerdo de las catástrofes porque ha pasado la especie humana; la vista de ese largo camino sembrado de abrojos que el hombre ha pisado, camino en que le ha sostenido siempre la esperanza de llegar á la tierra prometida, que se esconde, como una estrella indecisa, en el fondo de todos los tiempos, en las tinieblas de todos los siglos; la seguridad de que nada ha habido durable y fuerte en la tierra, sino aquello que se ha cimentado en el bien universal de la especie humana; el ruido de las cadenas que se quiebran y se pulverizan á cada paso que da el hombre para llegar á su fin, que es realizar su naturaleza en verdad, bondad y hermosura sobre la tierra; todas estas ideas, todos estos sentimientos, que se desprenden de las páginas de la historia y del estudio de nuestra conciencia, pueden servirnos como de preservativo para los males presentes, como de guia para acercarnos resueltamente á lo

porvenir, seguros de que en su seno se ha de encontrar la libertad y la justicia, que nos recuerda la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. El estudio de la ciencia histórica es muy idóneo para nuestro carácter. La raza latina, hija de aquellas razas que divinizaron la naturaleza, como en prueba de que habia de ser siempre suyo el mundo material; artista de fantasía poderosísima y de intenso amor á la realidad y á la vida; mas fácil para la inspiración que para el raciocinio; pronta siempre á encarnar en el espacio las ideas que cruzan por su conciencia; expansiva, como que su corazon es una lira que suena al menor beso del sentimiento; dada á verter la esencia de su alma, no en abstracciones vagas é indecisas, sino en grandes empresas y en obras que maravillan y suspenden los sentidos; guerrera, que ha abrevado la tierra con su sangre; navegante audaz, que ha descubierto los secretos que Dios ocultaba en el inmenso manto de los mares; raza humanitaria, como que ha dado á todas sus ideas principales, al derecho, al arte, ese gran sello de unidad, que las levanta sobre todas las obras de la historia; criada en blanda naturaleza, que ha sido parte á dar fuerza creadora á su imaginacion y encantos á su vida, preparada con todas estas disposiciones, nuestra raza verá siempre en cada hecho una idea, y tendrá siempre por su principal ciencia y filosofía la ciencia de la historia, entrando la primera en la ciudad de Dios de lo porvenir, en la ciudad de la libertad y del derecho.

En efecto, señores, en la historia se encierra esa filosofía que ha sido de todos los tiempos de la humanidad; esa filosofía, esa ciencia práctica, que

nos muestra la série de ideas porque ha pasado el espíritu para seguir en su desarrollo y llegar á su perfeccionamiento. Cada hecho es una idea, ora positiva, ora negativa; cada época y cada nacion un sistema; la historia toda de la humanidad, una ciencia acabada y completa. En las diversas escuelas filosóficas y políticas, en las varias instituciones, en las artes, en las ciencias, el espíritu observador y elevado, ve las leyes de nuestra rica y varia naturaleza. Desarrollando á un mismo tiempo estas leyes, viviendo en todas las esferas de la vida, dilatándose en toda la fuerza de su sér, el espíritu humano se realiza en la historia. En los primitivos tiempos, estaba encerrado en la naturaleza como en su capullo, dormido en el seno de la materia como el inocente niño en el maternal regazo: pero mas tarde, el aura de la libertad lo estiende y lo dilata, y su vida se encarna en brillantes manifestaciones, y entonces nace el ángel de la creacion, el hombre. El hombre es la armonía viva del espíritu y la naturaleza, la union de la idea y la materia, el lazo que liga al cielo y la tierra, y por eso su vida es varia, rica, inagotable y multiforme; y en su primer albor reposa en la creacion, como el pajarillo que en su nido aletea, sin ser osado á desplegar sus vuelos; y herida luego por el amor va en pós de la familia, que es para la vida como la jugosa tierra para el árbol; y no cabiendo en la familia, porque rebosa en tan pequeño espacio, se dilata en la sociedad; y para hacer la sociedad á su imágen halla el derecho, como para hacer la naturaleza á su semejanza tiene en sus manos el cincel del trabajo; y anhelante de armonías, encuentra en su sér escondida

la imaginación que en sus alas de oro le trae todos los átomos de la naturaleza, y en su harpada voz los cánticos de todos los seres, hasta que por fin desasosegada, inquieta, ansiosa de mas luz, penetra con su razón en los eternos tipos del mundo, y en las eternas leyes de la naturaleza, en el santuario de la religion y de la ciencia; y en todas estas varias ideas, en todos esos diversos grados, en la familia, en la sociedad, en el trabajo, en el derecho, en el arte, en la ciencia, en la religion, se estiende esta vida humana, que así compendia la esplendidez de la naturaleza como refleja, cual mar en calma, todas las luminarias del cielo. Así, pues, señores, para continuar nuestras lecciones, debemos demostrar el estado de la familia, de la sociedad, del derecho, del trabajo, del arte, de la religion y de la ciencia en los cinco primeros siglos del cristianismo. Es necesario presentar este cuadro frente por frente del cuadro que ofrecerá mas tarde la familia cristiana.

El mundo antiguo iba á perecer, iba á ser destruido. En todas sus manifestaciones debia conocerse esta decadencia que tocaba ya en los últimos límites de la descomposicion y de la ruina. Señores: Así como la sociedad se resume en el hombre, la familia se resume en la mujer. El alma de la familia es, pues, la mujer. Compañera del hombre; rosa, que embalsama todo nuestro ambiente; cielo claro, sereno, que nos ilumina con su mirar y nos refrigera con el dulce rocío de sus lágrimas; vaso de bendicion, que contiene la miel de los mas dulces y puros sentimientos; casta musa que inspira nuestros mágicos ensueños, nuestras mas caras ilusiones, sin su hermosura, sin su

amor, el mundo seria como un desierto, el hombre como una fiera, pues la mujer es fortaleza en el combate, fé en la incertidumbre, consuelo en la desgracia; único ser que enjuga nuestras lágrimas y calma nuestras penas; y así su voz resuena en los oídos como regalada blanda música; su palabra serena el mar tempestuoso de nuestras pasiones; su presencia mata toda mala idea en la mente, todo avieso sentimiento en el pecho; su hermosura nos inspira ese éxtasis en que el alma se exhala del cuerpo para reposar tranquila en el seno de otra alma; como que su destino es perfumar con ideas purísimas la conciencia, hermohear con el amor á la virtud el corazón, dirigir como una estrella la voluntad al bien; ángel de paz, que apareciéndose al lado de nuestra cuna, cuando niños; en la mansion del dolor, si enfermos; en todos los combates del hombre, y mas cuando es derrotado y herido; sobre la removida tierra de nuestras sepulturas, después de muertos, conserva y purifica bajo sus nacaradas alas el fuego de nuestras almas (*Ruidosos aplausos*). ¿Y qué es la mujer romana en tiempo de la destruccion de Roma, en tiempo del imperio? Aquella antigua matrona, cuya magestad severa tenia algo de la magestad de la República, cuyas costumbres eran austerísimas y sóbrias; encerrada en lo mas hondo del hogar; dispuesta siempre á hilar la ruda lana para cubrir el cuerpo fatigado del guerrero, y á atizar la tosca lámpara que ardia en el ara de los dioses patrios; sujeta como á un yugo de hierro, primero á la autoridad de su padre, y después á la autoridad de su esposo; consagrada al matrimonio por una ceremonia religiosa, en que intervenia

el númen augusto de la antigua Roma; saliendo rara vez de su casa, y solo para asistir, cubierta de tupido velo y envuelta en larga túnica á las ceremonias religiosas, á las procesiones del Capitolio, á los funerales de los héroes republicanos; recatada en su castidad, pues su castidad interesaba, no solo á la familia, sino tambien al Estado, para mejor conservar la pureza de la sangre romana; aquella mujer, querida de sus hijos, respetada de su esposo, cuando llega la hora del mundo antiguo, abandona su templo, el hogar; se aparta de la vida privada; asiste á la puerta Capenna en carro de marfil y oro, mal envuelta en púrpura, seguida de esclavas abisinias, que renuevan el aire con sus abanicos de plumas de mil colores: va al circo á escitar al gladiador con su sonrisa, al campamento á entusiasmar á los soldados, al teatro á refrigerar con vino de Falerno la cansada garganta del farsante; abandona la antigua severidad, se acostumbra al divorcio y al concubinato; rompe la conferreacion por una ceremonia fúnebre, y la coemption por una nueva venta; se deja llevar de grado desde el tálamo nupcial al palacio de los Césares, para pasar desnuda en su presencia y aguijonear sus brutales instintos; baja á la ergástula á buscar en los brazos de sus esclavos nuevas sensaciones, nuevos placeres; se disgusta de la maternidad, y para no marchitar su hermosura, ahoga en el vientre el fruto de sus amores, ó si tiene hijos, los entrega á sus esclavas para que los eduquen; y así, corrompiendo la familia, que es la raiz de la vida, corrompe la sociedad; y corrompiendo la sociedad, la apareja para la servidumbre; porque cuando los pueblos son tan viles

que pierden la virtud y la conciencia de su derecho, caen faltos de esa virilidad que necesita la práctica de las libertades, rendidos por el brutal sueño de los vicios, bajo la coyunda infame y vil de los tiranos. (*Prolongados aplausos.*)

De la familia pasemos á la sociedad. El Imperio era toda la sociedad. El Imperio, esta institucion continuaba siendo fiel á su idea, á su pensamiento capital. No habiendo podido los Gracos realizar la revolucion social en el Senado, ni Saturnino y Druso en los comicios, ni Mario y Sertorio en los campos de batalla, una dictadura permanente, iniciada por César, y seguida con empeño por sus sucesores, vino á absorber la vida toda de Roma, para estender los privilegios de la ciudad al mundo; abrir el cerrado *pomerium* á los extranjeros; matar la oligarquía del Senado, la preponderancia de los ricos, el orgullo de los nobles; destruir la antigua familia patricia, emancipar á la mujer y al esclavo; llamar al ejército á todos los pueblos; establecer la igualdad ante el fisco de todos los hombres; hacer la justicia uniforme, la ciudad universal, el derecho humanitario; suprimir ya para siempre las antiguas fórmulas; realizar, en una palabra, una gran revolucion en el mundo, prueba cierta de que las grandes ideas, que vienen á renovar la vida del mundo, y el alma del hombre, con un nuevo soplo de libertad, han de ser pacíficamente admitidas en las leyes, porque de lo contrario rompen, destrozan todos los obstáculos y consiguen por las revoluciones y por la fuerza las victorias que no han podido conseguir por la persuasion y por sus derechos. La idea justa, saludable de la revolucion plebeya, tomó una forma as-

querosa y repugnante cuando tomó la forma de dictadura omnipotente, y llegó á las consecuencias de asqueroso despotismo. Roma entregó su poder á un hombre, le hizo imagen de su libertad, centro de su fuerza, encarnacion de su derecho, símbolo de su justicia, sombra de la misma augusta magestad del pueblo, depositario de todas sus riquezas, le ciñó la corona en que estaban engastadas todas las naciones, le dió por centro el eje mismo del mundo, le envolvió en púrpura teñida en la sangre de todas las razas, le alzó un trono, cuya peana era la tierra, cuyo dosel era el cielo; y como nada hay tan fuera de razon y tan contra naturaleza como el despotismo y la autoridad ilimitada de un solo hombre, aquellos emperadores, al tocar la cumbre del poder, eran desgraciados ó infames, como lo prueban Tiberio, alma grande, convertido en sediento tigre; Neron, espíritu tierno y poético, trasformado hasta el punto de matar á su madre y quemar á Roma; Calígula, loco, que hace á su caballo cónsul y á la luna su amante; Caracalla, que mata á su hermano al mismo tiempo que le acaricia, y que goza en ver correr la sangre de veinte mil hombres; Cómodo, encerrado en su palacio con trescientas prostitutas y otros tantos mancebos; Vitelio, tendido en su cocina, gastándose en comer todas las rentas del Imperio, apegado *al plato*, gruñendo y devorando; Cláudio, el imbécil Cláudio, viendo con epiléptica risa en los lábios y la estupidez en el semblante morir diez y siete mil gladiadores; Diocleciano, huyendo á Nicomedia á ocultar sus remordimientos; el pio Antonino, devorado por el escepticismo; Trajano, el gran Trajano, recorriendo la tierra por ver si pue-

de arrojar de sí el peso de la desesperacion que le consume; ejemplos vivos, eternos, de que el hombre levantado sobre los demas hombres, el hombre que aplasta bajo sus piés la libertad y el derecho, el hombre que desde su trono menosprecia á la humanidad, al ceñirse una corona autocrática se ciñe una serpiente que le muerde las sienes, al tocar los límites de la omnipotencia, toca los límites de la abyeccion y de la miseria, y al creerse un Dios se convierte en miserable bestia. (*Ruidosos aplausos.*)

Veamos las edades del Imperio. La primera edad, que se dilata desde César hasta Neron, es una edad revolucionaria. Los Césares, revolucionarios violentos, de accion, bien al revés de los Gracos, que eran revolucionarios idealistas, platónicos, soñadores, rompen, destrozan todas las antiguas instituciones; la familia, por sagrada y austera; la propiedad, por inmóvil; los comicios, por tumultuarios; los Cónsules, por aristócratas; los tribunales, por violentos; el Senado, por tradicional é histórico; el patriciado, por egoista; el derecho formulario y religioso, por oscuro y privilegiado; la diferencia de clases, por antigua y gastada; y así, quebrantándolo todo, destruyéndolo todo, renovándolo todo, abren paso á una nueva idea política y social, que sube magestuosamente á posesionarse del alto Capitolio, para unir á todos los hombres dispersos y celebrar el nacimiento de una nueva humanidad, refundida por la revolucion, por el hierro y el fuego, instrumentos de las ideas, en un solo cuerpo, sobre el cual va á descender pronto el espíritu de Dios envuelto en el soplo inmortal del cristianismo.

La época que comprende desde la muerte de Neron hasta la ascension al trono de Trajano, es una época confusa de indecision y de duda, es un caos en que luchan contrarios y opuestos elementos; el recuerdo de lo antiguo, el temor y la esperanza en lo porvenir. Apenas muere Neron, el grito de libertad llena los aires de Roma; la imagen de la República se aparece á los ojos de los nobles; unos gritan por la resurreccion de la antigua sociedad, otros por el acrecentamiento y gloria del imperio; el Senado se mueve y palpita en su sepulcro; la aristocracia quiere rasgar su negro sudario; la familia cesárea desaparece como si la hubiera devorado un abismo; el bosque de laureles, de donde cortaban sus armas los dueños del mundo, es consumido por el fuego del cielo; las estatuas de Tiberio, Calígula y Cláudio, pierden su corona, y la de Augusto es herida en el cetro por un rayo; la tumba de Neron se levanta en el Campo de Marte, dominando á Roma, cubierta de flores; las muchedumbres mas ínfimas de la ciudad eterna recorren las calles pidiendo á grandes voces su hijo, su emperador, su Neron, en cuya muerte no puede creer, porque Neron era su vida; y en medio de este desórden, ora sube al Capitolio un soldado porque tiene lanzas, y que cae, porque no da juegos ni gladiadores, ni comida al pueblo; ora un mancebo, porque es amigo de Neron, mancebo que deja en las gradas del trono, vida, honra y corona; ora un gloton, enviado por los ejércitos de Occidente; ora un filósofo que mandan las regiones de Oriente; ora un mónstruo, que se entretiene en matar moscas y en matar hombres; siempre la indecision, siempre la duda; enseñanza verdadera,

señores, de lo calamitosas y tristes que son esas épocas, en que la sociedad no tiene un principio absoluto, no abraza una idea fija, y luchando entre diversos elementos, se quebranta y se destroza, aplastando las mas altas inteligencias y los mas heróicos y grandes corazones, bajo el peso de sus ruinas. (*Aplausos.*)

Pero asi como la época que se estiende desde César hasta Neron, es la época revolucionaria del Imperio, y la época que se estiende desde Neron hasta Trajano es la época de incertidumbre y de duda, la época que se estiende desde Trajano hasta Márco Aurelio, es la época filosófica del Imperio, la época en que domina la inteligencia y la razon, en que parece próximo á cumplirse el gran sueño platónico del gobierno del mundo, por los mas sábios y los mas virtuosos. La idea filosófica de la escuela estoica, idea eminentemente práctica, idea de organizacion social y de gobierno, se encarna en hombres como Trajano, Adriano, Antonino Pio, y Márco Aurelio. La nocion del derecho, tan oscura antes, se esclarece y alumbrá al mundo. El antiguo derecho patricio es sustituido por el nuevo derecho civil, que pone al hombre sobre el ciudadano. En las mismas Doce Tablas, donde escribió el génio severo de la antigua Roma la idea del derecho, pero del derecho pátrio, del derecho esclusivo, escribe con indelebles caractéres la mano de Marco Aurelio la idea del derecho universal, del derecho humanitario. La razon de Estado, esa divinidad que habia vivido devorando pueblos, es eclipsada por un principio mas sublime y mas humanitario, por el gran principio de justicia. El emperador no es el magistrado que levanta á Ro-

ma sobre las demas naciones de la tierra; es el padre que levanta en Roma toda la humanidad, que llama á todas las razas, que comparte su vida con todos los pueblos, que anuncia el ideal de justicia; edad feliz, en que parecia que toda la filosofía griega, todos los grandes pensamientos que han cruzado por la conciencia humana, se habian encarnado en el Imperio. Marco Aurelio, educado para reinar por un esclavo, por un estóico que le enseñaba á creer mas fuertela virtud que todos los poderes de la tierra, y mas justa la conciencia que todos los códigos escritos, Marco Aurelio llevaba al trono la idea filosófica de la antigüedad, el estoicismo, que era á un mismo tiempo una protesta contra las clases elevadas y egoistas, y una preparacion maravillosa para la doctrina del verdadero derecho; y asi el emperador creia que las leyes civiles debian tener por norma la eterna ley de lo justo; que el hombre debia formar con sus hermanos una gran familia; que la libertad interior, esta voz secreta y augusta, no puede ser nunca por la tiranía ahogada; que cada una de nuestras acciones, lejos de mirar al bien particular del individuo, debe mirar al bien de la humanidad, como cada una de las partes del mundo se enlaza en el universo; doctrina santa que era el presentimiento del cristianismo; doctrina que se reflejaba en la vida de Marco Aurelio, como la vida de Marco Aurelio se reflejaba con resplandores, nunca de los hombres antes vistos, en el Imperio.

Pero asi como la época que abraza desde César hasta Neron es la época de las revoluciones contra la vieja sociedad, y la época que abraza desde Neron hasta Trajano es la época de la incertidumbre

en la nueva sociedad, y la época que abraza desde Trajano hasta Marco Aurelio es la época de la filosofía y de la idea y de la organizacion; la época que abraza desde la muerte de Marco Aurelio hasta la ascension al trono de Probo, es la época de los pretorianos y de los sacerdotes y de los jurisconsultos; la época en que la fuerza de la sociedad antigua, personificada en los ejércitos, y la fuerza de la religion, personificada en los theurgos y en los jurisconsultos, luchan, predominando siempre los pretorianos: y así la iniciacion de la fuerza militar se ve en Cómodo, la reaccion religiosa se ve tímida en Alejandro Severo, desenfrenada en Helio-gábalo; el triunfo absoluto del poder militar en Maximino, la organizacion civil de ese mismo poder en Probo; época tremenda, cuyo recuerdo llena de angustia el corazon, de sombras la inteligencia; época en que lucha el fanatismo con la fuerza, y á cualquier lado que se inclina la victoria, ora á la teocracia mágica, ora á la fuerza bruta, se inclina siempre á la tiranía y á la barbárie.

El Imperio, como todo poder que se funda en una violacion del derecho, que es al mismo tiempo una gran violacion de la naturaleza humana, habia menester numerosísimas huestes, inmensas legiones; poderosas en verdad para sustentarlo, pero mas poderosas aun para destruirlo; porque así como el error lleva en sus lógicas consecuencias la muerte, la tiranía, que es la encarnacion viva de todos los errores, encuentra su debilidad, su ruina, en lo mismo que cree su fuerza; y eruido desmedidamente el ejército, para sostener con cadenas de hierro, siempre frágiles, aquella sociedad que no acertaba á sostenerse en la ley de armonía que en-

trañan la libertad y la justicia; cuando ocupaba el trono un emperador como el bárbaro Cómodo, mas ganoso de placeres que de glorias, mas amigo de fiestas que de autoridad, mas bien hallado en la tibia atmósfera de los serrallos que entre las inclemencias de los campamentos; un emperador que para divertir su hastío iba ceñido el pecho con piel de leon, la espalda con arco de cazador, y ocupada la mano con hercúlea maza de oro, á cazar fieras, á disputar el circo á los gladiadores en fingido combate, haciendo que el Senado levantara estátuas y ofreciera incienso al que le habia aventajado en la arena; cuando un emperador de este linaje, decia, ocupaba el trono, las guardias pretorianas, que conocian al emperador, que presenciaban sus deformes vicios, que sentian en sí el núcleo de todo poder, que miraban pendientes de sus lanzas toda autoridad y toda justicia, recogian las riendas del Estado, jugaban con ellas al azar, destronaban al emperador, vendian la púrpura cesárea al que mas la pujaba, sacaban desde lo alto de los muros de la ciudad eterna, resguardo salvador en otro tiempo del derecho, á pública subasta el Imperio, lo vendian á un senador rico, y luego tornaban á destruir con sus espadas sus mismas hechuras, como para enseñar eternamente á las generaciones, que esos poderes que se creen eternos, porque tienen solo en su abono la fuerza, son débiles cuando les falta la justicia, y haciéndose tiránicos, solo pueden engendrar en su maldita esterilidad la anarquía en el gobierno, la desolacion en los pueblos. (*Estrepitosos aplausos.*)

Cansados los espíritus de la fuerza, convirtieron sus ojos á una idea, á un elemento espiritual,

y como el gnosticismo con todos sus mágicos ensueños dominaba el mundo, fueron al interior de un templo del Asia á buscar entre el humo de los holocaustos y de los sacrificios un emperador llamado Heliogábalo, que desde el Oriente caminó á Roma en medio de palmas y flores y aromas en larga procesion religiosa, y entró en la ciudad eterna envuelto en rozagante seda, pintadas de bermellon las cejas y las mejillas, ceñida la frente con áurea tiara persa, embebido en un éxtasis religioso, abrazado en su carro triunfal á su dios, que era una piedra negra, ornada de diamantes y esmeraldas, seguido de un gran número de mujeres sirias que trenzaban con guirnaldas una mágica danza; rasgos muy propios para pintar aquel extraño jóven, cuyo culto era el vicio, cuya teología era el amor brutal y desordenado de los sentidos, cuya imaginacion, enflaquecida y exaltada por los placeres á un mismo tiempo, era presa de un continuo fantástico delirio, que le llevaba á predicar dogmas religiosos, eróticos, afrodisiacos, á unir y aglomerar nuevas divinidades en el panteon, á crear un senado de sacerdotisas consagradas á Venus, á vestirse de mujer y entregarse á la infamia de vergonzosas liviandades, á salir desnudo en un carro circundado de mujeres tambien desnudas, á unir en confusion horrible todos los sexos, todos los animales en sus goces, á violar las vestales y divinizar las prostitutas, á confundirse en un mar de delicias, de orgías, exaltado por un sentimiento religioso, que tendia á prolongar el placer hasta lo infinito, como si fuese aquel delirio el delirio de un siglo devorado por la duda; aquella demencia, la demencia de una

civilizacion corroida por el despotismo. (*Aplausos.*)

Los sacerdotes, los filósofos neoplatónicos, los jurisconsultos, habian creado aquel emperador delirante, y habian mostrado su impotencia para sostener en la razon al Imperio. Dos clases luchaban por la púrpura, la clase civil, que predominaba despues de una larga tiranía militar, y la clase militar, que predominaba despues de una larga tiranía civil. El mundo, cansado de la demencia de los que podiamos llamar ideólogos de aquel tiempo, personificados en Heliogábalo y Alejandro Severo, se inclinaba de nuevo á la guardia pretoriana, á la preponderancia militar. Un dia un guerrero titánico, de talla desmesurada y de buen porte, pasaba armado de pesadas armas delante de las legiones romanas, caballero en un alazan del desierto, respirando gozoso el aire que presagiaba el combate y anunciaba la tempestad. Las legiones creyeron ver en él un Cíclope, un Titan, un Hércules, y lo erigieron dueño del mundo. En efecto, Maximino era el símbolo de la fuerza. Hijo de un godo y de una alana, criado en las inclemencias del campo, era como el representante de una nueva raza, y tenia ocho piés romanos de estatura, la fuerza de un toro, la impetuosidad de un caballo, se bebia el vino que cabia en una ánfora, devoraba treinta libras de vianda en un momento, deshacia las piedras entre sus manos, paraba un carro en mitad de su carrera, y era capaz de romper con sus puños una legion de los mas bravos guerreros. La guardia pretoriana habia encontrado su héroe. El la llevaba á pelear contra los sármatas y los persas; él aplicaba á la guerra el dinero de los espectáculos; al mantenimiento de

su ejército, los ídolos de oro de los templos. Roma estaba aterrada al ver que un bárbaro era su dueño. Parecíale que como los antiguos galos iba á incendiar el Capitolio, y á no dejar en la ciudad reina del mundo piedra sobre piedra. Maximino habia sido desgraciado en Roma, habia encontrado cerradas á su miseria las puertas de los señores, que al verlo emperador, hundian en el polvo la cobarde frente, y se aprestaba á una pronta venganza. Mas el Senado le declaró depuesto del trono. Al saber esto Maximino en sus expediciones, atraviesa los Alpes, baja á los valles, encuentra arrasadas las campiñas, desiertas las villas, fortificadas las ciudades, rotos los puentes, emponzoñados los manantiales; vé que hasta las piedras de Italia se levantan por sí solas contra el bárbaro; conoce que el mundo prefiere epicúreos infames y gastados á un guerrero que hubiera podido fundir con su soplo de fuego el tímpano de hielo que iba á caer sobre el Imperio, y se entrega á la muerte, que le dan bárbaramente sus legiones.

El Imperio desde Tácito hasta Probo, despues de amenguar un tanto el poder de las guardias pretorianas, reconcilia el elemento militar con el elemento civil, como para prepararse á otra lucha mas grande, á la lucha religiosa, que empieza verdaderamente en Diocleciano y concluye en Teodosio. El Imperio siente que el cristianismo va á triunfar. Diocleciano lucha con el cristianismo, Constantino cede á su influjo, Juliano retrocede al paganismo, Teodosio proclama definitivamente su triunfo. La Iglesia, desde Neron hasta Trajano, y desde Trajano hasta Diocleciano, sufre grandes

persecuciones. Aquellos cristianos, encerrados en el fondo de las catacumbas para practicar la ley del amor, para renovar el mundo con la esperanza; miseros esclavos, que habian roto sus hierros, almas puras que se levantaban del cieno de la sociedad, porque entre tantos vicios conservaban entera la virtud; porque entre tantas duras pruebas tenian fé vivísima; porque en aquella general adulacion á los tiranos, guardaban inmaculada su libertad; porque en la agonía tremenda y desesperante del Dios-naturaleza, tenian un Dios-espíritu, que recogia sus lágrimas y calmaba sus dolores; eran perseguidos, acosados por los hombres de la vieja sociedad, que les hacian responsables de los huracanes, de las tempestades, del hambre, de las inundaciones del Tiber, y de la escasez de aguas en el Nilo; y bajando á sus catacumbas, á sus templos, querian arrancarles su Dios, arrancándoles la vida; y los arrastraban por las calles, y los vendian en los mercados, y los bajaban á las minas de la Numidia, y los entregaban á los hambrientos leones, á los tigres, á las hogueras; crueldad inútil, porque si los miembros de aquellos infelices, sus carnes, eran desgarradas en el garfio; si su sangre era consumida por las llamas, sus almas, purificadas, engrandecidas por el martirio, desciñéndose de los lazos de la materia, se perdian en lo infinito para reposar tranquilas en el eterno árbol de la vida. (*Aplausos prolongados.*)

Y mientras esta persecucion se ensañaba en los cristianos, el paganismo se moria. La naturaleza perdia sus antiguos encantos; las ninfas y las náyades se desvanecian entre las ondas de los arroyos; el génio de Apolo no murmuraba ya sus

dulces cantares en las ramas de los laureles del Himeto; el coro de ruisñores que acompaña el canto plañidero de Edipo á la sombra de los olivos y los mirtos en el Valle de Colonna, callaba como si temiese turbar el reposo de la muerte; Diana no dejaba durante la callada noche sus huellas de melancólica luz en los humbrosos bosques; el dios Pan no sonaba en las majadas y oteros su caramillo, en el cual aprendieran sus regalados versos los Teócritos y los Virgilio; la caverna de Delfos yacía tapiada y no hablaba ya en su seno el génio de la antigua religion; la Pitonisa habia rasgado su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando lejos de sí el áureo tirso, descendia desesperada de su trípode, porque el fuego de la inspiracion no calentaba ya su desolada mente; los pilotos y marineros del Mediterráneo sentian helarse en sus lábios las oraciones consagradas á la luna y á las estrellas, y decian oír entre el rumor de las brisas una voz solemne que decia que los antiguos dioses habian muerto; y Grecia, la musa de la historia clásica, la eterna escultora del hombre, rota su lira, estinguida su voz, rodeada de los cadáveres de sus hijos, se hundia en lo pasado, herida, desesperada, cayendo como una blanca melancólica estatua funeraria sobre los restos del paganismo. (*Estrepitosos aplausos.*)

Entonces Constantino proclama la libertad de la Iglesia; entonces del fondo de las catacumbas sale triunfante el cristianismo; entonces la Iglesia Universal se reúne; entonces el Concilio de Nicea escribe el símbolo de la fé; ese símbolo que todas las generaciones han repetido, que se difundirá hasta el último límite del tiempo, y que resuena hoy bajo

las bóvedas de nuestras Iglesias: entonces se declara el triunfo inmortal del cristianismo, que viene á traer la nocion clara de Dios, á romper el cetro férreo del destino, á igualar á todos los hombres ante los altares, á prometer eterna vida á la virtud, á destruir la diferencia de castas, á consagrar la libertad humana, á encender el barro de nuestro cuerpo con el fuego divino, á renovar el espíritu del hombre con el espíritu de Dios, á herir para siempre en la frente á los tiranos y establecer el eterno reinado de la justicia sobre la tierra. (*Aplausos.*)

El triunfo del Cristianismo debia llenar todo el espíritu del hombre, sin dejar espacio á su corazon para ningun otro sentimiento, ni á su mente para ninguna otra idea. De aqui esa gran exaltacion religiosa, á que llegaron muchos hombres, mal hallados con la vida del mundo. Apenas habian recibido ese rayo de luz en su frente, apenas habian gustado el maná de esa verdad divina; cuando el cielo se desplegaba á sus ojos, y la eternidad á su pensamiento, pareciéndoles mezquino tributo la vida entera para consagrarla á un Dios que habia dado su vida por los hombres; huian de las ciudades, y refugiándose en las cavernas del desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los tigres y leones, en aquella naturaleza estéril, infecunda, abrasada por los rayos del sol, abrian sus corazones consumidos por el amor divino á la oracion, á la esperanza, y herian y maceraban sus cuerpos como para obligarles á exhalar desí el espíritu, para que se perdiera, como la gota evaporada de rocío, en la inmensidad de los cielos. Este particular estado del espíritu hu-

mano es muy propio del entusiasmo que inspira siempre una idea naciente. La revelacion celeste no cabia en la conciencia humana, y rebosando, anegaba en su seno toda la vida. El hombre no tenia ojos, sino para mirar al cielo; ni oido, sino para escuchar la voz de Dios en la naturaleza; ni fuerzas, sino para la oracion y la penitencia; ni sentimiento, sino para amar el gran sacrificio del Calvario; ni idea, sino para absorberse en la contemplacion mística del Eterno; ni vida, sino para entregarla al seno de la eternidad; ni alma, sino para perderse en el amor del cielo. Así, los eremitas, que representaban admirablemente esta exaltacion maravillosa y necesaria del espíritu humano, atraian á sus desiertos las gentes sedientas de lo infinito; y al eco del huracan, del rugir de los leones, y del mahullido de los tigres, predicaban la esencia y la naturaleza de Dios. Allí, en aquellos desiertos, ardía la primer llama del entusiasmo cristiano, á manera de un fuego, que se levantaba de las áridas rocas para abrasar y renovar el mundo. Despues los eremitas debian levantar conventos, contra los cuales se estrellaran en el diluvio del antiguo mundo clásico las revueltas olas de la barbarie. El Cristianismo, la doctrina perseguida, la doctrina regada con sangre de los mártires, llegó á fecundar con su vida hasta las mismas áridas arenas de los desiertos.

Pero el génio del paganismo no dejaba tan fácilmente su presa y su triunfo. Una reaccion universal, profunda, inmensa, fué intentada por Juliano. Apartado de la vida del mundo por celos imperiales, recluido desde niño en un convento, educado en las máximas cristianas, viviendo entre

eremitas, su espíritu, sin embargo, tenía una exaltación tal, una ambición tan desmedida, que allí, en aquella soledad, sin más consejo que su razón y su conciencia, concibió, leyendo los versos mágicos de Homero, la idea de restaurar algún día el paganismo. Amante de la hermosura y del arte, como nacido casi bajo el cielo de Grecia, creía que era necesario devolver á la naturaleza muerta su espíritu, que había huido al cielo, y á los bosques, á los arroyos, á las praderas, á las ondas sus antiguos dioses, para que volviesen á exhalar aquellos cánticos que no deleitaban ya en su tiempo el oído de la humanidad. Y para conseguir este fin se instruye en la antigua ciencia, recibe el espíritu neo-platónico, explica el paganismo por aquella theurgia que intentaba dar una nueva doctrina á los ídolos, descendiendo á las cavernas de Eleusis, oye allí el ruido del alma del mundo que contesta á la voz de los sacerdotes paganos, va á Constantinopla, oculta sus ideas, y cuando llega la hora de reinar, acomete su empresa, levanta los templos, los decora de imágenes antiguas, arroja guirnaldas sobre el altar de Apolo, vuelve á poner sus cuerdas á la rota lira de Grecia, prohíbe que los cristianos interpreten los poetas antiguos, predica una teología neo-pitagórica enfrente de la teología cristiana, resucita las antiguas procesiones, quema incienso en las aras de los antiguos dioses, empresa vana, inútil, porque si al morir hubiera vuelto los ojos al porvenir, hubiera visto á los bárbaros arrodillados en torno de Roma, el altar de la Pitonisa desplomándose, los sacerdotes arrojando sus coronas de encina desde lo alto de la roca Tarpeya como el último adiós dado al paga-

nismo; el altar de Júpiter Capitolino destrozado, la divina Cruz coronando la cima del Capitolio. (*Estrepitosos aplausos.*)

Sin embargo, el espíritu humano estaba profundamente conmovido en una época tan decisiva para la civilización. El dogma era objeto de grandes controversias en las escuelas, en los templos, en plazas y calles, en el fondo mismo de los desiertos. El pueblo, que había perdido las grandes luchas políticas, necesitado de actividad y de vida, iba á luchar al campo de las cuestiones teológicas. En ellas se interesaba toda la vida, toda el alma de la humanidad. Estos problemas, planteados en el tiempo, se resolvían en la eternidad. Así la vida y la muerte, el recuerdo y la esperanza, la cuna y el sepulcro, todo se interesaba en estas luchas del pensamiento y de la fé. Hombres de espíritu batallador, de independencia, continuamente agitados por el pensamiento, ansiando beber la vida eterna en el cielo, no pudiendo abarcar la revelación que descendía de la mente divina, caían en la herejía; porque la luz les cegaba, como acontece á nuestros débiles ojos, que no pueden mirar el sol. Entre todas estas herejías, por su adacia, por su éxito, por sus largas consecuencias, ninguna alcanzó la importancia que en la historia tiene la terrible herejía de Arrio. Esta herejía iba á herir en el corazón el dogma; á destronar la nueva religión. Era una rebelión del pensamiento contra la fé; pero rebelión que tendía á arrancar el espíritu divino á Cristo, y su consustancialidad con el Padre. Esta herejía es una idea capital en la historia de la civilización, porque el arrianismo imbuyó su espíritu á los bárbaros, como para prepararlos á

la verdadera fé. El arrianismo estaba empapado en el espíritu de Oriente, y subió al Trono con muchos emperadores y amenazó absorber el mundo.

Pero, en medio de estas dudas, y de esta incertidumbre, suena en el reló de los tiempos la hora del triunfo definitivo del Catolicismo. A esta gloria, á este triunfo de la civilizacion vá unido el nombre inmortal de un español, el nombre de Teodosio. A pesar de los progresos que las nuevas ideas hacian en el ánimo de las gentes, el paganismo sonreía aun en sus innumerables templos y altares. La reaccion de Juliano habia dado un calor ficticio á los antiguos dogmas. Parecia esta lucidez de la religion el último destello de una lámpara que se apaga, de una vida que se estingue. En Alejandría, en Atenas, en la misma Roma resonaban los cánticos alegres y tiernos consagrados á los antiguos dioses, y sobre el ara de mármol se enlazaba la poética guirnalda, y al pié del ara ardía el fuego sagrado que habian alimentado tantas generaciones y que despedía sus últimos destellos. Por un instante parecia que el espíritu humano iba de nuevo á derramarse en la naturaleza para animarla y encerrar en cada hoja de los bosques, y en cada gota de agua de los mares los rios y las fuentes, un génio misterioso, una divinidad. Esta reaccion formidable, tremenda, que amenazaba destruir la obra maravillosa de la revelacion, y el reinado del nuevo derecho, fué detenida y contrastada por el génio sublime de Teodosio, que destruyó las antiguas aras, arrancó á su pedestal los ídolos, deshojó las corolas de la verbena y de las guirnaldas sagradas, enjugó la sangre que caía de las entrañas de las víctimas, hizo suspender los

augurios, las adivinaciones, los oráculos, y sobre los restos de esa religion, que habia sido el alma de tantos siglos, el consuelo de tantas generaciones, el ideal de innumerables artistas, sobre los despedazados restos de esta gran civilizacion, levantó el Dios de la verdad, y de la justicia; el Dios de los cristianos, que venia á renovar el espíritu de la humanidad.

Pero si el Cristianismo habia renovado el espíritu, los bárbaros debian á un tiempo castigar á Roma y renovar la sangre de la humanidad. Aquellos romanos gastados, que vivian en los alrededores de Nápoles gozándose en ver el cielo siempre azul, el mar siempre riente, los bosques embalsamados por el azahár, los templos erigidos en las colinas, mas bien como trofeos artísticos que como monumentos religiosos; aquellos señores romanos, que tenian en sus casas, mas grandes que una ciudad, todas las riquezas y hasta todas las extravagancias del gusto, montes de nieve en verano, bosquecillos de rosas en invierno, pájaros del Asia en sus jardines, monstruos marinos en sus estanques, mancebas traídas de todos los reinos, esclavos de todos los climas; tendidos en su trielíneo de púrpura y marfil; embalsamado el cuerpo con pomada de nardo, arreglado el cabello á usanza asiática, ceñidos con femenil estola, viviendo entre festines, donde tenian vino de Chio, miel de Cos, mariscos del Norte, lenguas de ruiseñores, javalíes con el vientre lleno de aves vivas, copas hechas de una sola esmeralda, ámbar de Pannonia; en medio de tales delicias, cuando mas descuidados estaban, ven de pronto entrar por sus puertas de marfil y oro, agarrarse á sus paredes pintadas al freseo,

manchar sus suelos de mosaico; profanar sus estatuas de mármol, quebrar sus espejos de acero bruñido; á espantosos bárbaros venidos; ora del Rhin ora del Danubio; unos de talla desmesurada; otros rubios y hermosos como leones; otros contrahechos, pequeños, deformes; de color verdoso; de nariz aplastada; de pómulos salientes; de ojos de buho; vestidos con pieles de rata, asestando flechas que eran huesos humanos, chorreando de sus lábios la sangre de la carne cruda que habían devorado; exhalando de su aliento el fétido olor de los orines de caballo que habían bebido; bárbaros que se cebaban en aquellos señores del mundo; tan perfumados y delicadísimos; como se ceba el hambriento tigre del desierto en las entrañas calientes y humeantes de sus presas. (*Ruidosos aplausos!*)

Los romanos, como los primitivos pobladores de la tierra, subían á lo mas alto de sus templos á mirar las nubes; las tempestades que avanzaban. ¿Quiénes son tantos bárbaros? Primero viene un bárbaro seguido de ejércitos que llenan desde la Dalmácia hasta las puertas de Constantinopla; de pueblos enteros; de carros que ruedan sobre el hielo ligeros; desde el desierto cae sobre la Tracia y Macedonia; flanquea el monte Ahtos, quemando sus espesos bosques; para que le sirvan de guia como una gran columna de fuego por la noche; lleva delante de sí los trofeos del templo de Minerva; abrasa la Grecia desde Sinmiun hasta Mégara; perdona los habitantes como el sacrificador arroja con desprecio la piel de la víctima devorada en el holocausto; entona sus ahullidos de triunfo en las orillas del mar Egea, teñido de sangre; penetra en Argos y en Esparta; y toma el hierro lacedemonio

para herir en el corazon la patria de Licurgo; arrastra á su carro las vírgenes mas hermosas consagradas aun á los dioses, y las entrega á su pueblo para que las profane y las goce; cierra para siempre los antiguos templos; acaba con los misterios de Eleusis; atraviesa, como el águila, los Alpes Julianos; lava sus piés heridos en los mares donde hoy se alza Venecia; llega hasta las puertas de Roma, que desde Annibal no habia visto ningun enemigo; fuerza sus muros, entra en su recinto infestado por los miasmas de cien mil cadáveres, y ahuyenta aquel Senado de reyes, ante el cual se postró la tierra, y destroza los templos, que guardaban la conciencia de la humanidad, y derriba los ídolos que habian sido el consuelo de infinitas generaciones, y se levanta como una estatua colosal, inmensa, sobre las ruinas de una inmensa y colosal civilizacion. (*Aplausos.*)

Pero todos estos pueblos necesitaban de una inteligencia, que les diese cohexion; de un brazo, que les diese unidad y fuerza. Para cumplir este gran destino histórico, vino al mundo el bárbaro Atila. Engendrado en el carro de los combates, nacido en las orillas del Volga, alimentado con leche de alimañas salvajes, acostumbrado á ver al abrir los ojos matanzas horribles, campos sangrientos; fuerte, vigoroso, deforme, corto de talla, ancho de espaldas, negro el color, aplastada la nariz, pequeños y hundidos los ojos, que brillaban como los del tigre en la oscuridad de su caverna; rara la barba, nervudos los brazos, echado atrás el cuello, erguida la frente; rugiendo mas bien que hablando; despidiendo de su mirar el fuego de la guerra; marcado con el sello del destino desde la cuna

para conmover las naciones, Atila disciplina las razas, une los restos de los Ostrogodos, de los Hunnos, de los Alanos, de los Burgundos, de los Escitas; arranca del suelo la espada que adoraban sus pueblos, y la esgrime como el ángel exterminador; se rodea de todas las preocupaciones y mágias del Oriente y del Norte; á la luz y al olor de la resina, consulta en su tienda el sacrificador ostrodogo, que estudia el porvenir en el corazon palpitante de la víctima; el adivino alano que agita sus hierrecillos y sus varillas; el mago hunno, que invoca las divinidades infernales con su tambor mágico; el hechicero tártaro, que busca el destino en las cenizas de las hogueras; y confundiendo así las creencias y las fuerzas de todas las razas bárbaras, las arroja sobre las Galias, destruye á Metz, á Treves, á Reims, pasa á la Italia, amenaza á Roma, y despues de dejar tras de sus pasos una inmensa ruina y una inmensa hoguera, el azote de Dios, vuelve á sus dominios, y muere ahogado en su misma sangre.

Señores: Parecia que el cielo no podia guardar mayores amarguras á la Reina de las Naciones, á la Señora de las gentes. Precipitada de su trono en el polvo, sin sus héroes, sin sus dioses, Roma no podia descender á mas oprobiosa abyeccion. Los caballos del desierto habian hollado el polvo de sus sepulcros; los hijos de sus antiguos esclavos habian roto en mil pedazos su corona, y habian profanado su magestad y su hermosura. Abandonada de su númen tutelar, quebrado su centro, sumida en lodo y sangre, do quier convertia sus ojos, encontraba nubes de bárbaros, descargando sobre su frente todas las iras del mundo y

toda la cólera del cielo. No había refugio en la tierra para los señores de la tierra. El Oriente y el Occidente, el Norte y Mediodía, los mares y los desiertos, los valles y las montañas estaban llenos de gentes bárbaras, hambrientas, crueles, vengativas, que cubrían el cielo con sus flechas, la tierra con sus víctimas. Cuando parecía que alguna de aquellas tribus, mal hallada con su condicion salvaje y ruda, se apercebía á recibir el soplo de la civilizacion y á perdonar á Roma, al punto, el Rhin, ó el Danubio, los Apeninos, los Alpes, vomitaban nuevos guerreros mas feroces, mas sedientos de sangre, mas dispuestos á amontonar ruinas sobre ruinas, cadáveres sobre cadáveres, como si gozaran en infestar la tierra. Por las vertientes de los Pirineos, por sus desfiladeros, tan codiciados un dia de los romanos, bajaba como un torrente de sangre un pueblo bárbaro, que empujaba y arrollaba otros pueblos tambien bárbaros. Los españoles, amantes siempre de su pátrio suelo, disputaban con heroismo sin par el paso á los enemigos de la civilizacion romana; y los soterraban bajo sus riscos. Pero, llamados los naturales á otras guerras, y dejando su hermoso suelo á viles mercenarios, los bárbaros todo lo arrollaron y vencieron.

Estos bárbaros, mas feroces que los godos, eran los alanos y los vándalos. La muerte precedia estas bandas feroces, que no tenían instintos de humanidad ni de justicia. Los incendios eran sus antorchas; los ayes de los moribundos la música mas regalada para sus oídos; la destruccion y las ruinas, su obra; el castigo del mundo antiguo, su destino. Cuando caia una ciudad entre las llamas, y

sus habitantes morian en la desesperacion, y ondas de sangre corrian á sus plantas, y los gemidos y los ayes poblaban los aires, aquellos hombres gritaban gozosos como las aves de rapiña cuando el hedor de los cadáveres hiere su olfato, graznan y aletean, y se lanzan gozosas sobre la horrible asquerosa podredumbre. La infeliz España sufrió con resignacion esta desgracia. El hambre diezmó sus habitantes; los miasmas de la peste oscurecieron su siempre límpido cielo; la segur bárbara taló sus bosques y arruinó sus pueblos; el fuego calcinó sus campos; y sus antiguos palacios, y las calles de sus mas populosas ciudades, vieron correr en su soledad y en su desolacion sobre sus ruinas las alimañas salvajes, las fieras del desierto. Las montañas de Leon y Astúrias fueron el primer refugio de estos bárbaros. Pero aguijoneados por sus inquietos deseos, ó heridos por sus enemigos, bien pronto se derramaron por los felices campos de la hermosa Andalucía, llevando allí tambien la destruccion y la muerte.

El hombre que personificaba este pueblo bárbaro, era Genserico, mas feroz aun y mas batallador que Atila. Menudo de cuerpo, corto de estatura, cojo, déforme, conciso en su decir, misterioso en su pensar, frugal en sus costumbres, audaz en sus proyectos, deseoso de riquezas si menospreciador de los placeres; cauto, astuto, traidor; sin amor ni á los hombres ni á los dioses; sin respeto á su propia palabra y á sus juramentos; vengativo, cruel, blandiendo atroz espada en sus manos, y llevando el ódio á la humanidad en su pecho; acosado como una fiera por sus enemigos y seguido de tribus feroces, Genserico era la venganza de Dios, que

derramaba con su soplo, abrasador como el fuego, la ruina en los pueblos, la muerte entre los hombres. Bien pronto su instinto viajero, que es el instinto superior del bárbaro, le aparta de Andalucía, y le lleva al Africa. Parece imposible, señores; generales romanos le llaman y le brindan con la destruccion y la venganza. La presencia del bárbaro en Africa despierta otros bárbaros, que dormían en las arenas del desierto. Los mauritanos, al sentir el grito de guerra, que puebla desde el Mediterráneo hasta el Atlas, salen de sus madrigueras, se esperezan y el olor de la matanza despierta su sed de sangre. ¡Qué inmenso campo se abre á la voracidad de los bárbaros! Ciudades populosas, colonias florecientes, campos bienahadados, multitud de diversas naciones, montañas, desiertos, puertos, un mundo entero levantado por infinitas generaciones, un mundo hermoso, que no tiene como Europa las manchas de sangre de tantas y tan recientes guerras.

Desde Tánger hasta Trípoli se estendian rápidamente las huestes de los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodia, unidos en un mismo sentimiento de ódio y de venganza. El horror que esta irrupcion derramó en los desgraciados habitantes del Africa fué tal, que los cronistas cuentan que aquellos bárbaros eran tan atroces que mataban generaciones enteras alrededor de los muros de las ciudades, á fin de que emponzoñado por la peste el aire, emponzoñára á los hombres. En aquellas regiones descollaba la antigua ciudad de Cartago, depósito sagrado de todas las tradiciones del Oriente, destrozada y reedificada por sus mismos vencedores, los romanos. Cartago tenia edificios

magníficos, templos suntuosos, liceos, academias, escuelas, y un floreciente comercio, recuerdos de sus antiguos tiempos. Cartago habia representado en la historia de la humanidad una gran fase de la eterna lucha entre el Oriente y Occidente. Habia subido hasta disputar el dominio del mundo á Roma, y el recuerdo de su grandeza era un titulo en su desgracia. Genserico, impulsado por la Providencia á borrar del mundo hasta el esqueleto de la antigua civilizacion, entra en la ciudad de Aníbal, arroja sus bárbaras huestes en aquellos suntuosos palacios, destroza hasta las piedras de sus muros, arranca al seno de sus hogares los despa- voridos habitantes, y borra de nuevo la huella de Cartago en la historia del mundo, ofreciendo sus restos como una hecatombe sobre el sepulcro ya sellado de la antigua civilizacion. El ánimo se perturba y entristece al considerar las desgracias que caian sobre los infelices nacidos en edad tan desastrosa. Los senadores de Cartago fueron arras- trados á las cadenas de los esclavos; sus mujeres al lecho de los bárbaros. Los mercados se llenaron de infelices cautivos, que miraban con envidiosos ojos á los que habian tenido la ventura de morir en aquellos amarguísimos trances. Los barcos que se daban á la vela en los puertos de Africa, lleva- ban hermosas cautivas á los serrallos y á las man- cebías. El Africa era un inmenso campo de batalla. Un vapor de sangre subia al cielo, á la manera de un triste holocáusto ofrecido al Dios de las ven- ganzas.

Mas no se apagaba la sed de sangre que aque- jaba á los bárbaros. Genserico llegaba á las orillas del mar, estendia su mirada por aquellas azules

ondas, y ansioso de domeñar unas ciudades y ver
 mas pueblos sujetos á su voluntad, estendia las
 velas, y se daba á merced de los vientos, seguro
 de encontrar en toda la tierra víctimas que sacrifi-
 car á su voracidad, y tesoros con que satisfacer su
 codicia, como si él mismo sintiera que su volun-
 tad y sus fuerzas y su espada eran los instrumen-
 tos con que el Eterno destrozaba un mundo para
 abrir paso á la eterna idea del progreso, que así se
 levanta del seno de las escuelas como de la deso-
 lacion de los combates. El viento le empujó á Ita-
 lia, y su deseo le llevó á Roma. La ciudad eterna,
 la que amedrentó al mundo con su poder, la que
 tenia en sus manos las coronas de todos los reyes,
 y en sus templos los dioses de todas las religiones;
 la que habia llevado á sus escuelas todos los sábios,
 á sus campamentos todos los guerreros, á su lite-
 ratura el espíritu de todos los pueblos; la que guar-
 daba la sancion de toda soberanía, el alma de to-
 do derecho; sola, abandonada, sin sus antiguos
 sacerdotes, sin sus heroicos guerreros, desposeida
 de toda su grandeza, arrojada en el estercolero de
 sus vicios, vió acercarse á su seno, sin espanto, sin
 temor, á los últimos bárbaros, á los vándalos, que
 destrozaron hasta sus ruinas y demolieron sus edi-
 ficios quebrantados, y pulverizaron sus estatuas ro-
 tas, y recogieron con sus rudos carros los recuerdos
 de todos los siglos, los restos de todos los templos,
 los cuerpos helados de todos los dioses, como para
 borrar del espacio hasta las huellas de las ideas y
 de los poderes que habia condenado la Provi-
 dencia.

¿Quién se levantará sobre tantas ruinas? El
 patricio romano ya no tiene fuerzas para ponerse

de pié, ni para buscar en las hogueras las lanzas de sus padres. Enflaquecido por sus vicios, en la hora tremenda de la guerra, abandona el cuidado de su hogar y de sus penates á los mismos bárbaros. El mundo clásico, que habia dominado toda la tierra, se entrega á sus enemigos. Del polvo de las tumbas no se levanta ni la sombra de Scipion, de Mario, de César, á contener á los bárbaros. Roma es como una añosa encina herida por el rayo del cielo. Ni su poder, ni su antigüedad le bastan para salvarse. Sobre sus cenizas humeantes se levanta como rey de Italia Odoacro. Este bárbaro recoge los diamantes rotos de la corona del mundo, y orna con ellos la diadema de su raza. Sobre el Capitolio reinan los bárbaros, aquellos bárbaros que no fueron osados á mirar á Roma, sino de rodillas, y con la frente hundida en el polvo. El triunfo de Odoacro es el triunfo de la civilizacion moderna, ruda en su cuna, sobre la civilizacion antigua, podrida en su sepulcro. El último de los emperadores lleva en su reinado el nombre del fundador de Roma, y del fundador del Imperio, como para enseñar que en él concluye la ciudad de Rómulo y el trono de los Césares. En el huerto de Lúculo yace el último dueño del mundo. El enflaquecido imperio debia morir para mayor deshonra, no en los campos consagrados á la guerra, sino en los campos consagrados al placer y á la licencia, para significar que los pueblos mueren, mas bien que por la espada de sus enemigos, por sus propios vicios. ¡Qué cuadro tan desolador! La lumbrera de la conciencia humana, que era la civilizacion antigua, se estingue; la Reina de las naciones muere.

¿A quién, á quién volver los ojos? ¿Dónde encontrará esta civilizacion un refugio? Si vuelve los ojos á Occidente, ve al bárbaro Genserico, que despues de haber esparcido las reliquias de Cartago, va jadeante á esparcir por los aires las cenizas de Roma; si se vuelve á Oriente, ve correr á Odoacro, al bárbaro Odoacro á ceñir una cadena á la reina de las naciones; por todas partes se levantan enemigos: ora es Ricimiro que viola sus leyes; ora el bárbaro Radagusa, que mata un millar de romanos al pié de sus ídolos; no hay remedio, el despotismo ha podrido á Roma, y los bárbaros son el cauterio de esa podredumbre; no hay para Roma ni salvacion ni esperanza. Pero, señores, sí, la hay, sí la hay. En medio de aquella desolacion universal, cuando toda Europa es un campo de batalla cubierto de cadáveres; cuando el cielo está ennegrecido por el humo de tantos incendios; cuando todas las aras, todos los ídolos flotan rotos, deshechos en un océano de sangre; cuando no encuentra el hombre para sus dolores ni el triste asilo que presta la tierra compasiva á las mismas fieras, en esta desolacion universal, San Agustin se levanta sobre las ruinas, iluminado por la fé, transfigurado por la esperanza, enseñando á los hombres, que reniegan de su edad y de su destino, la ciudad del porvenir, la ciudad de Dios, que flota inundada de resplandores sobre aquella negra noche, como flota el sol sobre las negras alas de las tempestades. (*Aplausos.*)

Hemos concluido. Ahí teneis el mundo que vamos á recorrer en el presente curso. Hemos visto

la revolucion social personificada en Neron, el derecho en Marco Aurelio, la iniciacion de la tiranía pretoriana en Cómodo, el gnosticismo oriental en Heliogábalo, la union del poder militar con el civil en Probo, la lucha con la nueva religion en Diocleciano, el reconocimiento de esa religion en Constantino, el símbolo de la fé en el concilio de Nicea, la reaccion pagana y la filosofia neoplatónica en Juliano, el triunfo del cristianismo en Teodosio, los bárbaros que luchan con Roma en Alarico, la unidad de las razas bárbaras en Atila, la venganza de Dios en Genserico, el triunfo de los bárbaros sobre el imperio en Odoacro, pero el triunfo mas alto de la justicia, de la verdad, y por consiguiente del progreso, en la ciudad de Dios que San Agustin enseña al mundo desolado como una eterna esperanza (*Aplausos*). Busquemos tambien nosotros esa ciudad. El hombre antiguo en su desolacion, en su desgracia, creia que el mundo de la felicidad y de la razon quedaba á sus espaldas; que conforme iba caminando hácia adelante, iba huyendo de su bien; que cada generacion seria mas enferma y mas desgraciada, y mas esclava; pero nosotros, verdaderos hijos del siglo XIX, nosotros que hemos forjado nuestro espíritu en las fraguas de las revoluciones modernas, nosotros que hemos aprendido que el derecho está en nuestra alma; nosotros, que hemos visto la materia sometida á nuestros mandatos, la tierra esclava de nuestra voz, nosotros no nos amedrentamos por los escollos que puedan detenernos, porque fuertes con la nocion sacratísima del progreso, sabemos que los tiranos pasan, los sofistas mueren, que las espadas de los fuertes son frágiles, y el triunfo d

la libertad y de la humanidad es seguro, porque se funda en nuestra propia naturaleza, y en las inviolables promesas del Eterno. — He dicho. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)



APÉNDICE.

FEDERICO GUILLERMO IV Y ALEMANIA. POLÉMICA

CON EL DOCTOR HOSSAEUS

SOBRE

FEDERICO GUILLERMO IV Y ALEMANIA.

APÉNDICE

POLEMICA

CON EL DOCTOR HOSSAENS

SOBRE

FEDERICO GUILLERMO IV Y ALEMANIA

FEDERICO GUILLERMO IV Y ALEMANIA.

(Publicado en «La Discusion» del 16 de enero de 1861.)

I.

La naturaleza se explica por sus leyes; la historia por las ideas. En el seno de cada hecho hay un pensamiento, como en el seno de cada organización un principio de vida. Los hombres que se agitan en la superficie de la historia, son ideas que el espíritu humano concreta en grandes personalidades. Solo á este título pueden exentarse de la comun ley del tiempo, que todo lo destroza, y pasar coronados de luz ó de tinieblas al juicio de la posteridad. Cuando una idea se agota, suele mo-

rir la persona que la representa, como si hubiera vinculado su vida en aquella idea. No alcemos los ojos para ver esta ley misteriosa á las edades pasadas, que conocemos en su esencia mejor que la edad presente, por la razon sencilla de que el oleaje agitado de la superficie nos impide hoy mirar los profundos senos del mar de nuestra vida. Miremos la ley mencionada en los hechos mismos: que en este instante caen como los ténues granos del reloj de arena en la insondable eternidad. Tres hombres han muerto, que representan tres ideas que han muerto tambien. Cuando el cañon de la Francia revolucionaria rodaba últimamente sobre los desfiladeros de los Alpes, pronto á romper los tratados de 1815, moria el hombre que era la encarnacion viva de esos tratados; el alma de la reaccion universal, que iba á disiparse en el humo de los combates; moria Metternich. Cuando Italia, vencedora, se apercibia á forjar la corona de su unidad, moria el hombre que representaba el fraccionamiento de Italia, su eterna servidumbre; moria Fernando de Nápoles. Y hoy que, agitada y convulsa la Confederacion germánica, vencida por la libertad el Austria, vive mas que nunca el pensamiento de unidad en Alemania, y Prusia necesita ser, para cumplir sus destinos históricos, el Piamonte aleman, hoy acaba de espirar, despues de unaagonía tan larga y tan tenaz como el principio que representaba, Federico Guillermo IV, el gran reaccionario, el gran Juliano el Apóstata de la filosofía y de la libertad alemana. Consideremos que la Providencia nos ha llamado á la vida en estos grandes tiempos de renovacion en que las antiguas ideas se apagan, caen los toscos ídolos, y

entre tantas ruinas de instituciones maldecidas, entre tantas cadenas rotas, entre tantos calabozos, donde el pensamiento agonizaba, destrozados, se levanta la luz de la libertad á iluminar para siempre nuestra vida y la vida de nuestros hijos; porque el principio de derecho que una vez se alcanza, no muere como los tiranos, antes permanece y vive de generacion en generacion como la absoluta justicia del Eterno.

II.

El que en la vida posee un gran principio de justicia, puede estar seguro de que todos los que le nieguen ó le persigan, han de caer vencidos á sus plantas. El profeta hebreo, ora ensangrentado por las espinas del desierto, ora azotado por el látigo de los tiranos de Oriente, ora arrastrando pesadas cadenas á las orillas del Eufrates, anunciaba, sumido en la esclavitud, á Babilonia, á Ninive, á Tiro, que sus cimientos habian de ser borrados de la tierra, como el sopro del aire borra la huella del reptil en las arenas; y una tras otra rodaron en el polvo aquellas soberbias ciudades, en tanto que sus esclavos guardaban en el arca de la alianza el principio de su perdurable vida, y asistian, ellos tan pobres y tan humildes, á la ruina universal de todos los colosos, que habian sellado sus frentes con la marca infame de la servidumbre. Asi le ha sucedido á la proscripta, á la maldecida democracia europea. En 1815 creyeron los des-

potas que habian logrado eterna noche para el pensamiento, eternas cadenas para la libertad. Y la Francia de la Santa Alianza, aquella Francia traidora y servil, cayó al pié de las barricadas de 1830; y la Rusia aristocrática y bárbara cayó en Sebastopol; y el Austria cayó en Solferino; y la Italia esclava espira en Gaeta; y la Prusia romántica acaba de ser herida por el ángel de la muerte en su Juliano el Apóstata, que al espirar ha podido ver la libertad triunfante, como el antiguo Juliano vió en su último sueño al Nazareno subiendo las gradas del Capitolio.

Dos veces hemos llamado á Federico Guillermo IV Juliano el Apóstata, y debemos decir que esta denominacion, que no es nuestra, sino de un pensador aleman, esplica toda la vida de ese rey. Cierta dia uno de los filósofos mas ilustres y mas eruditos de la nueva escuela hegeliana esplicaba en su cátedra sencillamente, con esa buena fé y ese candor propio de la flemática índole germánica, la vida de Juliano el Apóstata, que titulaba el romanticismo en el trono. Es de notar que el romanticismo no significa en Alemania lo que significa entre nosotros. Aqui es la revolucion liberal contra el clasicismo cortesano francés; y alli es la reaccion hácia el ideal de la Edad Media, la reaccion política hácia el absolutismo, la reaccion literaria contra Schiller y Goethe, la reaccion filosófica que quiere sustituir al raciocinio el sentimiento y la fé, y destronar los grandes pensadores libres, desde Kant hasta Hegel. Bajo el velo de la vida de Juliano y de sus ideas se encerraba admirablemente la vida del rey de Prusia. Las relaciones no podian ser mas exactas. El liberalismo ha-

bia tenido su Constantino en Federico Guillermo III, que si no lo habia elevado al trono, como Constantino jamás elevó al trono el cristianismo, le habia dejado libertad, aquella libertad que engendrò la escuela de Hegel, cuyo pensamiento fué por mucho tiempo el sol de las inteligencias. Mas al subir al trono Federico Guillermo IV subió con él la apostasía, es decir, la idea de matar toda la revolucion alemana, pobre y mezquina en el espacio, profunda, inmensa en las conciencias. De aquí las relaciones entre Juliano y Federico Guillermo, establecidas por el pensador aleman.

Juliano el Apóstata pasó su breve vida con los ojos puestos en el ideal griego, en sus altares coronados de rosas, en sus rientes sacrificios, en los coros de sus vírgenes, en las estátuas de Fidias, en las diosas que surgian ceñidas de algas y de perlas entre las ondas, en los génios que cantaban al pié del Hibla y del Himeto, corriendo ébrios de vida y de placer por los bosques de mirtos, adelfas y laureles. Federico Guillermo IV pasaba su vida con los ojos puestos en la Edad Media alemana, en sus castillos feudales, en sus soberbios nobles, en sus góticas abadías, en sus pavorosas creencias, en sus potros y en sus tormentos, en los vestiglos, y dominios y génios de las tinieblas que surgian de los lagos negros y emponzoñados al pié de aquellas montañas de Bloker, cubiertas de selvas oscuras, como la conciencia de la humanidad amedrentada en aquel tiempo, y por amedrentada, esclava. Juliano el Apóstata adoraba el paganismo, no por fe, no por sentimiento, sino por cálculo político, porque creía que la nueva religion habia roto la lira de los Tirteos, que llamaba á los ciuda-

danos á pelear por la patria, y habia convertido en cenobitas á los conquistadores del mundo; y Federico Guillermo amaba la Edad Media, no por fé, sino porque en aquel tiempo, el hombre, bien hallado en sus cadenas, obedecia ciegamente á sus señores; al paso que hoy, el liberalismo ha puesto sentimientos de independencian en el corazon del esclavo. Juliano el Apóstata mandaba abrir la caverna de Delfos que habia tapiado Neron, reedificar los templos medio arruinados por la indiferencia pagana, y atizar las lámparas apagadas; y Federico Guillermo IV, protestante, concluia, no por razones artísticas ó religiosas, sino por razones políticas, el monumento del catolicismo, la catedral de Colonia. Juliano el Apóstata, cuando el antiguo mundo moria y espiraban sus dioses, como Pontífice, como emperador y como hombre, trabajaba por detener aquella gran ruina; y Federico Guillermo en nuestro tiempo ha trabajado por contener la ruina de lo antiguo, cuando sus bases, merced al diluvio revolucionario, se han salido ya de su centro. Juliano conoce que, concluido el paganismo, su dignidad de Pontífice, que pasa á la Iglesia, concluye tambien, y quiere tener en sus manos la interpretacion de los oráculos y de los símbolos; y Federico Guillermo conoce que el pensamiento libre, emancipado, no puede consentir que la monarquía absoluta dirija las voluntades y regule los derechos cuando se le han escapado las conciencias.

Asi es que Juliano tiene la escuela de Alejandro para combatir al cristianismo, y Federico Guillermo la escuela romántica para combatir al liberalismo; Juliano tiene un Jamblico que exorci-

ce con fórmulas semi-orientales, semi-paganas á los cristianos, y Federico Guillermo un Schelling, que despues de su larga meditacion en Munich, exoreice con fórmulas semi-panteistas, semi-católicas, á los liberales; Juliano prohíbe que enseñen elocuencia y retórica los cristianos, y Federico Guillermo prohíbe que enseñen historia, literatura y filosofía los libre-pensadores; Juliano repite eternamente la frase de Homero, que dice que en la voluntad de los príncipes se encierra algo de la voluntad de los dioses, y Federico Guillermo está evocando siempre la autoridad de los jurisconsultos de la Edad Media, que dicen que los reyes son la imágen de Dios en la tierra; y en uno y otro, en los dos grandes reaccionarios, hay la misma pasion por lo antiguo, la misma fiebre por sostenerlo y avivarlo, el mismo menosprecio por todo lo nuevo, la misma tenacidad, y al fin de su vida, la misma impotencia.

III.

Lás revoluciones y las reacciones en Alemania, suceden siempre en las altas esferas de la inteligencia, en las regiones misteriosas de las ideas. Nosotros, hijos de la raza latina, eminentemente artística y práctica, cuya inteligencia aún no ha concebido una idea cuando ya la ha realizado, y que á veces, por intuicion, por génio profético, se adelanta á revestir de formas y á dar existencia á las ideas mas abstrusas; nosotros no podemos com-

prender cómo el carácter alemán llega hasta las mayores profundidades de la ciencia, sondea los abismos de nuestra naturaleza, conoce el derecho primitivo, esencial, que cada hombre trae consigo al nacer, ley inquebrantable del alma; y después ese rey del espíritu, coronado de ideas casi divinas, recluso en su aislada conciencia, alimentándose de sus pensamientos para que nada limite ni coarte su libertad, es pobre esclavo de ridículos príncipes, que muchas veces no tienen más ejército para forzar á la obediencia que sus gentiles-hombres, sus lacayos, y á lo más sus monteros y sus guardas de campo.

Y sin embargo, ¡qué portentosa revolución en el espíritu humano ha hecho Alemania! Se necesita subir á los tiempos de la Academia y del Liceo para encontrar un instante igual en la vida del espíritu. Un pensador profundo no se contenta con analizar el conocimiento, la relación del objeto y del sujeto; descende á una profundidad más maravillosa, revela claramente las leyes de la facultad de conocer, traza los límites del infinito océano de nuestra conciencia, y mide matemáticamente los grados porque pasan los fenómenos psicológicos, desde sentimiento á noción, y desde noción á idea; pudiendo decirse que nunca hasta él había tenido el espíritu conciencia tan clara de sí, y por consiguiente de su derecho. Alejadas las sombras que oscurecían el pensamiento, desvanecidos los fantasmas que se levantaban en toda metafísica, el espíritu humano, emancipado, se goza en contemplarse á sí mismo en esencia, y se coloca en el centro de la creación, midiendo por su ser todos los grados de la vida, y dilatándose en la espan-

sion de su libertad hasta lo infinito. Pero bien pronto la naturaleza, cuyos derechos no se pueden desconocer nunca, se levanta á recordar al espíritu aislado, al espíritu ensimismado, que jamás podrá espresar sus ideas, desarrollarse fuera de este gran océano de la vida, donde todo se resuelve en grandes leyes, todas las leyes en armonías, todas las armonías en ideas. El espíritu se ha planteado como un sér en sí; la naturaleza se ha planteado tambien como un sér en sí: es necesario una palabra que los una, y entonces nace natural y lógicamente el coloso de la ciencia, que viene armado de su dialéctica, no formularia y abstracta, sino real, positiva, y que, como la vara de Moisés, va á hacer brotar fuentes de vida del seno de la antes árida metafísica. El espíritu y la naturaleza se unen; el pensamiento y su eterna forma se penetran; la idea deja de ser pura abstraccion, y se resuelve en grandes séries, que trascienden á todas las esferas de la vida: la lógica trueca sus fórmulas escolásticas por leyes reales y objetivas; el hombre se considera como el gran actor de la historia, uno, idéntico siempre á sí mismo, que al través del vario oleaje de los hechos busca la conciencia de sí, y realiza el bien con libertad entera, que es el destino de su naturaleza. Por fin se levanta un nuevo génio, y consagra todo este gran pensamiento, tan larga y penosamente elaborado, al cielo, y cierra verdaderamente el gran ciclo de la filosofía nueva, uniendo la gran trilogía, Dios, la naturaleza y el hombre, y completando la gran idea del derecho.

Mas en tanto que la idea alemana vagaba por las espléndidas alturas de la metafísica, parecia

que no iba ni siquiera á tocar ligeramente en el suelo de la sociedad y en el mar agitado de la política. Un dia se vió, sin embargo, que toda escuela metafísica tenia un contenido político, y que mientras los reyes y príncipes alemanes buscaban en el polvo de la Edad Media el derecho divino, la filosofía coronaba la frente de cada hombre con el derecho humano, con el derecho que nacia de nuestra misma naturaleza. Entonces, muerto el gran renovador del pensamiento, Federico Guillermo IV fué á buscar en Munich á un rey de la ciencia destronado, que en su soledad elaboraba nuevas ideas, y retrocedia en el camino del racionalismo y de la libertad. Este pensador fué el Jamblico de la reaccion. Su mano vacilante escribia el Evangelio de la escuela romántica. Un jóven hegeliano, que tenia algo del espíritu francés por su ligereza, la risa de Voltaire en su labios, y el dolor de Byron en su pecho, nos ha descrito admirablemente la impotencia de esta reaccion filosófica, diciéndonos que Federico Guillermo IV habia mandado al gran filósofo que diera á sus discípulos todos los pensamientos idóneos á llevarlos á la obediencia; y el filósofo, en aquella comunión de ideas, en vez de la hostia sacratísima, les daba obleas envenenadas para matar la razon de la jóven Alemania. Lo cierto es que el maquiavelismo filosófico del Augusto germánico, como le llamaba el pontífice de nuestra escuela neo-católica, produjo efectos distintos y contrarios á los que con tanto afán buscaba. Al ver la ciencia puesta al servicio de las cábalas políticas, el idealismo objetivo tegiendo una corona para un tirano, la juventud alemana, huyendo de aquella reaccion, fué á dar

en el naturalismo exagerado; fué á divinizar la materia, á proclamar como único criterio los sentidos, á enterrar toda idealidad en el seno del universo, á embriagarse, como el sátiro antiguo, en las emanaciones de la vida de un día, á confundir su conciencia en el polvo donde viven los insectos, á llamar en su desesperación á los abismos de la nada para que recibiesen los despojos de aquel gran suicidio de una generación, de aquel aniquilamiento del alma de un siglo.

IV.

¡Retroceder á la Edad media! Talera la idea de Federico Guillermo IV. ¡Qué empeño tan desvariado! Se concibe, aunque no se justifique, ese empeño en Italia y en España. En Italia, la Edad Media recuerda el Dante, Petrarca, la figura tribunicia de Rienzi; el ardor de Arnaldo de Brescia: las conferencias platónicas á orillas del Arno; el cielo poblado de ángeles de amor, como Beatrice, Laura, Julieta; el suelo lleno de flores, que encierren en sus cálices la poesía de los recuerdos; la vida agitándose en los municipios; Venecia y Génova dilatando el nombre italiano por los mares; la liga lombarda infundiendo el primer sentimiento de libertad y de patria; y entre aquellas grandezas, la ligera gracia de Boccaccio, que parece el fauno antiguo al pié del Olimpo haciendo reír á los dioses con sus lúbricas y alegres canciones. En España, la Edad Media recuerda á Fernan-Gon-

zalez, el Cid, las Córtes libres, los municipios casi republicanos, el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en la Vega de Granada, para volver á comenzar en un nuevo mundo: que era estrecha la tierra conocida á nuestra grandeza. Pero la Edad Media alemana, aquella sirte de castillos feudales, de abadías feudales, de aristócratas soberbios y crueles; aquel misticismo que habia endiablando la naturaleza, creyendo oír el genio del mal hasta en el cántico del ruiñeñor, que al caer la tarde agita sus alas sobre su nido; aquella larga genealogía de brujas, de vestiglos, de fantasmas; aquel espanto que pesaba sobre los bosques, donde aun se veía errar con su martillo acuestas al dios Thor, pidiendo sacrificios humanos, y anhelando beber sangre; toda aquella inmensa oscuridad no podia satisfacer á los espíritus ansiosos de beber la eterna luz en el cielo, y de reposar en la tierra sobre la ley de su derecho.

Y la escuela neo-católica alemana es mas ilustrada, mas literaria, pero mas feroz aun que nuestra escuela neo-católica. Por otro camino llega á las mismas consecuencias de la extrema izquierda hegeliana. Guillermo Schlegel reniega de la razon humana; Federico Schlegel duda si ha sido un progreso la gran redencion de la ciencia, el descubrimiento de la imprenta; Goerres santifica todos los delirios eróticos y todos los milagros ridículos, y todas las supercherías indignas que la exaltacion del misticismo, repudiado por la misma Iglesia, ha difundido en los cerebros enfermos; Novalis nos hace dudar con su tristeza hasta de la realidad de la vida; Brentano, encerrado en su adoracion á lo antiguo, ódia al mundo y maldice

la sociedad que no conserva el castillo feudad, ni el siervo de la gleba; Arnim es el poeta de la nada, el poeta de los sepuleros, y sus personajes son esqueletos, y suteatro las tinieblas, y sus palabras como el ruido del aire en los panteones, y sus grandes obras un hacinamiento de cadáveres, como su sistema, como las ideas de su escuela, que de negacion en negacion suprime el hombre y Dios; al hombre, al suprimirla libertad; á Dios, al suprimir la razon. La escuela neo-católica hizo admirablemente un dia la caricatura de sí misma. Tiek, romántico, tradujo el Quijote, es decir, arrojó la gran losa, la losa que solo ha sabido tallar el titan de la literatura, Cervantes, sobre la desvariada y loca idea de restaurar la Edad Media.

V.

Alemania es la gran nacion de la idea moderna, de la idea nueva. Sus Arminios trajeron el sentimiento de la personalidad humana al panteista estado romano. La voz de sus tribunos despertó la idea de libertad en Europa. Su Ulrico Hutten clavó la cuchilla del sacrificador en las entrañas de la vieja autoridad escolástica. Su Kant dió la primera idea del derecho. Su paz de Westphalia escribió el primer código de la tolerancia universal, y cerró las guerras religiosas. Su Fichte infundió la conciencia de sí á la revolucion latina. Su Krausse creó el ideal de una sociedad mas justa, de una humanidad mas grande y feliz. Su

Asamblea de Francfort, si no ha escrito el derecho con letras de fuego en la frente del pueblo, como la Convencion, lo ha escrito con ideas en la conciencia y en el espíritu, de donde jamás será arrancado. ¿Qué tiene que ver esta nacion con lo antiguo? El sacro imperio romano, que ha sido á un tiempo el verdugo de Alemania y el carcelero de Italia, está en el polvo. Prusia, pues, debe representar el germanismo, la unidad alemana y la libertad alemana, y dejar esos delirios de Edad Media, cuando en la Edad Media no era mas que un pobre terruño feudal la que hoy es tan poderosa nacion. Prusia debe ser el Piamonte de Italia. Ya no se levanta para impedir esta gran obra la sombra de Juliano el Apóstata. Es indigno que Alemania aun tenga manchas feudales en su frente. Es indigno que Alemania aun conserve restos de legislaciones bárbaras en sus códigos. Es indigno que la censura aun amordace á la patria de la libertad del pensamiento. Es indigno que haya tanta distancia en Alemania desde el pensamiento á la realidad. No se diga que Alemania, tan pura, tan blanca, tan ideal, tan buena como la Margarita de Goethe, por entregarse al amor de falsos doctores, que solo han sabido engendrar pasiones de una idealidad imposible en su pecho, se encuentra en hondo calabozo, sobre húmedo monton de paja, descoyuntados sus huesos, perdida su voz, secos sus ojos, presa de febril delirio, viendo en sueños á su madre, á su hermano, sacrificados por su delirio, y con su hijo yerto y frio sobre su desgarrado seno.

Emilia Castelar.

CARTAS

AL SR. W. HOSSAEUS,

DOCTOR EN FILOSOFIA,

sobre su respuesta al artículo anterior.

CARTA PRIMERA.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: Honroso es para V. el celo que muestra por la memoria de Federico Guillermo IV, y no seré yo quien lo moteje y condene: que siempre respeté en mis adversarios, al contender con ellos, la lealtad de carácter y la rectitud de intenciones. Duro por demas ha estado V. conmigo, prescindiendo muchas veces de las formas que la buena discusion aconseja; pero yo lo perdono todo, siquiera para conseguir el triunfo de que la flema alemana aprenda moderacion y prudencia en un hijo del

Mediodía, nacido en los últimos límites de Occidente, que debe, por lo mismo, desmentir la vulgarísima preocupacion extranjera que nos cree poco idóneos para apagar con la voz de la razon el tumulto de nuestras pasiones y el hervor de nuestra sangre. Usted comprenderá las desventajas con que lucho en esta polémica, la mas grave que registro en la ya demasiado larga historia de mis polémicas. Comparémonos un momento, si á V. le place. Tratamos de política y de filosofía alemana, y V. es aleman y yo español; V., segun mis noticias, de edad madura y yo jóven; V. doctor de las universidades alemanas, que yo no conozco sino por libros á que no he podido consagrar preferente atencion, ocupado en otras ciencias, y distraido por las luchas de la política, divirtiéndome asi mis fuerzas, que necesitan templarse mucho para esta grave contienda. Mas una palabra que á V. se ha deslizado, me anima, y me sostiene, y me incita á la pelea, y hasta me augura la victoria. V. dice que no debia haberme fiado para comparar á Federico Guillermo IV con Juliano el Apóstata de un doctor aleman, que acaso tuviera motivos de resentimiento personal con el rey. Y aplicando esta observacion al caso presente, y juzgándole á V. con su mismo criterio, digo que tampoco debo fiarme de la defensa de un doctor aleman, que acaso tenga recuerdos de agradecimiento para el rey. Y prescindiendo de la censura de un doctor, y de la defensa de otro doctor, entro en la polémica. ¡Extraño espectáculo! Yo, español, descendiente de aquellos soldados que tanto aterraron á los primeros defensores de la libertad de pensar, hijo de esta nacion que ha representado en el siglo XVI la idea

de la Edad Media, y la ha sostenido en todos los campos de batalla del mundo con tan singular heroísmo, véome precisado y constreñido por mi conciencia á defender á los filósofos alemanes, mal conocidos y peor juzgados por V., doctor en filosofía de las universidades alemanas; prueba evidente de que sobre el germanismo y el latinismo, sobre todas esas preocupaciones de razas y de nacionalidades, que tanta sangre han costado, se alza el ideal cristiano de la edad presente, que enseña á todas las naciones á someterse á la humanidad, y á toda historia á estimar mas que su propia vida la eterna razon y el eterno derecho.

Mucho ha dolido á V. la comparacion entre Federico Guillermo IV y Juliano el Apóstata, y yo la creo exacta y justa. El mundo antiguo caia, se desplomaban los ídolos; el simbolo de la nueva fé acababa de ser escrito en Nicea, despues de tantos siglos de persecuciones, por la mano de los doctores á duras penas escapados del martirio; hallábanse abandonados los misterios, rota la lira clásica, despojada naturaleza ya de los genios que se deslizaban en sus espacios, pues hasta el Mediterráneo, cuna de los dioses helénicos, decia con la voz de sus brisas y de sus olas á los navegantes paganos que el gran Pan era muerto, lamento que repetian las costas y promontorios donde en otro tiempo se perdieron los ecos de los coros de las tragedias clásicas, mezclados con los ecos de los coros de los templos; y en tan sublime instante, cuando la conciencia humana se renovaba y sacudia el antiguo naturalismo para subir, en alas de otra idea mas alta al cielo, Juliano, principe erudito, orador elocuente, hábil sofista, amigo de pce-

tas y filósofos, dado á soñar con lo maravilloso y lo imposible, pretestando que el cristianismo habia querido sofocar el amor patrio y el ardor guerrero en los corazones, la idea filosófica y la alta inspiracion en las conciencias, emprende con todas sus fuerzas una de las mas insensatas reacciones que recuerda la historia, y se viste el traje de los antiguos pontífices, y restaura las rotas aras y los desiertos templos, y llama á los filósofos alejandrinos para que opengan el misticismo naturalista al misticismo cristiano, y contiende con los apóstoles de la nueva fé, y cierra las escuelas para los innovadores, y consulta á todas las religiones, á todas las ciencias, en su desvarío por lo pasado, para que le den un filtro con que renovar la vida espirante del dios-naturaleza, hasta que, herido en el corazon por las flechas de los persas, ve en su agonía que ha corrido tras engañoso fantasma, pues no hay brazos, aunque sean fuertes y hereúleos, bastantes á contener ó á torcer la gran corriente del revuelto rio de los tiempos. Si la transicion no le parece á V. un tanto brusca, fíjese en nuestro siglo, en nuestro tiempo, de crisis tambien, de renovacion tambien como el siglo de Juliano. La humanidad no pelea por su idea religiosa; pero pelea por su derecho. Las grandes monarquías antiguas están en el polvo. La fé en la autoridad que las animaba, se ha extinguido en la conciencia humana. El derecho divino, forjado por los jurisconsultos de la Edad Media, ha caído de las sienes de los reyes. El pueblo, descendiente del eterno esclavo, acaba de escribir en la gran Constituyente francesa, Sinaí de la revolucion, las tablas del derecho humano. El sacro imperio, la encina sagra-

da que cobijaba todos los poderes de la Edad Media, ha sido arrancada de cuajo por el soldado de la nueva idea. Del terruño donde yacen las cenizas de generaciones desgraciadas y esclavas, marcadas hasta en la tumba con el vil clavo de la servidumbre, se levantan tribunos, soldados que con toda suerte de armas pelean por revindicar el pensamiento, la conciencia, la voluntad, para sí, arrancándoselos á los antiguos poderes. Y en esta gran fermentacion del espíritu, sube al trono de Prusia Federico Guillermo IV, príncipe á quien los alemanes habian creído en mal hora liberal, y lejos de impulsar la nueva idea, la contiene, la desnaturaliza, la ahoga. Romántico en literatura, místico en religion, partidario de la escuela histórica en ciencia, adorador del derecho divino en política, estravagante en su carácter, rodeado de doctores, de sábios, de artistas, que doran á sus ojos á la Edad Media, realizada por las investigaciones de Savigny; este rey filósofo, este poeta con corona, este orador que tiene por tribuna un trono; este gnóstico que se cree enviado de Dios, no habla sino para invocar el derecho antiguo, no obra sino para mantener la idea liberal, no piensa sino para ensalzar los tiempos de la absoluta sumision de los pueblos, no restaura sino símbolos que recuerden la autoridad, no protege sino á los que contienen el vuelo del espíritu hácia nuevos horizontes, no escribe ni acepta mas Constitucion que la escrita en la costumbre con todos los recuerdos feudales, hasta que la revolucion, mas poderosa que todos los reyes absolutos, le despierta con la voz de sus cañones, y le obliga á bajar, envuelto en las ráfagas de sus tempestades, á saludar delante del pueblo vence-

dor los cáda-veres de las víctimas sacrificadas por su mística exaltacion y por su apego á tiempos que duermen para siempre en el sarcófago de la historia. Pero V. me dice que yo llamaré Julianos á todos los que no tengan las ideas democráticas del siglo presente; y en eso V. dice una vulgaridad indigna de tan laureado doctor. Yo llamaré por analogía Dioclecianos á los reyes que, como el de Nápoles y el de Austria, resistan á la nueva idea; Constantinos á los reyes que, como Leopoldo de Bélgica y Victor Manuel de Italia, profesen la nueva idea; y Julianos á los reyes que, como Luis Felipe de Francia y Federico Guillermo IV de Prusia, despues de haberla profesado apostaten de la nueva idea.

Dice V. que debia haber fundado mi juicio sobre Federico Guillermo IV en ideas mas objetivas, y con esto me proporciona la ocasion de mostrar con hechos históricos la exactitud de mis apreciaciones, la verdad de mis juicios. Présteme V. un poco de atencion, aunque le moleste el relato de hechos que debe V. tener ya olvidados, pero que á la verdadera luz de un criterio liberal toman nuevo aspecto. Prusia representa en el mundo la libertad de pensar, y representa en Alemania la nueva idea política. Si no representa esto en la ciencia y en la historia, no representa nada. En la Edad Media Prusia era un miserable feudo de la órden teutónica, la cual se veia precisada á entregar su conciencia al Papa y su voluntad al emperador. Todos los grandes movimientos de los tiempos modernos han sido grandes triunfos para Prusia. Por la reforma que proclamaba la libertad de pensar, pasó de feudo á monarquía. Por la paz de

Westphalia, que proclamaba como derecho internacional la libertad de conciencia, pasó de monarquía pequeña, á monarquía mayor. Por virtud de la filosofía del pasado siglo, que se asentó en el trono con el sin par Federico, pasó á ser, de monarquía alemana, gran potencia europea. Por el influjo de la revolucion francesa, que hundi6 en el polvo el antiguo imperio, fué la representante casi esclusiva del pensamiento y de la voluntad del mundo germánico. Por la misma revolucion de 48 estuvo á punto de ceñirse la corona del imperio alemán. Y el nuevo movimiento de las ideas en 1860 le impulsa á ser, como el Piamonte en Italia, la espada de la libertad y de la unidad alemanas, tan necesarias para contener la ambicion del imperio francés, para impulsar el imperio ruso al Asia, y para suprimir el imperio austriaco, ese Nabucodonosor del absolutismo, poderoso como un rey, pero informe como un mónstruo. De suerte que en todos los grandes movimientos de la idea moderna, en todas las crisis en que el nuevo mundo se ha encontrado frente á frente del mundo antiguo, Prusia, el mísero feudo, el pobre electorado, se ha entendido y se ha agrandado, como todas las naciones que llevan la llama sagrada de la idea de su siglo sobre la frente.

¿Y comprendió esto Federico Guillermo IV? No lo comprendió. A comprenderlo, no le hubiera sorprendido la revolucion de febrero. Párese V. un poco á contemplar los hechos de su vida, y verá V. confirmadas mis opiniones y desvanecidas las suyas. Los hechos que son ideas vivas hablan con elocuencia que no puede niaguna pasion desoir, aunque esa pasion sea tan noble como la lealtad

que nace del agradecimiento. La pretension de V. es asaz estraña, pues consiste en persuadirme á que crea que Federico Guillermo IV ni era místico, ni era reaccionario, sino muy liberal y amante del sistema representativo. Consultemos, pues, la historia, que dará la razon á quien la tenga. Referiré los hechos descarnados. Los reyes no pudieron vencer á Napoleon. Mi heróica patria, mi gran España, demostró al mundo que el soldado de la revolucion era invencible mientras no se borrara en la bandera de sus enemigos el derecho divino de los reyes y se escribiera el derecho humano de los pueblos. Napoleon, que habia visto correr delante de sí á todos los ejércitos mandados por monarcas, se estrelló en un pueblo sin rey. Entonces los reyes del continente comenzaron á conocer que necesitaban de sus pueblos. Federico Guillermo III dió las célebres promesas de 1815. Estas promesas no se cumplieron sino en muy pequeña parte. Al ascender al trono Federico Guillermo IV en 1840, el corazon de los prusianos se abrió á la esperanza. Creian encontrar un Constantino, y el cielo les guardaba un Juliano. Sus primeras palabras inspiraron gran entusiasmo, aunque en ellas latia la idea del derecho divino de los reyes. El místico y romántico decia: «Convirtamos los ojos á Dios, sí, á Dios que consagra los príncipes. Señores, sé muy bien que solo de Dios he recibido mi corona, y que me atañe decir; ¡ay del que la toque! Pero tambien sé que esta corona es como sagrado depósito confiado á mi familia por el Todopoderoso, á quien debo dar estrecha cuenta de mi gobierno, dia por dia y hora por hora.» Un rey de esta España que ustedes suelen despreciar tanto, de esta España,

acaso la primera en llevar á sus últimas consecuencias la idea del derecho antiguo, no hubiera sido osado á decir tanto en 1840, por temor de que el fuego de la revolucion hubiera fundido la corona en su frente. Pero seguiré historiando. En 7 de setiembre de 1840 la Asamblea de Notables, reunida en Koenisberg para felicitar á Federico Guillermo IV, pediale una representacion nacional. El rey dió algunas esperanzas. Pero como quiera que estas esperanzas fueran causa de muchas ilusiones liberales, el rey, en una circular del 4 de octubre, negaba el sentido liberal dado á sus palabras. Desde este punto comienza la guerra implacable entre el rey y el partido liberal. Es preciso aqui hacer una excursion á la historia de las instituciones prusianas. Todo lo que los pueblos pudieron alcanzar de las promesas de 1815, fué la representacion provincial. Esta concesion no cayó desde las alturas del trono sobre el pueblo, sino despues de larga resistencia. El príncipe real, Federico Cuillermo IV mas tarde, presidia una comision que estuvo estudiando desde 1817 á 1823 estas cuestiones, hasta que al fin salió de tantos estudios las dietas provinciales. Pero desde el año 25 al año 44 estuvo Prusia esperando en vano el complemento de aquella obra, la corona de sus instituciones, la representacion nacional. El rey que V. llama tan liberal, no quiso acceder á estos justos deseos de un pueblo apto para la libertad. Mejoró la representacion provincial, y dió á la Dieta de Berlin solamente la facultad de poner en armonía las disposiciones de las dietas provinciales que estuvieran discordes. Esta decepcion irritó á los liberales. Koenisberg y Breslau escribieron enérgicas protes-

tas, y levantaron su voz en favor de la libertad, burlada siempre por el rey que V. llama liberal. La prensa comenzó á ser el potente eco de la indignacion alemana. El rey, recrudecido su ánimo por la lucha, negó que fueran obligatorias para él las ordenanzas de 1815, dadas por su padre, y las promesas de libertad en aquella ordenanza contenidas. Prusia se encontró en 1841 lo mismo que en 1817, pero con una esperanza menos. Tal era el liberalismo de su rey. La *Nueva Gaceta* del Rhin, la de Koenisberg, y los *Anales Alemanes*, hicieron al rey toda la oposicion que consentia la prévia censura. Este último periódico tuvo que abandonar á Prusia, sin duda ahuyentado por el liberalismo que V. encarece en su rey. Entonces Schelling ponía, vuelto á Berlín de su retiro de Munich, al derecho que nace del espíritu, el derecho que nace de la historia; y al racionalismo hegeliano el misticismo romántico. Entonces la cátedra, ocupada antes por el célebre discípulo de Hegel, Eduardo Gans, se veía ocupada por Stahl, adorador de la escuela histórica. La presencia de este gran reaccionario en la Universidad de Berlín, promovió casi una insurreccion entre los estudiantes. Por influencia de este erudito eminente se escribió el célebre manifiesto de los buenos prusianos, tan bárbaro en el fondo como el manifiesto de nuestros diputados persas, aunque mas correcto en las formas. «Quer- rer poner límites al poder del rey, decia, ó pedirle que se limite á sí mismo, es proceder contra la voluntad divina.» Así lucha el rey con la opinion, hasta que en 1847 reúne los Estados. Ningun poder de la tierra, decia delante de estos, me hará dar una Constitucion escrita en el papel. En vano,

repúblicos tan prudentes como Vinke pedían garantías constitucionales. Y no oculte V. lo que se pedía, porque es necesario decirlo para asombro de los españoles, que nos creemos tan atrasados en el camino del progreso: se pedía la publicidad de los juicios, la independencia de los tribunales, la libertad de la defensa, la representación nacional. El rey, después de siete años de lucha, cedía en algunos puntos. Pero un historiador alemán dice que no era posible que las concesiones reales fueran admitidas por la opinión, pues reducían la votación del impuesto, mediante numerosas escepciones, á una garantía vana; limitaban el derecho de petición, y creando comisiones legislativas permanentes, hacían incierta y casi innecesaria la futura reunión de los Estados. Y en efecto, la representación nacional era lo que la sombra en el cuadro; estaba destinada á mostrar la impotencia del pueblo, y la omnipotencia del rey. En esta lucha entre el rey y los liberales, vino de improviso la revolución de febrero. El rey se sintió herido en el corazón por aquel rayo del cielo, é hizo algunas concesiones mas, aunque mezquinas y tardías. Doscientas barricadas contestaron con el «es tarde» que dicen siempre los pueblos á los reyes reaccionarios. El liberal que V. tanto nos pondera, después de haberse visto precisado á saludar los cadáveres de los defensores del pueblo, convocó una Asamblea Constituyente, forzado por la revolución. La Asamblea declaró que el rey reina por la voluntad de los pueblos; pero apasionado el gran liberal de su derecho histórico, sacrificó una Asamblea al placer de llamarse rey por la gracia de Dios. Por aquellos dias nombró el Ministerio en

que entraba Manteuffel, rechazado hasta por el centro derecho de la Asamblea de Francfort, por representar el espíritu histórico y feudal, tan propio del liberalísimo rey que V. defiende. En tan supremos instantes dió Federico Guillermo IV una Constitucion democrática en la apariencia, y solo en la apariencia. En su preámbulo, el rey recordaba que reinaba por la gracia de Dios, y no por la voluntad del pueblo, con ese ardiente liberalismo que V. vé, y que la historia ignora. Por el artículo 105 se reservaba el rey, en el interregno parlamentario, la plenitud de la potestad legislativa, En el art. 108 prevenia que para cobrar las contribuciones existentes, no siendo abolidas por una ley, no se necesitaba de la aprobacion parlamentaria. Por el art. 110 el rey podia, sin anuencia de las Cámaras, suspender todos los derechos y todas las garantías constitucionales en caso de sedicion ó de guerra. Este código no era obra de Federico Guillermo, á pesar de estas reservas; era obra de la revolucion, mas poderosa que el rey. Pero esta misma Constitucion por él dada, fué un ardid maquiavélico. La lucha con las ideas liberales, las humillaciones que sufrió, los desengaños de su exaltado misticismo, el ardor de su fantasía y el trabajo de su pensamiento, destruyeron las fuerzas de este rey, y le postraron de suerte que, segun de público se dice, perdió la razon. Lo cierto es que ese rey enfermo, recluso en su palacio, alejado de su pueblo, era, en el sentir comun de Europa, la sombra de la reaccion que vagaba aun sobre Prusia. Casi toda la prensa europea lo ha dicho asi en la hora de su muerte, y V. no tendrá la orgullosa pretension de conocer la política mas que

la prensa europea. Un diputado de la Asamblea de Francfort, en el destierro en 1855, para probar que la Constitución democrática fué un engaño del rey, decia que la disolucion del Parlamento de Berlin, hecha por Federico Guillermo IV, habia sido la señal de la muerte de la libertad en Alemania. «Todo habia cambiado. Los croatas dominaban á Viena, los rusos á Pesth, los prusianos á Dresde. Por todas partes prevalecia la violencia, y se menospreciaban las leyes de la humanidad. Toda la Alemania dobló el cuello á la coyunda.» En dos partes, pues, debe dividirse la vida de Federico Guillermo IV: primera, de resistencia al espíritu liberal; segunda, de concesiones arrancadas por un pueblo en armas y doscientas barricadas, pero concesiones inútiles. Si alguna garantía constitucional se ha salvado, se debe al espíritu de la época, y no á Federico Guillermo IV, que solo supo resistir á su tiempo y luchar con la idea de su siglo. Como Juliano, se empeñó en una reaccion fantástica, filosófica; y como Juliano, ha muerto vencido por la idea del progreso.

Y estas opiniones mias están fundadas en la lectura de libros, no de doctores oscuros, sin renombre alguno, sino de los mas altos pensadores de Alemania, asi poetas, como filósofos y republicanos. Contra el gobierno del rey liberalísimo se fundó una revista literaria en Suiza, donde escribian todos los jóvenes que amaban la libertad y la patria. Aun recuerdo las canciones no políticas de Hoffman de Falersleben, publicadas en 1844, donde el poeta, para no desmentir el dicho de Aristóteles, que cree la poesía mas verdadera que la historia, nos presenta á Arminio, al gran guer-

rero de la antigua Germania, resucitado, luchando ¡éll! acostumbrado á la libertad de los bosques, con todas las ridículas trabas de la Alemania monárquica y aristocrática; aun recuerdo que llama á las promesas del rey fantásticas leyendas, mitología griega, irrealizables fábulas; aun recuerdo que se burla del censor, sin cuya pluma no es posible la paz de los monarcas; del censor, que con un tachon hace callar á la naturaleza y al pensamiento; y aun recuerdo que estas inocentes alusiones le valieron ser depuesto de su cátedra por el liberalísimo rey que V. defiende, y que, como todos los reyes absolutos, queria tan solo para sí la libertad. Dingelstedt, otro poeta mas melancólico que el anterior, presentará á V. en sus canciones al gran mufti en su trono de Berlin, rodeado de eunucos, complaciéndose solo en oír cantar á los Philomelos de Occidente, y en ver cómo danzan los derviches poetistas, macerando su cuerpo y su alma. ¿Ha leído V. alguna vez las poesías de Prutz, publicadas en Zurich en 1842? Pues allí encontrará V. ataques al rey de Prusia, mucho más acerbos que los míos, nacidos del dolor de un alma que ama la libertad de Alemania. ¿No ha leído V. ninguno de los cantos de otro poeta mas levantado que Prutz, de Herwegh? Desde la cima de los Alpés, en cuyos desfiladeros ha ido á buscar la libertad que le negaba Alemania, su pensamiento, audaz como el águila, llama á la guerra, á la pelea, á sus compatriotas; les despierta de su servidumbre invocando el eterno derecho; les invita á que conviertan en armas sus instrumentos de labranza para arrojar á esos tiranos, cuyas frentes, devoradas por el rémodimiento, están pálidas

como sus coronas de oro. Sus versos se publicaron en Zurich, porque no se hubieran podido publicar ni en Viena, ni en Berlin, donde reinaba en 1842 el liberalísimo rey á quien Herwegh escribió cartas que V. debe leer para rectificar erróneos juicios. Bien sé que algunas de estas composiciones y artículos tienen el ardor guerrero que da el destierro; pero de eso culpe V. á su liberalísimo rey, que nunca dejó publicar en Prusia ni las Anécdotas de la jóven escuela hegeliana, ni las Veintiuna hoja de la jóven escuela democrática, ni *El Foro Aleman*, periódico del antiguo partido patriota y liberal. Enrique Heine preguntaba en 1844 á un su amigo, qué libertad se gozaba en Prusia, y el amigo le respondió que mucha, pues no renunciaba la esperanza de que se suprimiera la prensa, y con ella la prévia censura. Tenemos treinta y seis señores (no es mucho, exclamaba el poeta), y llamamos pátria á la tierra que les pertenece por derecho hereditario. Y dirigiéndose al rey de Prusia, le decia: «No conoces el infierno del Dante, y sus temibles tercetos? El que ha sido en aquella prision encarcelado, no tendrá redentor que lo salve. Ninguna divinidad podrá libertarlo de aquellas ardientes llamas que cantan. Guárdate ¡oh rey! de que te condenemos los poetas á semejante infierno.» A pesar de no ser todos estos poetas de un mismo pais; á pesar de haber nacido unos en Hamburgo, como Heine; otros en Suabia, como Herwegh; otros en Austria, como Grün, todos se dirigian contra el rey de Prusia, porque todos habian sido engañados en sus esperanzas por Juliano el Apóstata. Habia entre todos un poeta prusiano que cantaba la Meca, el inmenso desierto, las palme-



ras que levantan su corona hasta las nubes, el leon rey de la soledad, los dias de la Arabia, en que las arenas, encendidas por el sol, brillan como la via láctea en el cielo. El rey de Prusia, amigo como Juliano de los poetas, le llama á su córte, y le dá una pension, creyendo que no podia menos de amarle poeta que sabia cantar asi la tierra patria del despotismo. Pero al poco tiempo, el poeta, avergonzado, arroja la pension á los piés del rey, y pulsa la lira de la libertad. Este amigo de Federico Guillermo IV, llamado Freiligrath, pone lágrimas amargas en los ojos de Schiller y de Schubert que, desde la region de los sueños, ven desesperados la esclavitud de Alemania. Este amigo de Federico Guillermo IV, que se vió precisado á abandonar á su rey para conservar su dignidad de escritor, nos pinta con negros colores los recuerdos feudales que aun quedan en Alemania: el pobre cazador, muerto al pié de su hijo, por haber herido el javalí de un noble. Pero tal vez ponga usted en duda la autoridad de estos poetas, y será preciso citarle otros escritores. Lo haré. Grandes repúblicos, hacian la oposicion en Francfort á la politica del rey. Vinke le echaba en cara su aficion á nombrar ministros antidiluvianos. Weber, concienzudo historiador, nos describia de esta suerte á Federico Guillermo IV: «Muchos altos pensamientos y planes nacia en su alma; pero quebraba la ejecucion, ó en su orgullo de rey, ó en sus preocupaciones aristocráticas, que lo inclinaban al derecho histórico contra el liberalismo nivelador, ó en su ortodoxia protestante, que reprimia el progreso religioso y eclesiástico fuera de los libros simbólicos.» Arnaldo Ruge, miembro del Parla-

mento de Francfort, decia en un artículo publicado en Bruselas en 1855: «Los alemanes han tenido la desgracia de contar dos reyes que han cifrado toda su gloria en realizar el ideal de ese partido romántico, adscrito á lo pasado: Luis de Baviera y el gefe actual de la monarquía prusiana.» Y hablando de la política de este, decia: «Su política oprimia el corazon mismo del Estado, y tendia á destruir el espíritu generoso que tanto ha levantado á Prusia, y que la ha puesto entre las grandes potencias de Europa. Bajo el régimen de tal política, todas las instituciones libres se vieron amenazadas. Las universidades fueron objeto de todo linage de ataques; los ayuntamientos perdieron sus derechos, y el poder cayó en manos de la nobleza.» El doctor Strauss, cuya ciencia no podrá V. poner en duda, es el que compara en un folleto publicado en Mannheim en 1848, á Federico Guillermo IV con Juliano el Apóstata. Y permítame que estrañe que V. no haya acertado con el autor del paralelo entre Federico Guillermo IV y Juliano, cuando tanto ruido levantó en Alemania su noble indignacion contra el rey romántico. En este folleto se compara al rey Federico Guillermo con Juliano, á la escuela neo-católica con la escuela neo-pagana, al místico panteísta Schelling con el místico idólatra Jámblico, las prescripciones del rey de Prusia prohibiendo enseñar á los hegelianos con las prescripciones del antiguo emperador prohibiendo enseñar á los nazarenos, y la reaccion contra el movimiento liberal en el siglo XIX á la reaccion contra el movimiento cristiano en los primeros siglos de nuestra Era. Pero aunque podría aumentar citas en que se fundaran mis jui-

cios, voy á limitarme á trascribir la opinion de dos escritores estraños á la pátria de V., el uno doctrinario y el otro católico, el uno francés y el otro español, el uno historiador filósofo y el otro pensador místico, ambos notables en Europa. Pues bien, el primero, Saint-René-Taillaudier, dice: «Es cierto, en efecto, que Federico Guillermo IV está bien poco dispuesto á dar á sus pueblos una Constitucion verdaderamente grave. El sueño de la escuela histórica consiste en levantar de suerte el edificio constitucional, que las diferentes épocas de lo pasado desde Arminio hasta Federico Barbaroja se encuentren reunidas: tiempos primitivos, derecho consuetudinario, feudalismo, monarquía.» El segundo escritor á que me refiero es D. Juan Donoso Cortés, notabilísimo por su conocimiento de los hombres, y mas aun por su arte de retratarlos en dos frases. Donoso Cortés escribia en 15 de abril de 1845 desde Berlin, donde se encontraba como embajador que era de España, lo siguiente: «Federico Guillermo IV es en política absolutista y en religion místico.» Reconociendo su amor á las artes y á las ciencias, que nadie le ha negado, como nadie podria negarle tales aficiones á Juliano, añade: «A vuelta de estas prendas eminentes, carece de sentido comun; y su razon fluctúa perpétuamente entre lo sublime y lo estravagante.» ¡Con cuánta razon, pues, recordaba á Federico Guillermo IV el noble profesor Hinrichs las palabras que habia escrito en son de profecía el gran Federico en 1731: «Deseo que esta real familia de Prusia salga del polvo en que ha vivido hasta aquí; deseo que sea refugio de los desgraciados, apoyo de los oprimidos, providencia de los pobres,

terror de los malvados: mas si sucediese lo contrario, si lo que Dios no permita triunfáran de la virtud *la injusticia y la hipocresía*, en tal caso, deseo á esta casa real una caída mas pronta, mas rápida que su engrandecimiento! ¡Ah! Prusia se ha salvado, porque la opinion del pueblo ha valido mas que la opinion del rey. Pero Federico Guillermo ha muerto casi alejado del trono.

Otro dia hablaremos de la ciencia y de la filosofia alemana, porque esta carta es muy larga. Si yo usara el lenguaje que V. usa, diríale que no sabe V. una palabra de Hegel. Mas para hablar tan crudamente como V. se necesita no tener una gota de sangre latina en las venas. V. ha abusado horriblemente de su posicion contra mí. Como si Hutten no hubiera escrito aun sus *Epistolae obscurorum virorum*, se ha permitido hablar desde las alturas de su grado de doctor, creyendo que esto le dispensaba de asentar en pruebas y en demostraciones sus argumentos. Impórtanos muy poco que V. sea doctor, si luego no discurre doctamente. Aquí sabemos que en Alemania hay mas ciencia que en España, porque hay mas libertad de pensar; pero tambien sabemos que al lado de los grandes colosos de la ciencia, de esos hombres que agotan la naturaleza como Humboldt, ó el espíritu como Krausse, ó la historia como Niebuhr, viven un gran número de doctores oscuros, sin talento ni ciencia, porque en Alemania no hay esta igualdad democrática de los espíritus, que es el gran carácter de la raza latina, y muy especialmente de la familia ibérica, poco idónea para sufrir aristocracias; y por eso aqui todas las clases hemos trabajado en nuestra historia y en nuestra nacionali-

dad, y todas las generaciones hemos escrito nuestro inmortal Romancero. El alemán, al revés, ó vuela ó se arrastra, como dice un gran escritor. No comprendo, pues, como ha escrito V. un artículo para probarme que Federico Guillermo IV era liberal, y luego conviene V. conmigo en que no lo era, cuando dice que «se habría entregado de corazón al movimiento general de la época, si no hubiese hallado en él tantos impuros elementos.» Luego no se entregó al movimiento general de la época; luego no fué liberal. Y en otro lugar dice: «Fácilmente se entusiasmaba con todo lo que era grande y noble (*cosa que yo no he negado*), y así se comprende cómo llenaba su corazón tan pronto el derecho divino de los reyes como el movimiento de los pueblos.» Luego había en él las mismas vacilaciones que en Juliano; y cuando se entusiasmaba por la libertad era apóstata del derecho divino, y cuando se entusiasmaba por el derecho divino apóstata de la libertad. La incertidumbre que usted le arroja á la frente es una acusación horrible; porque al paso que una política fija levanta á los pueblos, la incertidumbre los mata. Y la lógica de usted es singular. Cuando para llamar á Federico Guillermo Juliano el Apóstata me he fundado en un autor alemán, dice V. que yo, por extranjero, debía conocer mejor que un alemán la Alemania; y á vuelta de esto niega V. la posibilidad á los extranjeros de conocer el pensamiento de Alemania. Desde luego se conoce que V. no cree ni el derecho moderno ni en el liberalismo universal. V. dice que está estudiando, y cualquiera diría que está usted forjando cadenas. Leyendo su carta recuerdo aquellas palabras del gran poeta, que dicen:

Was schmielst du, Schmied? Wir schmieden Ketten, Ketten.

Espere V. mi segunda carta, en que le mostraré sus errores sobre Schelling y Hegel, y mientras tanto aprovecha esta ocasion de manifestarle su aprecio y ofrecerle sus servicios su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Emilio Castelar.

Madrid 25 de febrero de 1861.

CARTA SEGUNDA.

Muy señor mio y de toda mi consideracion: Tratemos, si á V. place, la parte mas grave y mas dificultosa de esta larga é importantísima controversia; la parte filosófica. V. comprenderá todo lo difícil que es hablar ligeramente de filosofia; pero como V., que tan altivo maestro se ostenta en su artículo, no ha dudado un punto en abordar todo un sistema, en condenarlo sin apelacion, fuerza será seguir su ejemplo y hablar de ese

sistema, siquiera sea breve y superficialmente.

Nada hay mas ocasionado á error que entrar en filosofía con preocupaciones arraigadas, con juicios ya formados, con fines preestablecidos. Oscurecida así la razon, lejos de caminar libremente á la verdad, se pierde en un mar de tinieblas, y toma por ideas legítimamente adquiridas las sombras que sus preocupaciones levantan. Las tres grandes reformas de la filosofía se han hecho interrogando la voz de Dios en el espíritu, la eterna razon; la voz de Dios en la vida, la eterna conciencia. Solo de esta suerte pudieron combatir á los sofistas, á los escolásticos, á los empíricos y á los escépticos, los tres profetas del mundo intelectual, los tres reformadores de la ciencia, Sócrates, Descartes y Kant. Si bien los tesoros de la experiencia pasada son estimabilísimos siempre, la filosofía buscará su oráculo en la libre razon, y pugnará por no subordinarse á lo limitado, puesto que su objeto es lo absoluto y lo eterno. Si antes de conocer un sistema filosófico lo desechamos por las consecuencias que pueda traer y los resultados á que pueda conducir, perderemos aquella luz que en ciencia se llama razon y en moral se llama justicia. Es necesario ir donde nuestro criterio nos lleve, sin preocupaciones ni prejuicios, porque así como el amor al bien por ser bien es el móvil de la virtud, el amor á la verdad por ser verdad es el móvil de la ciencia. Prejuzgar en filosofía equivale á negar la filosofía.

Graves inculpaciones dirige V. á la filosofía hegeliana, y aquí me atañe rectificar un concepto equivocado de V. Yo no he dicho ni he podido decir que mi sistema fuera el sistema hegeliano. Yo

he dicho, y he dicho con razon, que el sistema hegeliano es mas progresivo, mas universal que el sistema de Schelling, poético, intuitivo, iluminado, pero poco científico. Juzgaba un momento del espíritu, una fase de la historia de la filosofía, y en ese momento del espíritu, en esa fase de la historia de la filosofía, el sistema de Hegel era necesariamente el sol de las inteligencias. Yo no juzgaba su verdad absoluta, sino su realidad histórica. Y aun así, el sistema que abraza espíritu, naturaleza, Dios, y da realidad á las antes vacías y abstractas leyes de la lógica; y crea la série por cuya virtud todas las ciencias se encadenan con hermosa armonía; y lleva la luz del pensamiento á la creacion, elevándola y esplicándola en la conciencia humana; y prueba el progreso de la historia, la razon de ser de cada una de las sucesivas edades é instituciones; y lee el geroglífico escrito en los templos orientales, la idea luminosa que centellea en la frente de la estatua clásica, la oracion despedida por las arreboladas agujas góticas al cielo; y hace ver cómo se ha elevado el espíritu desde el bárbaro fetichismo á la adoracion pura de Dios; cómo la ciencia ha caminado desde el panteísmo materialista á dar realidad á las leyes del entendimiento; y muestra en la historia de la religion la conciencia religiosa de la humanidad, y en la historia de la filosofía la vida de la razon, aunque muchas veces haya violentado la realidad para sujetarla á la ley de su pensamiento, aunque haya sacrificado verdades que la ciencia reivindica y reivindicará eternamente, es uno de los sistemas sin duda mas grandes que ha concebido la razon humana, una de las mas sublimes creaciones del

espíritu, comparable solo á los sistemas de Platon y sobre todo de Aristóteles, génios divinos que proyectarán eternamente su luz en todos los siglos, y vivirán mientras quede memoria y conocimiento de sí á la humana conciencia.

Pero V. al hablar de Hegel comienza por condenar todo su sistema, porque dice que tenia por único principio el pensar, y de aquí su oposicion á la realidad viva de la naturaleza y de la historia. Todo el que lea la carta de V., desde luego condena la doctrina hegeliana sin apelacion. Y es porque V., doctor en filosofia, procede contra la ciencia, y empaña con su propio aliento la corona que lleva en la frente. El significado vulgar, la acepcion general dada á las palabras, no es el significado y la acepcion de la ciencia, como el sentido comun no es el criterio de la filosofia. Querer con la significacion vulgar y corriente de las voces hablar de un sistema, es lo mismo que intentar conocer con los sentidos las leyes de los astros. La palabra pensar es, para el uso comun de la vida, una operacion del entendimiento. Para la ciencia hegeliana es mucho mas que eso. Siguiendo la misma preocupacion de V., Mad. Stael hizo caer á Francia en graves equivocaciones y errores respecto á la filosofia de allende el Rhin. El mundo se escandalizó al saber que un filósofo, concluyendo una de aquellas lecciones que despertaban la conciencia de sí en la humanidad y el amor de la patria en Alemania, habia dicho á su numeroso auditorio: «Esta noche hemos creado el universo; mañana, señores, crearemos á Dios.» Si el mundo hubiera tenido la clave de aquellas palabras, no las hubiera tomado, como aparecen á

primera vista, por una espantosa blasfemia. Pero lo que es perdonable en una dama, si ilustre, de superficiales conocimientos filosóficos, preocupada por el génio del neo-catolicismo, que tenia empeño en desfigurar á sus ojos la Alemania liberal y racionalista, no se puede perdonar de ninguna suerte en un doctor en filosofía.

Indaguemos, pues, un tanto, la metafísica. La filosofía crítica se encerró en el subjetivismo, aislándose de la naturaleza y de Dios, perdiéndose en el seno de la conciencia. Las sensaciones no son para el racionalismo crítico, sino para las formas de la sensibilidad llamadas tiempo y espacio; las nociones no son sino por las categorías de la inteligencia; las ideas no son sino por la unidad del espíritu. La ciencia habia encontrado contra el escepticismo y el empirismo un punto de apoyo, y no osaba abandonarlo, recelosa de caer en los mismos males con tan sublime esfuerzo ya evitados. Pero como el progreso es ley precisa de toda la vida, la ciencia salió del aislamiento de la escuela crítica, y dió realidad objetiva á las leyes de la razon, á las formas antes vacías y abstractas del pensamiento. La demostracion práctica de esta realidad fué el sistema de Hegel. Por eso el Titan de la ciencia ha abarcado en su ambicioso pensamiento, desde el pobre tallo de yerba perdida en la tierra, hasta la idea arquetípica que vaga en la mente de Dios y que fué la norma del universo. Mas no crea V. que al dar las leyes del pensamiento á la naturaleza ha destruido la realidad de la naturaleza, no. Los nóúmenos ó leyes y principios generales que vagaban perdidos en la conciencia como abstracciones puras, se encarnan en la natu-

raleza y en la vida. Las ideas que Platon habia puesto fuera del espíritu, mas allá de los mundos, descienden á ser el alma de las cosas. La realidad en esta gran espiritualizacion de la materia, es la idea. La verdad espresa, no solamente la nocion lógica de las cosas, sino tambien su existencia ontológica. Y nadie puede negar que sin el pensamiento, naturaleza seria ininteligible. Existiria el mundo, sí, pero existiria como un gran cadáver estendido en los espacios, como un libro cerrado é incomprensible, como un geroglífico escrito en lo vacío. Yo no comprendo, yo no puedo comprender el ser sin el pensamiento que le anima; la naturaleza, sin el espíritu que la esplica y la comenta eternamente. No hay ningun ser, desde la luciérnaga, escondida bajo la trémula hoja de la flor, hasta el sol de los soles, que no sea inteligible. Pues este inteligible es lo verdadero para el filósofo; *ontos on*, como decian los griegos. El pensamiento no es el objeto, las ideas no son las cosas. Pero los objetos para el espíritu no son sino mediante la inteligencia y la razon. Nosotros comprendemos un árbol por la idea que nos formamos de ese árbol. La verdad de las cosas se atestigua en el pensamiento. Por eso Hegel ha dicho que la actividad del pensamiento, aplicándose á un objeto, es la reflexion, y así el pensamiento imprime en el objeto la ley de lo universal, que solo por la razon puede comprenderse. Las formas, pues, del entendimiento no deben tener solo una realidad abstracta, sino una realidad concreta y viva. Y por eso dice Hegel que la metafisica es la ciencia de las realidades comprendidas por el pensamiento. Donde V. no ve mas que una forma vaga y abstracta, yo des-

cubro, yo veo las ideas primeras de Platon, de las cuales hacia descender los mundos como gotas de una catarata de luz; las nociones generales de las cosas y las categorías, esplicadas por Aristóteles; las leyes de la inteligencia de Kant, trasformadas en realidad viva; el pensamiento divino de Mallebranche, impulsando con poderosa energía toda la naturaleza; una gran trasformacion de los mas altos conceptos del idealismo, aplicada á la vida de todos los séres, á la realidad de todas las cosas, cuya razon de ser esplica y comenta solo nuestro espíritu. Y desde luego á primera vista se comprende que es mas real y mas verdadera la naturaleza pensada que la naturaleza sentida. Si no conviniera V. en esto conmigo, tendria que probarme un imposible, á saber: que el pobre pastor, con el auxilio de sus imperfectos sentidos, conoce mas la creacion y sus leyes que Galileo, el Colon de los cielos, cuya inteligencia ha agrandado las esferas; ó Newton, que ha interpretado las eternas armonías de los astros; ó Linneo, que ha sabido llevar la série lógica concebida por el espíritu, la clasificacion, al informe océano donde viven todos los séres; ó Laplace, que que ha abarcado en su pensamiento la mecánica celeste.

Pero V., despues de condenar el sistema de Hegel, encarece la parte fundamental de ese sistema, la lógica. Si V. admite la lógica de Hegel, no tiene mas remedio que admitir fatalmente, por una necesidad imprescindible de la razon, todo el sistema. «Los méritos de Hegel, dice V., se hallan en el dominio de la lógica.» Los dominios de la lógica de Hegel son tan estensos, le digo yo á usted, como su pensamiento, y alcanzan á donde alcanza

la última afirmacion de su ciencia. Si V. admite el principio de contradiccion como ley de todo sér y de todo conocimiento; si V., en vez de creer este principio insoluble, como Kant en sus antinomias, admite que se resuelve y se armoniza en una síntesis superior; si V. cree que esta síntesis, esta identidad de los contrarios se halla no solo en la razon sino al par en la naturaleza; si V. cree en la realidad de las formas del pensamiento y de las leyes de la lógica, así como forzosamente ha de proceder en dialéctica por oposiciones y por armonías, por diferencia y por identidad, por antítesis, y por síntesis, y ha de ver que el pensamiento se plantea á sí mismo, y se niega, y se armoniza, obedeciendo á estos precedentes que entrañan fatales consecuencias, ha de admitir todo el movimiento y toda la idea lógica, toda la ley del progreso, todo el ritmo del sistema hegeliano, y ha de ver la tésis, la antítesis y la síntesis, la gran trilogía de toda vida, en la metafísica por lo universal, que es la idea en toda su estension; lo particular, que es la idea limitada, y lo individual, que es la idea concreta; en la naturaleza por la atraccion que tiende á formar un todo de los cuerpos, la repulsion que los separa en nubes de átomos, y la gravedad que los sostiene y señala á cada uno la nota que ha de producir en la gran música que forman las esferas; en la psicología por la sensibilidad que da lo real, y el entendimiento que dá lo ideal, y la razon que da la ley armónica de lo ideal y real; en la historia por el Oriente, que solo afirma la sustancia; el mundo greco-romano, que solo afirma la individualidad, y el mundo moderno, que resuelve la eterna contradiccion de la historia; en

las artes por el simbolismo, el clasicismo y el romanticismo; en la religion por el panteismo, que solo mira á Dios, y el politeismo, que solo mira al hombre, y el cristianismo, que ha reconocido á Dios en el hombre; en la filosofia por el empirismo, que solo vé la naturaleza, y el idealismo, que solo ve el espíritu, y el gran sistema que une la naturaleza y el espíritu; en todo ser por el principio de la lógica que, una vez admitido, lleva fatalmente á la razon á verlo encerrado en todo organismo y en todo sistema, en toda idea y en toda vida. La naturaleza para Hegel forma con los hechos silogismos, como el espíritu los forma con los términos lógicos. El pensamiento tiene realidad. El punto de partida del sistema es el análisis del pensamiento. El análisis del pensamiento es la lógica. El gran principio de la lógica es la realidad de sus leyes, que en esto se distingue la lógica hegeliana de la antigua lógica, puramente de forma y abstracta. Ahora bien: si V. admite la lógica, ¿cómo rechaza el sistema que está basado en la lógica? Y si V. rechaza el sistema hegeliano, ¿cómo admite y cómo encarece la lógica? Un doctor en filosofia debe saber una ley que es de sentido comun. No se puede admitir un principio, y negar sus lógicas consecuencias. Si usted admite la lógica hegeliana, tiene que admitir todo el sistema. Y en tal caso, ¿por qué ha escrito usted tanto contra Hegel?

Pero aun me maravilla mas otra contradiccion en que V. cae, y que es, á mis ojos, insoluble. Condena V. que Hegel haya querido conocer las leyes de la naturaleza por las leyes del pensamiento, y á vuelta de esto hace V. una ardiente apo-

logia de Schelling. Pues qué, ¿ignora V., por ventura, que en esto Hegel no hizo mas que seguir á Schelling? ¿Ignora V. que la ley de la identidad de las formas del pensamiento con las formas de la naturaleza, fué sentida é imaginada por Schelling antes de que fuera esplicada por Hegel? ¿Ignora V. que Hegel se limitó á demostrar con su poderosa dialéctica, en la naturaleza, en el Estado, en el arte, en la religion, en la filosofía, el pensamiento fundamental de Schelling, cuyo espíritu, haziendo de la soledad y de la aridez de la escuela crítica, se lanzaba delirante en brazos de la creacion? Pensar la naturaleza, es volver á crearla; decia Schelling en su lenguaje elocuente, iluminado por los resplandores de su inteligencia, mas artística que filosófica, mas amante de la hermosura que de la verdad. Su intuicion poderosísima, su ardiente fantasía, le llevaban á ver la naturaleza trasfigurada por el pensamiento, á unir indisolublemente la idea con su objeto, á esplicar por el principio de la casualidad todo lo existente y todo lo posible, encendiendo, como Prometeo, la antorcha destinada á iluminar la nueva ciencia en el eterno fuego de la realidad y de la vida. Pero este pensamiento, que habia convertido la sustancia material de Espinosa en puro espíritu, no se movió hasta que Hegel, ese Keplero de la filosofía, le aplicó la dialéctica, demostrando que sobre todas las cosas se levantan las ideas, como el alma sobre el cuerpo, como Dios sobre el universo; y que la dialéctica, la ley de la esencia y del movimiento de esa idea, es la ley de la esencia y del movimiento de las cosas, como el alma es la vida del cuerpo y como Dios es la razon de ser del

Universo. Ahora bien, señor doctor, reconozca usted, cuando menos, que al condenar á Hegel y ensalzar á Schelling, ha procedido con notable ligereza. Hegel es respecto á Schelling como Platon respecto á Sócrates, como Mallebranche respecto á Descartes, como Fichte respecto á Kant; es el resultado lógico, indeclinable de una de esas premisas que no aparecen nunca en la historia de la filosofía sin traer sus consecuencias. Hegel es mas grande que Schelling, como es mas grande la encina que la bellota, de donde ha salido fecundada por el sol y las aguas. V. alaba en Schelling lo que condena en Hegel. Por eso lo que yo he condenado en Schelling es lo mismo que he condenado en Federico Guillermo, ese filósofo de la política; he condenado la apostasia, el menosprecio del pensamiento, que fué el sol de toda su vida, el misticismo romántico sustituido al antiguo racionalismo, el empeño de levantar sobre el ara que habia cubierto de flores é iluminado con estrellas, un dios sin nombre, sin idea, sin vida, nacido del deseo de negar la misma ciencia que habia evocado de su propio pensamiento. Ahora bien: si la filosofía de la identidad es una en Schelling y en Hegel, ¿por qué absuelve V. al uno y condena V. al otro? ¿Es propio eso de un filósofo? Yo bien sé que Schelling rechazaba á Hegel; pero tambien sé que la historia, conciencia de la humanidad, comprende á los filósofos mejor que ellos se comprenden á sí mismos. Platon y Aristóteles se contradecian, y la reflexion de los siglos ha venido á enseñar que eran los dos términos de la lógica, las dos fases de la ciencia, las dos formas del pensamiento, manifestaciones idénticas del inagotable espíritu.

Estráñame tambien mucho que V. haya dicho que los hombres dados á la historia menosprecian el sistema de Hegel ó le son contrarios. Casualmente en el terreno de la historia el gran filósofo nos aparece mas fuerte que en el terreno de la pura metafisica. No cree los hechos hijos de la casualidad solo como *objetivaciones* de las grandes ideas que llenan la religion y la filosofia. La historia de la filosofia es la filosofia de la historia. Por el movimiento dialéctico enseña cómo cada hecho se encierra en el que le precede, y engendra el que ha de seguirle, descomponiéndose en los tres términos en que se descompone el pensamiento. El hecho es una idea en el espacio, como la idea es un hecho en la conciencia. El espíritu general de la humanidad y el espíritu particular de las naciones, determinan los hechos á producirse, y fecundan la historia, como el espíritu de Dios crea los séres y fecunda y hace florecer la naturaleza. La ley de contradiccion, encarnada en la historia como en la conciencia, nos da la clave de esas reacciones, y esos retrocesos, y esos crímenes que se encuentran al lado de los grandes sacrificios y de los héroes y de los mártires del derecho y del progreso. Y por último, el axioma de que todo lo que es racional es real, da luz tan clara en la historia, que nos explica cómo la casta y la esclavitud, y la democracia griega, y la lucha entre el patriciado y el pueblo romano, y el germanismo traído por los pueblos del Norte, y el espíritu universal de la Iglesia, y los siervos, y los castillos feudales, y las monarquías absolutas, y la reforma religiosa, y la paz de Westphalia, y la independencia de los Estados-Unidos, que derramaron

la electricidad en la vieja Europa, y la revolucion francesa, y la filosofía alemana, tienen una necesidad social en su tiempo, que los justifica á los ojos del historiador. Yo comprenderia que en nombre de la psicología, en nombre de la metafísica, se condenase á Hegel; pero no comprendo que se condene al autor del movimiento dialéctico de los hechos en nombre de la historia.

En una sola de las ideas que V. apunta creo que tiene razon, y se la doy francamente; porque, á fuer de español, soy siempre franco. Hegel no es tan liberal como mi escuela política; no es tan radical como mi doctrina. El gran pensador, al tocar en la realidad de la vida política, vacila y cae en lo absurdo del eclecticismo y en los errores de los doctrinarios. Pero como un hombre no puede alcanzar toda la vida, Hegel cometió una gran inconsecuencia en su política, y sacrificó á la tranquilidad de su vida la concepcion racional y justa del Estado. Sin embargo, sus ideas políticas no se enlazan bien con la totalidad del sistema. Asi se concibe que no supiera objetivar y generalizar el derecho subjetivo de Kant, como habia sabido objetivar y generalizar sus categorías y sus nómenos. Pero no era tampoco tan reaccionario como usted quiere pintarlo. El dijo y demostró que, á través de la materia y de la naturaleza; á través de la historia y de sus hechos, desde el fondo oscuro de la sensibilidad, el espíritu se va levantando á la conciencia de sí mismo y á la libertad, como la semilla depositada en la tierra rompe la película que la envuelve y se alza á la luz en crecimiento continuo hasta que se corona de flores y de frutos. El dijo que la historia del mundo

es la historia de la libertad. El puso el secreto del progreso en el acrecentamiento de la personalidad humana. Así se concibe y se explica que toda la democracia alemana, toda la extrema izquierda de las dos grandes Asambleas de Berlín y de Francfort fuera hegeliana, deduciendo lógicamente las ideas contenidas en las premisas del gran maestro.

Pero uno de los graves defectos que V. encuentra en la filosofía hegeliana, es que se ha dividido en muchas escuelas y en distintas asociaciones científicas, que han predicado, evocando el sistema del maestro, diferentes sistemas. En lo que V. ve una señal de decadencia, veo yo una señal de vitalidad. Todo pensamiento fecundo, bajo su unidad primordial ha de crear una variedad infinita. Sócrates creó la escuela megárica, la escuela cínica, la academia, el aristotelismo, y aun Epicúreo y Zenon son en muchos puntos fieles al pensamiento socrático. Platon dió origen á tres sistemas distintos. El pensamiento de la teología osciló, en lo que tenia de humano y filosófico, del neo-platonismo á Aristóteles. Descartes produjo á Bosuet, á Mallebranche y á Espinosa. Kant creó á Fichte y á Schelling, el idealismo subjetivo y el idealismo objetivo. ¿Qué mucho que Hegel produzca una derecha, un centro y una izquierda? Lo cierto es que de la derecha ha salido una gran escuela histórica, que ha estudiado la idea del derecho en el hombre y en la sociedad, y una escuela teológica que ha estudiado los grandes progresos de la idea de Dios en la conciencia humana; del centro ha salido una escuela metafísica, destinada á dar una síntesis perfecta de la cien-

cia, una armonía entre la naturaleza y el espíritu y Dios; y de la extrema izquierda, si bien ha salido una filosofía que yo rechazo y condeno, que ha sepultado á Dios en el polvo de la materia, que ha suprimido la libertad en las fatalidades de la naturaleza, su materialismo no es tan implacable como el materialismo del pasado siglo, y á cada paso se ve que aquella Nada, tantas veces bendecida, va á recibir el aliento de vida del espíritu; que aquel templo vacío de la naturaleza se va á poblar en la presencia de Dios, porque en las doctrinas mas empíricas y fatalistas hay una reminiscencia salvadora de idealismo. Feuerbach es mas espiritualista que Cabanis, en medio de su desconsolador materialismo. Al menos en los pensadores de la extrema izquierda hegeliana, no hay esa indiferencia del enciclopedismo que hiela el alma.

Pero donde V. mas se ha equivocado, donde ha venido á manifestar mas que desconoce ú olvida por completo la Alemania moderna, es al decirnos que ya no hay hegelianos en Alemania. Pues qué, ¿ne tiene V. ninguna noticia del teólogo Bunsen? ¿No ha oído V. nunca hablar de la vida y de la apología de Hegel, publicada por Rosenkrantz, filósofo hegeliano? ¿No sabe V. que Michelet de Berlin, esclarecidísimo pensador, propaga las doctrinas del maestro y en una gran edicion de sus obras ha escrito un magnífico prólogo? ¿Es posible que se haya V. olvidado de que el hijo del gran Fichte ha tenido que abandonar las doctrinas incompletas de su padre por el eclecticismo hegeliano? ¿Es usted doctor, y no sabe el papel que está representando hoy en Alemania Kuno Fischer? Mr. Vatke

¿no ha dado un curso de teología en Berlin, mas hegeliano que luterano? ¿No se ha hecho una gran apología de Stein por Arudt, y entre sus grandes méritos se cuenta haber nombrado á Hegel catedrático? Reuss, mas aleman que francés, ¿no explica hoy los siglos apostólicos en Strasburgo en un sentido hegeliano, viendo como el senitismo, y el latinismo y el grecismo han entrado en la nueva religion con San Pedro, San Pablo y San Juan? Erdmann, ¿no explica filosofia hegeliana en Halla como Rosenkranz en Koenisberg, y Michelet en Berlin, y Fischer en Jena? ¿No dice un ilustre gefe de la escuela teológica de Tubinga, que debe á Hegel todo el pensamiento fundamental de su ciencia? Monsieur Braisis, naturalista eminente, en una disertacion sobre la concepcion atomística y la concepcion dinámica de la naturaleza, ¿no se ha inspirado en el idealismo hegeliano? En el último aniversario de la fundacion de la Universidad de Jena, ¿no se ha colocado el busto de Hegel á la cabeza de todos, como el mas gran pensador de la moderna Alemania? Ahora bien: ó V. sabia todo eso, ó no. Si V. lo ignoraba, ha hecho mal en venir á darnos lecciones de filosofia. Si V. lo sabia y lo ha callado, ha hecho peor en venir á darnos lecciones de exactitud histórica.

Pero, ¿á qué hablo de Hegel si V. me niega la competencia para hablar de Hegel, porque no he nacido en Alemania? ¡Gran idea tiene V. del pensamiento! Bajo el peso inmenso de un materialismo desconsolador ha caido V., que tan espiritualista y religioso se muestra en su artículo. V. cree que el pensamiento, esencia del alma, como las plantas, sólo puede nacer en ciertas regiones. Pues

yo creo que el pensamiento es del espíritu, y el espíritu es universal, y está donde quiera que se levanta la humanidad. Si por no haber nacido en Alemania no podemos comprender la ciencia del Norte, V. no puede comprender la ciencia del Mediodía, porque no se ha mecido su cuna bajo las ramas de los grandes árboles de la India; porque no ha pisado V. las arenas del desierto que rodean á Jerusalem; porque no ha oído el rumor de las ondas que besan las sandalias de mármol de Alejandría; porque no ha respirado el aire que baja del Hible y del Himeto á acariciar á Grecia; porque no tiene ni un átomo de la tierra sagrada del Panteon y del Foro en su cuerpo, ni una gota de sangre latina en sus venas; porque no ha podido sentarse en la Sorbona á escuchar la voz de Abelardo y Santo Tomás; porque no ha oído como Marsilio Ficino el lamento de las almas de los platónicos, que vagaban por las orillas del Arno en los jardines de Florencia; porque no entiende las palabras perfumadas de mirto y de azahar que se exhalaban de los filigranados muros de las escuelas de Córdoba y Sevilla; porque no alcanza cómo todas nuestras ideas filosóficas se trasformaron en una revolución y se resumieron en derechos, agitando el mundo; porque, hijo del Norte, descendiente de aquellas tribus que profanaron nuestros templos y destruyeron nuestras estatuas, y sepultaron en lodo y sangre á la reina de las naciones, lo único que de la vida histórica tiene en sí, es algun átomo de la gleba de los castillos feudales, algunas partículas del hierro de Arminio, de Alarico ó de Atila. ¿Le parece á V. lógico que V., por no ser indio, no pueda comprender á Capila, y por no ser griego á

Platon, y por no ser africano á San Agustín, y por no ser francés á Descartes, y por no ser español á Luis Vives, y por no ser italiano á Vico? Pues eso es lo que V. sostiene en su carta. Y yo le digo que, cuando siento rebajar así la capacidad intelectual de mi raza, me levanto como San Pablo, cuando le querían azotar, y esclamo con orgullo: *civis romanus sum*. Soy de esa raza que ha escrito en bronce el derecho de la humanidad, y ha dado la ley de la unidad á la ciencia, al arte, al mundo entero; soy de esa raza que ha tenido en sus manos la espada de los héroes y el cincel de los artistas; soy de esa raza que ha encarnado en el verbo de la realidad y de la vida todas las grandes ideas; soy de esa raza que ha derramado el agua del bautismo sobre la frente de los bárbaros; soy de esa raza que ha devuelto el Oriente á Europa, y ha descubierto el Nuevo Mundo, oculto como un secreto de Dios, en la soledad del Océano; soy de esa raza que ha quebrantado las cadenas de todos los esclavos; soy de esa raza que ha roto el cetro de los tiranos y ha escrito en el espacio la eterna ley de la libertad; soy de esa gran raza ciclopea que tiene en sí las ideas de toda la historia; soy de esa raza á la cual debeis artes, ciencias, política, religion, todas las grandes iniciaciones en el mundo de la hermosura y de la verdad. Pero dejémonos de razas, señor doctor, y recuerde cuán injustamente V. me ha provocado. La ciencia es incondicional, es absoluta. El pensamiento es humano y está sobre las condiciones del tiempo y del espacio. Delante de la ciencia, como delante de la religion, no hay griegos, ni romanos, ni bárbaros, sino hombres, y solo hombres. Si los filósofos ale-

manes han dicho algo humano, todos los entenderemos, porque todos somos hijos de un mismo Dios, habitantes de un mismo planeta, dotados de unos mismos derechos, nacidos para realizar un mismo ideal, y aspirar á un mismo fin en nuestra vida. *Homo sum et nihil humani a me alienum puto.*

V. me dice que no conozco la Alemania, ¡á mí, que sé hasta que Goethe y Stein no tenían los ojos azules! Con mayor razon puedo yo decir á V. que no conoce á España. Es imposible conocer un pais por las noticias imperfectas de un viaje. Venga V. á nuestra Universidad central, y oirá V. explicar el griego, el hebreo, el árabe, como se puede explicar en las primeras escuelas del mundo. Venga V. y verá cómo un orador elocuentísimo traza el cuadro de la literatura clásica; cómo un insigne literato, conocido en toda Europa, enseña nuestro arte nacional; cómo los grandes progresos de la filosofía de la historia, se estienden por la enseñanza de un respetable sacerdote. Venga V. y verá en nuestro Ateneo cátedras donde todas las materias científicas se tratan á la altura de las primeras academias europeas; secciones donde una juventud brillante y elocuentísima dilucida y resuelve los problemas que hoy traen agitadas á las sociedades. Venga usted y verá una joven escuela económica que propaga los principios de la ciencia con tanto brillo como fé. Venga V. á la Facultad de filosofía, y verá á un sábio maestro que ha estudiado en Heidelberg la ciencia alemana, y que es hoy el Sócrates de nuestro nascente movimiento filosófico. El ha logrado interesar vivamente á la juventud en los árdulos problemas de la metafísica, y por todas

partes se ven señales de que la ciencia despierta. Nuestra filosofía, la filosofía que se anuncia es mas pura y mas progresiva que la filosofía alemana, sin dejar de ser fiel á todo lo que tiene de verdadera y universal, enseñando los grandes maestros, y descomponiendo sus doctrinas en el crisol de un criterio vigoroso y científico. Esa filosofía nos enseña á estimar la propia razon y á oír la propia conciencia; nos separa del materialismo que suprime el espíritu, del idealismo que suprime la materia, del escepticismo que niega la certidumbre, del misticismo que niega la razon, del ateismo que niega á Dios, del eclecticismo que conduce al fraccionamiento de la verdad, una en su esencia; une la razon con el cristianismo, el individuo con la sociedad, el espíritu con la naturaleza, la vida toda con Dios; abraza todos los grandes objetos de la actividad, la teodicea, la cosmología, la antropología, la biología; aplica á la sociedad los grandes principios que se hallan en la ciencia, para que todos como hombres vivamos unidos en una sola moral, como ciudadanos en un solo derecho, como criaturas en un solo Dios. Deseche V., pues, esas aprensiones contra la ciencia moderna, y reconociendo lo que hay de verdad en todos los sistemas, lo que hay de grande en todas las razas, lo que hay de civilizador en todas las naciones, trabaje V. por el triunfo de la moral, que no reconoce climas; del derecho, que no tiene ni límites ni fronteras, y de la ciencia, que es incondicional y absoluta. Y entonces, en prueba de que los grandes principios de la filosofía trascienden á la vida, yo olvidaré que usted me ha tratado como enemigo, para llamarle mi hermano.

De todos modos queda de V. afectísimo amigo
y S. S. Q. B. S. M.

Emilia Castelar.

Madrid 10 de marzo de 1861.

POSDATA.—Cuando acabo de dar á la estampa mi carta, veo la de V., en que se retira de una polémica por V. provocada. Dejo á la conciencia pública que aprecie su conducta. Es muy cómodo provocar á una lucha y abandonarla. En mi país, ó no luchamos, ó al alzar un reto, lo sostenemos hasta el fin. Yo he sido provocado por V., y cuando le contesto, se retira. Pues bien, no le detendré yo en su fuga. Pero conste que la opinión pública creará con razón que V. nos estimó en tan poco, que fué osado á creer que íbamos á callarnos, porque V. se decia alemán y se firmaba con ridícula jactancia doctor en filosofía. Aquí juzgamos las opiniones, y no los hombres; las ideas y no los títulos. Su dignidad de doctor no le ha dado fuerza bastante para sostener una polémica. Dice V. que no admite mis lecciones sobre filosofía y que se atiene á sus maestros alemanes. Sea en buen hora. Pero conste que V. ha sido el que ha intentado darme á mí lecciones, cuando tanto V. las necesitaba. Yo estoy segurísimo de que merecería V. á esos grandes maestros la nota de reprobado. La debilidad del discípulo es mas indisculpable, segun es mayor la alteza del maestro. Dice V. que he saca-

do la biografía de Federico Guillermo IV del historiador Weber. Aquí hay otro pecado de arrogancia. Tres líneas solo hay en mi artículo de Weber, ni mas ni menos. A hechos no se contesta con negaciones sino con hechos. Dice V. que solo cito demócratas, y Vinke, y Weber, y Saint-René-Taillaudier, y Donoso, y el doctor Hinrichs no son demócratas. Dice V. que no he comprendido bien la guerra de la independencia española. Poca autoridad tiene para hablar de la historia de un país extraño el que tan mal conoce la historia patria. Pero sépa V. que nuestros reyes absolutos pusieron sus discordias de familia en manos de Napoleón, y sumisos le besaron los piés, en tanto que el pueblo contestaba á Napoleón con el 2 de mayo y el sitio de Zaragoza. Mientras los reyes del Norte fueron vencidos, el pueblo español pudo perder muchas batallas, pero no fué vencido nunca. ^{si es} Decíale yo á V. que los tiempos habían progresado tanto, que el ideal cristiano de caridad y de amor se había encarnado de tal suerte en las costumbres, que yo, español y católico, podía contender con un alemán y protestante, respetando su idea religiosa, y hasta defendiendo la ciencia de los grandes pensadores de Alemania, porque la ciencia se levanta sobre las razas y sobre las limitaciones geográficas. Y V., al huir, aunque alemán y protestante, me arroja una flecha envenenada, como los antiguos parthos, estrañando mucho esa tolerancia en un católico. Pues qué, ¿creía usted que aquí le íbamos á quemar? ¿Cree V. que son sinónimos catolicismo é intolerancia, españolismo é inquisición? ¿Quería V. que le encerráramos en algun calabozo por ser protestante? ¿Es usted

como aquel inglés que se quejaba de que no le habían robado en Andalucía? ¿Así procede V., que ha nacido en la patria de la libertad de pensar? Si Alemania tuviera noticia de sus artículos, le rechazaría á V. de su seno, por no ser digno semejante proceder de la nacion de la libertad de conciencia. Se conoce que esas palabras han sido infundidas en el ánimo de V. por alguna musa neo-católica. De todos modos, es de notar que un filósofo no respete la independencía del criterio, y un alemán afee la tolerancia universal. Ha sido tal la conducta de V., tan profundo su espíritu reaccionario, que en Madrid se cree que V. es un doctor apócrifo, hechura de algun mal intencionado que tiene interés en desacreditar á Alemania. De todos modos, el haber abandonado la polémica, le deja á usted muy lastimado á los ojos de mi patria. Si es que V. lo hace por no tener facilidad de escribir en español, contésteme V., si le place, en alemán, y yo le prometo que el testo y la traduccion de sus contestaciones serán conocidos por el público.



Josef Haerises
Johann Langes



